

Tomo [1]

el
desafío
y la carga
del tiempo
histórico:
El socialismo
del siglo XXI



CARACAS, VENEZUELA 2009

PREMIO
LIBERTADOR
al PENSAMIENTO
CRÍTICO
2008

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

El desafío y la carga del tiempo histórico: El socialismo del siglo XXI

Edición cedida por: Vadell Hermanos/CLACSO.

Valencia-Venezuela, 2008

© István Mészáros

© De la traducción: Eduardo Gasca

©Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2009

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio

Caracas - Venezuela.

Teléfonos: 0212-377-2811 / 0212-808-4986

Correos electrónicos

elperroylaranaediciones@gmail.com

comunicaciones@elperroylarana.gob.ve

editorial@elperroylarana.gob.ve

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.ministeriodelacultura.gob.ve

Depósito Legal

N° If 40220098002544

ISBN 978-980-14-0632-7



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



El Premio Libertador al Pensamiento Crítico es un reconocimiento a la labor reflexiva de autores que han desarrollado una visión distinta a la mirada monolítica del pensamiento único. Rinde homenaje a la capacidad de generar ideas heterodoxas, fundando nuevas plataformas para el debate y la discusión de la realidad contemporánea. Nos enlaza con la obligación y el placer del pensamiento, fuerza motora de revoluciones e historias.

El pensamiento, la capacidad de discernir y penetrar la realidad, ha sido la constante que ha tejido las historias de las culturas y las sociedades. Cada individuo edifica un sistema de ideas a partir de la experiencia del mundo, de la observación, y la reflexión que esta conlleva. Los sistemas de ideas se convierten pronto en el fundamento de las organizaciones sociales, definiendo nuestro devenir como culturas.

El pensamiento es móvil, elástico y perfectible, intrínsecamente lleva la marca de lo plural y dinámico. Por ello, todo pensamiento debe ser crítico, partir de múltiples lugares y apuntar siempre al cuestionamiento de lo estático e inquebrantable. El pensamiento único o hegemónico es una contradicción desde su origen, intenta abordar la infinita complejidad del mundo y del ser humano desde una única perspectiva, se pierde en una maraña ciclópea de artificios contruidos para justificar un fin, generalmente en beneficio de un grupo o una élite en detrimento del resto de la humanidad.

Posturas capitalistas, neocoloniales e imperialistas defienden un sistema de ideas unívoco, en donde la alteridad cultural se ve sometida a iniquidades económicas y políticas. Ante este panorama de larga data, es urgente revalorizar y fomentar la crítica incisiva y rigurosa de los sistemas que han dominado las configuraciones

culturales contemporáneas. El análisis minucioso y la concreción de pensamientos en pro de un mejor mundo se explayan en un espectro complejo en donde el sujeto es partícipe de los cambios y generador de ideas renovadoras, cobijadas por la pluralidad de las culturas y no ya por un único dominio discursivo.

El pensamiento crítico encuentra hoy el tiempo y los lugares para ser emitido, demanda ser escuchado por la mayoría de los pueblos posibles, para impulsar a hombres y mujeres a retomar su propio destino. Por ello, el gobierno de la República Bolivariana de Venezuela, en consonancia con las voces levantadas de tantos pueblos explotados y alertas, reconoce con este premio el trabajo teórico de autores que han desarrollado reflexiones críticas y alternativas comprometidas con el presente y el futuro de la humanidad.

Veredicto

Reunidos en la ciudad de Caracas, a los veintitrés días del mes de junio del año 2009, los jurados del Premio Libertador al Pensamiento Crítico 2008: Judith Valencia, Theotonio Dos Santos, Renán Vega Cantor, Bernard Duterme y J. A. Calzadilla Arreaza, rendimos homenaje a la fallecida poeta Stefania Mosca, quien inicialmente formaba parte del jurado. Luego de debatir sobre las 102 obras presentadas, acordamos por mayoría de votos otorgar el Premio a István Mészáros por su obra *El desafío y la carga del tiempo histórico: El socialismo del siglo XXI* (Vadell Hermanos/CLACSO. Valencia-Venezuela, 2008).

Los jurados queremos poner de relieve la abundante participación de obras que abordan temas cruciales de nuestra contemporaneidad y constata la importancia de los procesos sociales vividos por América Latina en la reflexión crítica y en la producción de un pensamiento emancipatorio anticapitalista.

En esta reflexión, pensadores de otras latitudes, como el autor del libro que ha merecido este premio, están generando obras de gran nivel teórico sobre los retos planteados por las propuestas alternativas que emergen en la región latinoamericana.

La obra premiada constituye la expresión de una corriente teórica de notable valor para el pensamiento crítico y la praxis política actuales. István Mészáros es uno de los principales representantes de la Escuela de Budapest, fundada por el eminente filósofo marxista György Lukács y desde finales de la década de 1950 viene construyendo un corpus teórico innovador, cuya máxima elaboración ha sido su obra *Más allá del capital*.

El desafío y la carga del tiempo histórico: El socialismo del siglo XXI, es una continuación de su esfuerzo teórico, que estudia las transformaciones experimentadas por el capital, por los movimientos sociales, políticos e intelectuales y la lucha por la construcción del socialismo.

En este libro, Mézáros reconstruye con lucidez y originalidad el análisis de los procesos de lo que él denomina el “metabolismo social del capital”, abordando sus impactos sobre la supervivencia de la humanidad, la destrucción de la naturaleza, las nuevas formas de alienación, la mercantilización de la educación y la necesidad urgente de un proyecto revolucionario socialista.

En consonancia con las anteriores apreciaciones, los jurados decidimos otorgar menciones honoríficas a las siguientes obras por su significativo aporte al pensamiento crítico: Domenico Losurdo, *El lenguaje del Imperio. Léxico de la ideología americana* (Escolar y Mayo Editores. Madrid, 2008); Elisabeth Roig, *Magui Balbuena. Semilla para una nueva siembra* (Trompo Ediciones. Buenos Aires, 2008); Diana Raby, *Democracia y Revolución: América Latina y el socialismo hoy* (Monte Ávila Editores. Caracas, 2008); Claudio Katz, *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina* (Ediciones Luxemburg. Buenos Aires, 2008).

Por otra parte, los miembros del jurado hemos considerado que ciertos libros presentados merecen una amplia difusión por su contribución pedagógica y didáctica para quienes busquen iniciarse en el cauce del pensamiento crítico. Por esta razón, recomendamos a los organizadores del Premio Libertador que promuevan la divulgación de los siguientes libros: Diego Guerrero, *Un resumen completo de El Capital de Marx* (Maia Ediciones. Madrid, 2008); José Bell Lara, *La integración latinoamericana. Un camino inconcluso* (Ediciones Ántropos. Bogotá, 2008); Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig (directores), *Diccionario del pensamiento alternativo* (Red de Editoriales Universitarias Nacionales. Editorial Biblos. Buenos Aires, 2008); Luz María Martínez Montiel, *Africanos en América*. (Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 2008).

De igual modo, la importancia del rescate de la memoria del período de terrorismo de Estado en América Latina, nos permite

destacar la relevancia del libro en tres tomos: Álvaro Rico (coordinador), *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)* (Universidad de la República Oriental del Uruguay. Montevideo, 2008). Recomendamos que este trabajo forme parte de una documentación más amplia sobre los crímenes de Estado.

Finalmente, considerando la importancia de este premio para el avance de las transformaciones que hemos señalado, proponemos la realización de seminarios en torno a la obra premiada en cada edición del Premio Libertador, con el objeto de profundizar y difundir el pensamiento crítico de nuestro tiempo.

Judith Valencia
Theotonio Dos Santos
Renán Vega Cantor
Bernard Duterme
J. A. Calzadilla Arreaza

*A la memoria de
Antonio Gramsci (1891-1937),
Attila József (1905-1937) y
Che Guevara (1928-1967)*

*Ni Dios ni la mente, sino
el carbón, el hierro y el petróleo,
la materia real nos ha creado,
echándonos hirvientes y violentos,
en los moldes de esta
sociedad terrible,
para afincarnos, por la humanidad,
en el eterno suelo.
Tras los sacerdotes, los soldados
y los burgueses
al fin nos hemos vuelto fieles
oidores de las leyes:
por eso el sentido de toda obra humana
zumba en nosotros
como el violón profundo*

Attila József

Introducción: El desafío y la carga del tiempo histórico

1.

Este libro está dedicado a la memoria de tres grandes seres humanos del siglo XX: **Antonio Gramsci**, **Attila József** y el **Che Guevara**: a los setenta años de la trágica muerte de los dos primeros, y a los cuarenta de la del tercero. Porque, contra viento y marea, en indoblegable desafío de las trágicas consecuencias que habían de padecer, afrontaron el reto constante de una época desgarrada por una sucesión de crisis extremas, y sobrellevaron hasta los últimos límites la carga de su tiempo histórico; el tiempo en el que se vieron confinados por las circunstancias más desfavorables, a las que sin embargo fueron capaces de superar gracias a su dedicación ejemplar y al largo alcance de su visión, en dirección a la perspectiva adoptada a conciencia del único futuro viable para la humanidad —el socialismo— que ellos propugnaron apasionadamente.

Gramsci, József y el Che Guevara fueron grandes testigos de la cada vez más profunda crisis del orden social del capital durante el transcurso del siglo XX. Tuvieron plena consciencia de la intensidad sin precedentes de esa crisis, que comenzaba a amenazar a la supervivencia misma de la humanidad. Primero, mediante el violento intento fascista y nazifascista por redefinir las relaciones internacionales del poder político/militar, y más tarde, en los años finales del Che Guevara, mediante el nuevo designio agresivo de dominar el orden mundial sobre una base de carácter permanente, a través del imperialismo hegemónico global de los Estados Unidos de Norteamérica.

Los tres se dieron cuenta con absoluta claridad de que tan solo la transformación social más radical, que instituyera un verdadero **cambio epocal**, podría ofrecer una salida para la peligrosa sucesión de crisis que caracterizaron al siglo XX en su totalidad. Dicho

cambio epocal se hacía necesario puesto que el orden establecido continuaba generando la destrucción a todo lo ancho del mundo, sin que se avistara algún punto final del devastador choque de intereses. Ni siquiera el espantoso derramamiento de sangre de las dos guerras mundiales parecía poder establecer una mínima diferencia para los antagonismos fundamentales.

Resultaba completamente irónico, si no algo peor, que los defensores del orden dominante prometiesen en medio de la primera “Gran Guerra” que los sacrificios que en ella se padecían estaban destinados “a terminar con todas las guerras”. Pues muy pronto estuvieron en marcha los más siniestros preparativos para una confrontación aún más destructiva, cobrando fuerzas durante la secuela de la “Gran Crisis Económica Mundial” de 1929-1933. Las parcialidades rivales abordaban tales preparativos como autoengañadora garantía contra la posibilidad de hundirse dentro de otra crisis económica global. La lógica perversa del capital les imposibilitaba comprender las desastrosas implicaciones a largo alcance del rumbo de acción que tan ciegamente seguían.

Indudablemente, los preparativos para la nueva guerra dieron sus frutos muy pronto, y reventaron en 1939 en un conflicto armado global que duró seis años. Poco antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos de Norteamérica se encaminaban, de hecho, hacia otra grave recesión, a pesar de los intentos remediales que perseguía el New Deal de Roosevelt. Pero su activo involucramiento industrial y militar en la guerra rápidamente invirtió esa tendencia, y trajo consigo una expansión económica antes inimaginable. Sin embargo, el surgimiento de los Estados Unidos luego de la guerra como la potencia económica ostensiblemente más poderosa no resolvió ninguna de las fatales contradicciones del sistema del capital. Tan solo le proporcionó a los Estados Unidos la avasallante ventaja de asumir, en su debido tiempo y de una forma u otra, el papel de la dominación imperialista que anteriormente ejercieron el imperio colonial inglés y el francés, relegando al olvido, al mismo tiempo, a las potencias coloniales menores, la portuguesa y la holandesa. Así, bajo la premisa definitivamente falsa del final del imperialismo y el pretendido inicio de la nueva era de la democracia

y la libertad universalmente beneficiosas y a la vez totalmente equitativas, el país con el más enorme arsenal de destrucción militar, capaz de exterminar fácilmente a la humanidad en cuestión de horas, proclamó su derecho a dominar el mundo, al principio en el llamado “siglo de Norteamérica”, el XX, y después anunció incluso su firme determinación de regir durante toda la duración del autodecretado “milenio de Norteamérica” que nos aguarda.

Gramsci y József murieron mucho antes de que los Estados Unidos hubiesen asumido el papel del **hegemón** imperialista global. Pero el Che Guevara ya había seguido con pasión y perspicacia el desarrollo de la guerra de Vietnam, que apuntaba hacia esa dirección. Porque en dicha guerra los Estados Unidos de Norteamérica trataron de imponer su avasallante poderío militar sobre el área que una vez dominaron los franceses, con la intención de establecer así una cabeza de puente inexpugnable para sus futuras aventuras al servicio de la dominación global. Formaba parte del mismo desig-nio imperial en el que los Estado Unidos están involucrados hoy día en el Medio Oriente, amenazando con extender su agresión militar en el futuro “indefinido”, como ellos dicen, también contra los países que arbitrariamente denuncian como “el eje del mal”, siempre y cuando ese tipo de acción pueda estar acorde con su conveniencia “prioritaria”, amenazando en aras de ese fin también con el empleo —autocalificado como “moralmente justificado”— de armas nucleares en contra incluso de potencias no nucleares.

2.

El Che Guevara comprendió muy bien que la cuestión literaria-mente vital no era simplemente cuál país en particular estaba tratando de imponerle a la humanidad los sufrimientos y sacrificios más horribles bajo las circunstancias históricas prevalecientes. Porque en ese respecto el papel de agresor podía ser transferido de la derrotada Alemania nazi de Hitler al victorioso antagonista capitalista, los Estados Unidos de Norteamérica. El punto realmente decisivo no eran algunas **contingencias históricas**, intercambiables y a veces hasta reversibles, sino las **necesidades estructurales** subyacentes. En otras palabras, el factor decisivo crucial era la naturaleza

incorregible del control socio-reproductivo del capital, que no podía hallarles ninguna solución a sus propios **antagonismos sistémicos** insuperables. Por consiguiente, bajo las condiciones del desarrollo imperialista monopólico la potencia avasalladoramente dominante —si no esta en particular entonces cualquier otra— tenía que tratar de imponer su poderío (de ser necesario, en la forma más violenta, haciendo caso omiso de las consecuencias) sobre sus adversarios reales o potenciales.

Por eso en la visión del Che Guevara la lucha contra el imperialismo norteamericano —en la que sacrificó heroicamente su vida— resultaba inseparable del empeño irreductible por establecer un nuevo orden social positivamente sustentable e históricamente viable, a una escala global. Era la única vía factible de afrontar el desafío de nuestro tiempo histórico, aceptando la carga de la responsabilidad que de él surgía. Porque solamente el basamento positivo del nuevo orden social visualizado podía proporcionar la garantía necesaria en contra del renacer de nuevos antagonismos, más destructivos incluso, en el futuro. Así que, definitivamente, no había tiempo que perder. La exigente tarea de echar las bases positivas para ese orden social genuinamente cooperativo, combatiendo la proliferante difusión de **antivalores** por parte del orden social establecido, tenía que iniciarse de una vez en el presente, con plena consciencia del hecho de que en este momento peligroso de la historia lo que está en juego es nada menos que la supervivencia de la humanidad.

En ese espíritu, y haciendo un llamado a nuestra consciencia de la humanidad, el Che Guevara se dirigía así al pueblo, en sus años en Cuba:

Es necesario tener una gran devoción por la humanidad, un gran sentido de la justicia y la verdad, para no caer en los dogmatismos extremos, en los fríos escolasticismos, en el aislamiento de las masas. Es necesario luchar cada día a fin de transformar ese amor activo por la humanidad en hechos concretos, en acciones que sirvan como ejemplos movilizadores.¹

1 Epígrafe escogido significativamente por el MST (Movimiento de los Sin Tierra brasileño) para su “Agenda 2004”, en el año de su 20º aniversario.

El Che Guevara compartió plenamente con Gramsci y József la línea de enfoque que aseveraba la necesidad vital de mantener un compromiso intenso con los valores perdurables de la humanidad, bajo las circunstancias de una barbarie cada vez más abiertamente amenazadora. En tiempos de Gramsci, los promotores de la surgente amenaza fascista no solo denunciaron repetidas veces en público al destacado dirigente político italiano, que elevó apasionadamente su voz en nombre de la humanidad en contra del fascismo, sino que lo sometieron cruelmente a prisión durante los mejores años de su vida, hasta convertirlo en moribundo.

Para la época de su encarcelamiento, el procurador fascista italiano, inspirado por Mussolini —antes editor del periódico socialista y ahora renegado— escribía con brutal cinismo: **“Debemos impedir que su cerebro funcione durante unos veinte años”**.² Esperaban destruir el espíritu de Gramsci y de esa manera imposibilitar la difusión de sus ideas. Por el contrario, bajo las circunstancias de increíble dureza, privaciones y hasta una fuerte enfermedad padecidas en la cárcel de Mussolini, Gramsci produjo sus **Cuadernos de la prisión**, una obra magnífica cuya influencia perdurará por muy largo tiempo. Ciertamente, lo hará hasta que podamos decir que el poder del capital quedó irremediabilmente relegado al pasado, en el espíritu de lo que previó Gramsci.

En el mismo período en el que Gramsci tuvo que confrontar y soportar las bestialidades del fascismo, también el poeta húngaro Attila József —que percibió con su visión profunda y perspicaz las devastadoras perspectivas de la aventura militar global nazi que se avecinaba— había colocado en el centro de varios de sus grandes poemas su preocupación apasionada por el destino de la humanidad, tratando de hacer sonar la alarma en contra de la barbarie en pleno desarrollo, subrayando que

nueva infamia se levanta

2 **“Per vent’anni, dobbiamo impedire a questo cervello di funzionare”**. Tomado del Memorando del Procurador fascista, de fecha 2 de junio de 1928.

*para hacer a las razas enfrentarse entre sí.
La opresión grazna en escuadrones,
aterriza sobre el corazón viviente, como sobre carroña,
y la miseria se babea a lo largo del orbe,
como la saliva en el rostro de los idiotas.³*

Y en un poema dedicado a Thomas Mann, que en ese momento leía de su propia obra en un acto público en Hungría, József escribió:

*Al pobre Kosztolányi⁴ enterramos ayer
y, como abrió en su cuerpo el cáncer un abismo,
Estados-Monstruo roen sin tregua al humanismo.
¿Qué más vendrá, inquirimos —las almas de horror plenas—
de dónde nos azuzan nuevas ideas-hienas?
¿Hierven nuevos venenos que quieren infiltrarnos?
¿Y hasta cuándo habrá un sitio en que puedas hablarnos?⁵*

Los apologistas del capital hacían —y continúan haciéndolo— todo cuanto podían a fin de anular la consciencia que tiene el pueblo de su tiempo histórico, con la intención de eternizar su sistema. Solo aquellos que tienen un vital interés en la institución de un orden social positivamente sustentable, y por lo tanto en asegurar la supervivencia de la humanidad, pueden apreciar realmente la importancia del tiempo histórico en esta coyuntura crítica del desarrollo social. Gramsci, en el tiempo en que ya estaba gravemente enfermo en prisión, seguía repitiendo: **“El tiempo es la cosa más importante; es**

3 Attila József, **Ös patkány terjeszt kórt miköztünk** (La rata primitiva difunde la peste entre nosotros) 1937.

4 Dezsö Kosztolányi, importante poeta húngaro (1885-1936) muerto de cáncer hacía poco tiempo.

5 **Thomas Mann üdvözlése** (Saludo a Thomas Mann), 1937. El texto citado aparece en español en el original. Traducción de Fayad Jamís.

un simple seudónimo de la vida”.⁶ Los defensores del orden dominante jamás podrán entender el significado de sus palabras. Para ellos el tiempo no puede tener más que una dimensión: la del **eterno presente**. El pasado para ellos no es sino la proyección hacia atrás y la justificación ciega del presente establecido, y el futuro es tan solo la extensión eterna del “orden natural” del aquí y el ahora, tan contradictoria en sí misma. No importa cuán destructivo, y también autodestructivo, resulte ser ese “orden natural” que encierra la insensata conseja reaccionaria, constantemente repetida, según la cual **“no hay alternativa”**. Aviesamente, se supone que a eso se reduce el futuro.

3.

Si el pueblo en general aceptase realmente esta concepción del tiempo apologética del capital, inevitablemente se hundiría en el abismo del pesimismo sin fondo. Gramsci, incluso cuando sufría personalmente el mayor de los padecimientos, y al mismo tiempo percibía la catástrofe nazifascista para la humanidad a la vuelta de la esquina, se negaba terminantemente a ceder ante el pesimismo total. A pesar de los nubarrones tan oscuros que cubrían el horizonte, rechazó vigorosamente la idea de permitir que la **voluntad humana** se viese sometida por el pesimismo, sin importar cuán desfavorables pudiesen resultar las situaciones y las circunstancias visibles, que sin duda lo eran en ese momento. Adoptó como una de sus máximas las palabras de Romain Rolland, que hablaba de **“El pesimismo del intelecto y el optimismo de la voluntad”**.⁷

La convicción de Gramsci, que predicaba el “optimismo de la voluntad”, representaba y representa la irreprimible determinación de una fuerza social radical de sobreponerse a las tendencias de desarrollo destructivas, inspirada por una visión sustentable del futuro y

6 “Il tempo é la cosa piú importante: esso é un **semplice pseudonimo della vita**”. Giuseppe Fiori, **Vita di Antonio Gramsci**, Editori Laterza, Bari, 1966, p. 324.

7 “Il pesimismo dell’intelligenza e l’ottimismo della volontà”. G. Fiori, *ibíd.*, p. 323.

en desafío de la relación de fuerzas existente. Las “personificaciones del capital” se sienten más que contentas de glorificar un eterno presente “sin alternativas”, en el autoengaño de que —tan solo porque con todos los medios a su disposición ellas constituyen la sociedad dominante— el proceso histórico como tal ya ha finalizado. Hasta llegan a pontificar acerca del feliz “fin de la historia” neoliberal, en fabricaciones de propaganda pseudoacadémicas vastamente promocionadas, *à la* Fukuyama, predicándose ilusoriamente a sí mismas —las personificaciones— la consumación de la historia, para siempre libre de conflictos, a la vez que andan en procura de guerras genocidas.

Sin embargo, el tiempo de los oprimidos y los explotados, con su vital dimensión de futuro, no puede ser eliminado. Posee su propia lógica de desarrollo, como el irreprimible tiempo histórico de **nuestra era de hacer o romper**. Solo la destrucción total de la humanidad podría ponerle un final. Este tiempo potencialmente emancipador es inseparable del sujeto social capaz de afirmar, a través de su lucha, el “optimismo de la voluntad” de Gramsci, a pesar de toda la adversidad. Es este el tiempo histórico real del presente y el futuro que aparece en uno de los poemas de József:

El tiempo está levantando la niebla, y podemos divisar mejor nuestra cima.

*El tiempo está levantando la niebla, lo hemos puesto de nuestra parte, lo hemos puesto de nuestro lado en la lucha, con nuestras reservas de miseria.*⁸

Nada ni nadie puede someter o destruir a este tiempo que ayuda a hacer que los explotados y los oprimidos cobren consciencia de los perfiles de una sociedad futura radicalmente diferente. No puede haber ilusiones en cuanto a la ardua ascensión que es necesario emprender si queremos alcanzar la cima en cuestión porque el inhumano, alienante y unidimensional tiempo presente del orden socio-reproductivo del capital mantiene todavía el control de la situación.

8 Attila József, **Szocialisták** (Socialistas), 1931.

Así lo describe Attila József con gran fuerza evocativa en otro de sus poemas:

*Este tiempo presente
es el de los generales y banqueros.
Frío, forjado, relumbrante
cuchillo-tiempo.
El cielo chorreante está blindado.
La helada perfora hiende el pulmón
y el pecho desnudo detrás de los harapos.
En piedra de amolar chirría el tiempo.
Detrás del tiempo cuánto pan silencioso
y frío! y cajas de hojalata,
y un montón de cosas heladas.
Escapate-vidrio-tiempo.
Y los hombres gritan: ¿Dónde está la piedra?
¿Dónde el escarchado pedazo de hierro?
Arrójase! Hazlo trizas! Penetra!
Qué tiempo! Qué tiempo! Qué tiempo!⁹*

Pero sea como sea, al “eterno presente” del capital, junto con su “escapate-vidrio-tiempo” helado, no les será posible barrer con la aspiración de la humanidad de establecer un orden social históricamente sustentable mientras todavía existen la opresión y la explotación en el mundo. Para el momento en que los hayamos consignado irremediabilmente al pasado en nuestro mundo, como lo serán si la humanidad ha de sobrevivir, el sistema del capital no será más que un mal recuerdo.

4.

El capital no puede tolerar ninguna limitación a su propio modo de reproducción metabólica social. En consecuencia, las

9 Attila József, **Fagy** (Helada), 1932. El texto citado aparece en español en el original. Traducción de Fayad Jamís.

consideraciones acerca del tiempo le resultan totalmente inadmisibles si ellas exigen alguna restricción de su incontrolable imperativo de expansión del capital. Para ese imperativo no puede existir ninguna exención. Ni siquiera cuando las consecuencias devastadoras ya son flagrantemente obvias tanto en el campo de la producción como en el terreno de la ecología. La única modalidad del tiempo en el que el capital pudiese estar interesado es el **tiempo de trabajo explotable**. Este sigue siendo el caso, incluso cuando la implacable explotación del trabajo se torna en **anacronismo histórico** gracias al desarrollo potencial de la ciencia y la tecnología al servicio de las necesidades humanas. Sin embargo, puesto que el capital no puede contemplar esa alternativa, porque procurarla requeriría trascender las limitaciones estructurales fetichistas de su propio modo de operación, el capital se convierte en el **enemigo de la historia**. Esa es la única manera como el capital puede pretender zafarse de su situación de anacronismo histórico.

Así, el capital debe negar y excluir a la historia en su visión del mundo, de manera que no es concebible que surja siquiera la cuestión de alguna alternativa histórica a su propio dominio, por anacrónico y peligroso que pueda resultar su control de la reproducción social —explotador del trabajo— que está, a pesar de todos los mitos que se construyen desde su seno, muy lejos de ser económicamente eficiente. Pero el problema radica en que la negación de la historia por parte del capital no es un ejercicio mental ocioso. Constituye un proceso práctico letal de acumulación de capital acrecentada, con la concomitante destrucción en todos los campos, no solo en el plano militar.

Como sabemos, en la fase ascendente de su desarrollo el sistema del capital fue enormemente dinámico y de muchas maneras también positivo. Solo con el transcurso del tiempo —que objetivamente trajo consigo la intensificación de los antagonismos estructurales del sistema del capital— se transformó en una peligrosa fuerza regresiva. Si, no obstante, el orden reproductivo dominante carece de sentido del tiempo histórico, como resulta ser el caso hoy, ocurre que tampoco puede percibir siquiera la diferencia, por no hablar de

hacer los ajustes necesarios de acuerdo con las condiciones que han cambiado.

La negación de la historia es el único curso de acción factible, inseparable de la ceguera del capital ante el futuro dolorosamente tangible que hay que encarar. Es por eso que el capital no tiene otra alternativa que atropellar al tiempo histórico. Su brutal conseja de que “no hay alternativa” constituye tan solo una variante propagandística de la negación general de la historia que se corresponde con la naturaleza más recóndita del capital en la presente etapa de nuestro desarrollo histórico. Esta determinación del capital no fue siempre el caso, pero ha llegado a serlo, inalterablemente. Así, la única manera que tiene el capital para relacionarse con la historia en nuestro tiempo es **atropellarla** violentamente.

Tenemos aquí una obvia combinación de contingencia histórica y necesidad estructural. Si la humanidad tuviese una “infinidad de tiempo” a su disposición, entonces no sería posible hablar de “atropello del tiempo por parte del capital”. La infinidad del tiempo no podría ser atropellada por ninguna fuerza histórica dada. Bajo tales circunstancias la “expansión del capital” sería un concepto cuantitativo inofensivo, sin ningún final a la vista. Pero la humanidad no posee infinidad de ninguna cosa a su disposición, como lo presumen absurdamente las personificaciones interesadas del capital, y mucho menos de infinidad de tiempo. Además, hablar de una infinidad de tiempo histórico humano constituiría una incongruencia grotesca.

Solo la más insensible de las fuerzas, desprovista de toda consideración humana, podría ignorar las limitaciones del tiempo. Es esto lo que presenciamos hoy día de modo característico. Resulta ser nuestra contingencia histórica determinada lo que activa los intraspasables —absolutos— límites estructurales del capital. Límites estructurales absolutos del sistema del capital que se vuelven determinaciones destructivas propensas a bloquear el futuro de la humanidad. En esta coyuntura de la historia el capital no puede ser en modo alguno diferente de lo que realmente es. Es así como la necesidad estructural del capital se fusiona devastadoramente con su contingencia histórica ignorada de manera brutal (pero totalmente

en vano). Ello es así precisamente porque el capital no tiene, y no puede tener, la consciencia del tiempo histórico. Solamente los sistemas de reproducción estructuralmente ilimitados pueden tenerla. En consecuencia, no puede haber escape de esta destructiva trampa para la humanidad si no le arrancamos al sistema del capital mismo su control del proceso metabólico social al que se ha aferrado por tan largo tiempo.

En el mismo poema del que se tomó el epígrafe de este libro, Attila József llama nuestra atención hacia la carga del tiempo histórico y a la tremenda responsabilidad inseparable de esta. Habla de los seres humanos que deben enfrentar el gran desafío social e histórico de nuestra época como “**fieles oidores de las leyes**”, subrayando que solo de esa manera podemos calificar como dignos depositarios del mandato que no ha sido legado en el desarrollo histórico de la humanidad. Está plenamente consciente, como hay que estarlo definitivamente, tanto de la continuidad histórica sobre la cual podemos construir nuestro futuro como de las diferencias vitales que debemos instituir y consolidar debidamente en el proceso progresivo de la transformación cualitativa. Estas son las palabras de József:

*la materia real nos ha creado,
echándonos hirvientes y violentos,
en los moldes de esta
sociedad terrible,
para afincarnos, por la humanidad,
en el eterno suelo.
Tras los sacerdotes, los soldados
y los burgueses
al fin nos hemos vuelto fieles
oidores de las leyes:
por eso el sentido de toda obra humana
zumba en nosotros
como el violón profundo*¹⁰

10 Attila József, **A város peremén** (Al borde la ciudad), 1933. Traducido por Fayad Jamís.

El requerimiento vital de ser “**fieles oidores de las leyes**” en el que hace hincapié József no se refiere simplemente a las leyes hechas por los hombres. Representa sobre todo la ley absolutamente fundamental de la relación de la humanidad con la propia naturaleza: el objetivo **substrato de nuestra existencia misma**. Este tiene que ser el fundamento definitivo de todo el sistema de las leyes humanas. Sin embargo, es la relación que está siendo violada por el capital en nuestra época de todas las maneras posibles, haciendo caso omiso, irresponsablemente, de las consecuencias. No se necesita ninguna visión profética para comprender que la violación implacable del basamento natural de la existencia humana no puede continuar indefinidamente.

5.

Sin duda, las leyes hechas por el hombre están muy involucradas en el proceso destructivo general. El llamado de József a nuestro sentido de la necesidad ineludible y la responsabilidad consciente —que exigen que seamos **fieles oidores de las leyes**— las abarca también. Todo es cuestión de la **prioridad**, y concierne a la relación entre lo **absoluto** y lo **relativo**. Debería resultarnos perfectamente obvio cuál de los dos deberá tener la prioridad. Podemos invertir su relación —**absolutizando lo relativo** irresponsablemente, y **relativizando lo absoluto** imprudentemente— solo a nuestro propio riesgo.

Sin embargo, el capital **siempre** operó sobre la base de esa inversión. Podría decirse que el capital es “daltónico” en ese respecto. A causa de su naturaleza más profunda no podía operar de otro modo que trastocando esa relación vital. Porque el capital siempre se auto-definió como lo **absoluto**, y a cualquier otra cosa, en relación con su autodeterminación primaria, como lo **relativo** dependiente y prescindible. Ciertamente, en un sentido positivo —en la medida en que tal cosa se pudo hacer sin consecuencias negativas— ese modo de operación fue siempre el secreto de su dinamismo y éxito incomparables, barriendo con cuanto pudiese atravesarse en su camino.

Más aún, de cara a ello parece no haber ninguna razón para que no tenga que ser así. En principio no hay nada absolutamente reprensible en torno a la **destrucción de determinadas partes o formas de la naturaleza** mediante su transformación en alguna otra cosa, incluso si se trata de la combustión o los productos de desecho. Está ocurriendo en la propia naturaleza, de una u otra manera, todo el tiempo. El punto es, sin embargo, que para el momento en que el capital, con su dinamismo irrefrenable que todo lo invade con enorme facilidad, apareció sobre el escenario histórico, el **margen de seguridad** para su impacto objetivo sobre la naturaleza —independientemente de la magnitud de la destrucción generada por su profusa intervención directa en el proceso del metabolismo— era tan **inmenso** que las implicaciones negativas no parecían establecer ninguna diferencia. Las cosas resultaron así simplemente porque el “momento de la verdad” —que necesariamente nace del intercambio entre la **finitud** de nuestro mundo natural y **cierto tipo** de control reproductivo (inalterablemente **depilfarrador**)— todavía estaba muy lejos de estar tocándonos la puerta. Fue eso lo que les produjo a los autocomplacientes economistas liberales, incluso en el siglo XX, la asombrosa ilusión de que su sistema calificaría para siempre para la pomposa caracterización de la “**destrucción productiva**” (Schumpeter), cuando en realidad ya se estaba viendo cada vez más peligrosamente infestado por su irreversible tendencia a la **producción destructiva**.

Como todos los valores, la productividad y la destrucción adquieren su significado solo en el contexto humano, en la relación lo más estrecha posible con las condiciones históricas pertinentes. Lo que convierte a la **destrucción de la naturaleza** que hoy presenciamos en un proceso irremediablemente negativo —y a la larga catastróficamente negativo— es su impacto definitivo sobre la vida humana en sí misma. Es por eso que, bajo las circunstancias de nuestro tiempo, la absolutización que hace el capital de lo relativo creado históricamente —su propia esencia— y la implacable relativización de lo absoluto (la base natural de la vida humana como tal) resulta mucho peor que jugar a la ruleta rusa. Porque trae consigo la

certeza absoluta de la autodestrucción de la humanidad, en el caso de que al proceso de reproducción metabólica del capital, en pleno desarrollo, no se le ponga un final bien preciso en el futuro cercano, mientras haya tiempo todavía para hacerlo. El trastrocamiento por parte del capital de la relación objetiva entre lo absoluto y lo relativo está conduciendo a la humanidad en la dirección opuesta, sin ni siquiera concedernos la remota posibilidad de tirar del gatillo de la pistola de la ruleta rusa unas cuantas veces, antes del tiro fatal estadísticamente probable.

Una vez más podemos ver aquí la peligrosa combinación de la contingencia histórica y la necesidad estructural. El **amplísimo margen de seguridad** original **ha desaparecido para siempre**. Nuestra contingencia histórica dada ha activado irreversiblemente y con creces los límites estructurales del capital, tornándolos en determinaciones inmensamente destructivas propensas a bloquear el futuro. La necesidad estructural del sistema y la voraz destructividad establecidas están ahora irresolublemente fusionadas con su contingencia histórica que es anacrónica, pero el capital no puede admitirlo porque continúa negando la posibilidad de ser históricamente superable desde la altura de su ficticia autoabsolutización.

El imperativo de instituir un sistema socio-reproductivo ilimitado en el futuro previsible surge de esas condiciones. No hace falta decirlo: no puede existir un futuro sin **seguir fielmente las leyes**. Pero para poder hacerlo habrá que establecer la adecuada prioridad en nuestro sistema general de leyes. Las leyes del capital están basadas **siempre** sobre la falsa prioridad de invertir la relación entre lo **absoluto** y lo **relativo**, en aras de absolutizar su propio dominio aun a costa de la destrucción de la naturaleza, del mismo modo como el capital tenía —y tendrá siempre— que negar su determinación histórica a fin de eternizar su propia dominación del proceso metabólico social. La humanidad jamás necesitó poner una atención más fiel a la observancia de las leyes que la exigida hoy en esta coyuntura crucial de la historia. Pero las leyes en cuestión han de ser **re- hechas radicalmente**: poniendo en armonía totalmente sustentable las determinaciones absolutas y relativas de nuestras condiciones

de existencia, de acuerdo con el reto ineludible y la carga de nuestro tiempo histórico.

6.

El siglo XX fue testigo no solo del primer intento importante de establecer una sociedad poscapitalista, sino también del derrumbe de ese tipo de sociedad, tanto en la Unión Soviética como en todo el resto de la Europa del Este. Para sorpresa de nadie, los defensores a ultranza del orden social del capital celebraron ese derrumbe como el saludable retorno a su orden “natural” luego de una desviación errática. Tuvieron las agallas de pretender ahora la permanencia absoluta de las condiciones establecidas, sin importar todas las perturbadoras señales de inestabilidad peligrosa, y haciendo caso omiso de las crisis económica y ecológica cada vez más profundas y de la guerra más o menos permanente que es endémica de su sistema.

Resultaría extremadamente ingenuo imaginar que el cambio de un orden metabólico social del capital a una alternativa históricamente viable pueda tener lugar sin contradicciones e incluso recaídas penosas. Porque ninguna transformación social en todo el transcurso de la historia humana requirió de un cambio cualitativo que se le pueda comparar remotamente. Es así no solo a causa de la escala y la magnitud casi prohibitivas de la tarea, que involucra a una gran variedad de grupos nacionales interrelacionados —con su larga historia y sus tradiciones hondamente arraigadas, así como sus diversos intereses— en un escenario verdaderamente **global**. Lo que resulta radicalmente diferente por sobre todas las cosas respecto a los cambios históricamente presenciados de una formación social a otra —es decir, el constituyente “no negociable” de la transformación socialista requerida— es la absoluta necesidad de vencer de manera permanente todas las formas de **dominación y subordinación estructural**, y no solamente de la variedad capitalista. En nuestro tiempo ningún “cambio de personal”, no importa cuán bien intencionado sea en principio, puede siquiera comenzar a dar cumplimiento a la tarea. En otras palabras, la relación **adversarial/conflictual** entre los seres humanos —que ha resultado a todas luces obvia en toda la historia conocida— es lo que debe ser

positivamente desplazado mediante la creación y la consolidación firmemente asegurada del nuevo orden social. Si no es así, tarde o temprano comenzarán a aflorar y multiplicarse las contradicciones y los antagonismos incontrolables en el basamento recién establecido, como realmente lo hicieron en las sociedades de tipo soviético, y al final las socavaron y las destruyeron.

Tan solo un compromiso genuinamente crítico —y **autocrítico**— con el curso de la transformación histórica socialista puede producir un resultado sustentable, al ir proporcionando los **correctivos necesarios** a medida que las condiciones cambien y exijan respuestas para sus desafíos. Marx lo dejó bien claro desde el comienzo mismo, cuando insistía en que las revoluciones socialistas no debían eludir el autocriticarse “con implacable escrupulosidad”,¹¹ a fin de poder cumplir con los objetivos vitales de la emancipación.

El siglo XX marcó una diferencia significativa con respecto a la advertencia de Marx. Porque a la luz de siete décadas de **experiencia práctica** sumamente costosa, la advertencia original de Marx acerca de la necesaria crítica práctica de nuestras propias acciones —una advertencia que a mediados del siglo XIX no podía ser más que una exhortación muy general— había adquirido una urgencia ineludible en el movimiento socialista. Porque, por una parte, dada la crisis estructural cada vez más profunda de nuestro orden metabólico social establecido, urge hoy más que nunca que la alternativa socialista se instituya sobre bases firmes, en contra del asalto de la propaganda autocomplaciente de la ideología dominante, visible por todas partes. Pero al mismo tiempo, por otra parte, debido a la contundente evidencia histórica del desarrollo del tipo soviético, y los inmensos sacrificios que hubo que soportar en sus largas décadas, nadie puede negar hoy día la necesidad de confrontar “con implacable escrupulosidad” los problemas que habrán de surgir. Porque solo mediante el re-examen, a plena consciencia y autocriticamente comprometido, de los pasos pretendidamente emancipatorios que

11 Ver Marx, “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, en Marx y Engels. **Collected Works**, vo 11, Londres 1979, p.106.

se han dado —tanto en el pasado como en el presente— puede volverse factible la construcción de unas bases del socialismo del siglo XXI más seguras de lo que resultaron ser las del XX.

Los tres grandes seres humanos a quienes está dedicado este libro han enfocado la tarea histórica de la transformación socialista con este espíritu crítico vital. Gramsci y József aseveraron firmemente su creencia en la incondicional integridad socialista del cambio epocal, no solo contra la clase adversaria sino incluso cuando tuvieron que padecer la incompreensión sectaria de su propio bando. Y el Che Guevara no vaciló en proclamar con gran claridad su desacuerdo principista con el curso de la acción seguido en la Unión Soviética —indicando proféticamente que apuntaba en dirección a la restauración capitalista— aunque ese desacuerdo en voz alta acarrearó que se le tildara de hereje y hasta de aventurero. Como lo subrayó Fidel Castro en una entrevista:

Mi admiración y mi afinidad hacia el Che ha aumentado al ver lo que ha pasado en el campo socialista, porque él se oponía categóricamente al empleo de métodos capitalistas para la construcción del socialismo... [los escritos del Che] tienen un valor enorme y deben ser estudiados, porque yo pienso que el empleo de esos métodos y conceptos capitalistas tuvieron una influencia alienante en esos países. Yo pienso que el Che tuvo una visión profética cuando, ya en aquellos primeros años de los 60, previó todos los retrocesos y consecuencias del método que se estaba empleando para construir el socialismo en la Europa del Este.¹²

De esta manera, después de su muerte las advertencias del Che Guevara pudieron ejercer una influencia esencial en el período de rectificación de Cuba. Para citar otra vez las palabras apasionadas de Fidel Castro:

12 Fidel Castro, “Entrevista con Tomás Borge” (1992), en **Che: A Memoir by Fidel Castro**, editado por David Deutschmann, Ocean Press, Melbourne & New Cork, 2006, pp. 215-216.

*Habíamos caído en el pantano de la burocracia, del exceso de nómina, de normas de trabajo que ya no tenían vigencia, el pantano del engaño, de la falsedad. Habíamos caído en una cantidad de malos hábitos que hubieran consternado al Che. Si al Che le hubiesen dicho alguna vez que un día, bajo la Revolución Cubana, habría empresas preparadas para robar y aparentar que eran provechosas, el Che se hubiera consternado (...) El Che se hubiera consternado si le hubiesen dicho que el dinero, el dinero se estaba convirtiendo en la preocupación del pueblo, en su motivación fundamental. Él, que tanto nos advirtió en contra de eso, se hubiera sentido consternado.*¹³

Los enemigos fascistas de Gramsci querían no solamente **“impedir que su cerebro funcionase durante unos veinte años”**, sino evitar que ejerciera alguna influencia en la historia. Como sabemos, fracasaron en ambos sentidos. Al igual que en el caso del Che Guevara, sus verdugos —para la época el régimen boliviano, cliente del imperialismo norteamericano— intentaron condenarlo al olvido, tratando de hacer desaparecer para siempre incluso sus restos mortales. Hasta en eso fracasaron miserablemente. La influencia del Che Guevara está viva hoy día no solamente en Cuba sino por todas partes en América Latina —como lo hemos visto testificado por uno de los movimientos sociales más importantes de nuestro tiempo, el Movimiento dos Sem Terra del Brasil— y aun más allá, despertando aspiración y solidaridad tanto en las generaciones más viejas como en innumerable gente joven a todo lo ancho del mundo.

Examinando las décadas más recientes de los desarrollos globales, el cambio en la relación de fuerzas predominante parecería favorecer indudablemente al capital. Ello se debe en gran medida no solo a la ignominiosa capitulación de Gorbachov y sus seguidores en la Unión Soviética, después de su seguimiento de la estrategia totalmente infundada de “reestructurar” el socialismo mediante la adopción del “glasnost” y la “perestroika” (que resultaron ser la promoción activa de la restauración capitalista, seguida de un

13 Fidel Castro, “20th Anniversary of the Che’s Death” (8 de octubre de 1987), en **Che: A Memoir by Fidel Castro**, ibíd., pp. 194-195.

derrumbe parecido en la Europa del Este), sino además a una transformación entreguista similar en los partidos comunistas más grandes de Europa Occidental, notoriamente el francés y el italiano. Así, para tomar solamente este último caso precisamente porque alguna vez fue el partido socialista en el que militó Gramsci, las estrategias proclamadas en alta voz —pero de nuevo totalmente infundadas— del “camino italiano al socialismo” y “el gran acomodamiento histórico” prometían garantizar una futura transformación socialista internacional, en la realidad resultaron ser la capitulación incondicional ante las fuerzas imperialistas del capital internacional, dominadas por los Estados Unidos, bajo la bandera partidista de los llamados “Demócratas de Izquierda”.

Pero cuando vemos lo que ha sido logrado en la realidad, el cuadro luce muy diferente. Y en modo alguno resulta sorprendente **porque sobre la base de la capitulación no se pueden construir resultados perdurables**. Como ampliamente lo demuestran los anales de la historia social, política y militar, **la capitulación no puede ser nunca la base de un desarrollo histórico sustentable**. Ella solo puede proporcionar una ganancia unilateral y el correspondiente respiro temporal hasta que la próxima ronda de antagonismos irrumpa en el escenario histórico, en escala creciente y por lo general imponiéndose con intensidad cada vez mayor. Alguna vez se pudo sostener racionalmente que —como lo formuló el general von Clausewitz— la guerra era “la continuación de la política por otros medios”. Pero el otro lado de la misma ecuación —que concierne a la ineluctable reciprocidad de la política y la guerra— jamás fue captada en toda su dimensión en el pasado, porque sus trágicas implicaciones para la destrucción total de la humanidad no eran claramente visibles. A saber: que la **política (basada en los antagonismos) era el heraldo de la guerra necesaria** porque —en vista del carácter de no resueltos de los propios antagonismos— tenía que terminar en la **capitulación de uno de los bandos** y en la definitiva **inestabilidad explosiva del respiro obtenido**.

Tan solo una **racionalidad sustantivamente fundamentada** —en contraste con los “acomodamientos” efímeros logrados en nombre de cualesquiera “actos equilibradores” impuestos por la

violencia o tácticamente racionalizados— podría mostrar una salida de este **círculo vicioso**, a través de la remoción permanente de todas las formas de **adversariedad antagónica**. El gran desafío y la gran carga de nuestro tiempo histórico es que la adversariedad antagónica debe ser remitida al pasado de manera permanente, en aras de dejar atrás también para siempre el ineluctable —y en nuestra época ineludiblemente **fatal**— círculo vicioso de la guerra y la política que hemos conocido hasta el presente. Esto significa refundar radicalmente la política sobre la base de una **racionalidad sustantiva e históricamente sustentable**, a fin de ser capaces de manejar **conscientemente** todos los asuntos humanos en la requerida **escala global**. Es por eso que la institución viable del socialismo en el disyuntivo siglo XXI apareció en la agenda histórica con gran urgencia, imponiendo la necesidad de confrontar las fallas del pasado “con implacable escrupulosidad” y explorar todas las vías de cooperación positiva, sobre la única base factible de la **igualdad sustantiva**.

El derrumbe del sistema de tipo soviético no ha resuelto nada de manera perdurable, ni ciertamente tampoco lo ha hecho el colapso de algunos de los más grandes partidos comunistas del pasado a todo lo largo del mundo. La tentación para que el trabajo siga el camino de menor resistencia **favoreciendo el orden establecido del capital**, indudablemente ha jugado, y continúa jugando, un importante papel en estos desarrollos. Es así porque el establecimiento del orden reproductivo socialista, como alternativa viable al existente, constituye una empresa histórica colosal. Pero seguir el camino más fácil no va a asegurar el futuro del capital. Porque ese camino es incapaz de producir algo que no sea **retribuciones cada vez menores** para el trabajo, bajo las presentes circunstancias de nuestra crisis histórica cada vez más profunda, y en última instancia no le producirá **ninguna retribución**, por cuanto el orden reproductivo del capital está destinado a salirse de control.

En lo que atañe a los presuntos éxitos del propio capital en su fase histórica de crisis estructural, en realidad vemos a sus países dominantes involucrados en guerras genocidas mientras predicán cínicamente la democracia y la libertad. En verdad, lo que estamos

presenciando en el Medio Oriente y en todas partes son conflagraciones a una escala cada vez más destructiva, en lugar de soluciones perdurables a los graves problemas internos e internacionales del orden de control del metabolismo social del capital.

Muchos de los logros definitivamente autodestructivos del imperialismo fueron construidos en el pasado sobre la base del genocidio en Norteamérica y Latinoamérica. Hoy la situación es aún más grave porque el imperialismo hegemónico global está conduciendo a la humanidad hacia su exterminación. Tiene que haber otro camino. Los ejemplos de firmeza revolucionaria de Gramsci, Attila József y el Che Guevara nos muestran ese camino.

Rochester, 1º de enero de 2007.

Presentación¹⁴

Karl Marx escribió alguna vez que “la teoría (...) se convierte en una fuerza material en cuanto se apodera de las masas”.¹⁵ Para que tal cosa suceda, explica Mészáros en su nuevo libro, la teoría debe enfrentar **El desafío y la carga del tiempo histórico**, captando las exigencias humanas de un momento en particular al mismo tiempo que se aferra al “carácter radicalmente ilimitado de la historia”.

Hoy las concepciones teóricas de Mészáros se convierten cada vez más en una fuerza material, al apoderarse de las masas por medio de innumerables actores histórico-mundiales en el contexto de la Revolución bolivariana de la América Latina. Así, un artículo del **The New York Times** del 24 de enero de 2007 se refería a la conocida “admiración” del presidente venezolano, Hugo Chávez, “por István Mészáros, un estudioso marxista húngaro relativamente oscuro que argumenta que sí existe una alternativa al capitalismo en su libro de mil páginas, **Más allá del capital**”.

Sin embargo, Mészáros está lejos de ser un pensador “relativamente oscuro”. Nacido en 1930, ingresó en la Universidad de Budapest en 1949, donde luego se convirtió en el asistente del grandioso filósofo marxista del siglo XX, Georg Lukács. Abandonó Hungría tras la invasión soviética en 1956 y, finalmente, asumió una cátedra de profesor de filosofía en la Universidad de Sussex. Escribió incontables obras filosóficas, político-económicas y culturales, entre las que se encuentran libros sobre Marx, Lukács y Sartre. Su **La**

14 Tomado de la edición en portugués: **O desafio e o fardo do tempo histórico: O socialismo no século XXI**, Boitempo Editorial, Sao Paulo, 2007.

15 Karl Marx y Friedrich Engels, **Collected Works**, vol. 3, International Publishers, Nueva York, 1975, p. 182.

teoría de la alienación en Marx, de 1970, ganó el prestigioso premio Memorial Isaac Deutscher.

Fue en su conferencia en memoria de Isaac Deutscher, titulada “La necesidad del control social”, y en su prefacio de 1971 a la tercera edición de **La teoría de la alienación en Marx** donde Mészáros planteó por primera vez la cuestión de la “crisis estructural global del capital”.¹⁶ Reconociendo la enormidad de los cambios que ocurrieron tanto en el interior del capitalismo como en el sistema poscapitalista soviético, acabó por dejar a un lado las grandes obras filosóficas que había venido escribiendo por muchos años (en forma de dos libros manuscritos inconclusos, **La determinación social del método** y **La dialéctica de la estructura y la historia**) para concentrarse en los asuntos más urgentes. El resultado fue un conjunto de tres obras cruciales: **El poder de la ideología** (1989), **Más allá del capital** (1995) y **El desafío y la carga del tiempo histórico**.

El monumental **Más allá del capital** representó un viraje en el desarrollo del pensamiento marxista, un cambio radical de la perspectiva y un regreso a la comprensión del potencial revolucionario del marxismo clásico. Obra de enorme alcance filosófico, político y económico, su título refleja un triple objetivo: desarrollar una visión que fuese más allá del sistema del capital, más allá de **El capital** de Marx y más allá del proyecto marxista tal y como fue concebido bajo las condiciones históricas de los siglos XIX y XX.

En esa obra se destacan innumerables innovaciones teóricas importantes: (1) un énfasis en el **sistema del capital**, es decir el dominio del capital arraigado en la explotación de la fuerza del trabajo, distinto del orden institucional históricamente específico del **capitalismo** asociado con la propiedad privada de los medios

16 István Mészáros, **The Necessity of Social Control**, Merlin, Londres, 1971. Incluido posteriormente como apéndice en **Más allá del capital**, Vaidell Editores, Valencia-Caracas, 2001. Ver también, de Mészáros, **Marx's Theory of Alienation**, Merlin, Londres, 1970.

de producción;¹⁷ (2) el tratamiento del sistema del capital como un orden de “control metabólico social” en particular, que penetra todos los aspectos de la sociedad; (3) un análisis de la “activación de los límites absolutos del capital”, (4) una crítica de la sociedad pos-capitalista, particularmente del sistema soviético, como un orden que fracasó en su tentativa de erradicar el sistema del capital en su totalidad; y (5) una consideración de las condiciones históricas para la plena erradicación del capital, que implica un orden de control metabólico social alternativo arraigado en la “igualdad sustantiva”.

Daniel Singer sintetiza así las implicaciones revolucionarias de la argumentación de Mészáros: “Lo que es preciso abolir no es nada más la sociedad capitalista clásica, sino el dominio del capital como tal. En efecto, el ejemplo soviético demuestra que no basta con ‘expropiar a los expropiadores’: hay que extirpar de raíz la dominación del trabajo sobre la cual descansa el dominio del capital”.¹⁸ Utilizando una metáfora extraída de la vida de Goethe, Mészáros argumentó en **Más allá del capital** que cada piso del edificio que constituye el hogar de la humanidad debe ser reconstruido desde los cimientos —de modo que al final surja una estructura integralmente nueva— mientras a pesar de ello continuará estando habitado por los seres humanos.¹⁹

Más allá del capital colaboró en la ampliación del alcance de la crítica marxista al incluir sólidas nociones de la emancipación

17 Para Mészáros es esencial reconocer que Marx dirigió su crítica contra el capital como una relación social o un sistema de control metabólico social omniabarcante, y no simplemente contra el **capitalismo** como orden institucional específico (un modo de producción). En ese sentido, en su visión, es lamentable que en la primera traducción inglesa de **El capital**, bajo la supervisión de Engels, se haya traducido el subtítulo del Volumen I como “Un análisis crítico de la producción capitalista” en lugar de lo correcto, “El proceso de producción del capital”. Ver István Mészáros, **Más allá del capital**, op. cit., p. 1052.

18 Daniel Singer, “After Alienation”, en **The Nation**, 10 de junio de 1996.

19 István Mészáros, **Más allá del capital**, op. cit. pp. 485, 566.

humana de índole ecológica y con base en los seres humanos, como componentes integrantes de la superación del dominio del capital, sin los cuales las condiciones necesarias de la igualdad sustantiva y del genuino desarrollo sustentable no podrían ser alcanzadas. Más que en cualquiera de sus otras obras, destacó la incontrolabilidad y el desperdicio del capital. Todo el dominio del capital, argumenta Mézáros, se aproxima a sus límites absolutos como resultado de su creciente incapacidad de eliminar sus contradicciones internas, creando así una crisis estructural global del capital.

En lugar de aceptar la consigna de Margaret Thatcher de que **no hay alternativa. Más allá del capital** insistía en que la única alternativa viable exigía una transferencia total del control de las manos del capital a las manos de los “productores asociados”. El sueño socialdemócrata de un sistema “híbrido” (una reconciliación del capitalismo con el bienestar social) tiene que ser descartado por su carácter ilusorio. Incapaz de tocar con sus reformas el metabolismo interno del sistema del capital, en todas partes la socialdemocracia degeneraba en neoliberalismo o craso capitalismo.

La naturaleza penetrante del análisis expuesta en **Más allá del capital** se puede observar en el reconocimiento de Mézáros de que ya en 1995, Hugo Chávez trazaba en Venezuela el camino alternativo necesario cuando afirmaba: “El pueblo soberano debe convertirse en el objeto y **sujeto** del poder. Esa opción no es negociable para los revolucionarios”.²⁰ Más tarde, Chávez, ya como presidente de Venezuela, se volcaría directamente al análisis de **Más allá del capital**, incorporando a su propia perspectiva la insistencia en la necesidad del intercambio comunal de las actividades en oposición al trueque de mercancías capitalista. Así, Chávez siguió a Mézáros al designar al intercambio comunal como “el punto de Arquímedes”

20 Hugo Chávez, citado en István Mézáros, **Más allá del capital**, op. cit., p. 818. Ver también István Mézáros, “Bolívar and Chávez: The Spirit of Radical Determination”, **Monthly Review**, julio-agosto de 2007, Vol.59, N°. 3, pp. 55-84.

de la transformación social revolucionaria.²¹ Con el intercambio directo entre las naciones en la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), el surgimiento de los consejos comunales de Venezuela, las nuevas Asambleas Constituyentes en Venezuela y en Bolivia volcadas a la disolución de la hegemonía política del capital trasnacional y a la propagación de las cooperativas de trabajo en la revolución latinoamericana en proceso, la dominación casi absoluta del trueque de mercancías capitalista va siendo debilitada.

El desafío y la carga del tiempo histórico no tiene la intención de sustituir a **Más allá del capital** como la clave indispensable de la crítica de Mészáros al capital. Antes bien, los dos libros se superponen y se complementan de innumerables maneras. **El desafío y la carga del tiempo histórico** tiene la ventaja de ser más corto y accesible. En ese sentido, el nuevo libro de Mészáros debe ser leído como una larga introducción o un extenso postscriptum a **Más allá del capital**. Pero es también mucho más que eso. Si el énfasis de **Más allá del capital** recae sobre la crisis estructural global del capital y el camino que necesita atravesar la transición socialista, **El desafío y la carga del tiempo histórico** enfoca el propio tiempo histórico. Aborda las formas de temporalidad necesarias y el carácter radicalmente ilimitado de la historia. Este último constituye un tema central de **La teoría de la alienación en Marx**, en el que él lo elige como una característica definidora de la visión de mundo revolucionaria de Marx.

Lo que Mészáros denomina la “decapitación del tiempo” opera en todos los planos del sistema del capital. Todos los grandes pensadores burgueses —como Locke, Smith, Kant y Hegel— apuntaron de diversas maneras al “fin de la historia” identificado con el surgimiento del capitalismo. Hoy día percibimos la misma ideología del fin de la historia en las concepciones dominantes de la

21 Michael Liebowitz, **Build it Now: Socialism for the Twenty-First Century**, Monthly Review Press, Nueva York, 2006, pp. 107-108. **Construyámoslo ahora: socialismo para el siglo XXI**, Centro Internacional Miranda, Caracas, 2006, p. 105.

globalización, en las ideas de modernismo/posmodernismo, en el incesante mantra neoliberal de que **no hay alternativa** y en la afirmación de Francis Fukuyama según la cual la caída de la Unión Soviética confirmó la antigua visión hegeliana del fin de la historia.

Ese ilusorio punto final del futuro tiene la intención de racionalizar como ineludible lo que Einstein criticó en su artículo de 1949, “¿Por qué socialismo?” como “la mutilación de los individuos”, que él consideraba “el peor mal del capitalismo” y la razón por la cual la procura histórica del socialismo era esencial.²² El libre control humano del tiempo disponible y minimizado bajo la contabilidad del tiempo del sistema del capital, que procura reducir la vida a un conjunto de decisiones instantáneas sin límite empeñadas en la ampliación de la productividad y las ganancias en beneficio de la red de intereses establecidos. Bajo esas condiciones, como observó Marx “el tiempo lo es todo, [en tanto que] el hombre no es nada; él es, cuando más, un despojo del tiempo”²³. La existencia vivida de los seres humanos individuales está subordinada a una entidad abstracta: el acrecentamiento del valor absoluto.

Así, la “contabilidad truncada del tiempo” del capital tiene sus raíces en el acrecentamiento a la enésima potencia de la estricta división del trabajo, con exclusión de cualquier otra consideración. El sistema del capital contempla las terribles pérdidas humanas, sociales y ecológicas impuestas por su miope procura de la velocidad y la cantidad, como meros “efectos colaterales”. Por el contrario, como Simón Rodríguez —el gran profesor socialista utópico de Simón Bolívar, el Libertador de América Latina— escribió en 1847: “La división del trabajo en la producción de bienes sirve apenas para brutalizar a la fuerza de trabajo. Si para producir tijeras de uñas que sean excelentes y baratas, tenemos que reducir a los trabajadores a máquinas, mucho mejor sería si cortásemos nuestras uñas con los

22 Albert Einstein, “Why Socialism?”, *Monthly Review*, Vol. 1, N° 1, mayo de 1949, p. 14.

23 Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, op.cit., Vol. 6, p.127.

dientes”.²⁴ Para Mészáros, un énfasis genuino en el autodesarrollo de los seres humanos permitiría que la jornada de trabajo normal se redujese a veinte horas por semana o menos, al mismo tiempo que crearía las condiciones para las relaciones sociales igualitarias.

El desafío y la carga del tiempo histórico insiste en que el sistema del capital es incapaz de elevarse por sobre la perspectiva del “corto plazo”. Esa visión se vincula con un triple conjunto de contradicciones: (1) su “incontrolabilidad” innata, derivada de la naturaleza antagonística de su modo de control metabólico social; (2) su incesante dialéctica de competencia y monopolio; (3) su incapacidad de integrarse políticamente en el plano global, a pesar de sus tendencias económicas globalizadoras. Por consiguiente, el sistema del capital manifiesta una profunda aversión a la planificación.

El resultado es un máximo de despilfarro y destrucción, reforzados por la degradación incesante del trabajo humano, una tasa de utilización decreciente, parasitismo financiero acentuado, amenaza creciente de aniquilación nuclear, aumento de la barbarie²⁵ y aceleración de la catástrofe económica planetaria. El 19 de octubre de 1999 Mészáros dictó en Atenas una conferencia pública intitulada “Socialismo o barbarie” que más tarde fue ampliada y transformada en un pequeño libro homónimo, publicado en Grecia y en Italia en 2000 y traducido al inglés a comienzos de 2001 (texto que fue

24 Rodríguez citado en Richard Gott, **In the Shadow of the Liberador**, Verso, Londres, 2000, p. 116.

25 De acuerdo con el pensamiento socialista inicial, la barbarie no es superada plenamente bajo la “civilización” capitalista, sino por el contrario es llevada adelante y mejorada, y está asociada particularmente a las formas más extremas de explotación y privación de los derechos humanos por medio de la esclavitud, el trabajo forzado, la brutal subordinación de la mujer, las prisiones arbitrarias, las guerras imperiales, el “exterminio de las naciones nativas” y la destrucción ambiental. Es a la barbarie en ese sentido la que, según Mészáros, el sistema del capital está trayendo de vuelta en una escala cada vez mayor. Ver John Bellamy y Brett Clark, “Empire of Barbarism”, en **Monthly Review**, Vol. 56, N° 7, diciembre de 2004, pp. 1-15.

incluido como Capítulo 4 en este libro). Argumentaba allí, mucho antes de los acontecimientos del 11 de setiembre de 2001, que el mundo había entrado en “la fase potencialmente más letal del imperialismo”. Efectivamente, los Estados Unidos están hoy en guerra con el planeta entero, en una inútil tentativa de convertirse en el Estado del sistema capitalista, aun a riesgo de la aniquilación de la propia humanidad.²⁶

El modo alternativo de control metabólico social proporcionado por el socialismo en su forma más revolucionaria-igualitaria, explica Mézáros en **El desafío y la carga del tiempo histórico**, requiere de una contabilidad del tiempo enteramente diferente. El desarrollo sustentable fundamentado en una “economía nacional” resulta imposible fuera de una sociedad de igualdad sustantiva. Es necesario un sistema en el que los “productores asociados” se conviertan en el sujeto y el objeto de la sociedad, en sincronía con el principio formulado con gran elocuencia por Bolívar de que la igualdad es “la ley de las leyes”.²⁷ Tal cosa solo se alcanza mediante una planificación social abarcante —no prescrita por un mandato que parte de lo alto, sino surgida de las necesidades colectivas y de la participación democrática más generalizada.²⁸ El objetivo sería una contabilidad del tiempo radicalmente alterada, volcada al desarrollo humano cualitativo que trasciende la disyuntiva actual entre necesidad y productividad. Una revolución que se moviese en

26 Las observaciones de Mézáros acerca de ese aspecto resultan aun más notorias si se les compara con los vacíos alegatos sobre el fin del imperialismo que constituyen el fundamento de **Empire**, el tan aclamado libro de Michael Hardt y Antonio Negri. Ver John Bellamy Foster, “Imperialism and ‘Empire’” en **Monthly Review**, Vol. 53, N° 7, diciembre de 2001, pp. 1-9.

27 Simón Bolívar, “Message to the Congress of Bolivia, May 25, 1826”, en **Selected Works**, The Colonial Press, Nueva York, 1951, Vol. 2, p. 603.

28 Mézáros se basa aquí en Harry Magdoff y Fred Magdoff, “Approaching Socialism”, en **Monthly Review**, Vol. 57, N° 3, julio-agosto de 2005, pp. 19-61.

forma decisiva en esa dirección se convertiría en “históricamente irreversible”.

No es sorprendente que Mészáros, quien cuando muy joven recibió inspiración de la poesía de su compatriota húngaro Attila József, lo cite con frecuencia en su obra y le dedique en parte este nuevo libro suyo. Fue József, observa él, quien escribió:

Tras los sacerdotes, los soldados
y los burgueses
al fin nos hemos vuelto fieles
oidores de las leyes²⁹

Es eso lo que representa el desafío y la carga del tiempo histórico: el surgimiento de una nueva fuerza material a medida que la teoría se apodera de las masas, que “al fin [se vuelven] fieles oidores de las leyes”.

John Bellamy Foster

29 “On the Edge of the City”, en Attila József, **The Iron-Blue Vault**, Bloodaxe Books, Newcastle upon Tyne, 1999, p. 100. Trad. al castellano de Fayad Jamís.

Capítulo 1: La tiranía del imperativo del tiempo del capital

1.1. El tiempo de los individuos y el tiempo de la humanidad

Ningún individuo, y ninguna forma concebible de sociedad en la actualidad o en el futuro, puede evadir las determinaciones objetivas y la correspondiente carga del tiempo histórico, junto con la responsabilidad que obligatoriamente nace de ellas. En términos generales, quizás la mayor denuncia en contra de nuestro orden social establecido sea la de que degrada la inevitable carga del tiempo histórico significativo —el tiempo de vida tanto de los individuos como de la humanidad— a tiranía del imperativo del tiempo cosificado del capital, sin que importen las consecuencias.

El modo de reproducción metabólica social que históricamente es el único que puede tener el capital tiene que degradar el tiempo, porque la determinación objetiva más fundamental de su propia forma de intercambio humano es la tendencia irreprimible a la autoexpansión continua, definida por las características intrínsecas de ese modo de intercambio social como la necesaria **expansión del capital**, alcanzable en la sociedad mercantil solamente a través de la explotación del tiempo del trabajo. Así, el capital tiene que ser ciego ante cualquier dimensión del tiempo que no sea la del plustrabajo y el correspondiente tiempo del trabajo explotables al máximo.

Por eso, el capital tiene que borrar de sus ecuaciones todo posible valor y significado que surjan potencialmente de las relaciones creadas históricamente y no vinculadas de manera directa con el imperativo sistémico de la acumulación del capital. Da igual que el significado y los valores potenciales involucrados tengan que ver con las relaciones personales de los individuos entre sí como individuos por separado, o con los grupos sociales de los cuales forman parte los individuos en particular, o ciertamente con la humanidad

en general, siempre y cuando esa relación pueda y deba ser sometida bajo circunstancias históricas determinadas, como sucede con nuestro tiempo histórico actual. En este sistema de reproducción, el significado y los valores adquieren interés legítimo solo si resultan fácilmente reducibles a los **“vínculos monetarios”** (en lo que respecta a los individuos aislados) capitalistamente idealizado, o al imperativo de la **rentabilidad** en general, cuando lo que está en juego es la relación de clases de dominación y explotación estructurales que garantiza la acumulación en el orden social establecido.

Naturalmente, en este contexto nos interesa el **tiempo histórico humano** y no algunas consideraciones “metafísicas” o “cosmológicas” del tiempo. Para nosotros las relaciones temporales vinculadas con la cuestión de la “contingencia cosmológica” —por ejemplo, respecto a la posibilidad de que en sistemas solares distantes existan otros planetas similares a la Tierra que pudiesen ser capaces de sostener formas de vida avanzadas: una parte bien conocida de cierta investigación astrofísica en marcha hoy día— resultan totalmente irrelevantes. Pero centrarnos en el tiempo histórico humano no significa que en nuestra valoración de las relaciones temporales significativas sea aceptable cualquier forma de **relativismo**. Por el contrario, la cuestión de la **necesidad histórica** constituye un aspecto vital aquí, aunque haya que evaluarla de una manera cualitativamente diferente a la de quienes que, con intención ideológica hostil, tratan de atribuirle una burda visión determinista mecánica a la concepción del tiempo histórico marxiana, profundamente dialéctica. Porque el significado nuclear de la necesidad histórica humana es precisamente que ella resulta ser **tan solo histórica**, lo que implica que es en última instancia **“una necesidad que desaparece”** (“eine verschwindende Notwendigkeit”, en palabras de Marx³⁰), y no habría que tratarla sobre el modelo de las **determinaciones naturales**.

30 En la teoría socialista esto significa que uno puede describir los aspectos negados del desarrollo social como históricos, en el sentido significativo que prevé su **supresión práctica**.

Como veremos en el capítulo 9, con la llegada de la historia humana al orden natural hace su entrada en escena una dimensión del tiempo radicalmente nueva. A partir de ese momento aparece en el horizonte la cuestión del **significado**, si bien va a ser necesario un desarrollo histórico muy largo para que los objetivos emancipadores implícitos en él puedan ser convertidos en realidad y procurados **a conciencia** por el pueblo como proyectos humanos articulados históricamente. El significado en cuestión es el **tiempo de vida de los individuos**, potencialmente **significativo**, surgido en estrecha vinculación con el desarrollo productivo de la humanidad, que libera progresivamente a los individuos de las brutales restricciones de su anterior existencia “día a día”, y establece para ellos el poder de hacer **escogencias genuinas**.

La potencialidad de una vida significativa para los individuos sociales surge porque la humanidad en desarrollo histórico —y auto-mediadora gracias a su actividad productiva— resulta ser una parte muy **específica** del orden natural. En consecuencia, los seres humanos no constituyen un **género** como los animales, sino un **cuerpo social** complejo hecho de una multiplicidad de **individuos reales**. Sin duda los seres humanos, como los animales, poseen un tiempo de vida **limitado**. Pero —muy a diferencia de los “individuos genéricos” animales— son capaces también de establecerse a conciencia **objetivos específicos** que procurar, tanto en ocasiones **específicas**, en contextos limitados, como igualmente con cierto tipo de **coherencia interconectada/general**, que cubren una parte más o menos extensa de su tiempo de vida y le confieren significación.

Más aún, cabe destacar aquí que el cuerpo social más abarcador al que pertenecen los individuos es la **humanidad en desarrollo histórico**, con su tiempo de vida incomparablemente más extenso que el de los individuos en particular. En ese sentido el tiempo histórico de la humanidad **sobrepasa** el tiempo de los individuos —trayendo consigo una dimensión más fundamental del tiempo— pero en sentido dialéctico a la vez sigue siendo inseparable de este. En consecuencia, solo a través de una relación muy estrecha entre los individuos y la humanidad es posible establecer un sistema de valores apropiado, y más tarde desarrollarlo —ampliándolo e

intensificándolo— en el transcurso de la historia. Porque la humanidad no actúa por cuenta propia, sino mediante la intervención de los individuos en particular en el proceso histórico, inseparablemente de los grupos sociales a los cuales pertenecen los individuos como sujetos sociales.

Es la relación objetivamente existente entre la humanidad y los individuos lo que hace posible que se planteen y se practiquen valores mucho más allá del **horizonte inmediato restrictivo** de los propios individuos en particular. No nada más en el sentido de que la creciente cantidad de **tiempo libre** puesto a disposición de los individuos por la humanidad en desarrollo productivo —incluso tan solo para que perduren las sociedades clasistas de la manera más inicua— constituye la condición necesaria para sus escogencias alternativas (y los valores asociados) en expansión, en abierto contraste con su existencia “día a día” en el pasado más remoto. Lo que resulta directamente relevante aquí es que la diferencia objetiva entre el tiempo de los individuos y el tiempo de la humanidad constituye el basamento objetivo del **valor y el contravalor**. Porque las **potencialidades de la humanidad** nunca son **idénticas** a las de los individuos, siempre mucho más restringidos. De lo que podemos hablar realmente en cuanto a esa relación es de un **intercambio** recíprocamente enriquecedor entre la humanidad y los individuos mediante el cual las potencialidades reales de ambos se pueden desarrollar a plenitud sobre una base permanente. Porque los individuos pueden adoptar como aspiraciones propias los valores que señalan en dirección a la realización de las **potencialidades positivas** de la humanidad, y gracias a ello desarrollarse también positivamente; o, al contrario, pueden hacer escogencias actuando en contra de las potencialidades positivas de la humanidad y los logros alcanzados históricamente. En este caso se convierten, claro está, en los portadores más o menos conscientes del **contravalor**, si bien sus acciones resulten en realidad entendibles sobre la base de las determinaciones clasistas retrógradas, más que motivaciones puramente personales, como frecuentemente se las describe en la filosofía abstracta y en el discurso moral religioso.

Sin duda, las potencialidades positivas de la humanidad solo se pueden desarrollar a través de las actividades de los individuos en su inseparabilidad de los grupos sociales a los que pertenecen. Pero la postulación del valor, basada en la relación objetiva entre las escalas de tiempo de los individuos en particular y de la humanidad, radicalmente distintas, constituye una parte esencial de ese proceso de progresión histórica. En ese sentido la **afirmación y negación del valor** es, y lo seguirá siendo siempre, un órgano vital del autodesarrollo de la humanidad.

Comprensiblemente, los complejos problemas involucrados en esas relaciones —y en primer lugar el hecho insuperable mismo de que el tiempo histórico de la humanidad **sobrepasa** el tiempo de los individuos— se ven reflejados durante largo tiempo en la conciencia social como un **trascendentalismo religioso**, y asumen al mismo tiempo la forma de **prescripciones morales** articuladas religiosamente. La verdadera conciencia de que la determinación subyacente vital es la relación objetiva entre la humanidad y los individuos en particular aparece muy tarde en la historia.

En forma filosófica y literaria muy general surge en la segunda mitad del siglo XVIII (por ejemplo con Kant y Goethe), y en una variante mucho más ampliamente difundida, dirigida a la conciencia cotidiana en forma no religiosa, tan tarde como en el siglo XX. Ciertamente, para el momento en que la conciencia de la existencia real de la humanidad es puesta claramente en el primer plano de la atención en el siglo XX, se le asocia cada vez más con la conciencia de que lo que se está describiendo con creciente preocupación no es simplemente la situación casual de la humanidad, sino el destino de una **humanidad en grave peligro**. En otras palabras, lo que aparece en el horizonte son las amenazas cada vez más tangibles que afectan la supervivencia misma de la humanidad, debidas a los desarrollos sociales y económicos en marcha —y crecientemente peligrosos— inseparables de la imposición de la forma más extremada de **contravalor**. Así, el **papel de la moralidad**, en su capacidad de luchar por la realización de las potencialidades positivas de la humanidad y contra las fuerzas del contravalor atrincheradas estructuralmente, e inherentes a la crisis estructural del capital que

se profundiza, nunca ha sido tan grande como lo es hoy día. Solo los tipos de filosofía (y de política asociada con ellos) más dogmáticos pueden ignorarlo o negarlo explícitamente.

Cuando el propio Kant describió la relación entre los individuos y la humanidad, identificó con profunda percepción un aspecto sumamente importante del desarrollo en la significación de la actividad productiva humana misma, subrayando que el progreso histórico resulta estar tan determinado que todo “debería ser logrado gracias al **trabajo** . (...) como si fuese el propósito de la naturaleza que el hombre lo debiese todo a sí mismo”.³¹ Sin embargo, al mismo tiempo adoptó por completo el punto de vista de la economía política —que se corresponde con la perspectiva del capital— en su versión propuesta por el idealizado “espíritu comercial” de Adam Smith. En consecuencia Kant tuvo que establecer una **dicotomía insalvable** entre los individuos y la especie humana e insistir en más de una ocasión que en su manera de ver las cosas “las facultades naturales que apuntan al empleo de la razón se verán desarrolladas a plenitud en la **especie**, no en el **individuo**”.³²

Inevitablemente, esa conclusión dicotómica le impuso nuevos dilemas. Porque tuvo que convenir en que en la administración racional de la sociedad civil la conciliación entre el egoísmo y la justicia representaba un problema **insoluble**. Como él lo expuso: “La tarea implicada es, por consiguiente, sumamente difícil; en verdad, resulta **imposible** una solución total. No es posible imaginar que salga algo perfectamente recto de una madera tan retorcida como la de que está hecho el hombre”.³³ En cuanto a la caracterización que hace Kant de los seres humanos, resultaba ser muy parecida a la de todos los principales teóricos de la “sociedad civil”, que representaban al

31 Kant, “Idea for a Universal History with Cosmopolitan Intent”, en Carl J. Friedrich (ed.), **Immanuel Kant’s Moral and Political Writings**, Random House, Nueva York, 1949, p. 119.

32 Ibid., p. 118.

33 Ibid., p. 123.

“**antagonismo de los hombres en la sociedad**” surgiendo directamente de la **naturaleza humana** misma, y por consiguiente igualmente insoluble. Para citar de nuevo a Kant: “Quiero dar a entender por antagonismo la **sociabilidad asocial** de los hombres, es decir la propensión de los hombres a entrar en una sociedad, pero esa propensividad está vinculada con una **constante resistencia mutua** que amenaza con disolver dicha sociedad. Esa propensividad es aparentemente **innata del hombre**”.³⁴ Así, los elementos luminosos en el enfoque histórico de Kant se vieron oscurecidos por el imperativo social del capital de dominar/subordinar a la “sociedad civil” y el Estado en la que esta encaja, para terminar en la **justificación explícita** nada iluminadora de la **desigualdad sustantiva**.³⁵

En las variadas concepciones de “sociedad civil” el lugar de los individuos sociales reales —junto con sus determinaciones de clase y su definitiva inseparabilidad de la humanidad (que los sobrepasaba solo en su particularidad estrictamente constreñida, sin aventurarse en los dominios del trascendentalismo religioso)— fue ocupado por la imagen de los **individuos aislados** y su “naturaleza

34 Ibid., p. 120.

35 En los propios términos de Kant: “La **igualdad general** de los hombres como sujetos en un Estado coexiste con la **mayor de las desigualdades** en cuanto al grado de las **posesiones** tenidas por ellos, trátase de que las posesiones consistan en una superioridad corpórea o espiritual o si no en posesión material. Por tanto la igualdad general de los hombres coexiste también con una **gran desigualdad de derechos específicos**, de los cuales pueden existir varios. De aquí que la prosperidad de un hombre pudiese depender en gran medida de la voluntad de otro hombre, al igual que **los pobres dependen de los ricos**, y aquel que sea **dependiente debe obedecer** al otro como el **niño** obedece a sus padres, o la **esposa** al marido, o, de nuevo, así como un hombre ejerce mando sobre otro y como un hombre sirve y otro le paga, etc. Sin embargo, todos los sujetos son iguales entre sí ante la ley, que, como pronunciamiento de la voluntad general, solo puede ser una. Esta ley concierne a la **forma** y no a la **materia** del objeto respecto al cual yo puedo poseer un derecho”. Kant, “Theory and Practice”, en Carl J. Friedrich (ed.), **Op.cit.**, pp. 415-416.

humana” que les fue fijada y estaba **determinada por el género**. Este tipo de conceptualización se hacía con la finalidad de proporcionarles a los individuos la idoneidad para el papel de eternizar y legitimar espúreamente las relaciones antagónicas/adversariales de “sociabilidad asocial” establecidas. La consecuencia de esa manera de describir el orden reproductivo del capital fue que incluso en las mayores y más comprensivas de tales concepciones de “sociedad civil”, como por ejemplo la filosofía de Kant, la **base social** para la asignación de valores real tuvo que ser representada como el misterioso “mundo inteligible” aparte del **trascendentalismo ético**.

Más aún, para el momento en que llegamos al siglo XX, ya no fue posible seguir negando la estrecha relación entre los individuos y la sociedad —el grado de dependencia directa entre ambos para su supervivencia misma que ya no era posible seguir negando —y cualquier intento de aferrarse a la concepción de la individualidad aislada, en pro de la continuada apologética del capital, se tornó totalmente insostenible. Y, no obstante, de parte de algunas destacadas figuras intelectuales, como Max Weber, nos llegó una concepción individualista a ultranza de las relaciones morales y sociales, con una consideración irracionalista sumamente deplorable de las arbitrarias decisiones éticas de los individuos aislados, que glorificaba a sus inexplicables “demonios privados”,³⁶ y por

36 Se supone que los valores en sí conciernen a los individuos tan solo como meros individuos. Es así como lo expone Weber:

“En lo que atañe al individuo, una cosa es el Diablo y otra Dios, y el individuo tiene que decidir cuál es, **para él**, Dios y cuál el Diablo. Y ello es así para los efectos de todos los órdenes de la vida. ... vayamos a nuestro trabajo y satisfacemos la “exigencia del día”, tanto en el nivel humano como en el profesional. Esa exigencia, sin embargo, será clara y simple si cada uno de nosotros encuentra y **obedece al demonio** que sostiene las riendas de su vida”.

Weber, **Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre**, Tübingen, 1922, pp. 545 y 555. Citado en Lukács, **The Destruction of Reason**, Merlin Press, Londres, 1980, pp. 616 y 618.

consiguiente socavaba todas las pretensiones de racionalidad de la filosofía weberiana.

Suponer que la “sociabilidad asocial” sea la base para establecer los valores determinada por la naturaleza no puede resultar sino contraproducente. Porque en última instancia tiene que negar la posibilidad de **escogencias alternativas reales** si ellas entran en conflicto —como harán inevitablemente— con las determinaciones destructivas del “eterno presente” adversarial/conflictual prevaleciente. Es la hipótesis sin fundamento del “eterno presente” del capital la que trae consigo la permanencia circularmente pretendida de la “sociabilidad asocial”. Sin duda, la “sociabilidad” no solamente puede ser “asocial” sino incluso **muy destructivamente antisocial**, como bien sabemos. Sin embargo, la sociabilidad que en realidad conocemos puede ser por igual profunda y responsablemente **social**, asumiendo la forma de la **cooperación genuina**. Todo depende de la orientación de la asignación de valores por parte de los individuos sociales, que pueden ponerse del lado de las potencialidades positivas de la humanidad, o de lo contrario alinearse con los contravalores cada vez más peligrosos del capital —según elijan de entre las alternativas reales a la mano— al enfrentar o evadir el desafío y la carga de su tiempo histórico.

Si realmente queremos salir del círculo vicioso de la adversarialidad autosustentada del capital, tenemos que cuestionar las premisas prácticas prevalecientes del sistema y sus obligadas hipótesis. Una mirada más de cerca a la estructura conceptual de las teorías de la “sociedad civil” revelará que sus **conclusiones** —que predicán la imposibilidad de crear algo que sea recto a partir de lo que por naturaleza es torcido— **coinciden** con sus **hipótesis**. Eso lo podemos ver en el ejemplo de la filosofía de Kant ya citado, en la forma como es presentada la hipótesis/conclusión de la fatal afinidad entre la naturaleza humana y el árbol (que se supone torcido por su determinación original). Ni de casualidad formula la supuesta relación entre ambos de un modo que no sea la perentoria afirmación contenida en la pretendida hipótesis conclusiva misma.

Para la solución de nuestros graves problemas de cara a la urgencia de nuestro tiempo histórico resulta vital una ruptura radical con

esas concepciones. En ese respecto el tiempo realmente establecido de la historia de los siglos XX y XXI ha alcanzado tanto a los individuos como a la especie. Sobre todo porque algunas poderosas tecnologías productivas y el uso potencial que se les puede dar traen consigo la necesidad de tomar decisiones extremadamente difíciles y quizás hasta irreversiblemente peligrosas, que tienen que ver directamente con la cuestión del tiempo.

Para tomar un ejemplo obvio, los requerimientos energéticos esenciales de la actividad productiva humana han puesto en agenda la posibilidad de emplear también **centrales nucleares** con ese propósito en este mismo momento, por no hablar de la muy probable multiplicación de esos requerimientos en un futuro más distante. Pero incluso si pasamos por alto el inmenso peligro de la **proliferación de armas nucleares** fácilmente accesibles en estrecha conexión con la tecnología misma, **la propia escala de tiempo** alucinante de los procesos productivos más importantes y sus inevitables residuos —su tiempo de radiación potencialmente letal contabilizable en **muchos miles de años**, es decir cubriendo el tiempo de vida de incontables generaciones— luce absolutamente prohibitiva. Existen, por supuesto, personas que en aras de un lucro que no mira más allá de sus narices no dudan ni por un instante en jugar con la escala temporal, peligrosamente a largo plazo, del tiempo de la radiación nuclear. Otros, en cambio, rehuyen el problema mismo rechazando sobre alguna base apriorística la posibilidad de la producción de fuerza nuclear, incluso si la necesidad de ella se torna abrumadora.

Sin embargo, la cuestión real concierne a la naturaleza del sistema productivo mismo en el que hay que tomar las decisiones, junto con la capacidad o incapacidad del sistema en cuestión para dar con la apropiada escala de tiempo de las operaciones involucradas. Como nos lo enseña toda nuestra experiencia histórica, el sistema del capital, aun en su fase histórica marcada solamente por las **crisis coyunturales** recurrentes, en contraste con su grave **crisis estructural** en nuestro tiempo, se caracteriza por el **cortoplacismo a ultranza**, que cubre apenas unos pocos años en su ciclo de reproducción usual, y en modo alguno muchos miles de años con

la requerida previsión confiable. Más aún, incluso esos pocos años bajo los acostumbrados procesos de reproducción del capital son cubiertos solamente de manera adversarial/conflictual y **post festum**, a causa del imperativo sistémico de la acumulación de capital y su ciclo de amortización asociado con ella. ¿Hasta qué punto puede volverse más problemática esa relación con el tiempo histórico bajo las condiciones de **crisis estructural** del sistema? Porque esa crisis no puede sino agravar el asunto. En todo caso, dentro del marco del control del metabolismo social del capital, bajo todas las circunstancias, resulta totalmente inconcebible **planificar** para miles de años por venir. Y sin una planificación plenamente consciente y responsable sobre la escala de tiempo más abarcadora y a mayor plazo, basada en la comprensión apropiada de la ineludible relación en nuestro tiempo histórico entre las escogencias asignadoras de valor de los individuos sociales y el destino de la humanidad, no puede haber una solución viable para todos esos problemas.

La “sociabilidad asocial” constituye el trance histórico de los seres humanos solo bajo determinadas circunstancias sociales y económicas, y no su absoluta predestinación ontológica. Como seres **automediadores**, y no como **individuos del género**, ellos no solamente son los que padecen las condiciones antagonísticas de la sociabilidad asocial, sino al mismo tiempo quienes las construyen. Pero lo que es creado históricamente por los seres humanos —aunque en sus orígenes bajo las condiciones de los antagonismos sociales incrustados estructuralmente— puede ser también alterado históricamente y en definitiva remitido al pasado. Mas la precondition necesaria para el éxito en ese respecto es que los individuos sociales se involucren en la tarea de superar los antagonismos en cuestión mediante la institución de un orden social radicalmente diferente e históricamente viable: la única manera concebible de suprimir los antagonismos estructurales profundamente implantados.

Naturalmente, el tiempo histórico de los individuos no puede ser nunca **idéntico** al tiempo de la humanidad. Pero de su diferencia no se deriva que los dos deban constituir una relación **antagónica**, que por ende les imponga la “condición inconsciente de la humanidad” a los individuos en forma de ciegas determinaciones materiales,

como fue la experiencia en el pasado histórico. Ni tampoco pasa de ser un premio de consolación bien pobre avenirse con semejante estado de cosas —mientras seguimos estando presos dentro del marco de los antagonismos aparentemente inconciliables del mundo actualmente existente— bajo el halo “del otro mundo” del **trascendentalismo religioso**.

En verdad el tiempo histórico de los individuos no necesita estar siempre en conflicto con las determinaciones objetivas del tiempo histórico de la humanidad. Es posible también ponerlo en **armonía** con el tiempo de la humanidad. Esto es loguable hoy día si los individuos sociales adoptan conscientemente las alternativas positivas que apuntan en dirección al futuro sustentable de la humanidad. La especificidad y la urgencia de nuestro tiempo histórico es que no solamente **pueden** sino que también **deben** hacerlo.

1.2. Los seres humanos reducidos a “despojo del tiempo”

Naturalmente, la relación entre los individuos y la humanidad depende siempre de la manera como la necesaria interacción entre los seres humanos y la naturaleza sea mediada bajo las circunstancias establecidas por un conjunto de relaciones sociales determinado históricamente. El problema grave, y en principio insuperable, para el sistema del capital es que él les **sobrepone** a las inevitables **mediaciones de primer orden** entre la humanidad y la naturaleza un conjunto de **mediaciones de segundo orden alienantes**, creando por lo tanto un **círculo vicioso “eternizado”** —así conceptualizado incluso por los más grandes pensadores de la burguesía— del cual no hay escape posible si se comparte la perspectiva del capital.

Para indicar muy brevemente³⁷ la diferencia fundamental entre las mediaciones de **primer orden**, siempre inevitables, y las de **segundo orden**, capitalistamente específicas, debemos tener en mente que **ninguno** de los requerimientos de mediación de primer orden entre los seres humanos y la naturaleza prescribe las obvias

37 Es imposible entrar en detalles en este punto. El lector interesado puede encontrar un estudio de ellos en el capítulo 4 de **Más allá del capital**.

relaciones de clase de dominación y subordinación que son inseparables de las mediaciones de segundo orden del capital, al contrario de las tergiversaciones teóricas concebidas desde la interesada perspectiva del capital que adoptaron incluso los más grandes economistas políticos clásicos, como Adam Smith. Las mediaciones primarias entre la humanidad y la naturaleza requeridas por la propia vida social se pueden resumir como sigue:

1. la necesaria, y más o menos espontánea, regulación de la actividad reproductiva **biológica** y el tamaño **de la población sostenible**, en conjunción con los recursos disponibles.

2. la regulación del **proceso del trabajo** mediante el cual el necesario intercambio de la comunidad establecida con la naturaleza puede producir los bienes requeridos para la gratificación humana, así como las herramientas de trabajo apropiadas, las empresas de producción, y el conocimiento mediante el cual el propio proceso de reproducción puede ser mantenido y mejorado;

3. el establecimiento de **relaciones de intercambio adecuadas**, bajo las cuales las necesidades de los seres humanos, históricamente cambiantes, puedan ser vinculadas a fin de optimizar los recursos naturales y productivos a mano, incluidos los culturalmente productivos;

4. la organización, **coordinación** y control de la **multiplicidad de actividades** a través de las cuales se puedan asegurar y resguardar los requerimientos materiales y culturales del exitoso proceso de reproducción metabólica social de las comunidades humanas progresivamente más complejas;

5. la **asignación racional** de los recursos materiales y humanos disponibles, luchando contra la **tiranía de la escasez** mediante la **utilización** económica (en el sentido de **economizar**) de los modos y medios de reproducción de la sociedad establecida;

6. la **promulgación** y administración de las **normas y regulaciones** de la sociedad establecida **en su conjunto**, en conexión con las otras funciones y determinaciones de mediación primaria.

Las tergiversaciones teóricas ideológicamente más reveladoras de los desarrollos históricos reales operan de manera tal que **se pretende** que las mediaciones de **segundo orden** del capital

—características de los procesos de reproducción actualmente dominantes— sean las ontológicamente irremplazables mediaciones de **primer orden** de la interacción metabólica social en sí misma. De ese modo se les describe como las **premisas prácticas** vitales, no solo para el orden social específico creado y cambiante históricamente, sino para toda la vida social concebible en general. Así, se presume que las **premisas prácticas tendenciosamente supuestas** del modo de reproducción social capitalista ofrecen el basamento firme para las **conclusiones** requeridas —como ya lo vimos en la sección 1.1, en el caso de las “hipótesis/conclusiones” de las que se derivan las “hipótesis concluyentes” postuladas— que irreparablemente cierran el círculo sistémico del capital.

Inevitablemente, entonces, si queremos superar la constricción paralizante del círculo vicioso del capital, constituida en forma de las mediaciones de segundo orden del sistema, se hace necesario oponernos **en su totalidad** a las premisas prácticas mismas que no pueden ser convenientemente divididas en compartimientos con ilusorios propósitos reformistas. El estruendoso fracaso histórico de todos los intentos que apuntaban a la reforma del sistema del capital —tanto de los que alguna vez tuvieron esa intención genuina como los que desde el principio fueron empleados con el propósito de la mistificación ideológica— halla su dolorosa explicación en la circularidad negadora entre las mismas premisas prácticas estructuralmente prejuizadas y el modo de operación absolutamente necesario del orden metabólico social del capital, que en esas premisas prácticas ya se veía venir como un conjunto de **imperativos de reproducción**.

Si comparamos las mediaciones de primer orden con las bien conocidas determinaciones jerárquicas estructurales de las mediaciones de segundo orden del capital, encontraremos que con el ascenso del capitalismo todo se alteró de tal manera que quedó irreconocible. Porque la totalidad de los requerimientos mediadores primarios hubieron de ser modificados de modo tal que pudieran ajustarse a las necesidades autoexpansionistas de un sistema de control de la reproducción social fetichista y alienante, que tiene que subordinar absolutamente todo al imperativo de la acumulación del capital. Por

eso, para poner tan solo un ejemplo, el objetivo único de reducir los “costos de producción” tanto materiales como de trabajo viviente en el sistema del capital, sobre la base de la aplicación implacable de la **contabilidad del tiempo** del capital, y la resultante lucha contra la escasez, mostraron formidables logros en un plano. Sin embargo, todo eso se hizo, contradictoriamente, nada más para anular por completo los pretendidos logros en otro plano a través de la creación de las “apetencias artificiales” más absurdas y las asociadas escaseces cada vez mayores, al servicio de la reproducción sumamente despilfarradora del modo de control metabólico social establecido.

Como resultado de esos desarrollos, el **valor de uso** correspondiente a la necesidad puede adquirir el derecho a la existencia solo si se amolda a los imperativos apriorísticos del **intercambio de valores en autoexpansión**. Por consiguiente resulta doblemente irónico que una de las principales filosofías de la época del capital se considere a sí misma paladín del “**utilitarismo**” en un momento en que toda preocupación genuina por el **servicio no rentable** se ve implacablemente eliminada y reemplazada por la universal conversión en mercancías de los objetos y de las relaciones humanas por igual. Ese proceso se desenvuelve gracias a la marcha hacia delante aparentemente irresistible del “espíritu comercial” idealizado cuyo triunfo la misma filosofía aprueba de todo corazón.

La racionalización ideológica de esos desarrollos, en sintonía total con las mediaciones de segundo orden y las premisas prácticas del capital, asume la forma de la **fusión** de algunas líneas de demarcación conceptuales socialmente muy importantes. La manera de sumergir falazmente el **valor de uso** en el **valor de cambio**, para pretender así un logro productivo cuando lo que está claramente en evidencia es lo diametralmente opuesto —como en el caso del **despilfarro** y la **destruibilidad** en escalada, que sus ideólogos idealizan espúreamente como “destrucción productiva”— constituye un ejemplo notorio de ese tipo de fusión mistificadora.

Del mismo modo, significativamente, el problema clave concierne a la expropiación unilateral de los **medios de producción** por las personificaciones voluntariosas del capital es **fusionado** dentro de la vaga generalidad de los “accidentes de la distribución

desigual de los **medios de subsistencia**”, y se elimina así la dimensión de **conflicto de clase**. Como resultado, queda convenientemente confuso el hecho de que la **distribución** en la sociedad capitalista significa primero que nada la **distribución de los seres humanos en clases sociales antagónicas**, lo que ocasiona obligatoriamente la dominación de la producción de una manera ordenada jerárquicamente. En ese contexto no podría resultar sorprendente que hasta Hegel, el gran pensador dialéctico, **fusione** los **medios de producción** con los medios de **subsistencia**, al igual que el **trabajo** en general con el **trabajo socialmente dividido**, a fin de ensalzar lo que él llama el “**capital permanente universal**”.³⁸

Uno de los aspectos más degradantes del orden social del capital es que este reduce a los seres humanos a una condición cosificada, para así poder amoldarlos a los estrechos límites de la **contabilidad del tiempo** del sistema: el único tipo de contabilidad —extremadamente deshumanizadora— compatible con el orden social del capital. Este tipo de desarrollo social sumamente depauperante en el plano humano se ve justificado teóricamente en forma de una abstracción ideológicamente reveladora producida por los economistas políticos que vinculan directamente la **individualidad abstracta** (los individuos aislados) con la **universalidad abstracta** (la división y fragmentación capitalista del trabajo prevaleciente, que se decreta como una regla universal atemporal creada por la propia naturaleza). El procedimiento teórico reductor al extremo de los economistas políticos —que se abstrae de toda cualidad humana— está basado en el reduccionismo práctico que subyace al capital, que Marx puso en evidencia al enfocar la relación objetiva entre el **trabajo compuesto** y el **simple**, y la subordinación alienante de los seres humanos al dominio de la **cantidad y el tiempo** bajo los imperativos prevalecientes del capital. En palabras de Marx:

La competencia, según un economista norteamericano, determina cuántos días de trabajo simple están contenidos en un día de trabajo

38 Hegel, **Philosophy of Right**, p. 130.

*compuesto. ¿No supone esta **reducción** de los días de trabajo compuesto a los días de trabajo simple que el trabajo simple sea tomado él mismo como una **medida del valor**? Si la mera cantidad de trabajo funciona como una medida del valor sin tomar en cuenta la calidad, ello supone que el trabajo simple se ha convertido en eje de la industria. Supone que la **subordinación del hombre a la máquina o la división al extremo del trabajo** han vuelto iguales los trabajos; que el hombre ha sido **eclipsado por su trabajo**; que el péndulo del reloj mide ahora la actividad relativa de dos trabajadores con la misma precisión con que mide la velocidad de dos locomotoras. Entonces no deberíamos decir que la hora de trabajo de un hombre vale lo mismo que la hora de trabajo de otro hombre, sino más bien que un hombre vale durante una hora lo mismo que otro hombre durante una hora. **El tiempo lo es todo, el hombre no es nada; él es, cuando más, un despojo del tiempo.** La calidad ya no importa. La **cantidad** lo decide todo por sí sola; hora por hora, día por día.*³⁹

Así, dentro del marco del sistema socioeconómico existente se reproducen una multiplicidad de interconexiones dialécticas en forma de dualismos, dicotomías y antinomias prácticas pervertidoras, que **reducen a los seres humanos a una condición cosificada** (con la cual son llevados a un común denominador con “locomotoras” y otras máquinas, y se vuelven reemplazables por ellas), y al ignominioso estatus de “**despojo del tiempo**”. Y puesto que la posibilidad de declarar y realizar en la práctica el **valor intrínseco** y la especificidad humana de los individuos a través de su actividad productiva esencial está bloqueada, como resultado de ese proceso de **reducción alienante** (que hace que “un hombre vale durante una hora lo mismo que otro hombre durante una hora”), el **valor** como tal pasa a ser un **concepto extremadamente problemático**. Porque, en interés de la **rentabilidad** capitalista, no solo no puede haber espacio para hacer realidad el valor específico de los individuos sino, peor aún, el **contravalor** tiene que prevalecer sin contemplaciones por

39 Marx, **The Poverty of Philosophy**, en Marx/Engels, **Collected Works**, vol. 6, pp. 126-7.

sobre el valor y hacer valer su dominación absoluta como la única y solitaria relación de valor práctica admisible.

La **contabilidad socialista** alternativa no puede prevalecer a menos que logre una reorientación radical del proceso de la reproducción social en su totalidad rompiendo la tiranía del imperativo del tiempo deshumanizador del capital. Las categorías fundamentales del proceso de reproducción social, intrínsecas de las vitales mediaciones de primer orden de una interacción dialéctica sustentable entre la humanidad y la naturaleza en una escala de tiempo histórica indefinida, han sido subvertidas en el transcurso del desarrollo, especialmente en los tres últimos siglos bajo los imperativos fetichistas del control metabólico social del capital. Así, al logro de suma importancia de la humanidad en forma de un **tiempo libre** potencialmente emancipador, encarnado en el **plus trabajo** en producción expansiva de la sociedad —que resulta ser tanto la preconditionación como el promisorio depósito para todo futuro avance, una vez despojado de su alienante cobertura capitalista— se le ha puesto la **camisa de fuerza** definitivamente asfixiante del **plus valor**, bajo el imperativo corolario de reducir al mínimo el **tiempo de trabajo necesario**, para que sea administrado por la **contabilidad del tiempo** del sistema, no solamente deshumanizadora sino en términos históricos también cada vez más anacrónica.

En concordancia, todo lo que no pueda ser amoldado **provechosamente** dentro de esos límites tiene que ser condenado, en el mejor de los casos, a resultar improcedente o inexistente, o ciertamente habrá de ser destruido si le presenta resistencia activa al paralizador plan represivo del capital, como tiene que hacerlo cualquier intento que apunte a la institución de una alternativa socialista genuina a cualquier escala. Si el **valor humano de los individuos** es sacado categóricamente de toda consideración, porque el **contravalor** asegura mucho mejor la rentabilidad al disfrazarse de único productor viable de eficiencia y valor económicos —y lo hace obligando implacablemente a reducir al mínimo el tiempo de trabajo, sin que importen las consecuencias socialmente destructivas del desempleo crónico— ¿en ese caso cómo podría surgir de las **necesidades humanas** de los individuos, **determinadas cualitativamente**, la

regulación y la medida de los objetos que hay que producir, como **valores de uso** que se correspondan con esas necesidades?

El **contravalor rentable** debe dictaminar —a toda costa— la **medida** en sintonía con la contabilidad del tiempo capitalista históricamente prevaleciente, aunado al requerimiento cada vez más anacrónico de **reducir** al mínimo el tiempo de trabajo necesario, y a la vez hacerlo inseparablemente de la alienante **reducción de los propios seres humanos a un despojo del tiempo** que se pueda ajustar a esos parámetros productivos, por una parte, y del tipo de productos —los bienes rentablemente comercializables que adquieren su **raison d'être** en virtud de su total amoldamiento a la reductora contabilidad del tiempo del capital— por la otra. Así, no tendría caso evaluar en relación con las necesidades de los individuos sociales determinadas cualitativamente la cuestión de **qué tipo de objetos** hay que producir, al mismo tiempo determinando conscientemente también el **tiempo dedicado a cada producto**, lo cual se justificaría no gracias a un mecanismo económico ciego sino sobre la base de escogencias hechas libremente y surgidas de la necesidad humana. Se supone que el **determinismo económico** de la reductora contabilidad del tiempo del capital —que vino a constituir en su propio tiempo un importante adelanto productivo, pero a partir de cierto punto ha devenido en peligroso anacronismo histórico— es suficiente para dictaminarlo todo, y también para **justificar por definición todo cuanto pueda dictaminar exitosamente**. No fue gratuito que Hegel expresara la fórmula definitiva del círculo completo del capital, del cual ni siquiera cabía contemplar jamás algún escape, diciendo en tono de anuente resignación que **“lo que es racional es real y lo que es real es racional”**.⁴⁰

Por eso el concepto de **tiempo libre** carece totalmente de sentido para el capital. Tiene que ser subvertido —y adulterado— convirtiéndolo en “ocio” inútil, a fin de hacerlo subsumirse explotadoramente bajo el imperativo general de la acumulación del capital. Por el contrario, la contabilidad socialista tiene que poner en primer

40 Hegel, **Philosophy of Right**, p. 10.

plano de atención la tarea de hacer siempre el mejor uso del tiempo libre disponible de la sociedad y además expandirlo óptimamente en el interés de todos. Es así como se torna posible enriquecer a los individuos sociales de una manera significativa a través del proceso del ejercicio creativo del tiempo libre a disposición personal —el **tiempo disponible** de los individuos, que la sociedad capitalista omite totalmente por necesidad— y simultáneamente también incrementa las potencialidades positivas de la humanidad misma como base del desarrollo individual y social en el futuro.

La expansión productiva del plus trabajo y el tiempo libre empleado creativamente constituyen los conceptos orientadores importantes de la contabilidad socialista, en contraste con el estrecho horizonte del tiempo del plus valor. La historia de las sociedades de clases estuvo caracterizada siempre por la **extracción por la fuerza del plus trabajo**, tanto en su modalidad **política** como **económica**, o ciertamente en combinación de ambas. La extracción provechosa del plus trabajo como plus valor, característica del orden social del capital, no altera en lo sustantivo la vieja relación de explotación, sino solamente su modalidad: convierte en estructuralmente dominante a la expropiación del plus trabajo impuesta económicamente, reduciendo a los seres humanos —al servicio de la eterna acumulación de plus valor— a despojo del tiempo. El desafío histórico es remitir al pasado ese círculo vicioso de la extracción impuesta, mediante la dedicación racionalmente determinada del tiempo libre a los propósitos escogidos conscientemente por los individuos sociales.

1.3. La pérdida de la conciencia del tiempo histórico

Al revisar los desarrollos teóricos de los últimos ciento cincuenta años encontramos que la concepción histórica comprensiva de la tradición filosófica burguesa le cede su lugar a un escepticismo y un pesimismo que se van haciendo cada vez más impregnantes a partir de las décadas que siguieron a la muerte de Hegel hasta llegar a nuestro tiempo. Ranke y Alexis de Tocqueville marcan el tono, predicando la equidistancia de Dios a la que todo permanece y la desolación de nuestra situación inescapable.

El célebre historiador Sir Lewis Namier compendia con escepticismo pesimista —combinado con el dogmatismo tan seguro de sí mismo de quienes saben que su clase social tiene las riendas del poder— la antihistórica “filosofía de la historia” que predomina en la ideología burguesa del siglo XX. Como él lo expone, tratando de describir los “**patrones** que se entrecruzan”, después de rechazar la viabilidad de la investigación de las “**contien**das emponzoñadas” (porque “dicha investigación nos llevaría a **profundidades inescrutables** o al **vacío etéreo**”): “no hay más sentido en la historia humana del que existe en los cambios de las estaciones o los movimientos de las estrellas; o si hubiese algún sentido, escaparía a nuestra percepción”.⁴¹

Con la adopción de esos puntos de vista, todos los logros genuinos de la tradición de la Ilustración en el campo de la teoría histórica quedan completamente trastocados. Porque las figuras más destacadas de la Ilustración intentaron trazar una línea de demarcación significativa entre la naturaleza que rodea al **homo sapiens** y el mundo hechura humana de la interacción social, a fin de hacer entendibles las especificidades, regidas por leyes, del desarrollo histórico que se origina de la prosecución de los objetivos humanos. Pues bien, en contraste total, incluso la racionalidad y la legitimidad de esas reflexiones son negadas con categórica firmeza. Así, se suprime radicalmente la temporalidad histórica y el territorio de la historia humana es sumergido en el mundo cósmico de la naturaleza, en principio “carente de significado”.

Se nos dice que solo podemos comprender la historia en términos de la inmediatez de la **apariencia** —de manera que la cuestión de tomar el control de las **determinaciones estructurales** subyacentes porque se captan las **leyes socioeconómicas** en acción no puede plantearse nunca— mientras nos resignamos a la conclusión paralizante de que “si hubiese algún sentido” no lo podríamos hallar en las relaciones sociales históricamente producidas e históricamente

41 Sir Lewis Namier, **Vanished Supremacies: Essays on European History, 1812-1918**, Penguin Books, Harmondsworth, 1962, p. 203.

cambiables, moldeadas según los propósitos humanos, sino tal vez en la naturaleza cósmica, puesto que aquel siempre “escaparía a nuestra percepción”.

Naturalmente, el escepticismo pesimista de las teorías de ese tipo —que, sin embargo, no vacilan en constituirse en férreas castigadoras de toda “concepción general” (ejemplificado también por las andanadas “posmodernas” en contra de los “grandes relatos”)— no necesita oponerse a la práctica social en general en nombre del “retiro del mundo”, por otra parte estipulado como necesario. La necesidad de ese retiro surge solo cuando está involucrado un cambio estructural importante —con referencia a alguna concepción general **radical**— en la acción promulgada.

Puesto que todo puede estar contenido dentro de los parámetros del orden establecido, no es preciso condenar la “unidad de la teoría y la práctica” como una de las tantas alegadas “confusiones” de Marx. Por el contrario, bajo esas circunstancias se le puede elogiar como un aspecto altamente positivo de la empresa intelectual. Así lo hallamos, de hecho, en la observación de Sir Lewis Namier según la cual “es admirable cuánto **se agudiza nuestra percepción** cuando el trabajo está al servicio de un **propósito práctico** de interés absorbente”, refiriéndose a su propio estudio, **La caída de la monarquía de los Habsburgo**, fruto de su trabajo “en los Departamentos de Inteligencia, primero bajo, y después dentro, del Foreign Office”.⁴²

Así, el escepticismo histórico, no importa cuán extremado, es bastante selectivo en sus diagnósticos y en la definición de sus objetivos. Porque si el aspecto en estudio implica la posibilidad de prever transformaciones estructurales de envergadura, entonces predica la “carencia de sentido” de nuestra situación y la ineludibilidad de la conclusión de que “si hubiese algún sentido, escaparía a nuestra percepción”. Por otra parte, no obstante, cuando la cuestión es cómo sostener con todos los medios y medidas necesarios el orden establecido, a pesar de sus antagonismos, y cómo dividir los despojos

42 Ibid., p. 7

de (o cómo llenar el vacío creado por) el moribundo imperio de los Habsburgo, ese “propósito práctico de interés absorbente”, al servicio de los departamentos de inteligencia de otro imperio condenado a morir, el británico, milagrosamente se “agudizará su percepción” y pondrá en reposo al incómodo estorbo del escepticismo.

Lamentablemente, es así como termina la búsqueda emancipadora de la tradición de la Ilustración en la historiografía moderna burguesa. Los grandes representantes de la burguesía en ascenso trataron de hallar el conocimiento histórico dilucidando el poder para “hacer la historia” del sujeto histórico humano, si bien no pudieron llevar consistentemente adelante su indagación hasta la conclusión originalmente intentada. Ahora cada constituyente de su enfoque por separado tiene que ser liquidado.

La idea misma de “hacer la historia” ha quedado descartada, con desprecio no disimulado por todos aquellos que pudiesen estar acariciando la idea todavía, puesto que la única historia que debería ser contemplada es la que **ya** está hecha, y que se supone permanecerá con nosotros hasta el fin del tiempo. Por consiguiente, si bien es correcto y apropiado hacer la crónica de “La caída del imperio de los Habsburgo”, la legitimidad intelectual de la investigación de las tendencias y antagonismos objetivos del desarrollo histórico que presagian la inevitable disolución de los imperios inglés y francés —o, en la misma tónica, también de las estructuras de posguerra políticamente/militarmente mucho más mediadas y esparcidas del imperialismo avasalladoramente dominado por los Estados Unidos— tiene que ser declarada completamente fuera de consideración.

Del mismo modo, el renuente reconocimiento de las limitaciones de los individuos para imponerle al desarrollo histórico las decisiones de política de Estado “de interés absorbente” adoptadas, no conduce a una captación más realista de las reciprocidades dialécticas en acción entre los individuos y sus clases en la constitución del sujeto histórico, ni al reconocimiento de los inescapables parámetros **colectivos** de la acción históricamente pertinente. Por el contrario, acarrea la disección escéptica y la total eliminación del sujeto histórico, con devastadoras consecuencias para las teorías que pudiesen

ser construidas dentro de esos horizontes. Porque una vez que el sujeto histórico ha sido arrojado por la borda, no solamente la posibilidad de **hacer la historia** sino también la de **comprenderla** deben correr el mismo destino, como acertadamente lo reconocieron las grandes figuras de la Ilustración mientras trataban de encontrarles soluciones a los problemas que tenían delante.

Y finalmente, el resultado final irónico de todo esto para los historiadores involucrados es que su propia empresa, también, pierde por completo su **“raison d’être”**. Una condición que ellos mismos se echaron encima en el curso de su intento por socavar las bases de aquellos que se negaban a abandonar los conceptos, estrechamente interconectados, de “sujeto histórico”, “hacer la historia” y “comprender la historia”, y también al romper necesariamente con todos los vínculos con los aspectos positivos de la tradición filosófica a la que pertenecen.

Al final, la “salida” que les queda es la generalización e idealización arbitrarias de una dudosa postura intelectual que, en su búsqueda de una escéptica seguridad en sí mismos, tiene que volverse en contra no solo de su adversario social sino incluso en contra de su propio linaje.

Tratan de ocultar las contradicciones de las soluciones a las que llegan tras la ideología de la “carencia de sentido” universal, aunado a la viabilidad aparentemente manifiesta de presentar, en cambio, “patrones” con “integridad” descriptiva: la más inescapablemente autoderrotista de todas las aspiraciones, y justifican su evasión programática de los temas más amplios —de los cuales no es posible eliminar la cuestión de cómo hacer entendibles las tendencias y las necesidades que nacen de la procura, por parte de los individuos, de sus fines socialmente demarcados— sobre la base de que esos temas pertenecen más bien a las “profundidades inescrutables” de los misterios cósmicos.

Si buscamos las razones desalentadoras que están detrás de la trayectoria de esta marcha atrás radical —desde la preocupación en la Ilustración por el significado humano y su progresiva realización en la historia, hasta la apoteosis del pesimismo cósmico y la carencia de sentido universal— salta a la vista un factor específico, que

se destaca de todos los demás por su importancia decisiva e irreversible, que afecta directamente a la tradición filosófica en cuestión en sus fases de desarrollo cualitativamente alteradas. Conciérne a las condiciones objetivamente dadas y las posibilidades de emancipación, así como también a las variadas constricciones sociales involucradas en sus concepciones bajo diferentes circunstancias históricas.

En verdad, la búsqueda emancipadora de la gran tradición histórica de la Ilustración padeció de las coacciones que indujeron a sus principales representantes a abandonar la cuestión del sujeto histórico definido (o indefinido) de manera abstracta y nebulosa. Ello se debió en parte a las presuposiciones individualistas de los filósofos pertenecientes a esa tradición, y en parte a la heterogeneidad potencialmente antagonística de las fuerzas sociales a las que estuvieron vinculados en la fase de las confrontaciones históricas dada. Así, lo que nos encontramos aquí, incluso bajo las circunstancias más favorables para la articulación de las concepciones históricas burguesas, es la presencia —al principio latente, pero creciendo inexorablemente— de antagonismos sociales insuperables que hallaron su camino hasta el núcleo estructural de las respectivas síntesis filosóficas.

Comprensiblemente, entonces, el cierre del período histórico en cuestión, en la secuela de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, trae a la luz un logro verdaderamente ambivalente. Por una parte, origina la mayor de las concepciones burguesas de la dinámica de la historia, en el nivel de generalización más elevado, que anticipa autoritativamente dentro de los confines de las categorías abstractas de sus horizontes la lógica objetiva del desenvolvimiento global del capital, aunado a las percepciones verdaderamente epocales del papel primordial del trabajo en el desarrollo histórico. Por otra parte, sin embargo, también produce la expansión antes inimaginable del **arsenal mistificador** de la ideología.

Significativamente, ambas cosas se combinan en la síntesis internamente desgarrada, y en sus propios términos extremadamente problemática, del sistema hegeliano; con su “identidad sujeto/objeto” y su “astucia de la razón” en lugar del sujeto histórico real; con la

reducción del proceso histórico al “círculo de círculos” del “progreso único del concepto” que se genera a sí mismo, en su construcción del edificio de categorías de **La ciencia de la lógica** al igual que en la pretendida “teodicea verdadera” de **La filosofía de la historia**; y con la supresión de la temporalidad histórica en la coyuntura crítica del presente, para terminar contradiciéndose a sí mismo con la mayor mentira de todas en una teoría que aparenta ser histórica —a saber, que “Europa es **absolutamente el fin de la historia**”⁴³— luego de definir la tarea de la Historia Universal como la demostración de “cómo el Espíritu llega al **reconocimiento y adopción de la Verdad**”.⁴⁴

En ese sentido, de la mano de la consolidación del orden social después de la Revolución Francesa vinieron algunas transformaciones conceptuales altamente significativas. Al principio, los historiadores burgueses reconocieron la sustancia sociohistórica y el valor explicatorio de las “**luchas de clases**”, si bien trataron de insertar ese concepto en un marco general cada vez más conservador. Más tarde, sin embargo, todas esas categorías se vieron descartadas por completo como “conceptos del siglo XIX”, y se las atribuyeron característicamente a Marx (aunque el propio Marx nunca pretendió la originalidad al respecto) a fin de poder zafarse de su propia herencia cultural sin ruborizarse. La búsqueda de la emancipación por parte de la Ilustración sufrió el mismo destino de verse relegada al pasado remoto en todos sus aspectos fundamentales, a los que, cada vez más, se hace referencia como —en el mejor de los casos— una “noble ilusión”.

Cuando, “desde el punto de vista de la economía política” (que representa la perspectiva del orden establecido del capital), la interrogante es: ¿cómo **prevenir** que la historia sea hecha por las clases subordinadas como adelanto de un nuevo orden social?, el pesimismo histórico de la “creciente carencia de sentido” y el escepticismo

43 Hegel, *The Philosophy of History*, p. 103.

44 *Ibid.*, p. 53.

radical que trata de desacreditar la vieja idea de “hacer la historia” están en perfecta sintonía con los intereses materiales e ideológicos dominantes. Al mismo tiempo, sin embargo, las fuerzas sociales comprometidas en la lucha por la emancipación del dominio del capital no pueden ni abandonar el proyecto de “hacer la historia” ni la idea de instituir un nuevo orden social. No a cuenta de alguna inclinación malsana hacia el “holismo” mesiánico, sino simplemente porque la realización de tan siquiera sus **objetivos inmediatos** más limitados —como comida, techo, cuidados básicos de la salud y educación, en lo que respecta a la inmensa mayoría de la humanidad— resulta bien poco concebible si no se desafía radicalmente el orden establecido cuya naturaleza misma las remite, **por necesidad**, a su impotente posición de subordinación estructural dentro de la sociedad.

1.4. Tiempo libre y emancipación

La emancipación humana es factible solo sobre la base de una concepción histórica que rechaza no solamente cualquier idea de **determinismo materialista mecánico**, sino además el tipo de **cierre de la historia** filosófico idealista que encontraremos en la monumental visión del mundo de Hegel. Porque cuando Hegel declara en un tono de anuente resignación que **“lo que es racional es real y lo que es real es racional”** (como vimos antes), a fin de justificar su aceptación de la **necesaria reconciliación con el presente**, equiparando al mismo tiempo la pretendida “realidad racional” de lo existente con la **positividad**, le pone un cierre arbitrario a la dinámica misma de la historia en el **“eterno presente”** apriorísticamente anticipado de su sistema especulativo, apartándose así también de su búsqueda emancipadora original concebida en el espíritu de la Ilustración.

En contraste con el determinismo mecanicista y con el idealismo especulativo, la propugnación socialista de una emancipación real no tendría ningún sentido si no afirmase el **carácter radicalmente ilimitado de la historia**. ¿Porque cuál sería el quid de enfatizar el potencial emancipador positivo de que la humanidad desarrolle productivamente el **tiempo libre**, puesto en uso creativo por los

individuos sociales en el transcurso del desarrollo histórico, si el **proceso general** de la transformación histórica iba a ser inevitablemente prejuizado según los estrechos límites del determinismo mecanicista (o “determinismo materialista”), o si no por las grandilocuentes proyecciones a priori del “Espíritu Mundial” que vendría a ser lo mismo?

Por eso Marx insiste, en su concepción **dialéctica** del carácter radicalmente ilimitado de la historia, enfrentada a todas las formas de cierre ideológico determinista, en que todo proceso y escenario específico originado por determinación **histórica** es **solamente** histórico, y por consiguiente cuando llegue el momento debe cederle su lugar a una etapa del desarrollo más avanzada —y para los individuos sociales también potencialmente más enriquecedora y satisfactoria— cada vez en mayor sintonía con la emancipación de la humanidad apuntalada en la producción. Así, al revés de lo que afirman las tendenciosas tergiversaciones de las opiniones de Marx —a quien se le condena falsamente a cuenta de su presunto “determinismo económico”, que de hecho resulta ser el enfoque teórico de los economistas políticos fuertemente criticados por Marx— cuando él subraya el poder aplastante de la base material lo hace con muy claras especificaciones. Porque pone de relieve que la base material de la transformación social logra su dominación paradójica **bajo las condiciones históricamente determinadas** del orden social del capital, cuando —gracias al desarrollo productivo de la humanidad— algunas potencialidades emancipadoras importantes se abren al horizonte, aunque terminen por verse frustradas y socavadas por los destructivos antagonismos internos del capital; precisamente con la intención de poner en libertad esas potencialidades productivas positivas, Marx les contrapone a las determinaciones estructurales antagonísticas del capital la alternativa emancipadora socialista, como un modo de control metabólico social cuyo objetivo no es nada más **reemplazar a conciencia** el poder de la base material históricamente específica del capital, articulada en forma de las determinaciones universalmente cosificadoras de la sociedad mercantil, sino que además tiene como objetivo derrocar la preponderancia de vieja data de la base material en general. Es ese el

significado del discurso de Marx acerca de la **historia real** de la humanidad y su “**reino de la libertad**”, en contraposición al “reino de la necesidad” abrumadoramente dominante en lo que él llama la **prehistoria** de la humanidad.

A la tiranía del **imperativo del tiempo del capital** la completa apropiadamente la escala omniabarcante del desarrollo en el arbitrario cierre de la historia. Así, si se quiere lograr la quiebra del imperativo del tiempo del capital es imprescindible afirmar con toda la fuerza —no solamente en las concepciones teóricas alternativas, sino sobre todo mediante la amplia estrategia práctica de la transformación revolucionaria— el carácter radicalmente ilimitado de la historia desafiando a conciencia el marco jerárquico establecido de las relaciones sociales estructuralmente predeterminadas y afianzadas. En ese sentido la tiranía del **imperativo del tiempo** del capital, prácticamente impuesto en el proceso de reproducción social por medio de la alienante **contabilidad del tiempo** del sistema, y la tiranía del **cierre histórico** del capital, se mantendrán en pie o caerán juntas.

El **carácter radicalmente ilimitado de la historia** creado históricamente es inseparable en sí mismo de la singular condición de la **automediación** de la humanidad con la naturaleza a través de la historia. Es muy real en el sentido de que no puede existir manera alguna de **predeterminar** sobre base permanente las formas y modalidades de la automediación humana, precisamente porque se trata de una **auto**-mediación. Las complejas condiciones dialécticas de esa automediación a través de la actividad productiva solo pueden ser satisfechas —puesto que constantemente están siendo creadas y recreadas— en el transcurso de la propia automediación. Es por eso que todos los intentos de producir sistemas de explicación de la historia perfectamente autocontenidos y convenientemente cerrados resultan, o bien en alguna reducción arbitraria de la complejidad de las acciones humanas a la burda simplicidad de las determinaciones mecánicas, o bien en la imposición idealista de uno u otro tipo de **trascendentalismo a priori** sobre la **inmanencia** del desarrollo humano.

Gracias a la producción del **tiempo libre** de la humanidad en escala creciente en el transcurso de la historia, se hace posible originar la emancipación real y la igualdad sustantiva de los individuos sociales. Así, los individuos no tienen que resignarse al premio de consolación idealista de “la **forma** y no la **materia** del objeto respecto al cual yo puedo poseer un derecho”,⁴⁵ como estipulaba Kant en una cita anterior: un premio de consolación noblemente concebido, pero por naturaleza propia completamente ilusorio. Un premio que está condenado a ser por siempre ilusorio porque ha sido vaciado de toda significación futura por la realidad deshumanizadora del modo de reproducción social del capital, no solo respecto a su **contenido**, sino también a su **forma**. Y así seguirán las cosas mientras el sistema del capital sobreviva.

En el transcurso del desarrollo de la humanidad la **necesidad natural** le va cediendo progresivamente su lugar a la **necesidad creada históricamente**, mientras que en su debido momento la propia **necesidad histórica** se convierte en **necesidad potencialmente innecesaria** gracias a la vasta expansión de la capacidad productiva y la riqueza real de la sociedad. Por ende, al representar la condición primordial de la emancipación realmente posible hallamos que la necesidad histórica es en verdad “una necesidad **meramente histórica**”: una necesidad obligadamente en desaparición o “evanescente”⁴⁶ que debe ser concebida como inherentemente **transitoria**, en contraste con el carácter absoluto de las determinaciones estrictamente naturales, como la **gravidad**. El desplazamiento progresivo de la necesidad natural por la necesidad creada históricamente abre la posibilidad del desarrollo universal de las fuerzas productivas, involucrando a la “**totalidad de las actividades**”⁴⁷ que a su vez continúan siendo siempre el eje de las relaciones de intercambio (como el necesario **intercambio de actividades**), al

45 Ver la nota N° 6 más arriba.

46 Marx, **Grundrisse**, p. 832.

47 *Ibid.*, p. 528.

contrario de la visión fetichista del **intercambio de mercancías** metido de contrabando hasta en los rincones más recónditos de la historia del pasado, y gratuitamente proyectado hacia el eterno futuro por los hayeks apologizadores del capital de este mundo.

La “tendencia universalizadora del capital”, que transfiere las condiciones de producción objetivas al plano de los intercambios **globales**, dentro del marco de la división internacional del trabajo y el **mercado mundial**, distingue el sistema del capital “de todas las etapas de producción previas”.⁴⁸ Sin embargo, puesto que las condiciones de la producción están, como resultado, por fuera de las empresas industriales en particular —por fuera incluso de las corporaciones transnacionales y los monopolios de Estado más gigantescas— la “tendencia universalizadora” del capital resulta ser en verdad una bendición muy variopinta. Porque si bien crea por una parte la genuina **potencialidad de la emancipación humana**, por la otra representa la mayor de las complicaciones posibles —lo cual implica el peligro incluso de colisiones totalmente destructivas— ya que las condiciones necesarias de la producción y el control resultan estar **por fuera**, es decir, **pesadillescamente en todas partes y en ninguna**. En vista de ello, la mayor de las pesadillas sería esperar que la “**mano invisible**” ponga el orden en todas las contradicciones y destructivos antagonismos caóticamente encadenados del **entretejido sistema del capital**, cuando no pudo hacer lo que se suponía que haría, a pesar de la confianza sin límites que en ella depositaron Adam Smith, Kant, Hegel y muchos otros, en una escala mucho más modesta en los siglos pasados.

La desengañadora verdad es que la tendencia universalizadora del capital no puede **nunca** llegar a fructificar dentro de su propio marco. Porque el capital tiene que decretar que las barreras que él no puede traspasar —a saber, sus limitaciones estructurales más internas— constituyen los límites insuperables de toda la producción en general. Al mismo tiempo, lo que en verdad debería ser reconocido y aceptado como límite inviolable y condición vital del desarrollo

48 Ibid., p. 540.

en marcha —es decir, la naturaleza en toda su complejidad como el basamento de la existencia misma de la humanidad— queda descartado por completo en la sistemática subyugación, degradación y definitiva destrucción de la naturaleza. Ello es así porque los intereses rematadamente ciegos de la expansión del capital tienen que denegar incluso las condiciones más elementales de la vida humana directamente arraigadas en la naturaleza. En consecuencia, en ambos casos, es decir tanto en lo referente a lo que el capital se niega a reconocer: sus propios límites estructurales, como en lo que atañe a su impacto incorregiblemente destructivo sobre la naturaleza: el sustrato vital de la propia vida humana, lo que hay que hacer es **romper conscientemente** con las determinaciones al servicio de sí mismas del sistema del capital.

Las mismas consideraciones son válidas para el mito de la “**globalización**”, promocionado con fervor de misioneros por los ideólogos del capital como una versión de la “mano invisible” más digerible para nuestra época. Cuando ellos proyectan los beneficios globales supuestamente generalizados, en conjunción con el mercado mundial, pasan por alto o deliberadamente tergiversan que lo que realmente existe —y ha existido por muy largo tiempo— está lejos de ser universal y equitativamente beneficioso, sino que por el contrario es un “**mercado mundial**” **dominado imperialistamente**. Fue establecido como un conjunto de **relaciones de poder** sumamente inicuas, que operan siempre en favor del más fuerte y de la dominación implacable —de ser necesario, incluso el sometimiento militar directo— y la explotación del más débil. Un orden “globalizado” constituido sobre una base así, bajo la estructura de mando general del Estado moderno, solo puede empeorar las cosas. Por eso, también a este respecto, sin una **ruptura consciente** con el modo de control metabólico social del capital el **potencial emancipador positivo** de largo alcance de los intercambios reproductivos globales de la humanidad no puede llegar a fructificar realmente. Tan solo el empleo creativo del tiempo libre por los individuos sociales, en procura de los objetivos libremente escogidos por ellos, puede ocasionar el resultado beneficioso tan necesitado.

La producción de **tiempo libre** en el transcurso de la historia, como la condición necesaria de la emancipación, constituye un gran logro colectivo. Como tal resulta inseparable del desarrollo progresivo de la humanidad, de la misma manera como el **conocimiento** —y el **conocimiento científico** históricamente acumulativo, directamente relevante para el proceso de la reproducción social— es inconcebible también sin el sujeto colectivo de la humanidad, que se extiende por sobre toda la historia. Pero el capital expropia para sí el caudal de todo el conocimiento humano, y arbitrariamente le confiere legitimidad tan solo a las partes de este que pueden ser explotadas lucrativamente —incluso de la manera más destructiva— mediante su propio modo de reproducción fetichista.

Naturalmente, el capital se relaciona con el tiempo libre de la humanidad producido históricamente de la misma manera. Así, solo la fracción de este que resulta ser directamente subsumible bajo las determinaciones explotadoras de la “industria del ocio” puede ser activada insertándola en el proceso de la expansión rentable del capital. Sin embargo, el tiempo libre de la humanidad no es una noción especulativa sino muy real y por naturaleza propia una potencialidad inagotable. Existe como el **tiempo disponible** de los individuos sociales, virtualmente ilimitado —por ser generosamente renovable y expandible— y capaz de ser puesto en utilización creativa por ellos como individuos que se autorrealizan, a condición de que los propósitos significativos a cuyo servicio están sus acciones surjan de sus propias deliberaciones autónomas. Es esa la única vía para convertir los potenciales emancipadores de la humanidad en la actividad liberadora de todos los días.

Capítulo 2: La incontrolabilidad y destructividad del capital globalizante⁴⁹

Vivimos en una época de crisis histórica sin precedentes. Su gravedad se puede medir por el hecho de que no estamos frente a una crisis cíclica del **capitalismo** más o menos extensa como las que experimentamos en el pasado, sino a la crisis estructural cada vez más profunda del propio **sistema del capital**. En sí esta crisis afecta —por primera vez en la historia— a la totalidad de la humanidad, y si queremos que la humanidad sobreviva exigirá cambios rotundamente fundamentales en la manera como se controla el metabolismo social.

2.1 La extracción del plus trabajo en el “sistema orgánico del capital”

Los elementos constitutivos del sistema del capital (como el capital monetario y el capital mercantil, al igual que la producción esporádica de mercancías) se remontan a miles de años atrás en la historia. Sin embargo, durante la mayor parte de esos milenios se mantuvieron como partes subordinadas de los sistemas de control metabólico social específicos que prevalecieron históricamente en su debido momento, incluidos la propiedad de esclavos y los modos feudales de producción y distribución. Solo durante los siglos más recientes, bajo la forma capitalista burguesa, pudo el capital hacerse valer con éxito en su papel como “sistema orgánico” que todo lo abarca. Para citar a Marx:

49 Publicado por primera vez como Introducción para la edición en persa de **Más allá del capital**, en otoño de 1997. La presente traducción ha actualizado algunas fechas para la debida concordancia con el cambio de siglo.

Hay que tener en mente que las nuevas fuerzas de producción y las nuevas relaciones de producción no surgieron de la nada, ni cayeron del cielo, ni nacieron de la matriz de la Idea que se postula a sí misma; si no desde dentro y en antítesis con el desarrollo de la producción existente y las relaciones de propiedad tradicionales heredadas. Así como en pleno sistema burgués toda relación económica presupone que cualquier otra relación existe bajo forma económica burguesa, y cuanto se postule constituye también una presuposición, igual sucede con todo sistema orgánico. Este sistema orgánico mismo, como totalidad, posee sus presuposiciones, y su desarrollo hacia la totalidad consiste precisamente en la subordinación a la que somete a todos los elementos de la sociedad, o en la creación de los órganos que todavía le hacen falta; es así como llega a ser históricamente una totalidad.⁵⁰

De esa manera, gracias a que zafó a sus viejos constituyentes orgánicos de las trabas de los anteriores sistemas orgánicos y a que demolió las barreras que impedían el desarrollo de algunos constituyentes nuevos vitales,⁵¹ el capital como sistema orgánico que todo lo abarca pudo hacer valer su dominio durante los tres últimos siglos como una producción de mercancías generalizada. Al reducir y degradar a los seres humanos al estatus de meros “costos de producción” como “fuerza de trabajo necesaria”, el capital pudo incluso tratar al trabajo viviente como apenas una “mercancía comercializable” como cualquier otra, y someterlo a las determinaciones deshumanizadoras de la compulsión económica.

Las anteriores formas de intercambio productivo de los seres humanos entre ellos mismos y con la naturaleza estuvieron orientados en su totalidad hacia la producción para el **uso**, con un alto grado de **autosuficiencia** como su determinación sistémica. Ello les imprimió una gran vulnerabilidad ante los principios reproductivos

50 Marx, **Grundrisse**, p. 278.

51 Sobre todo sobreponiéndose a la prohibición de la compraventa tanto de la tierra como del trabajo, lo que aseguró el triunfo de la alienación en todos los campos.

fuertemente contrastantes del capital, que ya operaban, si bien al comienzo en una escala muy pequeña, dentro de los confines de los viejos sistemas. Porque **ninguno** de los elementos constitutivos del sistema orgánico del capital en desarrollo dinámico estuvo jamás en **necesidad** (ni en verdad era capaz) de confinarse a sí mismo dentro de las constricciones estructurales de la autosuficiencia. El capital, como sistema de control metabólico social, pudo surgir y triunfar sobre sus antecesores históricos porque abandonó toda clase de consideración de las necesidades humanas ligadas a las limitaciones de los **valores de uso**, que no son cuantificables, y les impuso a estos últimos —como el prerequisite absoluto de su legitimación para convertirse en objetivos de la producción aceptables— los imperativos fetichistas del **valor de cambio**, cuantificable y en **expansión constante**. Es así como nació la forma históricamente específica del sistema del capital: su variante **capitalista burguesa**. Tenía que adoptar el modo abrumadoramente **económico** de extracción del plustrabajo como **plusvalor** estrictamente cuantificado —en contraste con las formas de extracción de **plustrabajo** tanto **precapitalista** como **poscapitalista** de tipo soviético, que fue primordialmente **política**— que para la época era con mucho la vía más dinámica de realizar el imperativo expansionista del sistema victorioso. Más aun, gracias a la perversa circularidad del sistema orgánico del capital consumado a plenitud —en el cual “toda relación económica presupone la existencia de otra bajo forma económica burguesa” y “cuanto se postule constituye también una presuposición”— el mundo del capital pudo asentar también sus pretensiones de ser una “jaula de hierro” eternamente inoxidable, de la cual no sería factible ni concebible alguna escapatoria.

Sin embargo, la absoluta necesidad de satisfacer exitosamente los requerimientos de la expansión incontenible —el secreto del avance irresistible del capital— había traído consigo también una limitación histórica insuperable. Lo fue no solo para la forma sociohistóricamente específica de **capitalismo** burgués, sino además para la viabilidad del **sistema del capital** en general. Porque ese sistema de control del metabolismo social o bien lograba imponerle a la sociedad su lógica expansionista implacable y en definitiva irracional,

sin importar con cuán devastadoras consecuencias, o bien tenía que adoptar algunas constricciones razonables que contradijeran directamente su determinación más profunda como sistema expansionista irrefrenable. El siglo XX presenció muchos intentos fallidos que apuntaban a la superación de las limitaciones sistémicas del capital, desde el keynesianismo al tipo de intervencionismo estatal soviético, junto con las conflagraciones políticas y militares que ellos originaron. Y no obstante, todo cuanto dichos intentos pudieron lograr fue la “hibridación” del sistema del capital, si se le compara con su forma económica clásica —con implicaciones extremadamente problemáticas para el futuro— pero no soluciones estructuralmente viables.

2.2. Irreformabilidad, incontrolabilidad y destructividad

Resulta altamente significativo en este respecto que, de hecho —e independientemente de todo el triunfalismo que ha celebrado en años recientes tanto las míticas virtudes de una “sociedad de mercado” idealizada (para no mencionar la utilización propagandística apologética que se le ha dado al concepto de un “mercado social” totalmente ficticio) como el “fin de la historia” bajo la hegemonía ya nunca cambiante de los principios capitalistas liberales— el sistema del capital no puede verse consumado como sistema **global** en su forma propiamente **capitalista**, es decir, haciendo prevalecer **universalmente** el modo de extracción y apropiación de plusvalía y plusvalor abrumadoramente **económico**. En el siglo XX el capital fue obligado a responder a crisis cada vez más extensas (que acarrearón hasta dos guerras mundiales antes inimaginables) aceptando la “hibridación” —en forma de una intromisión del Estado cada vez mayor en el proceso de reproducción socioeconómica— como salida de sus dificultades, ignorando los peligros a largo plazo que el correctivo adoptado guardaba para la viabilidad del sistema. De manera característica, los intentos de hacer retroceder el reloj (incluso hasta la época tan atrás en la historia de un Adam Smith burdamente tergiversado) son notorios entre los defensores a ultranza del sistema del capital. Así, los representantes de la “derecha radical” continuaron fantaseando acerca de “hacer retroceder las

fronteras del Estado”, aunque en la realidad la tendencia claramente observable es la contraria, debido a la incapacidad del sistema para garantizar la expansión del capital a la escala requerida sin la administración de dosis cada vez mayores de “ayuda externa” por parte del Estado en una u otra forma.

Puede que el capitalismo haya ganado el control en la antigua Unión Soviética y en la Europa del Este; pero resulta totalmente erróneo decir que el estado presente del mundo es el dominio exitoso del **capitalismo** en todas partes, si bien es cierto que está bajo el dominio del **capital**. Porque en China, por ejemplo, el capitalismo se ha instaurado con todas sus fuerzas tan solo en “enclaves” costaneros, dejando a una enorme mayoría de la población (es decir, bastante más de un millardo de personas) por fuera de su marco. E incluso en esas áreas limitadas de China donde sí prevalecen los principios capitalistas, la extracción económica del plustrabajo tiene que ser apuntalada mediante constituyentes fuertemente políticos, para poder mantener el costo del trabajo artificialmente bajo. De modo parecido la India —otro país con una población inmensa— está solo parcialmente bajo la administración exitosa del metabolismo socioeconómico regido de manera capitalista, dejando hasta ahora a la enorme mayoría de la población en una situación muy diferente.⁵² Hasta en la antigua Unión Soviética sería por demás inexacto hablar de la exitosa restauración del capitalismo en

52 Enormes cantidades están apenas sobreviviendo (cuando lo logran) en el “día a día” de la “economía tradicional”, y el número de los que permanecen completamente marginados, aunque todavía con la esperanza —mayormente en vano— de un empleo de algún tipo en el sistema capitalista, casi reta a la imaginación. Así, “mientras el número total de personas desempleadas registradas con cambios de empleo llegó a 336 millones en 1993, el número de personas empleadas en el mismo año según la Comisión de Planificación llegó tan solo a 307.6 millones, lo que significa que el número de personas desempleadas registradas es mayor que el número de personas empleadas. Y la tasa de aumento porcentual del empleo es casi desestimable”. Sukomal Sen, **Working Class of India: History of Emergence and Movement 1830-1990, With and Overview up to 1995**, K.P. Bagchi & Co., Calcuta, 1997, p. 554.

todas partes, a pesar de la total dedicación de los entes políticos dominantes a esa tarea durante por lo menos los últimos doce años. Más aún, la fallida “modernización” del llamado “tercer mundo”, en conformidad con las recetas propagadas durante décadas por los países “capitalistas avanzados”, subraya el hecho de que enormes cantidades de personas —no solamente en Asia sino también en África y Latinoamérica— no hayan podido ser llevadas a la tierra prometida del milenio capitalista liberal. Así, el capital no podría conseguir adaptarse a las presiones que nacen del final de su “ascenso histórico” si no regresa a su propia fase de desarrollo progresivo, abandonando por completo el proyecto capitalista liberal, a pesar de toda la mistificación ideológica al servicio de sí misma que afirma lo contrario. Es por eso que hoy día debería resultar aun más obvio que nunca que el blanco de la transformación socialista no puede ser únicamente el **capitalismo**, si es que se quiere lograr un éxito perdurable: tiene que ser el propio **sistema del capital**.

El sistema, en todas sus formas capitalistas o poscapitalistas, está (y tendrá que continuar estándolo) **orientado hacia la expansión** y guiado por la **acumulación**.⁵³ Naturalmente, lo que está sobre el tapete en este respecto no es un proceso trazado para la creciente satisfacción de la necesidad humana. En cambio, sí lo es la expansión del capital como un fin en sí misma, al servicio de la preservación de un sistema que no podría sobrevivir si no hace valer constantemente su poder como un modo de reproducción expandido. El sistema del capital es **antagonístico** en su fuero interno debido a la subordinación estructural jerárquica del trabajo al capital que usurpa —y tiene que usurpar siempre— el poder de tomar decisiones. El antagonismo estructural prevalece en todas partes, desde los “microcosmos” constitutivos más pequeños al “macrocosmo” que abarca las estructuras y relaciones reproductivas más amplias. Y precisamente porque el antagonismo es **estructural**, el sistema

53 La crisis de acumulación crónica como grave problema estructural ha sido puesta de relieve en varias ocasiones por Paul Sweezy y Harry Magdoff.

del capital es —y tendrá que serlo siempre— **irreformable e incontrolable**. El fracaso histórico de la socialdemocracia reformista proporciona un elocuente testimonio de la irreformabilidad del sistema; y la crisis estructural que se profundiza, con sus peligros para la supervivencia misma de la humanidad, pone muy en relieve su incontrolabilidad. Ciertamente, resulta inconcebible introducir los cambios fundamentales requeridos para remediar la situación sin superar el destructivo antagonismo estructural tanto en los “microcosmos” reproductivos como en el “macrocosmos” del sistema del capital como modo de control metabólico social que todo lo abarca. Y eso solo puede lograrse si se pone en su lugar una forma de reproducción del metaboslimo social radicalmente diferente, orientada hacia el redimensionamiento cualitativo y la creciente satisfacción de la necesidad humana; un modo de intercambio humano controlado no por un conjunto de determinaciones materiales fetichistas si no por los propios productores asociados.

2.3. La triple fractura interna del sistema

El sistema del capital está caracterizado por una triple fractura entre:

1. la producción y su control,
2. la producción y el consumo, y
3. la producción y la circulación —nacional e internacional— de los productos.

Como resultado, es un sistema irremediablemente “**centrífugo**” en el que cada una de las partes en conflicto e internamente antagónicas tira en dirección muy diferente.

En las teorías formuladas desde el punto de vista del capital en el pasado, los correctivos para la dimensión **cohesiva** faltante fueron concebidos en su totalidad de manera ilusa. Primero, por Adam Smith, como “la mano invisible”, que supuestamente convertiría a las intervenciones políticas por parte del Estado y sus políticos —condenadas explícitamente por Smith como sumamente dañinas— en totalmente superfluas. Luego, Kant ofreció una variante del “espíritu comercial” de Adam Smith propugnando la realización de una “política moral”, a la espera (por demás ingenua) de que

la acción del “espíritu comercial” trajese no solamente beneficios económicos universalmente difundidos, sino además un reinado de la “paz perpetua” políticamente loable, dentro del marco de una armoniosa “Liga de las Naciones”. Y más tarde, en la culminación de esa línea de pensamiento, Hegel introdujo la idea de la “astucia de la razón”, atribuyéndole el desempeño de una función muy parecida a la de “la mano invisible” de Adam Smith. Sin embargo, en total contraste con Smith —y reflejando la situación de mucho mayor desgarramiento en su propio tiempo— Hegel le asignó directamente el papel totalizante/universalista de la Razón en los asuntos humanos al Estado -nación, desdeñando la creencia de Kant en el reinado de la “paz perpetua” por venir. Pero también insistió en que “lo Universal ha de ser hallado en el Estado, en sus leyes, sus disposiciones universales y racionales. El Estado es la Idea Divina existente sobre la Tierra”,⁵⁴ ya que en el mundo moderno “el Estado como imagen y realidad de la Razón se ha vuelto objetivo”.⁵⁵ Así, hasta los más grandes pensadores que conceptualizaron esos problemas desde el punto de vista del capital tan solo pudieron ofrecer algunas soluciones idealizadas para las contradicciones subyacentes: es decir, para la triple fractura definitivamente irresoluble antes mencionada. Sin embargo, al menos han reconocido por implicación la existencia de dichas contradicciones, al contrario de los apologistas del capital de nuestros días —como los representantes de la “derecha radical”, por ejemplo— que jamás admitirían la existencia de algo que necesite correctivo sustantivo en su apreciado sistema.

2.4. El fracaso del capital en la creación de su formación de Estado global

Dada la determinación interna centrífuga de sus partes constitutivas, el sistema del capital solo podía hallar una dimensión cohesiva, y sumamente problemática esta, bajo la forma de sus

⁵⁴ Hegel, *The Philosophy of History*, p. 39.

⁵⁵ Hegel, *The Philosophy of Right* p. 223.

formaciones de Estados nacionales. Estos últimos representaban a la abarcadora/ totalizadora estructura de mando política del capital, que demostró ser apropiada para su papel a través del ascenso histórico del sistema. Sin embargo, el hecho de que esa dimensión cohesiva remedial estuviese articulada históricamente en forma de Estados-naciones muy lejos de ser benevolentes y armoniosos entre sí, con el menor deseo posible de actuar en conformidad con el imperativo kantiano de la “paz perpetua” por venir, significó que en la realidad el Estado estuviese en verdad “infectado de contingencias”⁵⁶ en más de una forma.

Primero, porque las fuerzas de destrucción a la disposición de la contienda militar se han vuelto absolutamente prohibitivas, privando así a los Estados-naciones de su opción final para resolver los antagonismos internacionales más abarcadores en forma de una nueva guerra mundial.

Segundo, porque el fin del ascenso histórico del capital ha puesto en evidencia el irracional carácter despilfarrador y destructor del sistema también en el plano de la producción,⁵⁷ intensificando así la necesidad de garantizar nuevas salidas para los bienes del capital a través de la dominación hegemónica/imperialista, bajo condiciones en que la manera tradicional de imponerla ya no puede ser considerada una opción fácilmente a mano; no solamente por razones estrictamente militares sino también a causa de las graves implicaciones de pasos como ese para una potencial guerra comercial de carácter global.

Y tercero, porque la contradicción, hasta hace relativamente poco velada, entre la voluntad irrefrenablemente expansionista del capital (que tiende a la total integración global) y las formaciones de Estado articuladas históricamente —como Estados— naciones

56 Ibid., p. 214.

57 Schumpeter solía elogiar el capitalismo —con mucha autocomplacencia— como un orden reproductivo de “**destrucción productiva**”; hoy día sería mucho más correcto caracterizarlo como un sistema de “**producción destructiva**”.

competidores— ha saltado a la luz, afianzando no solo la **destrucción** del sistema sino también su **incontrolabilidad**.

No es de extrañar, entonces, que el fin del ascenso histórico del capital en el siglo XX haya traído consigo también la profunda crisis de todas sus formaciones de Estado conocidas.

En nuestros días se nos ofrece, como una solución automática de todos los problemas y contradicciones que enfrentamos, la varita mágica de la “**globalización**”. Esa solución es presentada como una completa novedad, como si el tema de la globalización hubiese aparecido en el horizonte histórico hace apenas una o dos décadas, con su promesa de benevolencia universal a la par con aquella noción alguna vez similarmente aclamada y reverenciada de la “mano invisible”. Y sin embargo en la realidad el sistema del capital se estuvo desplazando inexorablemente hacia la “globalización” desde su inicio. Porque, dada la irrefrenabilidad de sus partes constitutivas, no era posible concebir que existiese otra forma de completarse a sí mismo exitosamente distinta a la de un sistema global que lo abarque todo. Por eso el capital tenía que tratar de demoler todos los obstáculos que se interpusieran en el camino de su pleno desenvolvimiento; y tendrá que seguir haciéndolo hasta tanto el sistema sobreviva.

Es ahí donde se hace claramente visible una gran contradicción. Porque si bien el capital tiende en su articulación productiva —en nuestro tiempo fundamentalmente mediante la acción de corporaciones **nacionales/trasnacionales** gigantes— hacia una integración global (y en ese sentido real y sustantivamente dirigida hacia la globalización), la configuración vital del “capital social total” o “capital global” está en la actualidad totalmente vacía de su apropiada formación de Estado. Es eso lo que contradice abiertamente la determinación intrínseca del sistema mismo como inexorablemente global e irrefrenable. Así, el “Estado del sistema del capital” faltante demuestra por sí mismo la incapacidad del capital para llevar a su conclusión definitiva la lógica objetiva de la irrefrenabilidad del sistema. Esa es la circunstancia que tiene que poner bajo la sombra del doloroso fracaso a las expectativas optimistas de la “globalización”, sin eliminar, sin embargo, al problema mismo

—a saber, la necesidad de una integración verdaderamente global de los intercambios reproductivos de la humanidad— para el cual solo es posible prever una solución socialista. Porque sin esta, el antagonismo y la confrontación hegemónica obligadamente cada vez más letales de las principales potencias que compiten por las vías de salida requeridas no pueden terminar sino en catastrófica amenaza para la supervivencia de la humanidad. Por poner un solo ejemplo, dentro de dos o tres décadas la economía de China (aun a la presente tasa de desarrollo) está destinada a sobrepasar en mucho a la fuerza económica de los Estados Unidos, con el potencial militar correspondiente. Y, en la vieja y noble tradición del “pensamiento estratégico”, ya en los Estados Unidos hay “teorías” que anticipan la solución necesaria de ese inmenso desafío económico y político mediante algún “golpe preventivo”.

2.5 La insuficiencia crónica de la “ayuda externa” por parte del Estado

La crisis estructural del capital constituye la desembriagadora manifestación del encuentro del sistema con sus propios límites intrínsecos. La adaptabilidad de ese modo de control metabólico social no podía ir más allá de lo que le permitiera la “ayuda externa” compatible con sus determinaciones sistémicas. El hecho mismo de que aflorase la necesidad de esa “ayuda externa” —y que a pesar de toda la mitología que señalaba lo contrario continuó creciendo a todo lo largo del siglo XX y ahora en el XXI— fue siempre un indicativo de que había que introducir algo bien diferente a la normalidad de la extracción y apropiación económicas del plustrabajo, si se quería contrarrestar las graves “disfunciones” del sistema. Así, la mayor parte del capital del siglo pasado pudo digerir las dosis de correctivos que le fueron administradas, y en los pocos “países capitalistas avanzados” —pero tan solo ahí— hasta fue posible celebrar su fase de desarrollo expansionista muy obviamente exitosa durante las décadas del intervencionismo estatal keynesiano después de la segunda guerra mundial.

La gravedad de la crisis **estructural** del sistema del capital enfrenta a los socialistas a un desafío estratégico de envergadura, pero

a la vez les ofrece también algunas posibilidades vitales nuevas para responder a ese desafío. Lo que se necesita destacar aquí es que no importa cuán abundantes y variadas puedan ser las formas de “ayuda externa” en el siglo XXI —muy distinto a las fases iniciales del desarrollo capitalista, cuando la “ayuda externa” política absolutista (como lo señaló Marx con referencia a Enrique VIII y otros) era instrumental, y hasta vital, en el establecimiento de la normalidad y el sano funcionamiento del capital como un sistema omniabarcador —en nuestros tiempos toda esa ayuda demostró ser **insuficiente** para el propósito de garantizar la estabilidad permanente y la incambiable vitalidad del sistema. Más bien lo contrario. Porque las intervenciones del Estado en el siglo XX no hicieron más que intensificar la “hibridación” del capital como sistema de reproducción social, amontonando así los problemas para el futuro. En los años que nos aguardan, la crisis estructural del capital— que se hace valer como la **insuficiencia crónica de la “ayuda externa”** en la presente etapa de desarrollo —está destinada a hacerse más profunda. Está destinada también a repercutir a todo lo ancho del globo, aun en los rincones más remotos del mundo, afectando todos los aspectos de la vida, desde las dimensiones reproductivas directamente materiales hasta los aspectos intelectuales y culturales más mediados.

Sin duda, el cambio históricamente viable tiene que ser auténticamente **epocal**, y fijarse la tarea de ir **más allá del capital** como modo de control metabólico social. Esto significa una acción de mucho mayor magnitud que la del capital cuando derrocó al sistema feudal. Porque resulta imposible ir más allá del capital sin superar radicalmente la subordinación estructural jerárquica del trabajo a cualquier fuerza controladora, todo lo contrario a simplemente cambiar la **forma** histórica específica en que se perpetúa la extracción y la apropiación del plustrabajo, como ocurrió siempre en el pasado.

Las “personificaciones del capital” pueden asumir muchas formas diferentes, desde la variedad capitalista privada a la teocracia del presente, y desde los ideólogos y políticos de la “derecha radical” a los burócratas del Estado y el partido poscapitalistas. Hasta

se pueden presentar como travestis políticos, vestidos con el traje del “nuevo laborismo” —como por ejemplo lo hace el gobierno inglés hoy día— para propagar la mistificación al servicio del continuado dominio del capital con mucha mayor facilidad. Todo esto, sin embargo, no puede resolver la crisis estructural del sistema y la necesidad de derrotarlo mediante la alternativa hegemónica del trabajo al orden metabólico social del capital. Es esto lo que pone en la agenda histórica la tarea de la rearticulación radical del movimiento socialista como un movimiento de masas incondicionalmente firme. Para ponerle fin a la separación trágicamente autodesarmadora del “brazo industrial” del trabajo (los sindicatos) de su “brazo político” (los partidos tradicionales), y lanzarse a la acción directa políticamente consciente, en contra también de la aceptación sumisa de las condiciones cada vez peores que las reglas seudodemocráticas del juego parlamentario les imponen a los productores, están los objetivos orientadores y los pasos transicionales necesarios de un movimiento socialista revitalizado en el futuro previsible. El continuo sometimiento al curso del desarrollo globalizante del capital —globalmente destructivo— no constituye una verdadera opción.

Capítulo 3: El marxismo, el sistema del capital y la revolución social⁵⁸

3.1. La visión global del capital

Naghd: ¿En su opinión cuál de los modelos marxianos puede explicar las crisis capitalistas de la época moderna?

- . *¿El modelo de reproducción del capital social total?*
- . *¿El modelo de sobreproducción?*
- . *¿La tendencia a la caída de la tasa de ganancias?*
- . *¿Una combinación de todos los anteriores?*

Sí, fundamentalmente es posible combinarlos. Pero lo que cobra precedencia es después de todo una visión global del capital. Resulta por demás irónico que la gente haya descubierto recientemente que vivimos en un mundo de “globalización”. A Marx eso siempre le pareció evidente, y yo lo consideré de igual forma en mi conferencia en el Isaac Deutscher Memorial (“La necesidad del control social”, 1971), en la que hablé en extenso sobre la “globalización”. No empleando esa palabra, sino las cruciales categorías equivalentes de “capital social total” y “totalidad del trabajo”. El marco conceptual dentro del cual se le puede dar sentido al sistema del capital no puede ser sino global. Definitivamente no hay forma de que el capital se autorrestrinja, y tampoco podremos encontrar en el mundo una fuerza contraria que pueda restringirlo sin suprimir

58 Entrevista concedida al **Persian Quarterly NAGHD** [Crítica] el 2 de junio de 1998; publicada en su edición N° 25, primavera de 1999. Fue reimpressa en la Parte Cuatro de **Más allá del capital**. En la presente traducción ha sido necesario hacer algunos pequeños ajustes para adecuarse al cambio de siglo.

radicalmente el sistema del capital como tal. Así que el capital tenía que seguir su curso y su lógica de desarrollo: tenía que abarcar la totalidad del planeta. Eso siempre estuvo implícito en Marx.

Las otras cosas que usted ha mencionado, como “la tasa de ganancias en descenso”, etc., son de alguna manera colaterales a la lógica globalmente expansionista del capital, así que se puede incorporar todo en la visión global. El sistema del capital tiene una multiplicidad de constituyentes específicos, llenos de contradicciones. Hay una pluralidad de capitales que se enfrentan entre sí nacionalmente y también en lo interno de toda comunidad nacional. De hecho, la pluralidad de capitales dentro de las comunidades nacionales en particular constituye la base teórica del liberalismo, que se hace la ilusión de ser el paladín de la libertad. El capital no es una entidad homogénea. Eso acarrea grandes complicaciones para toda la cuestión de la “globalización”. De la manera como se la suele presentar, la “globalización” es una total fantasía, que sugiere que todos vamos a vivir bajo un “gobierno global” capitalista, obedeciendo sin chistar las reglas de ese gobierno global unificado. Eso es totalmente inconcebible. No puede haber manera de poner el sistema del capital bajo un gran monopolio que pueda proporcionar la base material de ese “gobierno global”. En realidad, tenemos una multiplicidad de divisiones y contradicciones, y el “capital social total” es la categoría abarcadora que incorpora la pluralidad de capitales, con todas sus contradicciones.

Ahora, si uno mira hacia el otro lado, tampoco la “totalidad del trabajo” podrá ser considerada nunca una entidad homogénea mientras el sistema del capital sobreviva. Existen, por necesidad, tantas contradicciones que se pueden encontrar bajo las condiciones históricas dadas entre los sectores del trabajo, que se oponen y se pelean entre sí, y compiten contra ellos mismos, en vez de simplemente enfrentarse con los sectores específicos del capital. Esa es una de las tragedias de nuestra situación hoy día. Y no basta con sencillamente desear que no existieran. Porque, como Marx lo expuso hace mucho tiempo: la competencia separa a un individuo de otro, no solamente a los burgueses sino más aún a los trabajadores, a pesar del hecho de que los reúne. Por eso cualquier poder organizado que se

levante frente a esos individuos aislados, que viven en condiciones que reproducen diariamente ese aislamiento, solo podrá ser derrotado después de luchas prolongadas. Pretender lo contrario equivaldría a pretender que la competencia no existiese en esta época definida de la historia, o que los individuos borrasen de sus mentes las condiciones sobre las que en su aislamiento no ejercen control.

Esas divisiones y contradicciones siguen estando con nosotros y en definitiva todas tienen que ser explicadas por la naturaleza y el funcionamiento del propio sistema del capital. Se trata de un sistema insuperablemente contradictorio basado en el antagonismo social. Es un sistema adversarial, basado en la dominación estructural del trabajo por el capital. Por consiguiente, tiene necesidad de toda clase de divisiones sectoriales.

Pero debemos tener en mente también que estamos hablando de un sistema que se desenvuelve dinámicamente. La tendencia a un desenvolvimiento dinámico del sistema del capital global lo obliga a constituir un sistema inextricablemente entrelazado, y al mismo tiempo contradictorio. Por eso se pueden subsumir todos los demás modelos que usted mencionó bajo las determinaciones intrínsecas del “capital social total”, y la correspondiente “totalidad del trabajo”, en desenvolvimiento global. Ese marco general tiene su propia lógica, en el sentido de un desenvolvimiento inexorablemente acorde con sus determinaciones y limitaciones estructurales intrínsecas. Hay algunas limitaciones absolutas —históricamente insuperables— para ese sistema, que he tratado de explicar en el capítulo 5 de **Más allá del capital**, titulado “La activación de los límites absolutos del capital”.

3.2 Los límites históricos de la teoría del valor del trabajo

¿Cuál es la validez de la crítica respecto a la teoría de Marx de la “conversión del valor en precio” y el modelo marxiano en respuesta a ella?

Bueno, yo pienso que podría resultar demasiado técnico entrar en los detalles. Usted conoce la forma en que la teoría económica ha estado cuestionando esos puntos. Pero no creo que haya que darle mucha importancia a eso, ya que el sistema de mercado bajo el que

estamos operando obliga a que se produzca esa conversión. Lo que nos trae de vuelta a la cuestión de la “teoría del valor del trabajo”. El fundamento del marco conceptual marxiano es la teoría del valor del trabajo, que se ocupa de la manera como el “plusvalor” es generado y apropiado bajo el dominio del capital. Porque bajo nuestras condiciones de reproducción socioeconómica del presente, en la mayoría de los países tenemos la estructura de mercado a la que la “pluralidad de capitales” que mencioné antes tiene que ajustarse. Usted nombró la “tasa de ganancias”, que también está en un proceso de ajuste constante. Pero ese ajuste no puede darse sin la intermediación de la conversión.

Fue eso lo que llegó a su final en la antigua Unión Soviética, pero de ninguna manera en todas partes. Así, cuando uno piensa en el sistema chino, allí todavía se encuentra el predominio del control político de la extracción del plustrabajo. Aunque mucha gente habla del “la estructura de mercado del sistema chino”, en realidad —cuando consideramos la totalidad de la reproducción metabólica social de China— el mercado es, en gran medida, secundario en ella. Así, primordialmente, en el sistema chino la apropiación política del plustrabajo sigue funcionando, y ciertamente lo hace en escala masiva. En ese sentido, cuando miramos el problema de la conversión desde el ángulo del “plustrabajo” y no del “plusvalor” —que tiene que estar presente en una variedad **específica** del sistema del capital— entonces uno encuentra que en la variante capitalista (basada en el plusvalor) resulta esencial operar con el intermediario de la conversión, cuyos detalles específicos son históricamente eventuales. También dependen de las fases históricas de los desarrollos capitalistas. Así, las fases monopolísticamente más avanzadas del desarrollo capitalista tienen que efectuar obviamente de una manera muy distinta la conversión del plusvalor en precios, si lo comparamos con la fase muy anterior del desarrollo que Marx conoció.

¿Bajo qué condiciones carecería de toda validez la “teoría del valor del trabajo”? ¿Esas condiciones son tecnológicas, económicas o están relacionadas con el factor humano?

La “teoría del valor del trabajo” puede dejar de funcionar solo como resultado de una transformación socialista radical. Eso es lo primero que hay que subrayar. Si queremos abolir la teoría del valor del trabajo debemos abolir la extracción y la distribución del plus-trabajo por parte de un ente externo de cualquier tipo, sea político o económico. Pero para abolirlo tenemos que cambiar también todo el sistema. En otras palabras, solamente podremos hablar de socialismo cuando la gente tenga el control de su propia actividad y de la distribución de sus frutos para sus propios fines. Eso significa la autoactividad y el autocontrol de la sociedad por parte de los “productores asociados”, como lo planteó Marx. Naturalmente, los “productores asociados” no pueden controlar su actividad y sus objetivos a menos que puedan controlar también la distribución del excedente producido socialmente. Por lo tanto es inconcebible instituir el socialismo si un ente por separado continúa con el control de la extracción y apropiación del plus-trabajo. Bajo el socialismo la “teoría del valor del trabajo” carece por entero de validez; no hay espacio para ella.

Marx habla acerca del “**fundamento miserable**” según el cual en el sistema del capital la extracción perversa del plus-trabajo tiene que ser la reguladora del proceso de la reproducción social. Sin duda, en cualquier sociedad se necesita una manera de manejar el problema de cómo distribuir los recursos. ¿Porque qué significa “economía”? Es fundamentalmente una manera racional de **economizar**. No tenemos una infinidad de recursos que podamos despilfarrar a voluntad, como ocurre —para nuestro peligro— bajo el sistema del capital. No tenemos una infinidad de nada, trátase de que uno piense en recursos materiales o en energía humana, en ningún tiempo en particular. Por consiguiente necesitamos una regulación racional del proceso de la reproducción social. Lo importante es la viabilidad del proceso de la reproducción social sobre una base a largo plazo, y no dentro de los confines del sistema del capital, irresponsablemente miopes y completamente insustentables. Por eso es necesario reorientar el intercambio social, de la tiranía del plusvalor y la expropiación del plus-trabajo de los productores por parte de un ente por separado, a otro cualitativamente diferente. En

este último, en el que los “productores asociados” tienen el control tanto de la producción como de la distribución de sus productos, no hay absolutamente ningún espacio para que el plusvalor se imponga por sobre los individuos sociales. Es decir, ningún espacio para los imperativos del capital y la acumulación del capital.

Porque el capital no es simplemente una entidad por separado. Debemos pensar en el capital como una manera históricamente determinada de controlar la reproducción metabólica social. Es ese el significado fundamental del capital. Penetra en todas partes. Por supuesto, el capital también es una entidad material: el oro, la banca, los mecanismos de fijación de precios, los mecanismos del mercado, etc. Pero mucho más allá de eso, el capital también penetra en el mundo del arte, en el mundo de la religión y las iglesias, y dirige las instituciones culturales de la sociedad. Uno no puede pensar en ninguna cosa de nuestras vidas que no esté controlada por el capital en ese sentido, bajo las circunstancias del presente. Por eso la “teoría del valor del trabajo” es válida para el período histórico en el que el capital lo abarca todo, cuando el proceso de regulación mismo es fundamentalmente irracional.

Y este no es de ninguna manera el final del cuento. Se complica aún más por el hecho de que en el difícil período histórico de la transición del dominio del capital a un sistema muy diferente, la “teoría del valor del trabajo” y la “ley del valor” funcionan de manera muy imperfecta. Esta es una de las razones por las que el sistema del capital del tipo soviético estaba condenado. Era un sistema de transición que podía ir, o en dirección hacia una transformación socialista de la sociedad, cosa que no hizo, o bien tenía que derrumbarse y tarde o temprano tomar el camino de la restauración capitalista. Fue eso lo que presenciamos, porque en determinado punto en el tiempo el sistema soviético estuvo, por así decirlo, “sin dar pie con bola”. No tenía forma de regular la economía mediante algún tipo de mecanismo económico como el mercado, el sistema de precios, o cosas así. Por lo tanto no podía tener el tipo de fuerza disciplinadora del trabajo de la que realmente disponemos bajo el sistema de mercado capitalista.

En nuestra sociedad las fuerzas del mercado disponen tantas cosas; el trabajo se ve sometido implacablemente a la condicionadora tiranía del mercado prevaleciente. La cuestión crucial en este respecto es, precisamente, el mercado del trabajo. Si miramos hacia atrás hasta el tiempo en que el sistema soviético bajo Gorbachov colapsó, veremos que la defunción del sistema coincidió con el intento mal concebido y fútil de introducirlo en el “mercado del trabajo”. Ese fue el final de la tan pregonada “perestroika”. Porque el mercado del trabajo solo puede funcionar adecuadamente bajo condiciones capitalistas. Fue allí donde prevaleció —no parcial o marginalmente, sino en principio como algo exitosamente normal— la “ley del valor” en la “reproducción expandida del capital”. Había toda clase de límites más allá del mundo capitalista —a saber, el marco global— bajo el cual tenía que operar también el sistema soviético. Bajo las condiciones del desarrollo del siglo XX, muchas cosas que en el pasado pudieron funcionar dentro del marco de la extracción del plus trabajo reglamentada económicamente se habían vuelto sumamente problemáticas. Hoy las imperfecciones del mercado y el funcionamiento de la ley del valor, tan lleno de problemas, quedan claramente en evidencia también en nuestro sistema en los países capitalistamente avanzados de Occidente. El papel cada vez más importante asumido por el Estado —sin el cual el sistema del capital no podría sobrevivir por mucho tiempo hoy día en nuestras sociedades— restringe con gran fuerza la ley del valor en nuestro sistema. Estamos hablando aquí de esas limitaciones potencialmente de largo alcance que son, por supuesto, las autocontradicciones del sistema.

Hay que agregar también que una cosa es **intentar** la restauración plena del capitalismo en la antigua Unión Soviética y otra muy distinta tener éxito en ello. Porque **quince años** después de que Gorbachov inició el proceso de restauración capitalista no podemos hablar más que de éxitos **parciales**, restringidos principalmente a los círculos comerciales conducidos por la mafia de las grandes ciudades. La crisis endémica y crónica en Rusia, abiertamente manifiesta también en forma de que a muchos grupos de trabajadores —por ejemplo los mineros— ni siquiera se les pagan sus salarios

miserables durante varios meses, a veces hasta año y medio, lo que resultaría inconcebible dentro de un marco capitalista apropiado en el que el regulador fundamental de la extracción del plustrabajo sería económico y no político. Eso pone de relieve una tendencia vital de los desarrollos del siglo XX y el presente. Constituye un hecho de significación histórica mundial que el sistema del capital no pudiese completarse en el siglo pasado en forma de su variante **capitalista**, que se basa en la regulación económica de la extracción del plustrabajo. Tanto así, que hoy día aproximadamente la mitad de la población mundial —desde la India hasta China e importantes áreas de África, Asia suroriental y Latinoamérica— no pertenece al mundo del capitalismo propiamente dicho, sino vive bajo alguna variante **híbrida** del sistema del capital, debido o a las condiciones de subdesarrollo crónico o la participación masiva del Estado en la regulación del metabolismo socioeconómico, o ciertamente a una combinación de las dos. La crisis endémica en Rusia —que bien podría terminar en desestabilización total y explosión potencial— solo puede ser explicada dentro de ese contexto. Comprensiblemente, la verdadera significación de tal hecho histórico mundial —es decir, el fracaso del capitalismo en imponerse con éxito en todas partes, a pesar de su autocomplaciente discurso acerca de la “globalización”— está destinada a tardar algún tiempo en asentarse, dados los mitos del pasado y el triunfalismo hoy predominante. Sin embargo, eso no puede disminuir la importancia del hecho mismo y de sus implicaciones de largo alcance para el futuro, que tienen que surgir de la crisis estructural cada vez más profunda del sistema del capital.

3.3. La proletarización progresiva y sus ilusas negativas

¿Dónde está hoy el proletariado y qué papel juega en el cambio social? ¿Dónde podemos encontrar hoy su agencia?

Pienso que en realidad lo que usted me pregunta se refiere a la cuestión del agente social de la transformación. Porque eso es lo que la palabra “proletariado” resumía en tiempos de Marx, y que la gente a menudo entiende como proletariado industrial. Las clases trabajadoras industriales son en su conjunto trabajadores manuales,

desde la minería hasta las varias ramas de la producción industrial. Limitar la agencia social del cambio a los trabajadores manuales obviamente no es la propia posición de Marx. Él estaba muy lejos de pensar que el concepto de “trabajadores manuales” pudiese proporcionar un marco adecuado para la explicación de lo que se requería para un cambio social radical. Usted debe recordar que Marx hablaba de cómo se “proletarizaba” un número cada vez mayor de personas a través de la polarización de la sociedad. Por lo tanto, es el proceso de proletarización —inseparable del desenvolvimiento global del sistema del capital— lo que define y en definitiva resuelve el punto. Es decir, la cuestión es cómo la inmensa mayoría de los individuos cae en una condición en la que pierde el control de todas las posibilidades de su vida, y en ese sentido se proletariza. Así, de nuevo, todo viene a caer en la cuestión de “quién tiene el control” del proceso de la reproducción social, cuando la inmensa mayoría de los individuos está “proletarizadas” y degradadas a la condición de impotencia extrema, como los miembros más desdichados de la sociedad —los “proletarios”— lo estaban en una fase anterior del desarrollo.

Existen grados y posibilidades de control, hasta cierto punto en la historia del capital, lo que significa que algunos sectores de la población ejercen más control que otros. De hecho, en algunos de los capítulos de **El capital** Marx describía a la empresa capitalista como casi una operación militar en la que se tienen oficiales y sargentos, y los capataces, igual que los sargentos, supervisan y regulan la fuerza laboral directa bajo la autoridad del capital. En definitiva todos los procesos de control están bajo la autoridad del capital, pero con ciertos mecanismos y posibilidades de autonomía limitada asignados a los sectores supervisores específicos. Ahora bien, cuando se habla de una “proletarización” que avanza ello implica una igualación hacia abajo y la negación de hasta la autonomía sumamente limitada de la que anteriormente disfrutaban algunos grupos en el proceso del trabajo.

Piense nada más en la distinción alguna vez muy marcada entre trabajadores “de cuello blanco” y trabajadores “de cuello azul”. Como sabemos, a los propagandistas del sistema del capital que

dominan los procesos culturales e intelectuales les gusta utilizar la distinción entre los dos como otra refutación más de Marx, argumentando que en nuestras sociedades el trabajo manual “de cuello azul” desapareció de un todo, y que los trabajadores “de cuello blanco”, que se supone disfrutaban de una mayor seguridad de empleo (lo cual resulta ser completamente ficticio), se ven elevados a la “clase media” (otra ficción). Pues bien, yo les diría respecto a la presunta desaparición del trabajo “de cuello azul”: “¡Aguarden, no tan de prisa!” Porque si echamos un vistazo alrededor del mundo y enfocamos la categoría crucial de la “totalidad del trabajo”, nos encontramos con que la inmensa mayoría del trabajo todavía sigue siendo lo que podríamos describir como “de cuello azul”. Al respecto basta con pensar en los cientos de millones de trabajadores “de cuello azul” en la India, por ejemplo.

¿Puedo agregar algo? ¿La distinción de Marx entre trabajo productivo y trabajo no productivo sigue siendo válida?

Bueno, válida en el sentido de que se puede hacer esa distinción. Cuando uno considera el proceso de reproducción general, encuentra que ciertos elementos constituyentes de ese proceso se van volviendo cada vez más parasitarios. Pensemos al respecto en los costos de administración y seguros cada vez más elevados. La forma más extremada de parasitismo en nuestro proceso de reproducción contemporáneo es, por supuesto, el sector financiero, constantemente involucrado en la especulación global, con repercusiones muy severas —y potencialmente extremadamente graves— sobre el proceso de la producción propiamente dicho. El peligroso parasitismo del sector financiero internacional especulador —al cual, para echarle sal a la herida, se le continúa glorificando bajo la consigna propagandística de una “globalización” inevitable y universalmente beneficiosa— tiene un peso importante sobre las perspectivas de transformación social futuras. Eso nos trae de vuelta a la cuestión vital del agente social del cambio. Lo que decide el punto no es la relación históricamente cambiante entre trabajadores “de cuello azul” y “de cuello blanco”, sino la confrontación fundamental socialmente insoslayable entre el capital y el trabajo. Que no está limitada a este o aquel sector específico del trabajo, sino que

abarca a la totalidad del trabajo como antagonista del capital. En otras palabras, el trabajo, como antagonista del capital —es decir, el del “capital social total” que se hace valer globalmente, no puede ser sino la “totalidad del trabajo” en escala global— subsume bajo él todos los sectores y variedades del trabajo, independientemente de su configuración socioeconómica en la presente etapa de la historia. Hemos presenciado lo que está sucediendo en nuestras sociedades; en las llamadas “sociedades capitalistas avanzadas” de Occidente. Como sucedió y sigue sucediendo, un enorme número de trabajadores “de cuello blanco” fueron, y están siendo, expulsados implacablemente del proceso del trabajo. En verdad, cientos de miles de ellos en todos los grandes países.

Démosle un vistazo a esa cuestión en los Estados Unidos. Hubo una vez en que los trabajadores “de cuello blanco” tuvieron cierta clase de seguridad de empleo, acompañada de una pequeña autonomía relativa para su tipo de actividad. Y todo eso está desapareciendo ahora, escapando por la ventana. Aquí la “maquinaria avanzada” computarizada y la cuestión de la tecnología hacen su entrada triunfal en la escena. Pero incluso en ese contexto la tecnología siempre ocupa el lugar secundario para la cuestión del imperativo de la acumulación del capital. Es este el que decide en definitiva el asunto, utilizando el “inevitable progreso de la tecnología” como su coartada para triturar vidas humanas en escala masiva. De manera que tenemos la “proletarización” de la fuerza laboral que alguna vez tuvo mayor seguridad. Este es un proceso progresivo. El desempleo es endémico y generalizado; hoy día no podemos hallar un solo país que no lo tenga en escala creciente. Mencionaba en mi “Introducción” a la edición en persa de **Más allá del capital** que en la India hay 336 millones (**trescientos treinta y seis millones!**) de personas en los registros de desempleo; y uno se puede imaginar cuántos millones de personas ni siquiera han sido registradas. Ése es el trance por el que está pasando hoy la humanidad. Basta con mirar alrededor lo que está ocurriendo en Latinoamérica, el creciente desempleo en África, y hasta en Japón no hace muchos años aclamado como el país del “milagro”. Ahora leo cada mes en las publicaciones japonesas acerca de un nuevo récord de desempleo.

De hecho, Japón tiene en este momento una tasa de desempleo considerablemente más alta que la de los Estados Unidos. ¡Qué ironía! Porque hasta hace poco la manera de manejar esos problemas de los japoneses era considerada la solución ideal.

El crecimiento canceroso del desempleo afecta actualmente a todos y cada uno de los países, incluidos los que no lo padecían en el pasado. Tomemos como ejemplo a Hungría. Ahora tiene una tasa de desempleo más elevada que la altísima tasa de Alemania. Aquí podemos ver la gran diferencia entre el sistema capitalista y el pos-capitalista de tipo soviético. En el pasado, en los países de tipo soviético no había desempleo. Existían varias formas de **subempleo**, pero ningún desempleo. Ahora en Hungría el desempleo es equivalente a algo mucho más elevado de lo que tenemos no solamente en Alemania, sino también en Inglaterra y en Italia. Se comprende la gravedad del desempleo. Fíjese en lo que está pasando en Rusia. Hubo una época en la que Rusia no sufría de desempleo, y ahora su tasa de desempleo es enorme. Y, como lo mencionamos antes, incluso si uno tiene empleo en Rusia, como los mineros, a lo mejor no recibe su salario durante meses. Hay que tener en mente todo el tiempo que estamos hablando de un proceso dinámico de desenvolvimiento y transformación. Ese proceso amenaza a la humanidad con la devastación, y el agente social que puede hacer algo al respecto —en verdad el único agente factible capaz de instituir una manera **alternativa** de controlar el metabolismo social— es el trabajo. No los sectores específicos del trabajo, sino la totalidad del trabajo como el **antagonista irreconciliable del capital**.

3.4. La necesaria renovación de las concepciones marxianas

Antes de comenzar a preguntarle acerca de la posibilidad objetiva, posibilidad real del socialismo, me gustaría preguntarle sobre Marx. ¿Qué aspectos de la teoría de Marx son vulnerables o necesitan ser renovados? ¿Qué partes considera usted que lo necesitan? ¿La metodología, la sociología, la teoría histórica o la económica?

El andamiaje marxiano necesita siempre de renovación. Marx escribió a mediados del siglo XIX y murió en 1883. Las cosas han cambiado inconmensurablemente desde esa época. Las tendencias de transformación que hemos presenciado en el pasado reciente, con sus raíces que se remontan a las primeras décadas del siglo XX, son de tal carácter que Marx ni hubiera soñado con ellas. Sobre todo, tiene que ver con la manera como el sistema del capital pudiese amoldarse y renovarse, para así posponer el desenvolvimiento y la maduración de sus contradicciones antagónicas. Marx no estaba en una posición en la cual pudiese haber evaluado las varias modalidades y las limitaciones últimas de la intervención estatal para prolongar el lapso de vida del sistema del capital. Cuando se piensa en el desarrollo económico del siglo XX, la figura clave en él es John Maynard Keynes. El objetivo fundamental de Keynes era precisamente cómo salvar el sistema mediante la inyección de fondos masivos del Estado en beneficio de la empresa capitalista privada, a fin de regular sobre una base permanente el proceso de la reproducción general, dentro del marco de la acumulación del capital sin perturbaciones.

Ahora bien, más recientemente tuvimos el “monetarismo” y el “neoliberalismo”, que pusieron a un lado a Keynes y se permitieron fantasear con el final definitivo de la intervención del Estado e imaginar el “retroceso de las fronteras del Estado” del modo más absurdo. Naturalmente, en la realidad nada podía corresponderse con esas fantasías interesadas. De hecho, el papel del Estado en el sistema capitalista contemporáneo es mayor que nunca, incluidos el período que siguió a la segunda guerra mundial y algo más de un par de décadas de desarrollos keynesianos en los países capitalistamente más avanzados. Todos estos tipos de desarrollo resultan totalmente novedosos comparados con la época de Marx.

Ocurrió igual, y hasta más aún si le añadimos las complicaciones, en la antigua Unión Soviética y en general en todo el sistema de tipo soviético. Una cosa es tener una revolución que quiere ser socialista, con el objetivo de originar una transformación socialista de la sociedad, y otra bien distinta la que vemos en el tipo de sociedad que surgió de ella. Porque el dominio del capital —aunque

de una manera muy distinta— continuó también en el sistema pos-capitalista de tipo soviético. Si miramos más de cerca, hallaremos una importante conexión con Marx. Porque él habla de las “personificaciones del capital”, que constituyen una categoría importante. Marx utiliza esa categoría cuando habla acerca de los capitalistas privados, ya que en su época no existía ninguna otra forma visible de ellas. Pero percibe, con gran poder de penetración, que lo que verdaderamente define al personal al mando del sistema del capital es que son **personificaciones del capital**. Tienen que actuar bajo los imperativos objetivos del capital en sí mismo.

A los ideólogos y propagandistas del capitalismo les gusta perpetuar el mito del “capitalista cultivado” y el “capitalista preocupado y benefactor”, dedicados al buen cuidado de los trabajadores como regla general, refiriéndose a aquellos que se comportan de modo diferente al “rostro inaceptable del capitalismo”, para emplear la expresión del antiguo primer ministro conservador inglés, Edward Heath. Esa es una invención grotesca, incluso cuando no se proclama con total cinismo, como negó haberlo hecho el propio Heath. Porque todos los capitalistas tienen que someterse a los imperativos objetivos provenientes de la inalterable lógica de la expansión del capital. De no hacerlo así, dejarían rápidamente de ser capitalistas, y por lógica se verían expulsados sin contemplaciones como personal de mando viable del proceso de reproducción general. A los capitalistas les resulta inconcebible funcionar sobre la base de ser los que satisfagan las aspiraciones de la clase trabajadora. Eso sería contradictorio, dada la necesaria dominación estructural del trabajo por el capital en todas las variedades concebibles del sistema del capital.

Ahora bien, eso nos trae de vuelta a la cuestión de las “personificaciones del capital” como vínculo con la visión de Marx. Porque las “personificaciones del capital” deben obedecer e imponerles a los trabajadores los imperativos objetivos que emanan de la lógica del capital, de acuerdo con las circunstancias sociohistóricas cambiantes. Y eso tiene gran relevancia para la comprensión de la manera como se puede tener la variedad de diferentes “personificaciones del capital” que presenciamos en el siglo XX. Marx conoció una sola forma de personificación del capital: el capitalista privado

(“único” o “combinado” en su accionar). Pero nosotros hemos visto varios diferentes, y todavía podríamos ver en el futuro algunas permutaciones nuevas y totalmente inesperadas, a medida que se vaya desarrollando la crisis estructural del sistema del capital global.

Una de las razones principales por las que escribí **Más allá del capital** fue precisamente considerar el futuro. Es el futuro lo que debemos tener en mente con mirada crítica, a fin de ser participantes activos en el proceso histórico, plenamente conscientes de, y preocupados por, las fatales implicaciones del poder destructor del capital en la presente etapa de la historia. El capital ha estado con nosotros por un tiempo muy largo en una forma u otra; en verdad, en algunas de sus formas limitadas, durante miles de años. Sin embargo, solo en los últimos trescientos o cuatrocientos años bajo la forma de un capitalismo que pudiese llevar a cabo la lógica autoexpansionista del capital, sin importar lo devastadoras de las consecuencias para la supervivencia misma de la humanidad. Es eso lo que tenemos que poner en su debida perspectiva. Cuando pensamos en el futuro, a la luz de nuestra dolorosa experiencia histórica, no podemos imaginarnos una situación en la que el derrocamiento del capitalismo —en términos de lo que en el pasado solíamos pensar acerca de la revolución socialista— resuelva los graves problemas que encaramos. Porque el capital es ubicuo, está profundamente incrustado en cada una de las áreas de nuestra vida social. En consecuencia, si es que vamos a tener algún éxito, el capital hay que erradicarlo de todas partes a través de un laborioso proceso de profunda transformación social. Las aspiraciones de un cambio socialista sobre una base permanente deben estar relacionadas con eso, con todas sus dificultades. Hay que tener bajo observación constante que las personificaciones del capital potenciales no se impongan sobre los objetivos de las revoluciones socialistas futuras. Nuestra perspectiva debe orientarse hacia el diseño y la afirmación exitosa de las salvaguardias necesarias contra la reaparición de las personificaciones del capital, en cualquier forma nueva.

El andamiaje marxiano debe ser renovado constantemente en ese sentido, para poder habérmolas con las desconcertantes vueltas y revueltas de “la astucia de la historia”. No existe ningún área de la

actividad teórica —y Marx sería el primero en estar de acuerdo con esta proposición —de hecho ya lo hizo explícitamente— que pudiese escapar de la necesidad de autorrenovarse a fondo con cada cambio histórico importante. Y el hecho es que desde los escritos de Marx a nuestras condiciones presentes ha habido un cambio histórico enorme.

Solo por mencionar una consideración importante más como conclusión de este punto: Marx estaba consciente en cierta medida del “problema ecológico”, es decir, los problemas de la ecología bajo el régimen del capital y los peligros implícitos en ella para la supervivencia humana. De hecho fue el primero en conceptualizarla. Él habló acerca de la contaminación, e insistió en que la lógica del capital —que tiene que procurar la ganancia, de acuerdo con la dinámica de la autoexpansión y la acumulación del capital— no puede guardar ninguna consideración por los valores humanos y ni siquiera por la supervivencia humana. Podemos hallar los elementos de ese discurso en Marx. (Sus observaciones sobre el tema están estudiadas en la conferencia de 1971 sobre **La necesidad del control social** que ya mencioné). Lo que no podremos encontrar en Marx, por supuesto, es la suma gravedad de la situación frente a la que estamos. Para nosotros las amenazas contra la supervivencia humana son asunto de **inmediatez**. Hoy día podemos destruir fácilmente a la humanidad. Los medios y las armas para la destrucción total de la humanidad ya están a nuestra disposición. Nada por el estilo existía en el horizonte cuando Marx vivía. Los imperativos destructivos subyacentes solo pueden ser explicados en términos de la lógica enloquecida que el capital le aplica a la cuestión de la **economía**. Como ya lo señalé, el verdadero significado de economía en la situación humana no puede ser otro que **economizar** sobre la base del largo plazo. Hoy nos encontramos con exactamente lo contrario. La manera como opera el sistema del capital se burla de la necesidad de economizar. En verdad, en todas partes procura con absoluta irresponsabilidad lo contrario de la economía: el **despilfarro** total. Es ese despilfarro en procura de la ganancia lo que pone directamente en peligro la supervivencia misma de la humanidad, y nos presenta el desafío de hacer algo al respecto como asunto de

gran **urgencia**. Tal cosa era impensable bajo las condiciones en que Marx tuvo que escribir, aunque podemos **proyectar** las palabras sobre la contaminación que escribió en su crítica del avalúo anti-histórico de la naturaleza que hacía Feuerbach, que no era más que una idealización de la naturaleza tomada completamente fuera de su contexto social e ignorando por entero el impacto sobre la naturaleza que obligadamente ejercía el proceso del trabajo del capital. Podemos encontrar observaciones críticas de Marx en **La ideología alemana**, pero obviamente no un desarrollo completo de ese complejo de problemas que hoy afrontamos en su inmediatez y su urgencia.

En marzo de 1998 celebramos el 150^{vo} aniversario del **Manifiesto comunista**. La pregunta es: ¿la humanidad tiene por delante otros 150 años? ¡Ciertamente no, si el sistema del capital sobrevive! ¡Lo que tenemos enfrente es, o bien la catástrofe total debida al monstruoso despilfarro del sistema del capital, o bien que la humanidad encuentre una manera radicalmente diferente de regular su metabolismo social!

3.5. ¿La posibilidad objetiva del socialismo?

¿Cómo describe usted la posibilidad objetiva/real del socialismo?

Por el momento es una pregunta muy difícil, a causa de lo que ha sucedido en el pasado reciente y de alguna manera continúa sucediendo. Lo que debemos tener en mente es que el gran desafío histórico para las generaciones del presente y el futuro es pasar de un tipo de orden metabólico social a otro radicalmente distinto. Hay que seguir insistiendo siempre en lo inmensa y difícil que resulta esa tarea histórica. Jamás tuvo que ser afrontada en el pasado con la dramática urgencia a la que no podemos escapar hoy.

El orden social del capital que todos conocemos ha culminado en un sistema omniabarcador y dominante en los últimos trescientos o cuatrocientos años. En el siglo XX logró también sofocar, socavar o corromper todos los esfuerzos políticos importantes que apuntaban en su contra y más allá de él. Pero sería una fantasía muy grande asumir que eso significa el fin del socialismo. Es así como en los

años recientes la propaganda neoliberal trató de describir lo que ha ocurrido, vociferando triunfalmente que “hemos acabado con el socialismo de una vez por todas”. La señora Thatcher, que fue primera ministra de Inglaterra por más de una década, alardeaba de que ella “se despedía del socialismo para siempre”. Estaba hablando del movimiento de la clase trabajadora, grupos de trabajadores y sindicalistas, especialmente los mineros. Para ese momento había una huelga de mineros que fue derrotada gracias a los esfuerzos combinados del Estado capitalista y la dirección del Partido Laborista bajo Neal Kinnock. La señora Thatcher retrató a los mineros como “el enemigo interno”. A pesar de sus pretensiones liberales su bando no tiene miedo, ni reserva alguna, de hablar de usted y de todos aquellos, que como usted mantienen sus aspiraciones de establecer un orden socialista, como “el enemigo” y “el enemigo interno”.

En el tiempo presente, si damos un vistazo alrededor del mundo encontraremos que el capital lleva la ventaja por todas partes. ¿Pero será capaz de resolver los graves problemas que constantemente le crea el funcionamiento de su propio modo de reproducción metabólica social? Muy lejos de eso. Por el contrario, dadas sus contradicciones antagónicas insuperables, el capital es incapaz de abordar esos problemas. En cambio continúa generándolos a escala cada vez mayor. Es eso lo que mantiene en la agenda histórica la cuestión del socialismo, a pesar incluso de los esfuerzos masivos y concertados que apuntan a su aniquilación. El éxito del capital consiste nada más en **posponer** el momento en que se vuelva una necesidad ineludible afrontar los graves problemas de su sistema, que ahora se siguen acumulando. En el pasado ha habido muchas explosiones sociales en respuesta a las contradicciones del orden social establecido, que se remontan notoriamente hasta 1848 y 1871, y de algún modo hasta la Revolución Francesa de 1789 y su secuela. Pero hasta la fecha las aspiraciones del pueblo de tener un orden social verdaderamente equitativo se han visto frustradas, y en conjunto hasta los intentos más heroicos han sido contrarrestados y reprimidos por el poder del capital, de una u otra forma. Así que muchos de los problemas enfrentados siguen quedando peligrosamente sin resolver. Lo que

en ese sentido resulta por demás insostenible es precisamente la modalidad de proceso de reproducción social adversarial, antagonístico, que continúa generando nuestros graves problemas y al mismo tiempo impide su solución. Porque las determinaciones estructurales adversariales constituyen una necesidad absoluta para el funcionamiento y reproducción del sistema existente, independientemente de cuáles puedan ser las consecuencias. Esas determinaciones son inextirpables. A pesar de todo el triunfalismo, no se van a marchar. Las devastadoras consecuencias de una estructura como esa volverán una y otra vez. Solo puede haber un tipo de solución: la remoción del antagonismo estructural de nuestra reproducción metabólica social. Y en sus términos tal cosa es concebible solo si la transformación lo abarca todo, desde las células constitutivas más pequeñas de nuestra sociedad hasta las corporaciones transnacionales monopólicas más grandes, que siguen dominando nuestras vidas.

Así, aunque en un sentido superficial el capital es el indudable triunfador, en un sentido mucho más fundamental está metido en el problema más grave posible. Esto puede sonar paradójico. Pero si reconocemos la manera en que el capital puede dominar el proceso de la reproducción social en todas partes, también debemos reconocer que es estructuralmente incapaz de resolver sus problemas y contradicciones. Por dondequiera que uno vea hallará que lo que aparenta ser —y así es anunciado a viva voz— una solución permanentemente sólida como una roca, tarde o temprano se desmorona como arena. Por ejemplo, nada más trate de repasar mentalmente la efímera historia de los “milagros económicos” que hemos tenido en las décadas que siguieron a las dos guerras mundiales. ¿Qué clase de “milagros” fueron? Tuvimos el “milagro alemán” y el “milagro japonés”, seguidos del “milagro” italiano, el brasileño, etc. Como bien podemos recordar, el más reciente de ellos fue el milagro muy tendenciosamente anunciado de las “economías de los tigres del Asia”. ¿Y qué le pasó a ese “milagro”? Como todos los demás, se evaporó, y le cedió su puesto a una grave crisis. Hoy día no podemos encontrar en el mundo un solo país que no esté encarando algunos problemas absolutamente fundamentales, incluidas las recientes

calamidades en las bolsas de valores de Rusia y varios países de la Europa del Este. Bueno, si usted lee ahora los periódicos burgueses, todos están en una especie de pánico. Sus titulares son atemorizantes y autoatemorizados ante lo que está pasando realmente. Yo recuerdo que para la época en que el “milagro asiático” estaba en su punto más alto, la noción de ese pretendido “milagro” también era utilizada como un argumento disciplinario abrumador en contra de las clases trabajadoras de los países capitalistas occidentales. “¡Pórtense bien! ¡Acepten el estándar de vida y las prácticas laborales que tienen los trabajadores de las economías de los tigres asiáticos, o se verán en un problema bien serio!” Un sistema que pretende haber solucionado todos sus problemas en los países “capitalistas avanzados” en el Occidente “postindustrial”, y luego tiene que recurrir para conservarse en salud a esa clase de mensaje chantajista autoritario, no promete mucho para el futuro, incluso dentro de sus propios términos de referencia. De nuevo, en ese respecto hay, y no puede sino haberla, una sola solución viable y sustentable. Es el socialismo. Socialismo en el sentido que mencioné antes; es decir, la eliminación del marco adversarial/antagonístico hoy establecido en el que un sector de la población —una ínfima minoría— tiene que dominar a la inmensa mayoría a causa de la determinación estructural insuperable. Es decir, una forma de dominación que expropia totalmente para sí el poder de tomar decisiones. El trabajo, como antagonista del capital, carece absolutamente de poder para tomar decisiones, ni siquiera en el más limitado de los contextos. Esa es la cuestión vital e ineludible para el futuro. Y en ese sentido, estoy convencido de ello, las oportunidades para la revitalización del movimiento socialista, tarde o temprano, son enormes y fundamentales.

3.6 Revolución social y política

¿El concepto de “revolución”, en su opinión?

Sí, el concepto de revolución sigue siendo muy importante y válido si lo definimos como una profunda y activa transformación revolucionaria de todas las facetas de nuestra vida social. No deberíamos tomar el concepto de revolución en el sentido de “un gran empujón que lo arregla todo de una sola vez”, alimentando la ilusión

de que basta con cortar unas cuantas cabezas para ganar. Porque el empleo que Marx hace del concepto de revolución —planteado claramente en muchos contextos— era el de “revolución social”. Decía que la gran diferencia entre las revoluciones del pasado y una “revolución social” socialista era que las revoluciones del pasado fueron esencialmente de carácter político, lo cual significaba cambiar al personal que ejercía el dominio de la sociedad mientras se dejaba a la inmensa mayoría del pueblo en su posición de subordinación estructural. Ése es también el contexto en el que debemos considerar la cuestión de las “personificaciones del capital”. Cortar un número mayor o menor de cabezas, eso se puede hacer con relativa facilidad, metidos en el “gran empujón” para derribar algo; y todo eso generalmente pasa dentro de la esfera política. Ése es el sentido en el que se ha venido definiendo el concepto de “revolución”, incluso hasta hace poco.

Ahora bien, la amarga experiencia nos enseña que eso no funciona. Proceder de esa manera no basta. Así, tenemos que regresar a lo que Marx decía acerca de la “revolución social”. Debo también enfatizar que su concepto de revolución social no fue originalmente una idea propia de Marx. Es un concepto que surgió mucho antes de él, de **Babeuf** y su movimiento durante la turbulenta secuela de la Revolución Francesa de 1789. Babeuf fue ejecutado en esos días, acusado, con su grupo, de “conspiración”. En realidad él insistía en “una sociedad de iguales”. El mismo concepto reapareció en la década de los años treinta del siglo XIX y durante las revoluciones de 1848. En esos tiempos de revueltas revolucionarias la idea de “revolución social” estaba en el primer plano de las fuerzas más progresistas, y muy acertadamente Marx la abrazó.

En una transformación social radical —estamos hablando de una revolución socialista— el cambio no puede quedar restringido al personal que ejerce el dominio, y por lo tanto la revolución tiene que ser verdadera y abarcadoramente social. Eso significa que la transformación y el nuevo modo de controlar el metabolismo social debe penetrar en todos los segmentos de la sociedad. Es en ese sentido que el concepto de revolución sigue siendo válido; ciertamente, a la luz de nuestra experiencia histórica, más válido que nunca. Una

revolución que no solamente erradique, sino que también implante. Más importante aún que lo que se erradique será lo que se coloque en el lugar de lo erradicado. Marx dice en alguna parte que el significado de “radical” es “tomar las cosas por sus raíces”. Es ese el significado literal de ser radical, y conserva su validez en la revolución social en el sentido de erradicación e implantación que acabamos de mencionar.

Mucho de lo que hoy está firmemente arraigado ha de ser erradicado en el futuro a través del laborioso proceso de una transformación revolucionaria progresiva, o, si se quiere, “permanente”. Pero el terreno sobre el que se haga esto no debemos dejarlo vacío. En el lugar de lo que ha sido arrancado hay que poner algo que pueda ser capaz de echar raíces profundas. Hablando acerca del orden social del capital, Marx emplea la expresión “**sistema orgánico**”. En la Introducción a la edición en persa de **Más allá del capital**, cité un pasaje en el que él habla de eso. El sistema del capital bajo el cual vivimos es un sistema orgánico. Cada parte de él apoya y refuerza a las demás. Es ese tipo de **apoyo recíproco** de las partes lo que hace que el problema de la transformación revolucionaria sea muy complicado y dificultoso. Si queremos reemplazar el sistema orgánico del capital tenemos que poner en su lugar **otro sistema orgánico** en el que las partes le sirvan de apoyo al todo, porque también ellas se apoyan recíprocamente. Es así como el sistema se vuelve viable, capaz de mantenerse firme, en crecimiento y desplazándose exitosamente en la dirección que garantice la gratificación de cada miembro de la sociedad.

Está claro, entonces, que la “revolución” no puede ser simplemente una cuestión de “derrocamiento”. Cualquier cosa que pueda ser derrocada no puede constituir más que un aspecto muy parcial de la **revolución social**. Las variedades de **capitalismo** históricamente conocidas pueden ser derrocadas —y en algunos contextos limitados eso ya ha ocurrido— pero el **capital** mismo no puede ser “derrocado”. Tiene que ser erradicado, en el sentido que acabamos de describir, y es preciso poner algo en su lugar. De igual modo, el **Estado capitalista** puede ser derrocado. Sin embargo, aunque derroquemos el Estado capitalista no habremos eliminado el

problema mismo, porque **el Estado en sí** no puede ser derrocado. Por eso Marx habla del “debilitamiento gradual del Estado”, que es fundamentalmente otro concepto. Más aún, el más espinoso de los problemas concernientes a la tarea de la transformación revolucionaria es que el **trabajo en sí** no puede ser “derrocado”. ¿Cómo “derrocar” el trabajo que es, junto con el capital y el Estado, una de las tres columnas que sirven de soporte al sistema del capital? Porque el trabajo es la base de la reproducción de la sociedad.

Ha habido toda clase de fantasías, especialmente en estas últimas décadas, acerca de que la “revolución de la información” abolió para siempre el trabajo, y estamos viviendo más felices que nunca en la “sociedad postindustrial”. La idea de la transformación del trabajo en un juego tiene una tradición respetable, que se remonta a Schiller. Sin embargo, sus recientes versiones renovadas como apologética del capital constituyen un absurdo total. Es posible abolir el **trabajo asalariado** mediante algún decreto. Pero eso está muy lejos de ser la solución del problema de la emancipación del trabajo, que solo es concebible como la **auto-emancipación** de los productores asociados. El trabajo humano como actividad productiva continúa siendo siempre la condición absoluta del proceso de reproducción. El sustrato natural de la existencia de los individuos es la propia naturaleza, que debe ser **controlada** racional y creativamente por la actividad productiva —lo contrario de ser irresponsable y destructivamente **dominada** por los imperativos irracionales, despilfarradores y destructivos de la expansión del capital. El metabolismo social implica el necesario intercambio entre los individuos mismos y entre la totalidad de los individuos y la naturaleza recalcitrante. Incluso la idea original y no apologética del trabajo como juego en el siglo XVIII era inseparable de la idealización de la naturaleza: la ignorancia o negación de su obligada recalcitrancia. Pero las recientes réplicas apologéticas del capital desafían a cualquier credulidad, dada la abrumadora evidencia de la insensible destrucción de la naturaleza por el capital, que los proponentes de esas teorías ignoran cínicamente.

Usted debe haber leído libros y artículos en las últimas dos o tres décadas acerca de la llamada “sociedad postindustrial”. ¿Qué

demonios significa eso? ¿"Postindustrial"? Mientras la humanidad sobreviva, tendrá que ser industriosa/industrial. Tendrá que trabajar para reproducirse. Tendrá que crear las condiciones bajo las cuales la vida humana no solamente siga siendo posible, sino además se haga más rica en satisfacción humana. Y eso es concebible únicamente gracias a la industria, en el sentido más profundo del término. Siempre seremos industriales, en oposición a la fantasía propagandista interesada según la cual la "revolución de la información" hará que todo el trabajo industrial resulte completamente superfluo. Característicamente, al mismo tiempo que los paladines de la apologética del capital hablaban del paraíso "postindustrial", también hablaban aprobatoriamente de transferir las "industrias de las chimeneas" a la India, o a China, o a las Filipinas, o a Latinoamérica. ¡Así que había que sacar las "industrias de las chimeneas" del Occidente "capitalista avanzado"! ¿Pero dónde iban a poner los "capitanes de la industria" las tóxicas chimeneas de la **Union Carbide**? Las transfirieron a Bhopal, en la India, con consecuencias catastróficas, matando a **quince mil** personas e hiriendo y dejando ciegos a incontables miles más. ¿Eso convierte a la sociedad en "postindustrial"? Muy lejos de ello. Esas "transferencias de tecnología" solo significan que el Occidente capitalista manda sus sábanas sucias a alguna parte "subdesarrollada" del mundo, el llamado "tercer mundo". Al mismo tiempo, con sumo cinismo los ideólogos y los propagandistas del sistema sostienen también que esas transferencias significan "modernización", sobre el modelo norteamericano, así que como resultado de ello a su debido tiempo la gente de todas partes será rica y feliz en una sociedad totalmente automovilizada.

La tan necesitada revolución significa un cambio fundamental de todo eso. El derrocamiento nada más no puede solucionar nada. Derrocar o abolir algunas instituciones en situaciones históricas específicas constituye un necesario **primer paso**. Los actos políticos radicales son necesarios a fin de eliminar un tipo de personal y hacer posible que alguna otra cosa nazca en su lugar. Pero el objetivo

tiene que ser un profundo proceso de transformación social progresiva. Y en ese sentido el concepto de revolución continúa siendo absolutamente fundamental.

3.7 La igualación hacia abajo de la tasa diferencial de explotación

Los trabajadores occidentales, habiendo organizado sindicatos, tratan de ajustar a su Marx a la situación laboral en el mundo actual. Su voz y su lucha no van más allá de acciones limitadas por la asistencia social, salarios más altos, etc. En Oriente, por otra parte, a causa de las dictaduras, las presiones económicas retrasadas y la falta de conocimiento teórico, los movimientos sociales apuntan no solo a una vida mejor, sino también al derrocamiento de su sistema del capital. La globalización y la privatización han creado oportunidades para movimientos en contra del capitalismo. El movimiento radical parece estarse originando desde Oriente y no desde Occidente. ¿Qué piensa usted?

Pienso que tenemos que examinar los hechos, y entonces encontraremos que algo de lo que usted dice es cierto, pero con consideraciones históricas. Es decir, lo que usted describe refleja las condiciones de, hará quizás, una o dos décadas atrás, y mucho menos las de la actualidad. Cuando consideramos algunas demandas cruciales del movimiento laboral en los países capitalistas occidentales, como Francia e Italia, vemos que no pueden ser descritas como meras demandas de mejoramiento de los salarios. Tomemos por ejemplo la demanda de la semana de 35 horas sin rebajas en la paga, a la que el gobierno francés ha accedido. Ahora en Francia hay una ley —que se va a implementar a partir del 2000-2001⁵⁹— según la cual la semana de trabajo será reducida a 35 horas. Esa no es una demanda de salario. Igual cosa está ocurriendo en Italia, donde hay una ofensiva muy importante para la realización del mismo objetivo. Quizá pueda encontrarle una cita tomada de una de las principales figuras del movimiento italiano por las 35 horas de

59 Se mantiene el texto original. Ver la nota anterior.

trabajo, Fausto Bertinotti. Él tuvo que contestar una pregunta de una lectora del periódico de Rifondazione. Como usted sabe, la condición de las trabajadoras en todas las sociedades capitalistas es peor que la de los hombres (y no es que sea muy color de rosa para sus contrapartes masculinas). Ella preguntaba: “Si vamos a tener más horas para nosotras”, como resultado de la semana de trabajo de 35 horas, “¿cómo las ocuparemos?” Esta fue la respuesta de Bertinotti:

Cuando decimos que no es solamente una cosa de los objetivos sindicales, sino de la civilización, nos estamos refiriendo precisamente al horizonte de la pregunta que usted plantea: la importante cuestión del tiempo, y de la relación entre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida. Primero que todo sabemos, por Marx, que el robo del tiempo de trabajo, en cierta etapa del desarrollo histórico, se convierte en una base muy miserable de la producción, la riqueza y la organización de la sociedad, además sabemos que la lucha contra la explotación solo puede ir acompañada, entrelazada y conectada con la lucha contra la alienación; es decir, contra ese mecanismo profundamente inherente a la naturaleza del capitalismo, que no solo le quita al trabajador el producto del “trabajo viviente”, sino que induce al extrañamiento, la heterodirección y la regulación opresora del tiempo de vida. En ese sentido, las 35 horas, más allá de los beneficios que ellas podrán desatar desde el punto de vista del empleo, retornan a la cuestión central del mejoramiento de nuestras propias vidas: del autogobierno del tiempo, para ponerlo en términos políticos no contingentes. Porque no habrá una transformación social real sin un proyecto de autogobierno colectivo del tiempo de trabajo y el tiempo de vida: un proyecto real, no una hipótesis elaborada desde afuera del sujeto social y de las subjetividades individuales. Ése también constituye un gran desafío para la política y para nuestro partido.

Ahora bien, ahí es donde puede ver que la lucha por la semana de 35 horas no es simplemente una “demanda sindical”. Desafía a la totalidad del sistema de la reproducción metabólica social, y por lo tanto resultaría muy inexacto describirla como nada más que una “demanda sindical”.

Usted tiene razón en que, durante mucho tiempo, las demandas económicas constituyeron el horizonte del movimiento laboral en los países capitalistas avanzados. Pero esa orientación estrecha ya no se puede seguir manteniendo. Eso nos conecta con la cuestión de las oportunidades para el socialismo. El movimiento laboral se ve empujado ahora en dirección a que tiene que plantear la cuestión del tiempo de trabajo y el tiempo de vida. La reducción del tiempo de trabajo constituye una demanda salarial solamente en grado muy limitado. Los trabajadores no quieren simplemente un mejoramiento de los salarios. Es verdad que ellos dicen: “no queremos perder lo que ya tenemos”, pero la lógica objetiva de la situación es que de todos modos lo están perdiendo por otras razones. Porque una de las pérdidas importantes de los últimos cuarenta años de desarrollo capitalista es lo que yo llamo “la igualación hacia abajo de la tasa de explotación diferencial” (Ver la Sección 7 de **La necesidad del control social**, 1971, o “La intensificación de la tasa de explotación”, pp. 1027-1029 en **Más allá del capital**). En los países capitalistas occidentales las clases trabajadoras pudieron disfrutar por largo tiempo los beneficios de la tasa de explotación **diferencial**. Sus condiciones de existencia, sus condiciones de trabajo, eran inconmensurablemente mejores que las que se tenían en los “países subdesarrollados” del llamado “tercer mundo” (un concepto que siempre he rechazado como propaganda interesada del capitalismo occidental, porque el “tercer mundo” forma parte integral del solo y único profundamente interconectado, mundo).

Ahora bien, encontramos por todas partes condiciones de deterioro. La “igualación hacia abajo” queda en evidencia también en los países capitalistas más avanzados. Ahora los trabajadores tienen que afrontar el verse amenazados en sus condiciones básicas de existencia, porque el desempleo —a menudo camuflado como precariedad “flexible”— se está esparciendo por todas partes. Pelear contra el desempleo no puede ser considerado simplemente una negociación salarial. Ha pasado mucho tiempo desde cuando se podía tratar el “desempleo marginal” —en el punto culminante de la expansión keynesiana— en esos términos. Así que las clases

trabajadoras, incluso en los países capitalistamente más avanzados, deben encarar ese desafío.

Por supuesto que usted tiene razón en que las condiciones son incomparablemente peores en el Oriente. Pero es importante destacar que los países involucrados constituyen una parte integral del sistema del “capital social total” y la “totalidad del trabajo”. Cualquier cosa que pase en una parte tiene un impacto sobre las condiciones en cualquier otra parte. Las condiciones del mercado del trabajo se están deteriorando por doquier, incluidos los países capitalistas occidentales; en Canadá tanto como en los Estados Unidos, o en Inglaterra, Alemania, Francia e Italia. Las presiones se están intensificando y, podría añadir, eso significa un necesario cambio en la orientación del movimiento de la clase trabajadora occidental. Si usted examina la historia del movimiento de la clase trabajadora en el siglo XX, hallará que una de las grandes tragedias de esa historia fue la división interna descrita como la separación del llamado “brazo industrial” del movimiento (los sindicatos) del “brazo político” (los partidos políticos). Esa separación ha significado la severa restricción del movimiento laboral, al confinarse su acción dentro de límites muy estrechos. Los partidos políticos están confinados dentro de una situación en la que el pueblo, al que ellos supuestamente representan, tiene la oportunidad de votar —poner un pedazo de papel dentro de la urna de votación una vez cada cuatro o cinco años— y con ello renuncia a su poder de tomar decisiones a favor de quienquiera que esté en el parlamento.

Ahora bien, lo que resulta significativo respecto a los cambios en marcha es que se hace necesario convertir el propio movimiento sindical (el “brazo industrial”) en directamente político. Eso está empezando a ocurrir en algunos países capitalistas europeos (notoriamente en Francia e Italia), al igual que en Japón. Y confío en que ocurrirá en el futuro, no muy lejano, también en Canadá y en los Estados Unidos. Ese era el condicionante que yo le añadiría a su pregunta. Las cosas han sido y son, significativamente cambiantes bajo el impacto de la tendenciosa ley del desarrollo del, capital hacia la igualación hacia abajo de la tasa de explotación diferencial, en la época de la **crisis estructural del sistema del capital en sí**, y no

simplemente del capitalismo. Usted sabe de lo que estoy hablando; yo analizo ese problema con gran detalle en **Más allá del capital**. Bajo esas condiciones ya no es posible retener al pueblo en su situación de sumisión.

Puedo mencionarle a los mineros ingleses que libraron una lucha que duró un año, y no fue por una mejora de salario. Sería inconcebible soportar por todo un año las penurias, la miseria, la discriminación, la hostilidad y la represión del Estado por el interés de mejorar sus salarios en 10, 20 o hasta 50 dólares por semana, cuando estaban perdiendo mucho más, incluso en términos financieros, en el curso de esa lucha. Los mineros en Inglaterra fueron derrotados eventualmente gracias a la acción concertada del Estado y, lamentablemente, como mencioné antes, también el Partido Laborista, su presunto “brazo político”. ¿Y qué le ocurrió a la fuerza laboral de los mineros ingleses? Para el momento de la huelga su número rondaba los 150.000; ¡hoy se ha reducido a menos de 10.000! Esa es la realidad de la situación. Contra eso tuvieron que luchar los trabajadores: la reducción numérica a niveles de exterminio, la transformación de sus pueblos y aldeas mineras en la tierra baldía del desempleo. Así, en la actualidad más y más grupos de trabajadores también en los países capitalístamente avanzados se ven forzados a proceder de la misma manera, como lo hicieron los mineros ingleses. Puedo mencionarle también otro caso: los obreros portuarios de Liverpool que soportaron las penurias extremas de la huelga, no durante uno sino dos años y medio. Ese tipo de acción, ese tipo de lucha que es simultáneamente industrial y política es inconcebible dentro del estrecho marco de los “objetivos sindicales”.

Gracias por aceptar nuestra entrevista. ¿Quisiera añadir algo para el lector en persa?

Solo me queda desearles y desearnos mucho éxito en nuestra empresa y nuestras luchas en conjunto por una transformación social radical que tanto necesitamos. Y confío en que avanzaremos por ese camino.

Capítulo 4: Socialismo o barbarie: del “siglo norteamericano” a las encrucijadas

Este estudio⁶⁰ está dedicado a Harry Magdoff y Paul Sweezy, cuya contribución en los últimos cincuenta años —en sus libros y como editores de **Monthly Review**— a nuestra conciencia del imperialismo y los desarrollos monopólicos, que ha sido de primera magnitud.

Prefacio

Estamos a punto de dejar el siglo XX, descrito por los apologistas más grandilocuentes del capital como el “siglo norteamericano”. Sus opiniones fueron proferidas como si la Revolución de Octubre de 1917, o las revoluciones de China y Cuba y las luchas de liberación coloniales en las décadas siguientes jamás hubiesen tenido lugar, sin olvidar la humillante derrota sufrida por los poderosísimos Estados Unidos en Vietnam. Ciertamente, los defensores incondicionales del orden establecido anticiparon confiadamente que no solo el siglo venidero, sino todo el próximo milenio, está destinado a amoldarse a las normas incambiables de la “Pax Norteamericana”. Pero la mera verdad es que las causas profundamente arraigadas bajo las conmociones sociales del siglo XX ya mencionadas —a las que se podrían agregar unas cuantas, tanto positivas como

60 Los capítulos 1 y 2 de este estudio fueron presentados en Atenas, el 19 de octubre de 1999, como una conferencia organizada por la publicación bimensual griega **Utopía** por E. I Bitsakis, y publicada en ella en marzo de 2000. El texto completo fue publicado por primera vez en forma de libro en italiano por la editorial Punto Rosso, en septiembre de 2000, y la primera edición completa en inglés apareció en junio de 2001, publicada por Monthly Review Press, Nueva York.

negativas, incluidas dos guerras mundiales— no han sido resueltas por los desarrollos subsiguientes, independientemente de cuánto se haya realineado la relación de fuerzas a favor del capital durante la última década. Por el contrario, a cada nueva fase de la posposición forzada, las contradicciones del sistema del capital no hacen más que agravarse, acarreando cada vez mayor peligro para la supervivencia misma de la humanidad.

La insolubilidad crónica de nuestros antagonismos sociales, aunada a la incontabilidad del capital, bien puede continuar generando durante algún tiempo la atmósfera de triunfalismo y las ilusiones de permanencia desorientadoras, como lo han hecho en el pasado reciente. Pero a su debido tiempo los problemas que se van acumulando e intensificando en su carácter destructivo tendrán que ser afrontados, porque si el siglo que viene va a ser realmente el triunfalista “siglo norteamericano” del capital, entonces a los humanos ya no nos quedarán por delante otros siglos, y ni hablar de todo un milenio. Decir esto no tiene nada que ver con “antinorteamericanismo”. En 1992 expresé mi convicción de que el futuro del socialismo se decidirá en los Estados Unidos, por muy pesimista que esto pueda sonar. Trato de insinuarlo en la última sección de **El poder de la ideología**, donde estudio el problema de la universalidad.⁶¹ O el socialismo es capaz de hacerse valer universalmente y de manera tal que abarque todas las áreas, incluidas las áreas capitalistas más desarrolladas del mundo, o fracasará.⁶²

Dada la presente etapa del desarrollo, con sus problemas fuertemente entrelazados que claman por una solución permanente, solamente podría resultar operativo un planteamiento universalmente

61 **The Power of Ideology**, Harvester/Wheatsheaf, Londres, y New York University Press, 1989, pp. 462-470.

62 “Marxism Today”, entrevista publicada en **Radical Philosophy**, N° 62, otoño de 1992; reimpresa en “Appendix”, Part Four, **Beyond capital**, Merlin Press, (Londres) y Monthly Review Press, (Nueva York), 1995, pp. 978-986; “Marxismo hoy día”, **Más allá del capital**, Vadell Hermanos, 2001 Caracas-Valencia, 2001, pp. 1131-1140.

viable. Pero a pesar de su “globalización” forzosa, el sistema incurablemente inicuo del capital resulta ser estructuralmente incompatible con la universalidad en cualquier sentido significativo del término.

4.1. El capital: la contradicción viviente

4.1.1

Sean cuales sean las pretensiones de la “globalización” en marcha, en el mundo no puede haber universalidad si no existe una igualdad sustantiva. Evidentemente, entonces, el sistema del capital, en todas sus formas históricamente conocidas o concebibles, es totalmente hostil hasta para con sus propias proyecciones —deformes y dañadas— de universalización globalizadora. Y es inconmensurablemente más hostil con la única realización significativa de la universalidad, socialmente viable, que armonizaría plenamente el desarrollo universal de las fuerzas productivas con el desarrollo general de las habilidades y potencialidades de los individuos sociales libremente asociados, porque aquella estaría basada en sus aspiraciones procuradas a conciencia. En lugar de eso, la potencialidad de la tendencia universalizadora del capital se ha convertido en la realidad de la alienación y la cosificación deshumanizadoras. Para decirlo con Marx:

¿Cuando se le quita el envoltorio de la forma burguesa limitada, qué es la riqueza si no la universalidad de las necesidades, capacidades, placeres, fuerzas productivas, etc., humanas creadas mediante el intercambio universal? ¿El pleno desarrollo de la dominación humana sobre las fuerzas naturales, tanto las de la llamada naturaleza como las de la propia naturaleza de la humanidad? ¿La obtención absoluta de sus potencialidades creativas, sin otro supuesto que no sea el del desarrollo histórico previo, que convierte a esta totalidad de desarrollo, es decir el desarrollo de todos los poderes humanos como tales, en un fin en sí mismo, y no como si estuviese medido

sobre un patrón predeterminado? ¿Cuando no se reproduce en una especificidad, sino que produce su totalidad? ¿Tiende a no continuar siendo algo en lo que se ha convertido, sino que está en el movimiento absoluto de convertirse? En la economía burguesa —y en la época de la producción a la que ella corresponde— dicha obtención de la satisfacción humana aparece como un vaciarse total, dicha objetivación universal como alienación total, y el despojamiento de todos los objetivos limitados y parcializados como el sacrificio de la finalidad humana en sí misma ante un fin enteramente externo.⁶³

El desarrollo de la división funcional del trabajo —en principio aplicable universalmente— constituye la dimensión horizontal potencialmente liberadora del proceso laboral del capital. Sin embargo, esa dimensión resulta ser inseparable de la división vertical/jerárquica del trabajo dentro del marco de la estructura de mando del capital. La función de la dimensión vertical es salvaguardar los intereses vitales del sistema asegurando la expansión continua del plustrabajo sobre la base de la máxima explotación practicable de la totalidad del trabajo. En consecuencia, a la fuerza estructurante horizontal se le permite avanzar en cualquier momento dado solamente hasta donde siga siendo firmemente controlable por parte de la dimensión vertical en el horizonte reproductivo del capital. Eso significa que puede seguir su propia dinámica solo hasta el punto en que los desarrollos productivos resultantes puedan seguir siendo **contenibles** dentro de los parámetros de los imperativos (y las limitaciones correspondientes) del capital. La exigencia del control del capital de un ordenamiento vertical constituye siempre el momento dominante en la relación entre las dos dimensiones. Pero si bien en la fase ascendente del desarrollo del sistema las dimensiones vertical y horizontal se complementan entre sí a través de sus intercambios recíprocos relativamente flexibles, una vez que la fase ascendente es dejada atrás el anterior **momento dominante** de un complejo dialéctico se convierte en una **determinación unilateral disociadora**. Eso acarrea graves limitaciones para el desarrollo

63 Marx, *Grundrisse*, p. 488.

productivo, junto con una importante crisis de la acumulación bien evidente en nuestro tiempo. Por eso la universalidad en el desarrollo de las fuerzas productivas una vez prometida tiene que ser abortada, en interés de salvaguardar la parcialidad orientada hacia sí misma y la insuperable jerarquía estructural del capital.

El sistema del capital está articulado como una intrincada red de contradicciones que solo puede ser **manejada** más o menos exitosamente durante algún tiempo, y nunca **superada** de manera definitiva. En las raíces de todas ellas encontramos el antagonismo inconciliable entre el capital y el trabajo, que siempre y obligatoriamente asume la forma de la **subordinación estructural/jerárquica del trabajo al capital**, independientemente de lo elaborados y mistificadores que puedan ser los intentos que apuntan a camuflar esa subordinación estructural. Para nombrar algunas de las principales contradicciones nos enfrentamos a las que existen entre:

- . la producción y su control;
- . la producción y el consumo;
- . la producción y la circulación;
- . la competencia y el monopolio;
- . el desarrollo y el subdesarrollo (es decir, la divisoria “norte/sur”, tanto globalmente como dentro de cada país específico);
- . la expansión preñada de las semillas de la contracción generadora de crisis;
- . la producción y la destrucción (esta última glorificada como “destrucción productiva” o “creativa”);
- . la dominación estructural del trabajo por el capital y la insuperable dependencia del trabajo viviente por parte del capital;
- . la producción de tiempo libre (plustrabajo) y su lesiva negociación mediante el imperativo de reproducir y explotar el trabajo necesario;
- . la manera totalmente autoritaria de la toma de decisiones en las empresas productoras y la necesidad de su implementación “consensual”;
- . la expansión del empleo y la generación de desempleo;
- . la tendencia a economizar con los recursos materiales y humanos aunada al más absurdo despilfarro de los mismos;

. el crecimiento de la expansión a toda costa y la resultante destrucción ambiental;

. la tendencia globalizadora de las empresas transnacionales y las obligadas restricciones ejercidas por los estados nacionales en contra de sus rivales;

. el control sobre las unidades reproductivas específicas y el fracaso en el control de su escenario más amplio (de aquí el carácter extremadamente problemático de todos los intentos de planificar en todas las formas concebibles del sistema del capital);

. y la contradicción entre la extracción del plusvalía regulada económicamente y la regulada políticamente.

Resultaría por demás inconcebible superar siquiera una de esas contradicciones por separado, y mucho menos toda la red inextricablemente entrelazada, si no se instituye una alternativa radical al modo de control metabólico social del capital. Una alternativa basada en la **igualdad sustantiva**, cuya total ausencia es el común denominador y el núcleo pervertidor de toda relación social bajo el sistema existente.

Lo que es importante destacar también acá es que —dada la **crisis estructural** del sistema del capital en sí, en contraste con las crisis **coyunturales periódicas** del capitalismo que presenciamos en el pasado— los problemas se han visto agravados inexorablemente en la presente etapa del desarrollo, poniendo en la agenda histórica la necesidad de un **control general** viable de los intercambios productivos materiales y culturales de la humanidad, como cosa de gran urgencia. Marx podía decir todavía que el desarrollo del sistema del capital, a pesar de sus propias barreras y limitaciones, “agranda el círculo del consumo” y “derriba todas las barreras que restringen el desarrollo de las fuerzas de producción, la expansión de las necesidades, el desarrollo múltiple de la producción y la explotación e intercambio de las fuerzas naturales y mentales”.⁶⁴ En ese espíritu pudo caracterizar el pleno desenvolvimiento del sistema del capital

64 Ibid., pp. 408 y 410.

como la “**presuposición** de un nuevo modo de producción”.⁶⁵ Hoy ya no es posible hablar de un “**desarrollo múltiple de la producción**” vinculado con la expansión de las **necesidades humanas**. Así, dada la manera como la deforme tendencia globalizadora del capital se realizó —y se sigue reforzando—, resultaría por demás **suicida** concebir la realidad destructiva del capital como la presuposición del tan necesitado nuevo modo de reproducir las condiciones sustentables para la existencia humana. Tal y como están las cosas hoy día, la preocupación del capital no puede ser “el agrandamiento del círculo del consumo” en beneficio del “individuo social rico” del que hablaba Marx, sino tan solo su propia reproducción ampliada a cualquier costo. Y esto último puede ser garantizado, al menos por ahora, mediante varias modalidades de destrucción. Porque desde la perspectiva perversa del “proceso de realización” del capital, **el consumo y la destrucción son equivalentes funcionales**. Hubo una vez en que la ampliación del círculo del consumo podía ir de la mano del imperativo avasallador de la autorrealización ampliada del capital. Con el final de la ascensión histórica del capital, las condiciones de la reproducción ampliada del sistema se han visto alteradas radical e irremisiblemente, poniendo en el primer plano abrumadoramente las tendencias destructivas y, como su acompañante natural, el despilfarro catastrófico. Nada ilustra mejor esto que el “**complejo militar-industrial**” y su permanente expansión, a pesar de las pretensiones del “nuevo orden mundial” y su así llamado “dividendo de paz” después del “fin de la guerra fría” (tendremos que regresar a este complejo en la Sección 2.7).

4.1.2

Paralelamente a esos desarrollos, la cuestión del desempleo también se ha visto alterada para peor. Ya no está restringida al “ejército de reserva”, a la espera de ser activado y metido dentro del marco de la expansión productiva del capital, como solía ser el caso en la fase ascendente del sistema, en algunos momentos, incluso en grado

65 Ibid. p. 540.

asombroso. Ahora la grave realidad del desempleo deshumanizador ha a sumido un carácter crónico, reconocido hasta por los defensores más incondicionales del capital —sin duda, a modo de autojustificación, como si nada tuviese que ver con la naturaleza perversa de su tanpreciado sistema— como “desempleo estructural”. Como contraste, en las décadas de posguerra de la expansión sin perturbaciones se presumió que el problema del desempleo quedaba permanentemente resuelto. Así, uno de los peores apologistas del capital —Walt Rostow, prominente figura en el “Trust del Cerebro” del presidente Kennedy— declaraba arrogantemente en un libro vacío, pero masivamente promocionado, que:

Existe toda la razón del mundo para creer, atendiendo a la sensibilidad del proceso político hasta para con los más pequeños bolsones de desempleo en las sociedades democráticas modernas, que las políticas indolentes y tímidas de los años 20 y 30 con respecto al nivel de desempleo ya no serán toleradas en las sociedades occidentales. Y ahora las artimañas técnicas —debido a la revolución keynesiana— son ampliamente comprendidas. No hay que olvidar que Keynes se planteó la tarea de derrotar el pronóstico de Marx acerca del curso del desempleo bajo el capitalismo, y lo ha logrado en gran medida.⁶⁶

En el mismo espíritu, Rostow y todo el ejército de economistas burgueses predijeron con fiadamente que no solamente los “pequeños bolsones de desempleo en las sociedades democráticas occidentales” serían convertidos pronto y para siempre en oasis de “riqueza” y prosperidad, sino que, gracias a sus recetas y “artimañas” de “modernización” aplicables universalmente, también el “tercer mundo” alcanzaría el mismo nivel de “desarrollo” y feliz satisfacción de nuestras “democracias occidentales”, porque se suponía que en la naturaleza preordenada del universo eterno el “subdesarrollo” sería seguido del “despegue” capitalista, que a su vez traería consigo inexorablemente una natural “tendencia a la

66 Walt Rostow, **The Stages of Economic Growth**, Cambridge University Press, 1960, p. 155.

madurez”, dado que las fuerzas políticas de las “democracias occidentales” impedirían los actos malignos de los revolucionarios perturbadores empeñados en interferir con ese orden natural.

La euforia produjo una industria de “estudios del desarrollo”, generosamente financiada, que fue girando en círculos cada vez más amplios para entrar al final en el olvido total, como gotas de lluvia sobre la arena, a medida que —con el inicio de la crisis estructural del capital— la marea del monetarismo neoliberal fue cubriendo las posiciones de la orientación ideológica hasta ese momento ocupadas por los sumos sacerdotes de la salvación keynesiana. Y cuando al final hubo que admitir que las “artimañas” keynesianas ya no podrían volver a generar nunca más los anteriores “milagros” (es decir, las condiciones descritas como “milagros” por quienes en aquello momento creían tontamente en ellos, no por sus adversarios críticos), los antiguos propagandistas de la solución final keynesiana de los defectos del capital simplemente se cambiaron de uniforme y, sin el más mínimo murmullo de autocrítica, invitaron a todos aquellos que no habían alcanzado aún su propio nivel de nueva iluminación trascendental a despertar de su modorra, y darle un funeral decente a su héroe de otrora.⁶⁷

De esa manera la tesis de la “modernización del tercer mundo” tenía que ser —un tanto humillantemente— abandonada. El asunto se complicó aún más gracias al peligro creciente del desastre ecológico y el hecho obvio de que si a través de la “tendencia del tercer mundo a la madurez” se les permitía a los niveles catastróficos de desperdicio y contaminación producidos por la nación modelo de la “modernización”, los Estados Unidos, prevalecer aunque fuese nada más en China y en la India, eso también les acarrearía consecuencias devastadoras a las idealizadas “democracias occidentales”. Además, la solución interesada recién propugnada por los Estados Unidos —“comprar los derechos de contaminación” a los

67 Ver un destacado artículo editorial en el **Economist** de Londres titulado “Time to bury Keynes?”, (3 de julio de 1993, pp. 21-22); pregunta que fue respondida por los editores de **The Economist** con un enfático “sí”.

países del “tercer mundo”— resultaría ser un concepto autodestructivo si no asumía al mismo tiempo la permanencia del “subdesarrollo del tercer mundo”. Por lo tanto, a partir de allí en todas partes, incluidas las “democracias occidentales”, la tesis de la “modernización” tuvo que ser empleada como un nuevo tipo de arma, para así vapulear y descalificar al “viejo laborismo” por negarse a ser “modernizado” por el “nuevo laborismo”, es decir, por no haber podido hacerse “moderno” abandonando totalmente, como lo hizo el “nuevo laborismo”, hasta sus principios y compromisos tímidamente socialdemócratas. Los nuevos objetivos propagandísticos universalmente recomendables y encomendables que había que seguir eran “**democracia y desarrollo**”: democracia modelada sobre el consenso político norteamericano entre los republicanos y los demócratas, cuyo resultado ha sido que la clase trabajadora se vea **privada de sus derechos** por completo y sin contemplaciones, incluso en un sentido parlamentario limitado; y desarrollo nada más en el sentido de lo que puede ser vertido con facilidad dentro de la concha vacía de la definición de “democracia formal” más tendenciosa, que se le impondrá a todo el mundo, desde las “democracias recién surgidas” de la Europa del Este y la antigua Unión Soviética hasta el Sureste Asiático y el África, al igual que a Latinoamérica. Como prominente órgano de propaganda del llamado G7, dominado por los Estados Unidos, el **Economist** de Londres lo ha puesto así con su inimitable cinismo:

No hay alternativa para el libre mercado como la vía para organizar la vida económica. La difusión de la economía de libre mercado conducirá gradualmente a la democracia pluripartidista, porque los pueblos que poseen libre escogencia económica tienden a tener también libre escogencia política.⁶⁸

Si el trabajo, como antagonista del capital, tiene empleo, “libre escogencia económica”, solo puede equivaler a sometimiento a las órdenes provenientes de los imperativos expansionistas del sistema; y para el número cada vez mayor de los no tan “afortunados”

68 **The Economist**, 31 de diciembre de 1991, p. 12

significa exponerse a las indignidades y la extrema penuria causadas por el “desempleo estructural” crónico. En cuanto a la “libre escogencia política” que pudiese ser ejercida dentro del marco de la “democracia pluripartidista”, en la realidad queda reducida a la aceptación amargamente resignada de las consecuencias de un **consenso** político que se estrecha cada vez más, lo que ocasionó que no menos del **77 %** de los votantes ingleses —y casi el mismo porcentaje de personas también en algunos otros países de la Comunidad Europea— se negasen a participar en un ritual tan carente de sentido como la reciente elección a nivel nacional, cuando se les llamó a elegir a sus miembros en el Parlamento Europeo.

Así, de manera similar a lo que ocurrió en el terreno del empleo productivo, como resultado de la reducción de los márgenes del capital, hemos sido testigos de retrocesos dramáticos también en el terreno de la representación y la dirección política. En el campo de la producción, la fase ascendente del desarrollo del capital había traído consigo una masiva expansión del empleo, que en nuestro tiempo le cedió el paso a la peligrosa tendencia al desempleo crónico. En cuanto al campo político, pudimos ver cómo se dio un desplazamiento desde el dramático crecimiento del derecho al voto, que alcanzó el punto del derecho al voto universal y la correspondiente formación de partidos de masa laborales, al fuerte retroceso de la pérdida, no formal, sino efectiva y completa de los derechos del trabajo en su escenario político parlamentario. Baste pensar, en este respecto, en formaciones políticas como el “nuevo laborismo” y sus equivalentes “del otro lado”, operando la forma más peculiar de la “toma de decisiones democrática” en minúsculas “camarillas” (o los “sin rostro”), o imponiéndole implacablemente la conseja de “no hay ninguna alternativa” a cualquier voz disidente, incluso si esta viene a presentarse por alguna casualidad en los gabinetes ministeriales que confieren la aprobación oficial.

4.1.3

La devastadora tendencia al desempleo crónico afecta hoy hasta a los países capitalistas más avanzados. Al mismo tiempo, también las personas que todavía tienen empleo en esos países tienen que

soportar el empeoramiento de sus condiciones de existencia materiales, admitido incluso por las estadísticas oficiales, porque el fin del ascenso histórico del capital también trajo consigo una igualación hacia abajo de la tasa de explotación diferencial.⁶⁹

El fin de la “modernización del tercer mundo” pone de relieve un problema definitivamente fundamental en el desarrollo del sistema del capital. Subraya la significación histórica de largo alcance del hecho de que el capital no logró completar su sistema como capitalismo global, es decir, como la regulación abrumadoramente económica de la extracción del plusvalor como plusvalor. A pesar de todas las fantasías pasadas acerca del “despegue” y la “tendencia a la madurez”, hoy día casi la mitad de la población mundial tiene que reproducir sus condiciones de existencia de maneras que contrastan abiertamente con el idealizado “mecanismo del mercado” como el regulador, avasalladoramente dominante, del metabolismo

69 Renato Constantino, destacado historiador y pensador político filipino, nos da un ejemplo sorprendente de la tasa de explotación diferencial en uno de sus ensayos. Escribió: “ La Ford Pilippines, Inc., establecida recién en 1967, está ahora [cuatro años más tarde] en el lugar 37 en el listado de las 1000 corporaciones más grandes en las Filipinas. En 1971 reportó una retribución del 121.32 %, mientras su retribución general en 133 países durante el mismo año fue solamente del 11.8 %. Aparte de todos los incentivos que se le extrajeron al gobierno, las altas ganancias de la Ford se debieron principalmente a la mano de obra barata. Mientras en 1971 en los Estados Unidos el trabajador especializado percibía por hora un salario promedio de casi \$ 7.50, el promedio para un trabajo similar en las Filipinas era apenas de \$ 0.30” (Renato Constantino, **Neo-Colonial Identity and Counter-Consciousness: Essays in Cultural Decolonization**, Merlin Press, Londres, 1978, p. 234). Los privilegios relativos que en el pasado disfrutaban las clases trabajadoras en los países capitalístamente avanzados se han empezado a erosionar en las últimas tres décadas, como resultado de la reducción de los márgenes de la acumulación progresiva y de su globalización transnacional en marcha. Esa igualación hacia abajo de la tasa de explotación diferencial constituye una tendencia sumamente significativa del desarrollo de nuestro tiempo, y está destinada a hacerse valer con creciente gravedad en las décadas venideras.

social. En lugar de autocompletarse como un sistema global propiamente capitalista, el capital, aparte de los países donde prevaleció su modalidad económica de control de la apropiación del plustrabajo, también logró crear **enclaves del capitalismo**, dentro de un **territorio nacional no capitalista** más o menos vasto. En este respecto, la India constituye un ejemplo obvio. Por el contrario, el de China resulta ser mucho más complicado, ya que su Estado no puede ser calificado de capitalista (sin embargo, este país posee también algunos enclaves capitalistas poderosos, vinculados a un territorio nacional no capitalista que sobrepasa el millardo de habitantes). En cierta forma es similar a algunos imperios coloniales del pasado, por ejemplo el inglés. Inglaterra ejercía un control general político/militar sobre la India, y explotaba a fondo sus enclaves económicos capitalistas, pero dejaba al mismo tiempo a la inmensa mayoría de la población a merced de sus propios recursos de existencia “al día”, agravada antes y durante la colonia. Tampoco es concebible, por una serie de razones —incluida la insostenible e ingeneralizable articulación estructural del “capitalismo avanzado”, con su tasa de utilización decreciente catastróficamente desperdiciadora como condición central de su expansión continua— que ese fracaso del capitalismo vaya a tener remedio en el futuro. Así, el fracaso de la modernización capitalista del “tercer mundo”, a pesar de todos los esfuerzos invertidos en ella durante las décadas de expansión que siguieron a la segunda guerra mundial, llama nuestra atención hacia un defecto estructural fundamental del sistema en su conjunto.

Es preciso mencionar un problema más dentro de este contexto: la “hibridación” puesta en evidencia incluso en los países capitalistamente más avanzados. Su dimensión principal es la participación directa e indirecta cada vez mayor del Estado en salvaguarda de la permanente viabilidad del modo de reproducción metabólica social del capital. A pesar de todas las protestas en sentido contrario, aunadas a las fantasías neoliberales acerca de “hacer retroceder las fronteras del Estado”, el sistema del capital no podría sobrevivir durante una semana sin el respaldo masivo que recibe constantemente del Estado. Ya he considerado ese problema en otras partes, y por lo tanto aquí bastará con una breve mención. El punto es que

lo que Marx llamó la “ayuda externa”, que les dio Enrique VIII —y otros— a los primeros desarrollos capitalistas Reapareció en el siglo XX de una manera inimaginablemente masiva, desde las “políticas agrícolas comunes” y las garantías de exportación a los inmensos fondos para la investigación financiados por el Estado y el apetito insaciable del complejo militar-industrial.⁷⁰ Lo que hace que el problema empeore es que cualquiera que sea su monto resultará insuficiente. El capital, en su presente fase del desarrollo histórico, se ha vuelto totalmente dependiente de una provisión cada vez ma-

70 Ya Rosa Luxemburgo enfatizaba proféticamente la creciente importancia de la producción militar, allá por 1913, señalando que “El capital mismo controla definitivamente ese movimiento automático y rítmico de la producción militar a través de la legislatura y una prensa cuya función es moldear la llamada ‘opinión pública’. Es por eso que este territorio específico de la acumulación capitalista parece en principio capaz de una expansión infinita” (Rosa Luxemburgo, **The Accumulation of capital**, Routledge, Londres, 1963, p. 466). El papel del nazifascismo en la producción militarista en su máxima ampliación es bastante obvio, al igual que ciertamente lo es la prodigiosa (y por demás pródiga) “ayuda externa” aportada al capital en las “democracias occidentales” y en todas partes, por el complejo militar-industrial después de la Segunda Guerra Mundial. Una ayuda externa igualmente importante, si bien de un tipo un tanto diferente, se lo aportaron al capital todas las variedades de keynesianismo durante las décadas de la posguerra. Lo que sí es menos obvio en este respecto es la consciente dedicación de Franklin Delano Roosevelt al mismo objetivo desde antes de su elección a la Presidencia. Hasta llegó a anticipar una condena de lo que más tarde se conoció como el “neoliberalismo”, insistiendo —en un discurso pronunciado el 2 de julio de 1932— en que “deberíamos rechazar de inmediato esas disposiciones legales que fuerzan al Gobierno Federal a ir al mercado a comprar, a vender, a especular en productos del agro en un intento inútil de reducir los excedentes agrícolas. Y son ellos quienes hablan de **“mantener al gobierno por fuera de los negocios”** (F.D. Roosevelt, “The New Deal Speech Before the Democratic Convention”, Chicago, Illinois, 2 de julio de 1932).

yor de “ayuda externa”. Sin embargo, también a este respecto nos vamos aproximando a un límite sistémico en el que nos enfrentamos a la **insuficiencia crónica de ayuda externa**, en lo tocante a qué es lo que el Estado es capaz de conceder. Ciertamente, la crisis estructural del capital es inseparable de la insuficiencia crónica de esa ayuda externa, bajo condiciones en que los defectos y fracasos de ese sistema de reproducción social antagonístico exigen un aporte ilimitado del mismo.

4.2. La fase potencialmente más letal del imperialismo

4.2.1

Una de las contradicciones y limitaciones de mayor peso del sistema concierne a la relación entre la tendencia globalizadora del capital trasnacional en el campo económico y la continuada dominación de los Estados nacionales como la estructura de mando político global del orden establecido. En otras palabras, independientemente de todos los esfuerzos de las potencias dominantes por hacer que su propio Estado nacional triunfe por sobre los demás y prevalezca así como el estado del sistema del capital en sí, precipitando a la humanidad en el transcurso de esos intentos en las vicisitudes desangradoras de dos guerras mundiales horrosas en el siglo XX, el Estado nacional se mantuvo como el árbitro definitivo de la toma de decisiones socioeconómicas y políticas abarcentes, así como el verdadero garante de los riesgos asumidos en todas las aventuras económicas trasnacionales importantes. Obviamente, esa es una contradicción de tal magnitud que no es posible suponer que dure indefinidamente, independientemente de la retórica repetida hasta el cansancio que pretende resolver tal contradicción mediante el discurso sobre “democracia y desarrollo” y su tentador corolario: “pensar globalmente, actuar localmente”. Es por eso que la cuestión del imperialismo tiene que ser puesta en el primer plano de la atención crítica.

Muchos años antes Paul Baran había caracterizado acertadamente el cambio radical en las relaciones internacionales de la posguerra en el mundo capitalista y la “creciente incapacidad de las viejas

naciones imperialistas para mantenerse firmes ante la procura norteamericana de una influencia y un poder en expansión”, insistiendo en que la afirmación de la supremacía de los Estados Unidos en el “mundo libre” implica la reducción de Inglaterra y Francia (por no hablar de Bélgica, Holanda y Portugal) al rango de socios menores del imperialismo norteamericano.⁷¹

También citaba las palabras amargamente desengañadoras del **Economist** de Londres, que argüían con su servilismo característico que tenemos que entender que ya no somos los iguales a los norteamericanos, y no podemos serlo. Tenemos derecho a plantear nuestros mínimos intereses nacionales y esperar que los norteamericanos los respeten. Pero, una vez hecho eso, tenemos que buscar su liderazgo.⁷²

Una solicitud similar de la aceptación del liderazgo norteamericano —pero quizá no tan totalmente resignada a entregarle a los Estados Unidos, de una forma u otra, el Imperio Británico— la había formulado un cuarto de siglo antes el **Observer** de Londres, que decía entusiasmadamente en relación con el presidente Roosevelt que “Norteamérica ha hallado a un hombre. En él el mundo tiene que encontrar un líder”.⁷³

Y con todo, el fin del Imperio Británico —junto al de todos los demás— ya estaba anunciado en el primer discurso inaugural de Roosevelt, en el que dejaba absolutamente en claro que como Presidente de los Estados Unidos él “no escatimaría esfuerzos para **restaurar el comercio mundial a través del reajuste economi-**

71 Paul Baran, **The Political Economy of Growth**, Monthly Review Press, Nueva York, 1957, p. vii.

72 **The Economist**, 17 de noviembre de 1957.

73 Comentario de **The Observer** al Primer Discurso Inaugural de Roosevelt, pronunciado en Washington el 4 de marzo de 1933. Citado en la p. 13 de **Nothing to Fear: The Selected Adresses of Franklin Delano Roosevelt, 1932-1945**, editado por B.D. Kevin, Hodder & Stoughton, Londres, 1947.

co internacional”.⁷⁴ Y, en el mismo espíritu, unos años después propugnaba el derecho a “comerciar en una atmósfera **libre de la competencia desleal y del dominio de los monopolios dentro y fuera del país**”.⁷⁵ Así, desde el comienzo mismo de la presidencia de Roosevelt, al Imperio Británico le apareció el mensaje escrito sobre el muro, y la cuestión del colonialismo hizo que la relación con Churchill resultase bastante amarga para este último. Eso quedó revelado en una rueda de prensa parcialmente “extraoficial” que concedió Roosevelt a su regreso de la Conferencia de Yalta con Churchill y Stalin. En lo concerniente a la cuestión de la Indochina Francesa, Roosevelt proponía una administración compartida transicional antes que la solución de la independencia, a fin de educarlos para que se autogobiernen. A nosotros nos tomó cincuenta años lograrlo en las Filipinas. A Stalin le agradó la idea. A China [Chiang Kai-Shek] le agradó la idea. A los británicos no. Les desbarataría el imperio, porque si los indochinos trabajan en conjunto y eventualmente consiguen su independencia, los birmanos le harían lo mismo a Inglaterra.

Pregunta: ¿Es esa la idea de Churchill para todos los territorios de afuera, los quiere de vuelta, igual a como estaban antes?

Presidente: Sí, él es medio victoriano en todas esas cosas.

Pregunta: ¿Esa idea de Churchill parece contradictoria con la política de autodeterminación?

Presidente: Sí, eso es verdad.

Pregunta: ¿Usted recuerda el discurso que hizo el Primer Ministro sobre el hecho de que a él no lo habían hecho Primer Ministro de Gran Bretaña para que viera como se desmoronaba el Imperio?

74 F.D. Roosevelt, Primer Discurso Inaugural, 4 de marzo de 1933.

75 F.D. Roosevelt, Mensaje Anual al Congreso, Washington D.C., 11 de enero de 1944.

Presidente: Mi querido viejo Winston nunca cambiará en ese punto. Se ha vuelto todo un especialista en él. Esto, por supuesto, es extraoficial.⁷⁶

Naturalmente, en el “reajuste económico internacional” propugnado —una demanda que en primer lugar surgió a partir de la gran crisis mundial de 1929-1933, y se fue volviendo cada vez más imperativa para Norteamérica debido al comienzo de otra recesión en el país justo antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial— el Imperio Británico en su conjunto estaba sobre el tapete, porque Roosevelt creía que a “la India habría que garantizarle el estatus de miembro de la mancomunidad británica durante la guerra y la escogencia de la libertad total unos cinco o diez años más tarde”. La sugerencia más irritante, para los británicos más conservadores, fue su propuesta en Yalta de que Hong Kong (así como Dairén) fuese convertido en puerto libre internacional. De hecho, desde el punto de vista británico, la totalidad de su posición se veía como ingenua y terca. Sentían que él tergiversaba los objetivos y los resultados del imperialismo real. Y, lo más importante, advertían que el derrumbe del imperio degradaría a Occidente a un mundo de “política del poder”. “Abriría peligrosas áreas de confusión y conflicto: un ‘vacío de poder’ que podría ser ocupado por agresores potenciales (los rojos)”.⁷⁷

Con la aparición del competidor imperialista incomparablemente más poderoso, los Estados Unidos, el destino del Imperio Británico quedó sellado. Se hizo aún más apremiante, y en las colonias engañosamente atractivo, porque Roosevelt pudo presentar su política que apuntaba al logro de la supremacía internacional norteamericana con la retórica de la libertad para todos, y ciertamente hasta con alguna pretensión de un “destino” universalmente aceptable. No vaciló en declarar que “una civilización mejor que cuantas haya-

76 P.C. N° 992, 23 de febrero de 1995. Citado en Thomas H. Greer, **What Roosevelt Thought: The Social and Political Ideas of Franklin D. Roosevelt**, Angus & Robertson, Londres, 1958, p. 169.

77 Ibid.

mos conocido antes aguarda a Norteamérica, y con nuestro ejemplo quizá al mundo. Aquí el destino parece haber puesto su mirada”.⁷⁸

El hecho de que, muy poco tiempo después de haberse burlado de las justificaciones ideológicas transparentemente imperialistas de los “británicos más conservadores”, los norteamericanos hayan adoptado plenamente como suyas las consignas propagandísticas de aquellos, justificando sus intervenciones militares en Indochina y en todas partes, con la excusa de prevenir la generación de un “vacío de poder” y cerrar la posibilidad del “efecto dominó” (producido por los “rojos”), solamente podría confundir a aquellos que siguen alimentando ilusiones acerca del “fin del imperialismo”.

4.2.2

Para comprender la gravedad de la situación actual tenemos que ponerla en una perspectiva histórica. La penetración imperialista moderna en varias partes del globo fue inicialmente de un tipo comparativamente muy distinto al de la penetración muchísimo más extensa —y también más intensa— en el resto del mundo de algunas potencias capitalistas dominantes, en las últimas décadas del siglo XIX. El contraste fue bien remarcado por Harry Magdoff, que escribió:

El mismo tipo de pensamiento que enfoca el concepto de imperialismo económico, en un sentido restringido de balance general, por lo general limita el término al control (directo o indirecto) que ejerce una potencia industrial sobre un país subdesarrollado. Tal limitación ignora el rasgo esencial del nuevo imperialismo que surge a finales del siglo XIX: la lucha competitiva entre las naciones industriales por posiciones de dominio respecto al mercado mundial y las fuentes de materia prima. La diferencia estructural que distingue el nuevo imperialismo del viejo es la sustitución de una economía en la que compiten muchas firmas por una en la que

78 F.D. Roosevelt, Discurso del 50º Aniversario de la Estatua de la Libertad. Nueva York, 28 de octubre de 1936.

compiten unas pocas corporaciones gigantes en cada industria. Además, durante ese período, el avance en la tecnología del transporte y la comunicación, y el reto que le plantearon a Inglaterra las naciones industriales más nuevas [como Alemania], introdujeron dos elementos adicionales en el escenario imperialista: la intensificación de la lucha competitiva en la arena mundial y la maduración de un sistema capitalista verdaderamente internacional. Bajo esas circunstancias, la competencia entre los grupos de corporaciones gigantes y sus gobiernos se desarrolla en el globo entero: en los mercados de las naciones avanzadas al igual que en los de las naciones semiindustrializadas y no industrializadas.⁷⁹

Con la exitosa imposición de la hegemonía norteamericana en el mundo de la posguerra —con sus raíces en el período de la primera presidencia de Roosevelt, como ya vimos— hemos quedado sujetos a una tercera fase del desarrollo del imperialismo, con las implicaciones más graves posibles para el futuro; porque ahora los peligros catastróficos que acompañarían a una conflagración mundial, como las sufridas en el pasado, resultan obvias hasta para los defensores del sistema más incondicionales. Al mismo tiempo, nadie en su sano juicio podría excluir la posibilidad de la erupción de un conflicto aniquilador, y con ello la destrucción de la humanidad. Sin embargo, nada se ha hecho en realidad a fin de resolver las enormes contradicciones subyacentes que apuntan hacia esa dirección fatal. Por el contrario, la continuada intensificación de la hegemonía económica y militar de la única superpotencia que sobrevive —los Estados Unidos de Norteamérica— arroja una sombra cada vez más oscura sobre el futuro.

Hemos alcanzado una nueva etapa histórica en el desarrollo transnacional del capital: la etapa en la que ya no es posible evitar que encaremos una contradicción fundamental y una limitación estructural del sistema. Es decir, su grave fracaso en constituir el Estado del sistema del capital en sí, complementario a sus aspiraciones y

79 Harry Magdoff, **The Age of Imperialism: The Economics of US Foreign Policy**, Monthly Review Press, Nueva York, 1966, p. 15.

su articulación transnacionales, para así poder superar los explosivos antagonismos entre los estados nacionales, que caracterizaron el sistema de forma cada vez más grave durante los dos últimos siglos. La retórica capitalista, aun en el mejor de los casos, como la practicada exitosamente por Roosevelt en una situación de emergencia, no puede ser el sustituto en ese respecto. La retórica rooseveltiana —recordada incluso hoy día nostálgicamente por muchos intelectuales de la izquierda en los Estados Unidos— tuvo relativo éxito porque respondía a una situación de emergencia.⁸⁰ Aunque exageraba en gran medida la validez universal de las acciones propugnadas, y maquillaba en mayor grado aún —o sencillamente tergiversaba del todo— los elementos de la construcción de un imperio norteamericano, sin embargo, hubo cierta comunidad de intereses tanto en el enfoque de los síntomas de la depresión económica mundial (si bien no en sus **causas**, a las que se tendía a reducir a la “mala moral” equiparada a la “mala economía” y a las acciones de los “hombres ciegamente egoístas”⁸¹) y en la participación de los Estados Unidos

80 Roosevelt no trataba de ocultar que quería justificar sus acciones en nombre de una emergencia similar a la guerra. Como él lo expuso: “Le pediré al Congreso que me conceda un amplio poder ejecutivo para librar una guerra contra la emergencia, tan grande como el poder que me sería concedido si de verdad nos invadiera un enemigo externo”. F.D. Roosevelt, Primer Discurso Inaugural.

81 F.D. Roosevelt, Segundo Discurso Inaugural, Washington, 20 de enero de 1937. Roosevelt argumentaba también, en el mismo espíritu, que poco de la ganancia generada era “dedicado a la reducción de los precios. **Se olvidaba al consumidor**. Muy poco de ella iba a parar al aumento de los salarios; **se olvidaba al trabajador**, y en modo alguno se retribuía en dividendos siquiera en una proporción adecuada: **se olvidaba al accionista**” (F.D. Roosevelt, Discurso del New Deal, No se hacía la pregunta del porqué eran olvidados. Lo único que importaba era que ahora se les **recordaba**, y por lo tanto todo podía ser corregido, y lo sería. Lo que falta en ese discurso es el reconocimiento de las enormes **incompatibilidades** objetivas. Es eso lo que en numerosas ocasiones convierte en irrealistamente retórico al discurso rooseveltiano.

en la derrota infligida a la Alemania de Hitler. Hoy, por el contrario, en lugar de la mejor retórica de los años del “New Deal” nos vemos bombardeados de la peor manera: un cínico camuflaje de la realidad que presenta a los más flagrantes intereses imperialistas de los Estados Unidos como la panacea universal de la **“democracia pluripartidista”**, la propugnación tendenciosamente selectiva de los **“derechos humanos”** (que puede acoger con toda felicidad, entre muchas otras cosas, al genocidio turco contra los kurdos, o el exterminio de medio millón de chinos en Indonesia en la época de la llegada al poder de Suharto, y más tarde de los cientos de miles de personas en Timor Oriental por parte del mismo régimen cliente de los Estados Unidos), y el una vez denunciado “dominio de los monopolios dentro y fuera del país” como el **“libre mercado”**.

Hoy “la competencia entre los grupos de corporaciones gigantes y sus gobiernos” tiene un condicionante de envergadura: la potencia avasalladora de los Estados Unidos peligrosamente resuelta a asumir el papel del Estado del sistema del capital como tal, subsumiendo bajo sí, por todos los medios a su disposición, a todas las potencias rivales. El hecho de que ese objetivo no pueda ser alcanzado exitosamente sobre una base perdurable no representa ningún impedimento para las fuerzas que presionan implacablemente para su realización, y el problema no es solamente alguna concepción errónea subjetiva. Como ocurre con todas las contradicciones importantes del sistema establecido, las condiciones objetivas obligan a proseguir ahora con la estrategia de dominación hegemónica por una sola superpotencia económica y militar, a cualquier costo, a fin de superar la fractura estructural entre el capital transnacional y los estados nacionales. Sin embargo, la naturaleza misma de la contradicción subyacente presagia el obligado fracaso de esa estrategia a largo plazo. Ha habido numerosos intentos de abordar el tema de las conflagraciones potenciales y las vías para remediarlas, desde el sueño de Kant acerca de una Liga de las Naciones que produciría la paz eterna hasta el establecimiento institucional de esa Liga después de la Primera Guerra Mundial, y desde los principios solememente declarados de la Carta del Atlántico, a la puesta en marcha operacional de la Organización de las Naciones Unidas; y

todas demostraron ser lamentablemente inadecuadas para la tarea prevista, y no es de extrañar, porque el fracaso de la institución de un “Gobierno Mundial” sobre la base del modo de reproducción metabólica social establecido se origina del hecho de que aquí estamos frente a uno de los límites absolutos e intraspasables del propio sistema del capital. No hace falta decirlo, en este respecto el fracaso del antagonista estructural del trabajo está muy lejos de constituir una razón para sentirnos tranquilos.

4.2.3

Por supuesto, la dominación imperialista no es nada nuevo en la historia norteamericana, aunque haya recibido justificaciones como la de “cincuenta años de educar al pueblo filipino para que se auto-gubierne”, en palabras del presidente Roosevelt (no olvidar los bastante más de cincuenta años de “más educación” gracias a la acción de acólitos de los Estados Unidos como Marcos y sus sucesores). Como lo enfatizó Daniel B. Schirmer en su libro incisivo y meticulosamente documentado acerca del movimiento antiimperialista en los Estados Unidos a fines del siglo XIX, de muy breve vida:

La Guerra de Vietnam constituye solamente la última, la más brutal y prolongada de una serie de intervenciones de los Estados Unidos en los asuntos de otros pueblos. La invasión a Cuba patrocinada por las autoridades de los Estados Unidos fracasó en Bahía de Cochinos, pero en otras ocasiones la intervención ha resultado más efectiva, como en República Dominicana, Guatemala, Guayana Inglesa, Irán y el Congo. La lista no está completa; otros pueblos coloniales (y también algunos europeos) han sentido los efectos de la agresiva intrusión norteamericana en sus políticas nacionales, en forma abiertamente violenta o no... Las políticas de contrainsurgencia e intervención del presente tienen su origen en eventos que ocurrieron a comienzos del siglo XX. En ese entonces los Estados Unidos derrotaron a España en la guerra y la despojaron de sus colonias en el Caribe y el Pacífico, tomaron descaradamente a Puerto Rico, le concedieron la independencia nominal a Cuba y se anexaron las Filipinas luego de haber aplastado por la fuerza una revolución en esas islas. Lo que diferencia en particular a la política

exterior moderna de la guerra mexicana, y la mayor parte de las guerras con los indios, es que resulta ser el producto de otra era en la historia norteamericana y se presenta en respuesta a presiones sociales decisivamente diferentes. La política exterior moderna está asociada al auge de la corporación industrial y financiera a gran escala, como la fuerza económica dominante en el país, y que ejerce una influencia de sumo poder sobre el gobierno de los Estados Unidos. La guerra entre España y Norteamérica, y la que se libró para someter a Aguinaldo y los insurgentes filipinos, fueron las primeras guerras foráneas llevadas a cabo como consecuencia de esa influencia, las primeras guerras de la Norteamérica corporativa moderna.⁸²

Cuando el presidente Roosevelt proclamó la estrategia de los “reajustes económicos internacionales” en su Primer Discurso Inaugural, esa iniciativa indicaba la resolución de trabajar por la disolución de todos los imperios coloniales, no solo el inglés. Como otras iniciativas históricas de envergadura, también este enfoque tuvo su antecedente varias décadas antes. De hecho, estaba estrechamente conectado con la “política de puertas abiertas” declarada

82 Daniel B. Schirmer, **Republic or Empire: American Resistance to the Philippine War**, Schenkman Books, Inc., Rochester, Vermont, s.d., pp. 1-3. El autor también aclara, fiel a su contexto histórico original, porqué el movimiento antiimperialista a finales del siglo XIX tenía que fracasar: “En 1902 George S. Boutwell, el presidente de la liga antiimperialista y anteriormente allegado a Lincoln, llegó a la conclusión de que la conducción de una lucha exitosa en contra del imperialismo tenía que recaer en las manos del movimiento laboral. Dijo ante un auditorio de sindicalistas en Boston: ‘El esfuerzo final para la salvación de la república tienen que hacerlo las clases que trabajan y producen’. De ser ese el caso, resultaba obvio que el movimiento laboral norteamericano, para el momento, no estaba listo para echarse esa responsabilidad sobre los hombros, dominado como estaba por hombres como Gompers, que estaban desarrollando una política de conciliación con los trusts y apoyo a su política exterior. Independientemente de lo que el futuro le tenía guardado a la creencia de Boutwell, para el momento en que decía eso los antiimperialistas veían declinar su influencia; representaban una ideología sin una base estable y en crecimiento”. *Ibid.*, p. 258.

al cierre del siglo XIX. Las así llamadas “puertas abiertas” preveían la penetración económica (en contraste con la ocupación militar colonial directa) en otros países a los que se les exigía permanecer característicamente pasivos ante la avasallante dominación política que aquella traía consigo. No es de extrañar, entonces, que mucha gente calificara a la “política de puertas abiertas” de definitivamente hipócrita. Cuando en 1899, en nombre de esa política, los Estados Unidos desistieron de establecer un enclave colonial en China, al igual que lo habían hecho en otros casos, ello no se debió a ningún destello liberal o compasión democrática. Se desechó la oportunidad porque los Estados Unidos —como la articulación más dinámica del capital en ese momento— querían apoderarse de la totalidad de China en el momento oportuno. Ese propósito ha quedado absolutamente claro en el curso de los desarrollos históricos que se han venido sucediendo a partir de allí hasta nuestros días.

Sin embargo, llevar a cabo la dominación del mundo a través de la política de “puertas abiertas” —dada la relación de fuerzas en la configuración general de las principales potencias imperialistas— resultaba irremediabilmente prematuro a finales del siglo XIX. Fue necesario el pavoroso derramamiento de sangre de la Primera Guerra Mundial, así como el desenvolvimiento de la grave Crisis Económica Mundial luego del breve período de reconstrucción, antes de que la versión rooseveltiana de la estrategia pudiese ser anunciada “envuelta en papel de regalo”. Más aún, hizo falta un derramamiento de sangre todavía mayor en la Segunda Guerra Mundial, aunado al surgimiento de los Estados Unidos durante el transcurso de esa guerra como ostensiblemente el mayor poder económico, antes de que fuese posible implementar con todos los hierros la estrategia rooseveltiana, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial y su secuela inmediata. La única complicación de peso que quedaba —la existencia del sistema soviético (ya que el factor de complicación adicional, China, terminó de materializarse recién en 1949)— fue considerada como estrictamente temporal. Esa visión fue expresada con entera confianza en las numerosas declaraciones del Secretario de Estado John Foster Dulles acerca de la política de “hacer retroceder al comunismo”.

Así, en el curso de los desarrollos del siglo XX se ha llegado a un punto en que la existencia codo a codo —y la coexistencia competitiva— de las potencias imperialistas ya no se puede tolerar, sin importar todo el jarabe de pico que se le pueda dedicar al llamado “mundo pluricentral”. Como acertadamente argumentaba Baran, ya en 1957, a los orgullosos dueños de los antiguos imperios coloniales les han reducido la estatura para que desempeñen el papel de “socios menores del imperialismo norteamericano”. Cuando hacia el final de la guerra se discutía el futuro de las posesiones imperiales, las preocupaciones británicas fueron puestas a un lado como ideas irremediabilmente “medio victorianas” del “querido viejo Winston”. Al mismo tiempo, a De Gaulle⁸³ ni siquiera se le consultó,²⁴ por no mencionar a los belgas, los holandeses y los portugueses que ni siquiera estuvieron presentes en el retrato. Todo cuanto se diga acerca del “mundo pluricentral”, bajo el principio de alguna clase de igualdad entre los estados, pertenece al reino de la pura fantasía, si no al del cínico camuflaje ideológico. Por supuesto, nada hay de sorprendente en ello, porque en el mundo del capital “pluralismo” solo puede significar **pluralidad de los capitales**, que no es capaz de conceder ninguna consideración de igualdad. Por el contrario, está caracterizada siempre por el escalafón más inicuo de las jerarquías estructurales y las correspondientes relaciones de poder, y favorece siempre al más fuerte en su procura de engullirse al más débil. Así, dada la inexorabilidad de la lógica del capital, era nada más cuestión de tiempo antes de que el dinamismo en desenvolvimiento del sistema llegase a la etapa, también a nivel de las relaciones interestatales, en que una superpotencia hegemónica se sobrepusiese a todas las menos poderosas, sin importar su tamaño, y declarase su pretensión exclusiva —en última instancia insostenible y de sumo peligro

83 El asunto no estaba limitado a la Indochina Francesa. La actitud de Roosevelt era igualmente de rechazo a las posibles aspiraciones francesas de retener la posesión de sus colonias norafricanas, en especial Marruecos. Ver al respecto su carta a Cordell Hull, de fecha 24 de enero de 1944, citada en la p. 168 del libro de T.H. Greer al que se hace referencia en la Nota 16.

para la humanidad en su conjunto— de ser el Estado del sistema del capital en sí.

4.2.4

Altamente significativa en este respecto es la postura asumida en relación con la cuestión de los intereses nacionales. Por una parte, su legitimidad se ve rotundamente afirmada cuando los asuntos que están sobre el tapete afectan, directa o indirectamente, a los supuestos intereses de los Estados Unidos, que no dudan en emplear incluso las formas más extremas de violencia militar, o la amenaza de esa violencia, para imponerles sus decisiones arbitrarias al resto del mundo. Por otra parte, sin embargo, los legítimos intereses nacionales de otros países son ignorados arrogantemente como “nacionalismo” intolerable y hasta como “pandemonio étnico”.⁸⁴ Al mismo tiempo, las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales son tratadas como juguetes de los Estados Unidos, y se les desafía con sumo cinismo cuando sus resoluciones no son del agrado de los guardianes de los intereses nacionales más o menos abiertamente declarados de los Estados Unidos. Los ejemplos son innumerables. En torno a algunos de los más recientes, Chomsky comentaba agudamente:

Las más altas autoridades explicaron con claridad brutal que el Tribunal Internacional de Justicia, las Naciones Unidas y otras instancias se han vuelto irrelevantes porque ya no siguen las órdenes de los Estados Unidos, como lo hicieron en los primeros años de la posguerra... Bajo Clinton el desafío al orden mundial se ha vuelto tan extremado que ha llegado a preocupar hasta a los analistas políticos halcones.⁸⁵

84 Ver el famoso libro del senador demócrata estadounidense Daniel Patrick Moynihan, **Pandaemonium: Ethnicity in International Relations**, Oxford University Press, 1993.

85 Noam Chomsky, “The Current Bombings”, **Spectre**, Nº 7, verano de 1999, p. 18.

Para echarle sal a la herida, los Estados Unidos se niega a pagar su enorme deuda atrasada como miembro de las Naciones Unidas, a la vez que le impone sus políticas a la organización, incluidos los recortes a los fondos para la Organización Mundial de la Salud, a la que siempre se le asignan fondos por debajo de lo necesario. Ese flagrante obstruccionismo fue notado incluso por figuras tan del **establishment** como Jeffrey Sachs, cuya devoción a la causa de la “economía de mercado” dominada por los Estados Unidos está fuera de toda duda. Escribió en un artículo reciente:

La falla de los Estados Unidos en la cancelación de sus deudas en las Naciones Unidas constituye con toda seguridad el incumplimiento de las obligaciones internacionales más importante del mundo... Norteamérica le ha acertado sistemáticamente el presupuesto a los organismos de las Naciones Unidas, incluidos algunos tan vitales como la Organización Mundial de la Salud.⁸⁶

Es necesario mencionar aquí también los esfuerzos —tanto ideológicos como organizacionales— invertidos en soslayar el marco nacional de la toma de decisiones. La consigna superficialmente atractiva de “pensar globalmente, actuar localmente” constituye un caso interesante de tratar en este respecto, porque obviamente el pueblo en general, que está privado de cualquier poder de toma de decisiones significativo a una escala más amplia (distinta a la del ritual electoral, que constituye más bien una abdicación), podría considerar conveniente intervenir de alguna manera en a un nivel estrictamente local. Más aún, nadie podría negar la importancia potencial de una acción local apropiada. Sin embargo, lo “global” a que se espera le prestemos atención incondicional —suscribiendo sumisamente las tesis acerca de “la carencia de poder de los gobiernos nacionales” y la “inevitabilidad de la globalización multinacional”, que se equivocan tendenciosamente cuando describen a las corporaciones **transnacionales nacionales** (en su mayoría dominadas por los Estados Unidos) como “multinacionales” y, por consiguiente, universalmente aceptables— resulta totalmente vacío sin

86 Jeffrey Sachs, “Helping the world’s poorest”, **The Economist**, 14 de agosto de 1999, pp.16 y 22.

sus complejas relaciones con las comunidades nacionales en particular. Además, una vez que lo “global” ha sido extraído de su implantación en su múltiple escenario nacional, desviando la atención de las entretejidas relaciones interestatales contradictorias, también lo “local” dentro de lo cual se espera que actuemos se convierte en algo totalmente miope y definitivamente carente de sentido.⁸⁷ Si la “democracia” queda así restringida a esa “acción local” decapitada, en ese caso la “toma de decisiones y acciones globales” que inevitablemente afectan la vida de cada individuo en particular la pueden ejercer del modo más autoritario las fuerzas políticas y económicas más dominantes —y por supuesto que predominantemente los Estados Unidos— de acuerdo con la posición que ellas ocupen en el escalafón del capital. Los fondos invertidos por el Banco Mundial y otros organismos, dominados por los Estados Unidos para tratar de incrementar lo “local” a expensas de lo nacional, intentando asegurarse el apoyo de los académicos y demás élites intelectuales a través de conferencias y proyectos de investigación bien patrocinados (en especial pero no exclusivamente en el “tercer mundo”), indican un plan para crear un “gobierno mundial” que efectivamente evada los procesos de toma de decisiones potencialmente más problemáticos del nivel nacional intermediario, con su inevitable recalitrancia, y legitimar la dominación flagrantemente autoritaria

87 Como es su característica, **The Economist**, en su artículo editorial sobre la pobreza en el “mundo subdesarrollado”, pone el acento en los asuntos municipales (“abastecimiento de agua confiable” —que será obtenida a través de “proveedores de agua” y no “luchando por instalar costosas tuberías que traigan el agua a casa”— “desagües seguros” y “recolección de basura regularizada”), para concluir que “Las **respuestas principales** consisten en hacer que los **gobiernos locales** sean más eficientes y más auditables”. (“Helping the poorest”, **The Economist**, 14 de agosto de 1999, p. 11). La verdad es, claro está, que los gobiernos locales de los países en cuestión están irremisiblemente en desventaja por los recursos que los gobiernos nacionales ponen a su disposición, los cuales a su vez se ven entrampados del modo más inicuo dentro de las jerarquías estructurales que se autoperpetúan en el sistema del capital global.

de la vida social por parte de un “gobierno mundial” implacablemente impuesto desde arriba en nombre de la ficticia “democracia”, sinónimo de la pretendida “acción local” de “recolección de basura regularizada”.

4.2.5

Las manifestaciones del imperialismo económico de los Estados Unidos son demasiado numerosas como para hacer un listado aquí, y muchas de ellas son lo bastante conocidas como para necesitar de mucho comentario. He estudiado en el pasado algunos de los rasgos más sobresalientes, incluidos aquellos que hasta los políticos conservadores se ven obligados a protestar en contra, como las regulaciones de la transferencia de tecnologías, las leyes proteccionistas norteamericanas, los controles extraterritoriales coordinados a través del Pentágono y protegidos por el Congreso”, y también “los fondos canalizados hacia las compañías de mayor tamaño y más ricas de la tierra... [de proseguir el proceso en marcha] si no se le controla irá comprando un sector tras otro de las tecnologías más avanzadas del mundo.⁸⁸

También estudiaba en el mismo artículo la “ventaja industrial del secreto militar”, las “presiones comerciales directas aplicadas por el poder ejecutivo y el poder legislativo de los Estados Unidos” y “el problema real de la deuda”⁸⁹ en el mundo: es decir, la deuda astronómica de los propios Estados Unidos, que la potencia dominante imperialista le impone al resto del mundo hasta tanto este pueda seguirla pagando.

En cuanto a las protestas en contra del “imperialismo del dólar”, se dicen con frecuencia, pero sin ningún efecto. El imperialismo económico del país continuará estando seguro siempre y cuando los Estados Unidos conserven su posición avasalladoramente

88 Declaración de dimisión ministerial de Michael Heseltine, 9 de enero de 1986, citada en I. Mészáros, “La presente crisis” (1987), reimpresa en la Parte Cuatro de **Más allá del capital**, pp. 1099-1109.

89 Ibid., p. 1099.

dominante, no solo gracias al dólar como la moneda económica mundial privilegiada, sino además porque rigen la totalidad de los órganos internacionales de intercambio económico, del el FMI al Banco Mundial, y del GATT a su sucesora, la Organización del Comercio Mundial. En la actualidad mucha gente protesta en Francia en contra del imperialismo económico norteamericano”, a causa de las tarifas punitivas que les han impuesto los Estados Unidos bajo el veredicto pretendidamente independiente de la OCM. En el pasado al Japón varias veces le fueron impuestas las mismas medidas sin contemplaciones, por lo general terminando con el sometimiento a regañadientes o de buena gana de las autoridades japonesas a los dictámenes norteamericanos. Si en la última ronda de tarifas punitivas que le fueron impuestas a Europa Inglaterra fue tratada con un poco de mayor indulgencia, fue así solamente como recompensa al total servilismo del gobierno del “Nuevo Laborismo” inglés para con todas las órdenes que vienen de Washington. Pero, aun así, las escaramuzas de una guerra comercial internacional que ya hemos presenciado en el pasado y que en nuestros días se producen con harta frecuencia, revelan una tendencia muy grave, con potenciales consecuencias de largo alcance en el futuro.

De manera similar, no se puede suponer que la prepotente intervención de las agencias gubernamentales de los Estados Unidos en el campo de la alta tecnología, tanto militar como civil, vaya a durar indefinidamente. En un área crucial —la tecnología computacional, en hardware y en software— la situación es extremadamente grave. Para mencionar un solo caso, Microsoft disfruta de una posición casi completamente monopólica en el mundo, gracias a que su software ocasiona enormes implicaciones también para la adquisición del hardware más adecuado. Pero mucho más allá de eso, hace poco salió a la luz que un código secreto implantado en el software de Microsoft les permite a los servicios de seguridad y militares de los Estados Unidos espiar a todos quienes en el mundo utilizan el “Windows” de Microsoft e Internet.

También en otra área literalmente vital: la producción de alimentos modificados genéticamente por corporaciones trasnacionales gigantes, como la Monsanto, el gobierno de los Estados Unidos está

haciendo todo lo que puede tras bastidores con la finalidad de hacerle tragar al resto del mundo los productos cuya adopción —obligando a los agricultores de todas partes a comprar una y otra vez las semillas no renovables de la Monsanto— garantizaría el dominio absoluto de los Estados Unidos en el campo de la agricultura. Los intentos de “patentar los genes” para las corporaciones norteamericanas están al servicio de un propósito similar.

Por otra parte, los conflictos acerca de los “derechos de propiedad intelectual”⁹⁰ que los Estados Unidos tratan de imponerle al resto del mundo mediante la agencia de la OCM —cuyo objetivo es, en-

90 Las buenas intenciones de Jeffrey Sachs quedan en claro cuando escribe que “la reglamentación global de los derechos de propiedad intelectual requiere de una nueva mirada. Los Estados Unidos lograron que el mundo impusiera códigos de patente más rígidos y le pusiera restricciones a la piratería intelectual. Pero ahora las corporaciones transnacionales y las instituciones de los países ricos lo están patentando todo, desde el genoma humano a la biodiversidad de los bosques tropicales. Los pobres se verán despojados, a menos que se introduzca algo de **sentido y equidad** en este proceso desbocado” (J. Sachs, op. cit., p. 22). Sin embargo, se torna irremisiblemente irrealista cuando describe las determinaciones tras las políticas que critica como “**asombrosamente desencaminadas**”. Nada tienen de “**desencaminadas**” esas políticas, y mucho menos de “**asombrosamente desencaminadas**”, lo que sugeriría que podrían ser corregidas gracias a una dosis de aclaración racional (como el “recordar” de Roosevelt de lo que había sido “olvidado”). Por el contrario, constituyen la puesta en práctica de decisiones fríamente deliberadas, bien calculadas e implacablemente impuestas, que emanan de las jerarquías estructuralmente salvaguardadas y los imperativos objetivos del capital. De nuevo, el verdadero punto no es la ausencia de percepción racional —ahora felizmente llena—, sino la realidad de las abrumadoras **incompatibilidades**: en el caso de Sachs entre “sentido y equidad”, porque lo que recomendaría el “sentido” tendría que negarlo absolutamente la exclusión radical de todas las consideraciones posibles de “equidad”. Por eso el artículo de Jeffrey Sachs —dada la actitud reverente del autor para con la “sociedad de mercado” (que ni siquiera puede ser llamada por su nombre verdadero: mercado capitalista) — termina con una “solución del mercado” totalmente ficticia.

tre otras cosas (incluidos vastos intereses económicos), garantizar la dominación permanente del mundo del cine y la televisión por los productos hollywoodenses de tercera, y hasta décima, categoría con los cuales nos inundan constantemente— remarcan otro aspecto de gran importancia, que genera gritos contra el “imperialismo cultural norteamericano”. Al mismo tiempo, el “imperialismo del negocio cultural”, fenomenalmente bien financiado, en forma de la presión para la penetración del ejército de “asesores administrativos” norteamericano de en todos los lugares del mundo, forma parte del mismo cuadro.

Pero quizá la más grave de las tendencias en marcha de la dominación económica y cultural sea la manera rapaz y extremadamente desperdiciadora en que los Estados Unidos se apodera de la energía y los recursos de materia prima del mundo: *el 25 % de ellos para apenas el 4 % de la población mundial*, con inmenso peligro, que se va acumulando inexorablemente, para las condiciones ambientales de la supervivencia humana. Y eso no es todo, porque, en la misma tónica, los Estados Unidos continúan su activo sabotaje de todos los esfuerzos internacionales que apunten a la introducción de alguna forma de control para limitar y, quizá para el 2012, reducir en algún grado la catastrófica tendencia al daño ambiental en marcha, que ya no puede ser negada ni siquiera por los peores apologistas del sistema.

4.2.6

La dimensión militar de todo esto resulta grave. Por lo tanto no es exagerado decir —también en vista del poderío, antes del todo inimaginable, de los armamentos acumulados durante la segunda mitad del siglo XX— que hemos entrado en la fase más peligrosa del imperialismo en toda la historia. Lo que está en juego hoy no es el control de una parte del planeta en particular, sin importar su tamaño, que pone en desventaja pero todavía tolera las acciones independientes de algunos rivales, sino el control de su totalidad por parte de una superpotencia económica y militar hegemónica, con todos los medios —incluidos los más extremadamente autoritarios y, de ser necesario, militarmente violentos— a su disposición. Es eso lo

que requiere la racionalidad última del capital globalmente desarrollado, en su vano intento de someter a control a sus antagonismos inconciliables. El problema estriba, no obstante, en que dicha racionalidad —que puede ser escrita sin comillas, ya que se corresponde genuinamente con la lógica del capital en la actual etapa histórica del desarrollo global— constituye al mismo tiempo la forma más extrema de irracionalidad de la historia, incluida la concepción nazi de la dominación del mundo, en lo concerniente a las condiciones requeridas para la supervivencia de la humanidad.

Cuando Jonas Salk se negó a patentar su descubrimiento, la vacuna contra el polio, insistiendo en que sería algo así como querer “patentar el sol”, no podía imaginar que llegaría el momento en que el capital tendría que intentar hacer eso, tratar de patentar no solamente el sol sino también el aire, aun si tal cosa tuviese que aunarse con el descarte de cualquier preocupación por los peligros mortales que tales aspiraciones y acciones le acarrearían a la supervivencia humana; porque la lógica última del capital en sus procesos de toma de decisiones solo puede pertenecer a la variedad **categoricamente autoritaria** “desde abajo hasta arriba”, desde los “microcosmos” de las pequeñas empresas económicas hasta los más altos niveles de la toma de decisiones políticas y militares. ¿Pero cómo se podrían **hacer valer** las patentes que se le saquen al sol y al aire?

Sobre ese particular se hacen presentes dos obstáculos prohibitivos, aunque el capital —en su tendencia a demoler sus propios límites intraspasables— tiene que negarse a reconocerlos. El primero es que la **pluralidad de los capitales** no puede ser eliminada, sin importar cuán inexorable y brutal pueda resultar la tendencia de desarrollo monopolista manifiesta en el sistema. Y el segundo: que la correspondiente **pluralidad del trabajo social** no puede ser eliminada, a fin de convertir a la fuerza laboral total de la humanidad, con todas sus variedades y divisiones nacionales y sectoriales, en imbécil “servidumbre obediente” del sector del capital hegemónicamente dominante, porque el trabajo, en su irreductible pluralidad, jamás puede abdicar a su derecho al acceso al aire y al sol; y menos aún puede sobrevivir para beneficio permanente del capital —una

necesidad absoluta para ese modo de control de la reproducción metabólica social— sin el sol y el aire.

Quienes dicen que el imperialismo de nuestros días no implica la ocupación militar del territorio, no solamente desestiman los peligros que encaramos, sino además aceptan las apariencias más superficiales y engañosas como las características definitorias sustantivas del imperialismo en nuestro tiempo, ignorando a la vez a la historia y a las tendencias del desarrollo contemporáneas. Para comenzar, los Estados Unidos ocupan militarmente territorio en no menos de **69 países** a través de sus bases militares: un número que continúa aumentando con el agrandamiento de la OTAN. Esas bases no están ahí para beneficio del pueblo —la grotesca justificación ideológica—, sino para beneficio únicamente de la potencia ocupante, a fin de que pueda dictar políticas a su propia conveniencia.

En todo caso, en lo que respecta a la ocupación militar directa de territorios coloniales en el pasado, su cobertura solo podía ser parcial. De no haber sido así, ¿cómo podría la pequeña población de Inglaterra haber gobernado a la población y el territorio incomparablemente mayores de su inmenso imperio, sobre todo la India? Y no es que semejante desproporcionalidad haya sido una característica exclusiva del Imperio Británico. Como nos lo recuerda Renato Constantino en relación con las Filipinas:

Desde sus comienzos, la colonización española operó más a través de la religión que a través de la fuerza, afectando así profundamente a la conciencia. Eso le permitió a las autoridades imponer tributos, el trabajo forzado y la conscripción, a pesar de la pequeña fuerza militar. Sin el trabajo de los sacerdotes tal cosa hubiese resultado imposible. Los sacerdotes se convirtieron en los pilares del establishment colonial. Tan fue así que se convirtió en alarde clerical el dicho “en cada cura en las Filipinas el rey tiene un capitán general y todo un ejército”. El amoldamiento de la conciencia en el interés del control colonial sería repetido en otro plano por los norteamericanos que, después de una década de represión masiva, operaron

igualmente a través de la conciencia, esta vez empleando la educación y otras instituciones culturales.⁹¹

China, otro ejemplo de vital importancia, nunca fue ocupada militarmente, excepto por una pequeña parte de su territorio. Ni siquiera cuando los japoneses la invadieron con una enorme fuerza militar. Y, no obstante, durante mucho tiempo antes el país estuvo completamente dominado por potencias extranjeras. Tan fue así de hecho que el joven Mao comentó sarcásticamente que “cuando el extranjero se tira un pedo hay que saludarlo como aroma celestial”. Lo que importaba en todas las aventuras imperialistas era siempre la habilidad para imponerle los mandatos al país dominado sobre una base permanente, empleando las intervenciones militares punitivas solo cuando la manera “normal” de dominar se veía desafiada. La famosa expresión “diplomacia de las cañoneras” encerraba muy bien lo que era factible y practicable con los recursos militares disponibles.

Las principales características de esa dominación imperialista continúan acompañándonos hoy día. La multiplicación del poder destructivo del arsenal militar a la disposición actualmente —en especial el potencial catastrófico de las armas aéreas— ha modificado hasta cierto punto las formas de imponerle los mandatos imperialistas a un país que va a ser sometido, pero no su sustancia. Con toda probabilidad, la forma definitiva de amenazar al adversario en el futuro —la nueva “diplomacia de las cañoneras” ejercida desde el “aire patentado”— será el **chantaje nuclear**. Pero su objetivo será el mismo del pasado, ya que la modalidad prevista tan solo podrá subrayar la absurda insostenibilidad de tratar de imponerles de esa forma a las partes reacias del mundo la racionalidad última del capital. También hoy resulta por demás insostenible ocupar la totalidad de China, con sus 1.250 millones de personas, y mantenerla

91 Renato Constantino, **Identity and Consciousness: The Philippine Experience**, Malaya Books, Quezón, 1974, p. 6. Los norteamericanos abandonaron el control directo del sistema educativo filipino recién en 1935, para cuando ya ejercían un control indirecto sobre él muy efectivo.

ocupada aunque sea por parte de la mayor de las fuerzas militares exteriores económicamente sustentable. Mas tampoco ese evidente absurdo haría desistir de sus metas imperialistas a los aventureros a ultranza que no pueden concebir ninguna otra alternativa para su dominación del mundo; mientras los “más sensatos” —que al final no son menos peligrosos —conciben jugadas estratégicas dirigidas al intento de resquebrajar a China, con la ayuda de la ideología del “libre mercado”, en fragmentos que sean controlables desde el centro hegemónico del capitalismo global.

Es obvio que las fuerzas militares tienen que ser sostenidas económicamente, lo que las hace restringirse siempre a empresas limitadas tanto en el tamaño de las maquinarias militares mismas como en la duración de sus operaciones. El registro histórico de las aventuras imperialistas en el pasado muestra que para el momento en que éstas se expandían ampliamente —como la francesa primero en Indochina y luego en Argelia, y más tarde la de los Estados Unidos en Vietnam— ya el fracaso de las aventuras en cuestión estaba a la vista, si bien les tomó algo más de tiempo desligarse de ellas. Respecto a las incontables operaciones imperialistas de los Estados Unidos en el pasado, no solo tenemos que recordar la de las Filipinas, al igual que la fracasada guerra a gran escala de la intervención en Vietnam,⁹² sino también la de Guatemala, la República Dominicana, la Guyana Inglesa, Granada, Panamá y el Congo, así como algunas intervenciones militares en otros países, desde el Medio Oriente y los Balcanes a varias partes del África. Una de las vías favoritas para hacer prevalecer los intereses imperiales norteamericanos fue siempre el derrocamiento de gobiernos no de su agrado, y la imposición de dictadores totalmente dependientes del nuevo amo, para dominar a través de esos dictadores bien controlados a los países en cuestión. Estamos hablando aquí de Marcos y Pinochet, Suharto y los generales brasileiros, Somoza y

92 Acerca del desastroso involucramiento de los Estados Unidos en Vietnam, ver el libro crucial de Gabriel Kolko, **Vietnam: Anatomy of a War, 1940-1975**, Allen & Unwin, Londres, 1986.

los generales survietnamitas marionetas de los Estados Unidos, sin olvidar a los coroneles griegos (a los que Lyndon Johnson llamaba “hijos de puta”⁹³) y Mobotu (calificado, en una curiosa especie de elogio, de “nuestro hijo de puta” por un funcionario de alto rango del Departamento de Estado). El desprecio con el que las figuras gobernantes norteamericanas imparten sus órdenes a sus sirvientes en los países bajo su dominación militar mientras para el consumo público los presentan como los paladines del “mundo libre” queda bien en claro en los dos casos que acabamos de mencionar.

4.2.7

El inicio de la crisis estructural del capital en la década de los años 70, del siglo XX, produjo cambios importantes en la postura del imperialismo. Fue eso lo que hizo necesario adoptar una postura cada vez más agresiva y arriesgada, a pesar de la retórica de la conciliación, y luego hasta el absurdo concepto propagandístico del “nuevo orden mundial”, con su promesa nunca mantenida de un “dividendo de paz”. Al contrario de algunas aseveraciones, sería completamente erróneo atribuirle esos cambios al derrumbe del sistema soviético, si bien resulta absolutamente cierto que la “guerra fría” y la presunta amenaza militar soviética fueron empleadas con gran éxito en el pasado para justificar la expansión sin freno de lo que a finales de su presidencia el general Eisenhower llamaba, con sentido de advertencia, “el complejo militar-industrial”. Los desafíos que exigen la adopción de una postura más agresiva —y en definitiva aventurera— estaban presentes mucho antes del colapso del sistema soviético. Yo los describí en 1983 (es decir, ocho años antes del derrumbe soviético) de esta manera:

. el fin del régimen colonial en Mozambique y Angola;

93 Reportado en **The Economist** unas pocas semanas después del derrocamiento del régimen de Mobotu. La frase entera citada por **The Economist** fue “Nosotros sabemos que él es un hijo de puta, pero es **nuestro** hijo de puta”. [N. del T. La misma anécdota fue contada muy anteriormente, pero con el presidente Theodore Roosevelt y el dictador nicaragüense Somoza como protagonistas].

. la derrota del racismo blanco y la transferencia del poder a la ZANU en Zimbabwe;

. el desplome del régimen clientelar de los Estados Unidos dirigido por los coroneles en Grecia y la subsiguiente victoria de las fuerzas del PASOK de Andreas Papandreou;

. la desintegración del régimen vitalicio de Somoza, respaldado por los Estados Unidos, en Nicaragua, y la impactante victoria del Frente Sandinista;

. las luchas armadas de liberación en El Salvador y en todas partes de Centroamérica, y el fin del hasta entonces fácil control de la región por el imperialismo norteamericano; la quiebra total —no solo en sentido figurado: también en el literal— de las “estrategias del desarrollo” de inspiración y dominación “metropolitana” a todo lo ancho del “tercer mundo”, y el surgimiento de grandes contradicciones estructurales en las principales potencias industriales en Latinoamérica: Argentina, Brasil e incluso el rico en petróleo México;

. la dramática y total desintegración del régimen del Sha en Irán, y con ella una grave derrota de las estrategias norteamericanas durante largo tiempo establecidas en la región, que hicieron aparecer **estrategias sustitutivas desesperadamente peligrosas** —que a partir de entonces debieron implementarse de manera **directa** o mediante **representación**.⁹⁴

Lo que cambió después del colapso del sistema soviético fue la necesidad de hallar justificación para la postura cada vez más agresiva del imperialismo norteamericano en diferentes partes del mundo, especialmente después de las decepciones sufridas en el intento de revitalizar al capital occidental mediante la restauración económicamente sustentable del capitalismo —al contrario de los

94 István Mészáros, “Radical Politics and Transition to Socialism: Reflections on Marx’s Centenary”, publicado por primera vez en la publicación brasilera **Escrita Ensaio**, año V, N^{os} 11-12, verano de 1983, pp. 105-124. Una versión más corta de ese artículo fue dictada como conferencia en Atenas, en abril de 1983. El artículo fue reproducido en su totalidad en la Parte Cuatro de **Más allá del capital**, pp. 1081-1098.

éxitos relativos pero aun sustentables en la manipulación de la maquinaria política estatal a través de la “ayuda” occidental— en la antigua Unión Soviética. Las “estrategias sustitutivas desesperadamente peligrosas implementadas de manera directa o mediante representación” se hicieron notorias en los años que precedieron y siguieron al derrumbe soviético. Pero la aparición de esas peligrosas estrategias aventureras no le puede ser atribuida, como piensan algunos, al fatal debilitamiento del adversario en la guerra fría. Por el contrario, el propio colapso soviético solo es entendible como parte integral de la crisis estructural en marcha del sistema del capital en sí.

El Sha, como representante de Norteamérica —y como presunta garantía contra el peligro de un nuevo Mossadeq— controló inmisericordemente a su pueblo y le compró enormes cantidades de armas a occidente como medios de cumplir su cometido. Una vez que se marchó se hizo necesario encontrar otro representante, a fin de destruir al antagonista que estaba hablando del “Satán norteamericano”. El Irak de Saddam Hussein parecía hecho para ese papel, armado hasta los dientes por los Estados Unidos y otros países occidentales. Pero Irak no pudo destruir a Irán y se convirtió en elemento desestabilizador en una de las regiones más inestables del mundo, según la define la estrategia norteamericana. Más aún, Saddam Hussein, el antiguo representante de los Estados Unidos, podía ahora servir para un propósito todavía mayor: ser promovido al estatus del mítico enemigo todopoderoso que representaba no solo el peligro atribuido en los días de la guerra fría a la Unión Soviética, sino mucho más que eso, el que amenazaba con armamento químico y biológico —y también con un holocausto nuclear— a la totalidad del mundo occidental. Dado el enemigo mítico, se esperaba de nosotros que justificásemos no solo la Guerra del Golfo, sino también varias intervenciones militares de importancia en Irak a partir de entonces, al igual que el frío asesinato de un millón de sus niños a través de las sanciones que le fueron impuestas al país como resultado de las instrucciones dictadas por los Estados Unidos, vergonzosamente aceptadas por nuestras “grandes democracias” que continúan haciendo alarde de sus “políticas exteriores éticas”.

Pero todo esto no basta para arañar siquiera la superficie de la inestabilidad crónica en la región del Medio Oriente, por no hablar del resto del mundo. Quienes piensan que el imperialismo del presente no necesita de ocupación territorial deberían pensarlo de nuevo. La ocupación militar por un período de tiempo indefinido ya está en evidencia en parte de los Balcanes (se admite también que se trata de una “participación indefinida”), ¿y quién podría mostrar alguna razón por la cual en otras partes del mundo no se van a dar en el futuro ocupaciones territoriales militares similares? Las tendencias en marcha no presagian nada bueno y la crisis del sistema que se profundiza día a día no puede hacer otra cosa que empeorarlas.

Hemos sido testigos en el pasado de dos desarrollos extremadamente peligrosos en la ideología y el marco estructural del imperialismo norteamericano. El primero tiene que ver con la OTAN. No simplemente por su significativa expansión hacia el Este, que podría ser considerada como una amenaza por parte de las autoridades rusas, si no hoy mismo entonces para algún momento en el futuro. Pero, más importante aún, las metas y los objetivos de la organización se han visto radicalmente redefinidos, en contradicción con el derecho internacional, para transformarla de lo que en el pasado se declaraba que constituía una asociación militar **puramente defensiva** a una alianza **ofensiva** potencialmente muy agresiva, que puede hacer cuanto le place sin referencia alguna a cualquier autoridad legítima... o, más bien, que puede hacer cuanto le plazca a los Estados Unidos y dé la orden de hacerlo. En la reciente (mayo de 1999) cumbre de la OTAN en Washington, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, bajo la presión norteamericana, “adoptó una nueva idea estratégica, gracias a la cual dijeron ellos que se puede recurrir a la acción militar incluso fuera del área de la OTAN, sin tomar en consideración la soberanía de los demás países e ignorando a las Naciones Unidas”.⁹⁵ Lo que resulta también altamente significativo en este particular es que la justificación ideológica de

95 Shoji Niihara, “Struggle Against US Military Bases”, **Dateline Tokio**, N° 73, julio de 1999, p. 2

la nueva postura, inconfundiblemente agresiva —presentada bajo la forma de veinticuatro “**factores de riesgo**”— es transparentemente frágil. Hasta se admite que “dentro de los **veinticuatro factores de riesgo solamente cinco** se podría considerar que representan un peligro militar real.⁹⁶

El segundo desarrollo peligroso reciente —ignorado casi por completo en occidente, lamentablemente incluso por la izquierda⁹⁷— concierne al nuevo Tratado de Seguridad USA / Japón, que, como de costumbre, ha sido hecho aprobar a toda prisa por las cámaras parlamentarias japonesas (la Dieta y la superior Cámara del Consejo). Sobre este respecto, también, los nuevos desarrollos desafían cínicamente al derecho internacional y además violan la constitución japonesa. Como lo comentara un importante dirigente político japonés, Tetsuzo Fuwa:

La naturaleza peligrosa del Tratado de Seguridad USA / Japón ha evolucionado hasta el grado de que es posible que el Japón se vea arrastrado a entrar en las guerras de Los Estados Unidos, en desafío a la constitución japonesa, que renuncia a la guerra. Por detrás de esto está la **estrategia del ataque preventivo de los Estados Unidos**, extremadamente peligrosa, gracias a la cual esa nación interferirá en los asuntos de los demás, y atacará arbitrariamente a cualquier país que le disguste.⁹⁸

96 József Ambrus, “A polgári védelem felatadai” [Las tareas de la defensa civil], en una edición especial de **Ezredforduló**, dedicada a los problemas del ingreso de Hungría en la OTAN, **Strategic Enquiries of the Hungarian Academy of Sciences** [Indagaciones estratégicas de la Academia de Ciencias de Hungría], 1999, p. 32.

97 Para una notoria excepción ver la carta de John Manning para **Spectre**, N° 6, primavera de 1999, pp. 37-38. Para un tema relacionado ver **US Military BASES in Japan: A Japan US Dialogue**, reporte del Simposio de Boston, 25 de abril de 1998, Cambridge, Mass.

98 Tetsuzo Fuwa, “Address to Japan Peace Committee in its 50th Year”, **Japan Press Weekly**, 3 de julio de 1999, p. 15. Comparando al Primer Ministro japonés Obuchi con la prominente figura de la oposición Fuwa, **The**

No hace falta decirlo, la posición que se le intenta asignar al Japón en la “estrategia de ataque preventivo”, en la que las órdenes provienen de Washington, es que juegue el papel de “carne de cañón”, y a la vez contribuya generosamente con los costos financieros de las operaciones militares,⁹⁹ como ya se le obligó a hacer en el caso de la Guerra del Golfo.

Uno de los aspectos más siniestros de esos desarrollos salió a la luz recientemente gracias a la renuncia forzada del viceministro de la defensa japonés, Shingo Nishimura, por “arrancar en falso” y propugnar agresivamente que el Japón se armase con armas nucleares. Y fue todavía más lejos, al sugerir en una entrevista el empleo de la fuerza militar, refiriéndose a la disputa sobre las islas Senkaku. Declaró que “Si la democracia llega a fracasar en el zanjamiento de la disputa, el Departamento de la Defensa meterá su cuchara”, como lo señaló un artículo editorial del diario **Akahata**:

El problema real aquí es que se le concedió un cargo en el gabinete a un político que argumenta abiertamente a favor de que Japón tenga armamento nuclear, y del empleo de la fuerza militar. Es natural que otras naciones asiáticas hayan expresado grave preocupación por el asunto. Más aún, bajo convenio secreto con el gobierno de los Estados Unidos, los gobiernos de la LDP han anulado los tres principios antinucleares (no permitirle a Japón poseer, fabricar

Economist escribía a regañadientes: “Hasta el momento los acontecimientos han tendido a mostrar al señor Obuchi como un aficionado inexperto, especialmente cuando lo interpela un profesional consumado como Tetsuzo Fuwa”. En “A pity about Uncle Obuchi”, **The Economist**, 20 de noviembre de 1999, pp. 97-98.

99 Eso ya está ocurriendo, puesto que Japón ha sido obligado a pagar por el enorme costo de la ocupación militar norteamericana a través de sus numerosas bases en el país. “Los costos que el gobierno japonés tuvo que afrontar en 1997 para el mantenimiento de las bases estadounidenses en el país montaron a 4.9 billones de dólares, lo que lo ubicó en el primer lugar entre los países del mundo (según el ‘Reporte de la contribución aliada a la Defensa Común de 1999’). Son US \$ 122.500 por cada soldado norteamericano estacionado en Japón” (S. Niihara, op. cit. p. 3).

o introducir armas nucleares). Además, la reciente “legislación de emergencia” apunta a darle prioridad a las operaciones militares de las fuerzas y la SDF [Fuerza de Autodefensa] estadounidenses en caso de guerra, activando la cooperación militar bélica, el suministro de pertrechos, la concesión de ubicaciones terrestres, edificaciones, y también el control de embarcaciones navales y aéreas, y del espectro radioeléctrico. Una legislación de ese tipo socavaría la Constitución.¹⁰⁰

Naturalmente, la nueva postura agresiva del “Tratado de Seguridad USA / Japón” es justificada en nombre de las necesidades de defensa japonesas. En verdad, sin embargo, la “defensa común” que se pretende en el Reporte legitimador (citado en la nota 40) nada tiene que ver con “la defensa del Japón” contra un “agresor” ficticio, pero sí todo que ver con la protección y el acrecentamiento de los intereses imperialistas estadounidenses.

Los Estados Unidos usan sus bases en Japón, incluidas las de Okinawa, para llevar a cabo la intervención militar en situaciones políticamente inestables en los países del sudeste asiático, incluida Indonesia. En mayo del año pasado, cuando cayó el régimen de Suharto en Indonesia, unidades de las Fuerzas Especiales del ejército estadounidense regresaron repentinamente a la Estación estadounidense de Torii en la aldea Yomitan, Okinawa, vía a la base estadounidense de Kadena, Okinawa. Ellas habían entrenado a las fuerzas especiales de las Fuerzas Armadas indonesias (ABRI), que reprimían las manifestaciones en el país. El repentino regreso de las unidades de las Fuerzas Especiales del ejército estadounidense indicaba la actividad secreta que las unidades de Boinas Verdes norteamericanas, radicadas en Okinawa, desempeñaban en Indonesia.¹⁰¹

La manera como les son impuestas esas políticas y prácticas peligrosas a los países cuyos gobiernos “democráticos” se someten su-

100 Akahata, 1º de noviembre de 1999; citado en **Japan Press Weekly**, 6 de noviembre de 1999, pp. 6-7.

101 S. Niihara, op. cit., p. 3.

misamente a todas las órdenes norteamericanas habla por sí sola. Por lo general los cambios ni siquiera se discuten en los respectivos parlamentos, y en vez de eso se les pasa por encima mediante tratados y protocolos secretos. Y en el mismo espíritu de la evasión cínica, cuando por alguna razón aparecen en la agenda parlamentaria, entonces se pasa la aplanadora, ignorando de la manera más autoritaria a cualquier oposición. Los políticos que de esa manera siguen “sembrando semillas de dragón” parecen olvidarse del peligro de que a su debido tiempo en el escenario histórico aparecerán dragones de verdad. Y tampoco parecen entender o admitir que la devastadora llama de los dragones nucleares no está limitada a una localidad dada —el Medio o el Lejano Oriente, por ejemplo—, sino que puede achicharrar absolutamente todo en este planeta, incluidos los Estados Unidos y Europa.

4.2.8

El objetivo final de la “estrategia de ataques preventivos de los Estados Unidos” es, por supuesto, China. Comentando los ruidos e indiscreciones agresivos de Washington contra China, en la secuela del bombardeo de la embajada de China en Belgrado, “el contralmirante Eugene Carroll, del Centro de Información de la Defensa, un ‘think-tank’ independiente, dijo:

Aquí está en marcha una demonización de China. No estoy seguro de quién lo hace, pero esas indiscreciones están orquestadas para mostrar a China como el peligro amarillo.¹⁰²

102 “Washington le dice a China que dé marcha atrás o se expondrá a la guerra fría”, **The Daily Telegraph**, 16 de mayo de 1999, p. 15. El mismo artículo también nos dice que “El chorro de cuentos de espionaje parece haber sido abierto por figuras dentro del Partido Republicano o el Pentágono que consideran que está dentro de los intereses a largo plazo de los Estados Unidos el tener un enemigo grande”. Obviamente Saddam Hussein no es lo bastante grande en lo que respecta a los requerimientos ideológicos y el creciente gasto militar correspondientes al plan a largo plazo de la agresiva postura imperialista de los Estados Unidos.

El bombardeo de la embajada china en Belgrado al principio fue presentado y justificado por los voceros de la OTAN como un “accidente inevitable, aunque deplorable”. Cuando más tarde se hizo innegable que la embajada no fue impactada por una bomba perdida sino por cohetes disparados desde tres direcciones distintas, y por ende era un blanco cuidadosamente elegido, Washington ofreció una explicación de cuento de hadas: que la CIA no había podido conseguir un mapa de Belgrado actualizado, que está a la disposición de quienquiera en cualquier quiosco. Pero aun así, continúa siendo un misterio total qué tendría de importante y legítimo el pretendido objetivo prehistórico que se supone ocupaba el espacio en el que estaba la embajada de China. Todavía estamos a la espera de algunas respuestas creíbles, que obviamente jamás vendrán. Una explicación racional que podría acudir a la mente es que la operación fue planificada como globo de ensayo, en dos aspectos. Primero, para probar a ver la manera cómo el gobierno chino respondería a actos de agresión como ese, obligándolo a tragarse la humillación que lo acompañaba. Y segundo, quizá más importante: para probar y ver la respuesta de la opinión pública mundial, que demostró ser totalmente servil y sumisa.

Los problemas que afectan profundamente las relaciones entre China y los Estados Unidos no podrían ser más graves. En un sentido se originan del hecho inconveniente de que **“El Estado-partido no ha encontrado todavía un lugar en el mundo del libre mercado”**.¹⁰³ Cuando el imperialismo hegemónico global utiliza como su legitimación ideológica los conceptos de “democracia” y “libre mercado”, cualquier desviación de esa ideología —respaldada por una gran potencia económica y militar— representa un serio desafío. Y lo que hace aún más intolerable el desafío es la perspectiva de que se den desarrollos económicos en detrimento de los Estados Unidos, dados los promedios de expansión comparables en el presente, aunado al hecho de que la población de China sobrepasa

103 Jonathan Story, “Time is running out for the solution of the Chinese puzzle”, **Sunday Times**, 1º de Julio de 1999, p. 5.

asombrosamente en **un millardo** a la de los Estados Unidos. Como lo expone el mismo artículo, reflejando una gran preocupación acerca de los desarrollos en marcha: **“Para el 2020 la economía de China será tres veces la de los Estados Unidos”**.¹⁰⁴ No resulta demasiado difícil imaginar la alarma ocasionada por esas perspectivas en los círculos dominantes de los Estados Unidos.

Fiel a su papel apologético, **The Economist** trata de darle un barniz de respetabilidad a la propugnada disposición y preparación militar para morir por la “democracia” y el “libre mercado”. En un artículo sobre “La nueva geopolítica” exige la aceptación de que se amontonen los “sacos de cadáveres”. No por parte de los Estados Unidos, por supuesto, sino de lo que **The Economist** llama los **“asistentes locales”** de los Estados Unidos. Con una hipocresía sin límite **The Economist** habla de un **“compromiso moral”** para la guerra por parte de las democracias, y les pide en nombre de esa moralidad que acepten que **“la guerra es época de morir y también de matar”**.

Ser el leal “asistente local” de los Estados Unidos es el papel que se le asigna al Japón, justificado en vista de la prevista amenaza china. La fuerte oposición en el país al Tratado de Seguridad USA / Japón redefinido y peligrosamente ampliado es catalogada de “nerviosismo”. Felizmente, China hará que los japoneses vean, sientan y fortalezcan su resolución, porque “Una China en crecimiento hará también que un Japón nervioso esté más dispuesto a aferrarse a una alianza con Norteamérica”. El mismo papel de leal asistente local se le asigna a Turquía y, expresando la esperanza de **The Economist**, también a la India, argumentando que “los ejércitos de los países aliados cuyos a pueblos no les importa que sus soldados hagan el **trabajo frente a frente** [es decir, que mueran] pueden acudir al rescate; es por eso que a Turquía le interesa a la alianza,¹⁰⁵ y por lo que

104 Ibid. El artículo de Jonathan Story es un extracto de su libro: **The Frontiers of Fortune**, publicado por Financial Times / Prentice Hall, Londres, 1999.

105 La importancia de Turquía como un “asistente local” de los Estados Unidos ha sido dramáticamente expuesta esta primavera con la ignominiosa

algún día podría ser buena idea pedirle ayuda a la India”. En este esquema de cosas, Rusia también ocupará una posición activamente pro-norteamericana, gracias a su prevista oposición inevitable a China. “Preocupada por la vulnerabilidad de sus territorios orientales, Rusia podría al final elegir poner algo de solidez en sus endeble vinculaciones de Participación por la Paz con la OTAN”.

Calificar a países de “nerviosos” y “preocupados” —si no en el día de hoy entonces en el de mañana— tiene que ver exclusivamente con los conflictos que se espera tendrán con “el gigante que se yergue en el este”, China. En la “nueva geopolítica” China es presentada como el común denominador de todos los problemas, y simultáneamente también como la solución que aglutina a todos los “preocupados” y “nerviosos” en una “Alianza para la Democracia” y una “Participación por la Paz”, que “hasta podría atraer a la democrática India [una nación tradicionalmente no alineada] hacia una nueva versión surasiática de la Participación por la Paz”¹⁰⁶, bajo control de los Estados Unidos. Sin embargo, no se nos dice que viviremos felices para siempre a partir de ese momento, o que al menos viviremos.

Naturalmente, ese tipo de “doctrina”, inspirada por Washington, no está restringida al **Economist** londinense. Ha hallado sus voceros también en el lejano oriente, donde el Primer Ministro de Australia, John Howard, proclamó la “doctrina Howard” de cómo cumplir el papel de leal “asistente local” de los Estados Unidos por parte de su propio país. Para consternación de la opinión política

remisión de Ocalan, el dirigente del PKK kurdo, a Ankara, bajo fuerte presión de los Estados Unidos, humillando a los varios “asistentes locales” europeos involucrados en ese suceso. Ver Luigi Vinci, **La social-democrazia e la sinistra antagonista in Europa**, Edizioni Punto Rosso, Milán, 1999, p. 13. Ver también Fausto Bertinotti, **Per una società alternativa: Intervista sulla politica, sul partito e sulle culture critiche**, entrevistado por Giorgio Riolo. Edizioni Punto Rosso, Milán, 1999, pp. 30-31.

106 Las citas en este párrafo son de “The New Geopolitics”, **The Economist**, 31 de julio de 1999, pp. 15-16.

del Sudeste Asiático declaró que “Australia actuará como ‘ayudante del sheriff’ de los Estados Unidos en el mantenimiento de la paz regional”.¹⁰⁷ El líder de la oposición en Malasia, Lim Kit Siang, respondió a esta idea diciendo que “El señor Howard ha hecho más, que cualquier Primer Ministro australiano anterior, por dañar las relaciones de Australia con Asia, desde que la política de la ‘Australia blanca’ fue abolida en los años 60”.¹⁰⁸

Sin embargo, fue Hadi Soesastro, un académico indonesio educado en Norteamérica, quien dio en el clavo al apuntar que “Es el ayudante del sheriff a quien matan siempre”.¹⁰⁹ Ciertamente. Es precisamente ese el papel de los “asistentes locales” de los Estados Unidos: matar y ser muertos por la causa que se les hizo llegar desde arriba.

Marx escribió en su **El 18 Brumario de Luís Bonaparte** que los eventos históricos a menudo ocurren dos veces, en formas contrastantes: primero como **tragedia** (Napoleón) y luego como **farsa** (“Napoleon le petit”). El papel asignado a Japón en el inconstitucional Tratado de Seguridad USA / Japón, recientemente revisado, solo podrá producir una gran tragedia en el Sudeste Asiático y una devastación igualmente trágica en el propio Japón. En lo tocante al papel de “ayudante del sheriff de los Estados Unidos”, proclamado en la “doctrina Howard”, la única forma de describirlo es como la farsa adelantándosele afanosamente a la tragedia.

4.2.9

La historia del imperialismo muestra tres fases distintivas:

1. *El imperialismo moderno constructor de imperios coloniales* de los comienzos, originado por la expansión de algunos países

107 David Watts, “Howard’s ‘Sheriff’ role angers Asians”, **The Times**, 27 de septiembre de 1999, p. 14.

108 Ibid.

109 Ibid.

Europeos en las regiones de penetración relativamente fácil del mundo;

2. *El imperialismo “redistribuidor”*, disputado antagónicamente por las grandes potencias a favor de sus corporaciones cuasimonopólicas, al que Lenin llamó “la etapa superior del capitalismo”, que involucraba a solo unos pocos contendientes reales y algunos sobrevivientes menores del pasado colgados de sus faldones, que llegó a su final en la secuela de la Segunda Guerra Mundial;

3. *El imperialismo hegemónico global*, con los Estados Unidos como fuerza todopoderosa, presagiado por la versión de Roosevelt de la “política de puertas abiertas”, con sus pretensiones de equidad democrática, y —aunque se consolidó poco después de la Segunda Guerra Mundial— se hizo mucho más pronunciado con el inicio de la crisis estructural del capital en la década de los años 70, y con ello el imperativo de constituir la omniabarcante estructura de mando política del capital bajo un “gobierno global” presidido por el país dominante en el mundo entero.

Quienes alimentaban la ilusión de que el “neocolonialismo” de la posguerra había pasado a ser un sistema estable en el que la dominación política/militar había sido reemplazada por una dominación económica directa, tendían a asignarle demasiado peso al continuado poder de los antiguos amos del imperialismo colonial después de la disolución formal de sus imperios, menospreciando al mismo tiempo las aspiraciones exclusivistas de la dominación hegemónica global de los Estados Unidos, y las causas que las sostenían. Se imaginaban que al instituir “Institutos de Estudios del Desarrollo” —con el propósito de “educar más” a las élites políticas y administrativas poscoloniales de sus antiguas dependencias, induciéndolas a la adopción de las teorías y políticas de “modernización” y “desarrollo”, de reciente promoción— los antiguos gobernantes coloniales podrían garantizar una continuidad sustantiva con su viejo sistema. Lo que le puso fin a esas ilusiones fue no solamente el poder de penetración abrumadoramente mayor de las corporaciones norteamericanas (respaldadas con toda la fuerza por el gobierno de los Estados Unidos) sino, más aún, el

derrumbe total de la “política de modernización” en todas partes, como ya lo mencionamos.

Sin embargo, el hecho de que el imperialismo haya probado ser tan exitoso, y continúe prevaleciendo, no significa que pueda ser considerado estable, ni mucho menos permanente. El previsto “gobierno global” bajo administración estadounidense sigue siendo una ilusión propagandística, igual que lo fueron la “Alianza para la Democracia” y la “Participación para la Paz”, proyectadas —en una época de choques militares y explosiones sociales que se multiplicaban— como la sólida base de la nueva versión del “Nuevo Orden Mundial”. Ya hemos pasado por eso antes, cuando —luego del derrumbe del sistema soviético— esa visión encontró apoyo en unos Estados Unidos ansiosos de mantener en funcionamiento al dinamo capitalista a finales de la Guerra Fría. El compromiso selectivo con estados claves del “mercado emergente” le proporcionó una política exterior alternativa a la difunta estrategia de contención. La política preveía que los Estados Unidos fuesen el centro de un “Único Mundo” encaminado a la prosperidad compartida, la democracia y mejores condiciones de vida para todos. Las corporaciones occidentales dotarían de tecnologías a las regiones más pobres del mundo, cuya mano de obra era abundante, barata e ingeniosa. Los mercados financieros globales, que ya no estaban bajo el candado político, aportarían el capital. Dentro de un par de décadas surgiría allí un enorme mercado trasnacional para los consumidores.¹¹⁰

La mayor parte del par de décadas previstas ha transcurrido ya, y nos vemos en mucha peor condición que nunca antes, incluso en un país capitalistamente avanzado como Inglaterra, donde —según las últimas estadísticas— **uno de cada tres niños** vive por debajo de la línea de pobreza, y en los últimos años esos números se han **multiplicado por tres**. Y nadie debería hacerse ilusiones acerca de cómo afecta la crisis estructural del capital incluso al país más rico, los Estados Unidos, porque también ahí se han deteriorado grandemente las condiciones en las dos últimas décadas. Según un reporte

110 Jonathan Story, *op. cit.*, p. 33.

reciente de la Oficina de Presupuesto del Congreso —y nadie podría acusar de “desviación izquierdista” a esa oficina— el **1 %** de la población más acomodada percibe lo mismo que los **cien millones** de los que están abajo (es decir, casi el **40 %**). Y, significativamente, esta cifra consternadora **se ha duplicado desde 1977**, cuando el ingreso del **1 %** de los que estaban en el tope equivalía al de “apenas” **cuarenta y nueve millones** de los más pobres, es decir, menos del **20 %** de la población.¹¹¹

En cuanto al resto de las proyecciones optimistas antes citadas, ya no se nos invita a soñar con un “inmenso mercado trasnacional” que traería “prosperidad para todos”, incluidos los pueblos del Oriente. El primer ministro chino, Zhu Rongji, es alabado ahora por sus “audaces intentos de introducir la reforma en el sector estatal, lo que hoy día significa **desempleo para millones de trabajadores chinos**”.¹¹² ¿Cuántos millones más de trabajadores —o en verdad cientos de millones de ellos— habrá que convertir en desempleados antes de que finalmente China califique “para un puesto en el mundo del libre mercado”? Por lo pronto, la editorial de **The Economist** no puede más que expresar su esperanza, y pronosticar su realización, de que el sistema chino será derrocado desde adentro,¹¹³ y prevé la solución militar externa en otros artículos, como ya hemos visto. Lo que resulta común para los dos enfoques es la completa ausencia de cualquier sentido de la realidad. Porque aun si el sistema chino pudiese ser derrocado hoy o mañana, eso no solucionaría absolutamente nada en lo que tiene que ver con el fracaso total de las expectativas optimistas que alguna vez se le atribuyeron a los “estados de mercado emergentes”, y su proyectado impacto para

111 Ver David Cay Johnston, “Gap Between Rich and Poor Found Substantially Wider”, **New York Times**, 5 de septiembre de 1999.

112 “Worried in Beijing”, **The Economist**, 7 de agosto de 1999, p. 14.

113 Ibid. El necesario derrocamiento de China es pronosticado vehementemente varias veces en este breve editorial, que no llega a una página.

“mantener en funcionamiento el dinamo capitalista a finales de la guerra fría”.

Mientras tanto, las contradicciones y antagonismos, vinculados con causas inextirpables, se han seguido intensificando. Bajo el dominio del capital, que es **estructuralmente** incapaz de resolver sus contradicciones —y de ahí su manera de **posponer** el “momento de la verdad”, hasta que las presiones acumuladas terminen en algún tipo de explosión—, existe la tendencia a tergiversar el tiempo histórico, tanto en dirección al pasado como al futuro, en el interés de eternizar el presente. La tendenciosa mala lectura del pasado surge del imperativo ideológico de tergiversar el presente como marco estructural necesario para todo posible cambio. Porque precisamente a causa de que el presente establecido tiene que ser eternamente proyectado hacia el futuro, al pasado también hay que ficcionalizarlo —en forma de una proyección hacia atrás— como el territorio de la presencia eterna del sistema en otra forma, a fin de eliminar las determinaciones históricas reales y las limitaciones sometidas al tiempo del presente.

Como resultado de los intereses perversos que están en las raíces de la relación del capital con el tiempo, el capital no puede poseer ni una **perspectiva a largo plazo** ni un sentido de la **urgencia**, incluso cuando está a punto de ocurrir una explosión. Las empresas son orientadas hacia, y su éxito está medido por, proyecciones concebidas en la escala de tiempo más miope. Por eso a los intelectuales que adoptan el punto de vista del capital les gusta argumentar que lo que funcionó en el pasado —enclaustrado en el idealizado método de hacer “poco a poco”— funcionará también en el futuro. Eso construye una peligrosa falacia, porque el tiempo no está de parte nuestra, dada la presión acumulativa de nuestras contradicciones. La proyección que hace **The Economist** acerca del feliz alineamiento de todos los países “nerviosos” y “preocupados” con las estrategias de los Estados Unidos es, en el mejor de los casos, una proyección arbitraria del presente en el futuro, si no una total tergiversación de las realidades del presente a fin de amoldarlas al futuro ilusoriamente anticipado, porque incluso las actuales contradicciones entre los Estados Unidos y Japón, al igual que las de Rusia con

los Estados Unidos, son mucho mayores de lo que permite el esquema de cosas adoptado, por no mencionar su potencial desenvolvimiento en el futuro. Ni habría que ignorar los conflictos de intereses objetivos entre la India y los Estados Unidos para transfigurarlos en una perfecta armonía a cuenta del supuesto “nerviosismo” en torno a China.

Más aún, incluso no debe darse por descontado que la armonía aparentemente prevaleciente de los Estados Unidos con la “Unión Europea” en el marco de la OTAN se mantenga en el futuro, dadas las claras señales de conflictos “interimperialistas”, tanto en el interior de la Unión Europea como entre la Unión Europea y los Estados Unidos.¹¹⁴ A veces hasta **The Economist** revela su preocupación de que no todo marcha como debería en las relaciones de poder señaladas por los conflictos en occidente, insistiendo en que a pesar de eso nadie debería ni siquiera soñar con desafiar la dominación de los Estados Unidos. Como lo plantea un editorial del periódico:

Hasta los motivos para una política exterior común varían. Algunos europeos la quieren como una expresión de la voluntad política común de Europa; otros, para rivalizar con los Estados Unidos, o para ponerles un freno. Si se llega a convertir en nada más que una forma de antinorteamericanismo sería un desastre. En el futuro previsible, la OTAN, preferiblemente en sincronización con las Naciones Unidas, será la pieza clave de la seguridad occidental. Norteamérica todavía tiene que llevar la batuta y ocuparse de la mayor parte de las zonas de peligro en el mundo. Pero en lugares al alcance de la mano, como los Balcanes, Norteamérica afortunadamente delegará funciones en Europa. Incluso en áreas como el Medio Oriente o Rusia, Europa debería ser capaz de jugar un papel complementario del de Norteamérica. Europa puede y debe ejercer una

114 Ver un estudio que llama a la reflexión acerca de esos problemas en el libro de Luigi Vinci citado en la nota 49, en particular las pp. 60-66.

influencia mayor en el mundo, pero todavía le faltan muchos años para constituirse en superpotencia.¹¹⁵

La frase vacía “Europa puede y debe ejercer una influencia mayor en el mundo” (¿como cuál? ¿y dónde?) está metida allí como mero “premio de consuelo”, para legitimar a los ojos de los vacilantes la supremacía absoluta de los Estados Unidos, propagandizada por **The Economist**. En verdad, sin embargo, la pregunta no es en modo alguno ¿cuánto le llevará a Europa constituirse en una “superpotencia” que se pueda medir con el poderío militar de los Estados Unidos?, sino ¿en qué forma y con cuál intensidad aflorarán a la luz los antagonismos interimperialistas, que siguen cocinándose, en el futuro nada remoto?

De hecho, la administración estadounidense ya está bastante preocupada por las expectativas de los desarrollos europeos.

Strobe Talbot, Secretario de Estado adjunto, dijo que la última cosa que querría ver Washington era una identidad de defensa europea que “comience dentro la OTAN, pero crezca por fuera de la OTAN, y luego se aleje de la OTAN”. El riesgo, dijo en un seminario en el Instituto Real de Asuntos Internacionales, es el de una estructura de defensa que “primero sea una réplica de la alianza y después compita con la alianza”. Las palabras del señor Talbot... tocan también la ambivalencia fundamental norteamericana para con una mayor unidad europea: que es buena **mientras no amenace el predominio global de los Estados Unidos**.¹¹⁶

Así, el Departamento de Estado Norteamericano no pierde oportunidad de remachar en casa la verdad desnuda acerca de su determinación de mantener al resto del mundo servil a las exigencias de su **“predominio global”**. Naturalmente, el más servil de todos los gobiernos occidentales, el inglés, se apresuró en acatarla y manifes-

115 “Superpower Europe”, **The Economist**, 17 de julio de 1999, p. 14.

116 Rupert Cornwell, “Europe warned not to weaken NATO”, **The Independent**, 8 de octubre de 1999, p. 18.

tar su aceptación incondicional en el mismo seminario del Instituto Real de Asuntos Internacionales.

Tratando de apaciguar la ansiedad de los Estados Unidos, Lord Robertson, el Secretario de Estado para la Defensa saliente que la semana próxima recibirá de manos del señor Solana la conducción de la OTAN, declaró que el pacto del Atlántico sigue siendo la piedra angular de la política de defensa británica.¹¹⁷

Puede que así sea, porque hasta ahora el papel de su “caballo de Troya” en Europa asignado a Inglaterra por el gobierno estadounidense continúa sin ser cuestionado. Sin embargo, esas aceptaciones no pasan de ser “silbidos en la oscuridad” en lo referente a los conflictos de intereses objetivos existentes entre las potencias occidentales, que inevitablemente se intensificarán en el futuro, sin importar con cuánto empeño el Departamento de Estado norteamericano le recordará a la Unión Europea quién lleva en realidad la voz cantante, incluso cuando se niegue a pagar por ello.

4.3 Desafíos históricos que encaran al movimiento social

4.3.1

Como hemos visto antes, el movimiento antiimperialista en los Estados Unidos, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, fracasó a causa de la conciliación “del movimiento laboral con los trusts y el apoyo a su política exterior”. La conclusión del antiguo allegado a Lincoln, George S. Boutwell, en 1902, de que “El esfuerzo final para la salvación de la república ha de ser hecho por las clases que trabajan y producen” suena profético también hoy. Porque las condiciones para el éxito continúan siendo las mismas, y solo las clases que trabajan y producen en América pueden ponerle fin a la tendencia destructiva del imperialismo hegemónico global. Ningún poder político/militar sobre la tierra puede lograr desde afuera lo que tendría que hacer desde adentro un movimiento que ofrezca una alternativa al orden existente en los Estados Unidos.

117 Ibid.

Naturalmente, eso no significa que todos los demás puedan arrellanarse en sus sillas y esperar a que la acción requerida se haya realizado, porque esta nunca podrá ser completada en aislamiento. Los problemas y contradicciones están también tan inextricablemente entrelazados que su solución necesita igualmente de profundos cambios en el resto del mundo. Es necesario abordar en todas partes las causas profundamente arraigadas de las contradicciones explosivas, a través de la participación de una empresa verdaderamente internacional cuyos constituyentes específicos afronten su propia cuota de red de intrincadas contradicciones del capital, en solidaridad con “las clases que trabajan y producen” en Norteamérica y en cualquier lugar del orbe. La “conciliación” del movimiento laboral norteamericano “con los trusts y el apoyo a su política exterior” a finales del siglo XX¹¹⁸ se debió, por una parte, a la disponibilidad de salidas para la expansión imperialista, y de ahí el desplazamiento postergador de las contradicciones del capital; y, del lado del movimiento laboral, a la ausencia de las condiciones objetivas y subjetivas¹¹⁹ de una **alternativa hegemónica viable** al modo de controlar

118 Para una historia esclarecedora y actualizada del movimiento laboral norteamericano, ver Paul Buhle, **Taking Care of Business: Samuel Gompers, George Meany, Lane Kirkland, and the Tragedy of American Labour**, Monthly Review Press, Nueva York, 1999, en particular las pp. 17-90 y 204-263. Michael D. Yates escribió un libro muy perspicaz acerca del papel estratégico del movimiento laboral sindicalizado hoy día, **Why Unions Matter?**, Monthly Review Press, Nueva York, 1998.

119 Sin duda, el reconocimiento de la existencia de circunstancias objetivas desfavorables no puede proporcionar una justificación blindada de las contradicciones a menudo autoimpuestas del “lado subjetivo”. Michael Yates destaca acertadamente el impacto y la responsabilidad históricos de los individuos que estaban en la posición de tomar decisiones como protagonistas del movimiento laboral norteamericano. En un artículo reciente escribe que “Gompers no debió delatar a la IWW y los cuadros socialistas militantes a la policía, pero tampoco los dirigentes socialistas debieron aliarse con Gompers y convertirse eventualmente en conservadores tan rabiosos como él. Gompers y su progenie no tenían que comprometerse con el imperialismo norteamericano y socavar los movimientos progresistas de los trabajadores

la reproducción social que tiene el capital. Una alternativa que no es concebible sin una solidaridad internacional orientada a la creación de un orden de igualdad sustantiva.

No hace falta ser militante socialista para darse cuenta de los peligros que encaramos. Resulta pertinente recordar en este contexto que la alarma desatada en 1997 por el ganador del Premio Nobel Joseph Rotblat, en lo tocante a las actividades investigativas con fines de lucro que se siguen en el campo de la biotecnología y la “clonación”. Como sabemos, bajo el dominio del capital esas actividades —entrampadas por los imperativos expansionistas del sistema, sin importar las consecuencias humanas y ambientales— representan una nueva dimensión de la potencial autodestrucción de la humanidad. Esa nueva dimensión le está siendo agregada hoy al arsenal ya existente de armas nucleares, químicas y biológicas, cada una capaz de infligirnos por sí sola un holocausto universal.

Del mismo modo que Joseph Rotblat, un distinguido científico liberal que tuvo gran prominencia en el movimiento de protesta que impidió la elección de Margaret Thatcher como rectora de la Universidad de Oxford, planteó el problema de la incontrolabilidad y la potencial autodestrucción humana como materia de suma urgencia, en relación con la manera como el conocimiento científico en general se produce y es utilizado en nuestro orden social. Escribió en un reciente trabajo acerca de la integridad académica:

Las estructuras de la sociedad —social, política, religiosa— están rechinando fuertemente con nuestra incapacidad para absorber

en todo el mundo, aceptando dinero de la CIA aunque esa agencia de la muerte estaba incitando al asesinato y encarcelamiento de dirigentes sindicales a todo lo ancho del globo. Los dirigentes de la CIO no debieron participar en esa cacería de brujas, haciendo que la CIO se convirtiese en algo prácticamente indiferenciable de la AFL para el momento de su fusión en 1955. Pero tampoco los comunistas debieron instar al gobierno a encerrar a los trotskistas y seguir servilmente las directrices de Stalin. Todo esto no es para decir que las acciones de algunos radicales y las de los Gompers y compañía están en el mismo plano, sino que los radicales también tienen su propia historia”.

lo que sabemos dentro de sistemas éticos y sociales que puedan ser ampliamente aceptados. El problema es **urgente**... Una salida posible es, por supuesto, el retroceso a las varias formas de fundamentalismo, que con certeza afectaría gravemente la integridad académica. La alternativa es reconocer que existe la obligación por parte de los creadores de ese cúmulo de conocimientos de resolver el problema de **cómo desmontar su capacidad de destruirnos**.¹²⁰

La responsabilidad social de los científicos de dar la pelea contra esos peligros no se puede pasar por alto. Ciertamente, entre los científicos que participaron en esa empresa en el siglo XX figuraban algunos de los más grandes. Einstein, por ejemplo, llevó adelante durante muchos años su lucha contra la militarización de la ciencia y por la vital causa del desarme nuclear. En un mensaje que preparó para un planificado —pero, significativamente, nunca llevado a cabo en la realidad por culpa de la más vulgar interferencia— Congreso Nacional de Científicos, Einstein escribió:

Me complace sinceramente que la gran mayoría de los científicos estén plenamente conscientes de sus responsabilidades como académicos y ciudadanos del mundo; y que no hayan sido víctimas de la histeria tan difundida que amenaza a nuestro futuro y al de nuestros hijos. Horroriza darse cuenta de que el veneno del militarismo y el imperialismo amenaza con generar cambios indeseables en la actitud política de los Estados Unidos... Lo que vemos actuar aquí no es expresión de los sentimientos del pueblo norteamericano; al contrario, refleja la voluntad de una minoría poderosa que utiliza su poder económico para controlar los órganos de la vida política. Si el gobierno sigue en esa trayectoria fatal, nosotros los científicos tendremos que negarnos a someternos a sus exigencias inmorales, aunque éstas estén respaldadas por la maquinaria legal. Existe una ley no escrita, la de nuestra propia conciencia, que es mucho más obligante que cualquiera de las que puedan ser ideadas en Was-

120 Denis Noble, “Academic Integrity”, en Alan Montefiore y David Vines (editors), **Integrity in the Public and Private Domains**, Routledge, Londres y Nueva York, 1999, p. 184.

hington. Y por supuesto existen también, incluso para nosotros, las armas de último recurso: la no cooperación y la huelga.¹²¹

La cancelación del vital encuentro planificado, que se programó para los días del 10 al 12 de enero de 1946, demostró de una vez que la creencia públicamente declarada de Einstein en la responsabilidad social aceptada a conciencia de la gran mayoría de los científicos iba a recibir un gran desengaño. No obstante, continuó su lucha hasta que murió, desafiando las amenazas y las denuncias públicas. Sabía muy bien que “los hombres nunca se han liberado de la servidumbre intolerable, congelada en la ley, si no es mediante la acción revolucionaria”,¹²² e insistía en que:

Lo que se necesita es hechos, no palabras; las meras palabras no conducen a ninguna parte a los pacifistas. Tienen que iniciar la acción y comenzar con lo que se puede lograr ya.¹²³

Pero a pesar de su inmenso prestigio y su acceso totalmente sin paralelo, tanto a los jefes de gobierno como a los medios, al final Einstein se vio completamente aislado y derrotado por los apolo-gistas políticos del creciente complejo militar/industrial. Éstos llegaron hasta a pedir su enjuiciamiento,¹²⁴ con miras a la expulsión de los Estados Unidos, vociferando en el Congreso que “Ese agitador extranjero nos va a precipitar en otra guerra europea a fin de fomentar la difusión del comunismo por todo el mundo”.¹²⁵

121 Otto Nathan y Heinz Norden, editores, **Einstein on Peace**, Schocken Books, Nueva York, 1960. p. 343. El mensaje de Einstein solo pudo ser publicado póstumamente.

122 Ibid., p. 107.

123 Ibid., p. 116.

124 Ibid., p. 344.

125 Citado en Ronald W. Clark, **Einstein: The Life and Times**, Hodder and Stoughton, Londres, 1973, p. 552. El congresista ya citado que denunció violentamente a Einstein en la Cámara de Representantes era John Rankin, político del Mississippi.

Así, hasta la protesta del científico más socialmente preocupado y políticamente consciente del mundo tenía que quedarse como un “grito en el desierto”, porque no se vio amplificado por un movimiento de masas que pudiese enfrentarse y desarmar a las destructivas fuerzas del capital, profundamente afincadas, mediante su visión alternativa, viable en la práctica, de cómo poner en orden los asuntos humanos. Una alternativa prevista también por Boutwell cuando insistió en que “el esfuerzo final para la salvación de la república” —en contra de las grandes corporaciones aventureras constructoras de imperios, y sus estados— “ha de ser hecho por las clases que trabajan y producen”. Boutwell pronunció esas palabras hace más de un siglo, y su verdad se ha venido intensificando cada vez más desde entonces, porque los peligros han crecido incommensurablemente para toda la humanidad, no solo si comparamos con 1902, cuando Boutwell habló, sino incluso en comparación con los tiempos de Einstein. Los megatones en el arsenal nuclear, que preocupaban a Einstein, no solo se han multiplicado desde el momento de su muerte, sino además han proliferado, a pesar de toda la habladería autoengañadora acerca del “fin de la guerra fría”. Muy recientemente se nos recordó el estado real de las cosas cuando el presidente Yeltsin trató de justificar el derecho soberano de su país a la guerra atroz contra Chechenia, advirtiéndole al resto del mundo que Rusia todavía estaba en posesión de un arsenal repleto de armas nucleares.

Hoy, como añadido a la amenaza nuclear de la MAD [“Mutually Assured Destruction” literalmente “Destrucción Mutuamente Asegurada”, organismo ficticio ideado para crear un juego de palabras que se pierde en la traducción: remite a “mad”, demente. N del T.], el conocimiento de cómo emplear el armamento químico y biológico al servicio del exterminio en masa está a la disposición de quienes no vacilarían en emplear esas armas si el dominio del capital se viese amenazado. Y eso no es todo, de ninguna manera, porque por ahora la destrucción ambiental, en beneficio de los intereses ciegamente seguidos del capital, ha asumido proporciones tales — como lo ilustró dramáticamente la terrible calamidad desatada en las postrimerías del siglo XX sobre el pueblo de Venezuela, como

resultado de la deforestación irresponsable y el “desarrollo” especulativo— que incluso si el proceso fuese revertido mañana mismo, tomaría décadas producir algún cambio significativo en este respecto neutralizando la articulación perniciosa, autopropulsada y autónoma del capital, que tiene que seguir su camino más fácil “racional” y, en términos inmediatos, “económico”. Más aún, las implicaciones potencialmente letales de la manipulación de la naturaleza mediante la biotecnología empleada imprudentemente, la “clonación”, y a través de la modificación genética incontrolada de productos alimenticios, bajo los dictados de las corporaciones gigantes que solo buscan ganancias y sus gobiernos, representan la apertura de una nueva “caja de Pandora”.

Esos son los peligros claramente visibles en nuestro horizonte, tal y como están las cosas hoy día; ¡y quién sabe qué peligros adicionales para nuestros hijos irán a aparecer mañana gracias a la incontrolabilidad destructiva del capital! Sin embargo, lo que resulta absolutamente claro a la luz de nuestra experiencia histórica es que solamente un genuino movimiento socialista de masas podría contrarrestar y derrotar a las fuerzas que hoy están empujando a la humanidad hacia el abismo de la autodestrucción.

4.3.2

La tan urgentemente necesitada constitución de la alternativa radical, al modo de reproducción metabólica social del capital, no puede ser llevada a cabo sin una revisión crítica del pasado. Es necesario examinar el fracaso de la izquierda histórica en hacer cumplir las expectativas formuladas optimistamente por Marx cuando postuló, ya en 1847, la “asociación” sindical y el consiguiente desarrollo político de la clase trabajadora, en estrecho paralelo con el desarrollo industrial de varios países capitalistas. Como él lo expuso:

El grado de desarrollo alcanzado por la asociación en determinado país señala claramente el rango que este ocupa en la jerarquía del mercado mundial. Inglaterra, cuya industria ha alcanzado el más alto grado de desarrollo, posee las asociaciones de mayor tamaño y mejor organizadas. En Inglaterra no se han detenido en las asociaciones parciales... han ido más allá, simultáneamente con las

luchas políticas de los trabajadores, que actualmente constituyen un gran partido político, llamado Cartista.¹²⁶

Y Marx esperaba que ese proceso continuase de manera tal que la clase trabajadora, en el transcurso de su desarrollo, sustituirá a la vieja sociedad civil por una asociación que excluirá a las clases y su antagonismo, y **ya no existirá poder político propiamente dicho**, puesto que el poder político, constituye precisamente la expresión oficial del antagonismo en la sociedad civil.¹²⁷

Sin embargo, en el desarrollo histórico de la clase trabajadora, la parcialidad y la sectorialidad no estaba limitada a las “asociaciones parciales” y a los varios sindicatos que surgieron de ellas. Inevitablemente, al comienzo, la parcialidad afectó a cada uno de los aspectos del movimiento socialista, incluida la dimensión política. Tan es así, en efecto, que siglo y medio más tarde este todavía presenta un inmenso problema que ha de ser resuelto alguna vez en un futuro que esperamos no resulte muy remoto.

El movimiento laboral no podía evitar ser sectorial y parcial en sus comienzos. No se trataba simplemente de la cuestión de haber adoptado subjetivamente la estrategia equivocada, como se pretende a menudo, sino de un asunto de determinaciones objetivas. Como ya lo mencionamos, la “pluralidad de capitales” ni podía ni puede ser superada dentro del marco del orden metabólico social del capital, a pesar de la irresistible tendencia hacia la concentración y centralización monopólicas —así como hacia lo transnacional, pero precisamente ese carácter **tras**-nacional (y no genuinamente **multi**-nacional) determina que su desarrollo resulte necesariamente parcial— del capital globalizador. Al mismo tiempo, la “pluralidad del trabajo” tampoco puede ser suprimida en el área de la reproducción metabólica social del capital, independientemente del esfuerzo que se invierta en tratar de hacer pasar al trabajo de

126 Marx, **The Poverty of Philosophy**, en Marx y Engels, **Collected Works**, vol. 6, p. 210.

127 Ibid., p. 212.

antagonista estructuralmente inconciliable del capital a su sirviente uniformemente sumiso. Los intentos por lograrlo han ido desde la propaganda mistificadora y absurda del “capitalismo del pueblo”, que lo convertiría en accionista, a la directa extracción política del plusvalor, que todo lo abarca, ejercida por las personificaciones pos-capitalistas del capital, que trataban de legitimarse gracias a su pretensión espuria de ser la encarnación de los “verdaderos intereses” de la clase trabajadora.

El carácter sectorial y parcial del movimiento laboral se combinó con su articulación **defensiva**. El sindicalismo de los inicios — del que surgieron más tarde los partidos políticos— representaba la **centralización de la sectorialidad**, de tendencia autoritaria, y condujo a la transferencia del poder de tomar decisiones de las “asociaciones” locales a los centros sindicales, y de ellos a los partidos políticos. Así que ya, desde un comienzo, el movimiento sindical en su conjunto fue inevitablemente **sectorial y defensivo**. En verdad, dada la lógica interna del desarrollo de ese movimiento, la **centralización de la sectorialidad** trajo consigo el **afianzamiento de la defensividad**, comparado con los ataques esporádicos mediante los cuales las asociaciones locales pudieron ocasionarles daños de gravedad a sus antagonistas capitalistas locales, (sus parientes lejanos luddistas trataron de hacer lo mismo en una forma más generalizadamente destructiva, y que por lo mismo terminó muy pronto por volverse totalmente inviable). El afincamiento de la defensividad representó así un paradójico adelanto histórico, porque a través de sus primeros sindicatos el trabajo se convirtió también en **interlocutor** del capital, sin dejar de ser objetivamente su antagonista estructural. Desde esa nueva posición de defensividad generalizada, el trabajo pudo, **bajo condiciones favorables**, obtener ciertas ventajas para algunos de sus sectores. Tal cosa fue posible en tanto que los correspondientes constituyentes del capital pudiesen ajustarse en escala nacional —en sintonía con la dinámica de la potencial expansión y acumulación del capital— a las peticiones que les hiciese el movimiento laboral articulado defensivamente. Un movimiento que actuaba dentro de las premisas estructurales del sistema del capital, como su interlocutor legalmente constituido y reglamentado por el

Estado. El desarrollo del “Estado del Bienestar” fue la manifestación definitiva de esa lógica, practicable en un número muy limitado de países. Era limitado tanto en lo referente a las **condiciones favorables** de una expansión del capital libre de problemas en los países involucrados, como en la precondition de la aparición del Estado del Bienestar, y con relación a su escala de tiempo, que al final terminó siendo demarcada en las últimas tres décadas por la presión de la “derecha radical” para la completa liquidación del Estado del Bienestar, como resultado de la crisis estructural del sistema del capital en su conjunto.

Con la constitución de los partidos políticos del trabajo —bajo la forma de la separación del “brazo industrial” del trabajo (los sindicatos) y su “brazo político” (los partidos socialdemócratas y vanguardistas)— la defensividad del movimiento se afincó todavía más, porque ambos tipos de partido se apropiaron para sí el derecho exclusivo a la toma de decisiones general, que ya se veía venir en la sectorialidad centralizada de los propios movimientos sindicales. Esa defensividad se hizo aún peor gracias al modo de operación adoptado por los partidos políticos, que obtuvieron algunos éxitos a costa de desencarrilar y desviar de sus objetivos originales al movimiento socialista, porque en el marco parlamentario capitalista, a cambio de la aceptación por parte del capital de la legitimidad de los partidos políticos del trabajo, se volvió absolutamente ilegal utilizar al “brazo industrial” para fines políticos.

Eso representaba una condición fuertemente restrictiva que los partidos del trabajo aceptaron, condenando así a la impotencia total al inmenso potencial combativo del trabajo, arraigado en lo material y en potencia también muy efectivo en lo político. Actuar de esa manera resultaba sumamente problemático, ya que el capital, gracias a su supremacía estructuralmente garantizada, continuó siendo la **fuerza extraparlamentaria por excelencia**, que podía dominar al parlamento a su antojo desde afuera. Tampoco en los países poscapitalistas era posible considerar que la situación estuviese mejor, porque Stalin degradó a los sindicatos al estatus de ser lo que él llamó “las correas de transmisión” de la propaganda oficial, exceptuando a la misma vez a la forma política poscapitalista

de la toma de decisiones autoritaria de cualquier posibilidad de control por parte de la base de la clase trabajadora. Comprensiblemente, entonces, en vista de nuestra infeliz experiencia histórica con ambos tipos de partidos políticos, ya no cabe esperanza alguna de una rearticulación radical del movimiento socialista si no **combinamos el “brazo industrial” del trabajo con su “brazo político”**, confiéndole el poder significativamente político de la toma de decisiones a los sindicatos (alentándolos así a ser directamente políticos), por una parte, y por la otra haciendo que los propios partidos políticos se tornen desafiantemente activos en los conflictos industriales como los antagonistas incondicionales del capital, asumiendo la responsabilidad por su lucha **dentro y fuera** del parlamento.

A lo largo de su prolongada historia, el movimiento laboral continuó siendo sectorial y defensivo. En verdad, esas dos características definitorias constituyeron un auténtico círculo vicioso. En su pluralidad dividida, y muchas veces internamente destrozada, el trabajo no pudo romper sus delimitaciones sectoriales paralizadoras, en dependencia de la pluralidad de los capitales, porque como movimiento general estaba articulado defensivamente; y viceversa, no pudo superar las profundas limitaciones de su obligada defensividad de cara al capital, porque hasta el momento presente ha seguido siendo sectorial en su articulación industrial y política organizada. Al mismo tiempo, para hacer aún más rígido el círculo vicioso, el papel defensivo asumido por el trabajo le confirió una extraña forma de legitimidad al modo de control metabólico social del capital. Porque, por defecto, la postura defensiva del trabajo aceptó explícita o tácitamente considerar que el orden socioeconómico y político establecido era el marco obligado, y el prerrequisito permanente de lo que se pudiese considerar “realistamente factible” dentro de las demandas solicitadas, demarcando al mismo tiempo la única vía legítima de resolver los conflictos que pudiesen surgir de las pretensiones encontradas de los interlocutores. Eso equivalía a una especie de **autocensura**, para alta complacencia de las ávidas personificaciones del capital. Representaba una autocensura entumecedora, que resultó en una inactividad estratégica, y que continúa hoy día paralizando hasta a los remanentes más radicales de la

izquierda histórica organizada, por no mencionar a los elementos constituyentes que alguna vez fueron genuinamente reformistas, pero ahora están totalmente domados e integrados.

Mientras la postura defensiva del “interlocutor racional” del capital —cuya racionalidad quedaba definida a priori como una que pudiese ajustarse a las premisas y restricciones prácticas del orden dominante— pudo producirle ganancias relativas al trabajo, la autoproclamada **legitimidad** del marco regulador político general del capital permaneció sin verse desafiada en lo fundamental. Sin embargo, una vez que bajo la presión de su crisis estructural, el capital ya no pudo concederle nada significativo a su “interlocutor racional”, sino, por el contrario, tuvo que echar atrás hasta sus concesiones del pasado, atacando sin dar cuartel a las bases mismas del Estado del Bienestar y también a las salvaguardas legales protectoras/defensivas del trabajo, a través de un conjunto de leyes anti-sindicales autoritarias “promulgadas democráticamente”, el orden político establecido tenía que perder su legitimidad, poniendo al descubierto al mismo tiempo la total insostenibilidad de la postura defensiva del trabajo.

La “**crisis de la política**”, que ni los peores apologistas del sistema pueden negar hoy —aunque por supuesto ellos tratan de limitar a la esfera de la manipulación política y su consenso aberrante, en el espíritu de la “tercera vía” del Nuevo Laborismo—, representa una profunda **crisis de legitimidad** del modo de reproducción metabólica social establecido y su marco general de control político. Eso fue lo que trajo consigo la **actualidad histórica de la ofensiva socialista**,¹²⁸ incluso si el seguimiento de su propio “camino más fácil” por parte del trabajo sigue favoreciendo por lo pronto el mantenimiento del orden existente, a pesar de la incapacidad cada vez más obvia de ese orden para “repartir los bienes” —incluso en los

128 Ver el Capítulo 18 de **Más allá del capital**, pp. 775-849. Una versión anterior de ese capítulo estaba contenida en el estudio titulado “Il rinnovamento del marxismo e l’attualità storica dell’offensiva socialista”, publicado en **Problemi del socialismo** (una publicación fundada por Lelio Basso), Año XIII, enero-abril de 1982, pp. 5-141.

países capitalistamente más avanzados— como el basamento de su legitimidad alguna vez aceptada de manera abrumadora. Hoy día el “Nuevo Laborismo”, en todas sus variedades europeas, es el facilitador del “reparto de los bienes” únicamente para los intereses del capital atrincherados, bien sea en el campo del capital financiero —al que cínicamente defiende el gobierno de Blair a capa y espada, incluso en conflicto con varios de sus socios europeos— o en algunos sectores comerciales cuasimonopólicos de aquel. Al mismo tiempo, a fin de defender al sistema bajo las condiciones de márgenes de viabilidad reproductiva del capital, que se van reduciendo, se ignoran de un todo los intereses de la clase trabajadora, facilitando también en este respecto los intereses vitales del capital al mantener toda la legislación antilaboral autoritaria del pasado reciente,¹²⁹ y apoyar con el poder del Estado la presión para la **inestabilidad** de la fuerza laboral, como una “solución” cínicamente engañosa del problema del desempleo. Es por eso que la necesidad de una ofensiva socialista no puede ser sacada de la agenda histórica por alguna variedad establecida o concebible del amoldamiento defensivo del trabajo.

No debería ser sorpresa que bajo las presentes condiciones de crisis el canto de sirena del keynesianismo se escuche de nuevo como remedio ilusorio, apelando al espíritu del viejo “consenso expansionista” al servicio del “desarrollo”. Sin embargo, hoy día ese canto solo puede sonar muy tenuemente, pues emana a través de una larga cañería desde la honda sepultura del keynesianismo, porque el tipo de consenso cultivado por las variedades existentes de movimiento laboral amoldado en realidad tiene que hacer digerible la **incapacidad estructural** de expansión y acumulación de los capitales,

129 En todo caso, no deberíamos olvidar que la legislación antilaboral en Inglaterra comenzó bajo el gobierno laborista de Harold Wilson, con la aventura legislativa que se llamó “En vez de enfrentarnos”, en la fase inicial de la crisis estructural del capital, continuó bajo el gobierno de breve vida de Edward Heath, y luego otra vez bajo los gobiernos laboristas de Wilson y de Callaghan, diez años antes de recibir un sello abiertamente “neoliberal” bajo Margaret Thatcher.

en abierto contraste con las condiciones que alguna vez hicieron posible que las políticas keynesianas prevalecieran por un período histórico muy limitado. Luigi Vinci, una figura prominente del movimiento italiano **Rifondazione**, remarcó acertadamente que hoy día la autodefinición apropiada y la viabilidad organizacional autónoma de las fuerzas socialistas radicales se ve “a menudo fuertemente obstaculizada por un impreciso y optimista keynesianismo de izquierda en el que la posición central la ocupa la palabra mágica ‘desarrollo’ ”.¹³⁰ Una noción de desarrollo que aun en la cúspide de la expansión keynesiana no pudo hacer acercar siquiera un centímetro a la alternativa socialista, porque siempre dio por descontadas las obligadas premisas prácticas del capital como el marco orientador de su propia estrategia, firmemente bajo las restricciones interiorizadas del “camino más fácil”.

Cabe destacar también que el keynesianismo es por naturaleza propia **coyuntural**, dado que opera dentro de los parámetros estructurales del capital, no puede evitar serlo, independientemente de que las circunstancias prevalecientes favorezcan a una coyuntura más prolongada o más breve. El keynesianismo, incluso en su variante “de izquierda”, inevitablemente está situado dentro de la **lógica del “pare-siga”** del capital, y restringido por ella. Aun, en el mejor de los casos el keynesianismo no puede representar más que la fase de “siga” de un ciclo expansionista, a la que tarde o temprano la fase “pare” le pondrá su fin. En sus orígenes, el keynesianismo trató de ofrecer una alternativa para la lógica del “pare-siga” manejando ambas fases de una manera “balanceada”, pero no logró hacerlo, y en cambio se quedó atado a la fase unilateral “siga”, debido a la naturaleza misma de su marco regulador orientado por el Estado capitalista. La expansión tan inusualmente prolongada de la expansión keynesiana en la posguerra —aunque aún ahí limitada, significativamente, a unos pocos países capitalistas avanzados— se debió en gran medida a las condiciones favorables de la reconstrucción posbélica y a la posición dominante asumida en ella por

130 Luigi Vinci, **La socialdemocrazia e la sinistra antagonista in Europa**, Edizioni Punto Rosso, Milán 1999.

el complejo militar/industrial abrumadoramente financiado por el Estado. Por otra parte, el hecho de que la fase de “pare”, correctiva y contrarrestadora, adquiriese la forma excepcionalmente severa y cruel del “neoliberalismo” (y el “monetarismo” como su racionalización ideológica seudo-objetiva) —ya bajo el gobierno laborista de Harold Wilson, presidido en lo financiero/monetario por Denis Healy, como Ministro de Hacienda— se debió al inicio de la **crisis del capital**, mas no la tradicionalmente cíclica sino esta vez **estructural**, que abarcaría toda una época de la historia. Es eso lo que explica la duración excepcional de la fase de “pare” neoliberal, hasta ahora mucho más prolongada que la fase de “siga” keynesiana de la posguerra, todavía sin un final a la vista y perpetuada bajo la atenta mirada de los gobiernos conservadores y laboristas por igual. En otras palabras, el rigor antilaboral y la alarmante duración de la fase de “pare” neoliberal, junto con el hecho de que el neoliberalismo sea practicado por gobiernos que supuestamente están situados en los bandos opuestos de la división política parlamentaria, en realidad solo resultan comprensibles como manifestaciones de la crisis estructural del capital. La circunstancia de que la brutal longevidad de la fase neoliberal sea racionalizada ideológicamente por algunos teóricos del laborismo como el “ciclo descendiente prolongado” del desarrollo capitalista normal, que será seguido con certeza por otro “ciclo de expansión prolongado”, no hace más que subrayar la completa incapacidad del “pensamiento estratégico reformista” para captar la naturaleza de las tendencias de desarrollo en marcha. Más aún porque el carácter salvaje del neoliberalismo continúa su curso, sin ningún desafío por parte del movimiento laboral amoldado, y ya están llegando a su fin los años que predijo incluso la fantasiosa noción del “ciclo positivo prolongado” por venir, como lo teorizaron los apologistas del capital laboristas.

Así, dada la crisis estructural del sistema del capital, aun si un viraje coyuntural pudiese traer de regreso por un momento el intento de instituir alguna forma de administración financiera estatal keynesiana, esta no podría tener sino una duración extremadamente limitada, debido a la ausencia de condiciones materiales que pudiesen favorecer su extensión por un período más prolongado, incluso

en los países capitalistas dominantes. Más importante todavía, esa resurrección coyuntural limitada no podría ofrecerle absolutamente nada a la realización de una alternativa socialista radical, porque resultaría del todo imposible construir una alternativa estratégica viable al modo de control del metabolismo social, con una manera coyuntural interna de dirigir el sistema; una manera que necesita de la floreciente expansión y acumulación del capital como la precondition necesaria de su propio modo de operación.

4.3.3

Como lo hemos visto en las últimas páginas, las limitaciones sectoriales y la defensividad del trabajo no pudieron ser superadas mediante la centralización sindical y política del movimiento. Ese fracaso histórico se ve hoy subrayado con fuerza por la globalización transnacional del capital, para la cual el trabajo no parece tener ninguna respuesta.

Debemos recordar aquí que en el transcurso del último siglo y medio fueron fundadas nada menos que **cuatro Internacionales**, en un intento por crear la requerida unidad internacional del trabajo. No obstante, ninguna de las cuatro logró aproximarse siquiera a los objetivos declarados, y mucho menos a su realización. Eso no puede ser explicado simplemente en términos de las traiciones personales que, aunque son correctos en esos términos personales, todavía le sacan el cuerpo a la cuestión, ignorando las determinaciones objetivas de peso que debemos tener en mente si queremos remediar la situación en el futuro, porque seguimos sin explicar **por qué** las circunstancias realmente favorecieron esas salidas del carril y esas traiciones a lo largo de un período histórico muy prolongado.

El problema fundamental es que la pluralidad sectorial del trabajo está vinculada estrechamente con la pluralidad conflictual de los capitales estructurada jerárquicamente, tanto dentro de cada país en particular como en escala global. Si no fuese por ella, resultaría mucho más fácil concebir la exitosa constitución de la unidad internacional del trabajo en contra del capital unificado o unificable. Sin embargo, dada la articulación necesariamente jerárquica/conflictual del sistema del capital, con su escalafón nacional e

internacional incorregiblemente inicuo, la unidad global del capital —a la cual en principio podría contraponérsele sin dificultad la correspondiente unidad internacional del trabajo— no es factible. El tan deplorado hecho histórico de que en los conflictos internacionales de envergadura las clases trabajadoras de los varios países se hayan alineado con sus explotadores nacionales, en lugar de volver sus armas contra sus propias clases dominantes, como los invitaron a hacer los socialistas, tiene su base material de explicación en la relación de poder contradictoria a la que nos referimos aquí, y no puede ser reducido a la cuestión de la “claridad ideológica”. Por la misma razón, quienes esperen un cambio radical en este respecto a partir de la unificación del **capital globalizador** y su “**gobierno global**” —que sería confrontado combativamente por el trabajo unido internacionalmente y con plena conciencia de clase— están destinados también a verse decepcionados. El capital no va a complacerlos haciéndole ese “favor” al trabajo, por la simple razón de que no puede hacerlo.

La articulación jerárquica/conflictual del capital continúa siendo el principio estructurador general del sistema, independientemente de cuán grandes, y hasta gigantescas, puedan ser sus unidades constitutivas. Ello se debe a la índole de los procesos de toma de decisiones del sistema. Dado el antagonismo estructural inconciliable entre el capital y el trabajo, este último tiene que ser excluido categóricamente de cualquier toma de decisión importante. Ese tiene que ser el caso no solamente en el nivel más amplio, sino incluso en el de los “microcosmos” constituyentes, en las unidades productivas específicas. Porque al capital, como poder de toma de decisiones alienado, no le es posible funcionar sin tomar sus decisiones sin ningún cuestionamiento (por parte de la fuerza laboral) en los lugares de trabajo específicos, o por los complejos de producción rivales en el nivel intermedio, en un país dado, o incluso en la escala más abarcadora (por el personal de mando a cargo de otras unidades que compiten internacionalmente). Por eso el modo de tomar decisiones del capital —en todas las variedades del sistema del capital conocidas y factibles— tiene que ser la manera **autoritaria** de administrar de **arriba a abajo** las distintas empresas. Comprensiblemente,

entonces, todo cuanto se diga acerca de que el trabajo “comparte el poder” o “participa” en los procesos de toma de decisiones del capital pertenece al terreno de la pura ficción, si no al cínico camuflaje de la situación real de las cosas.

Esa incapacidad estructuralmente determinada de compartir el poder explica por qué los desarrollos **monopólicos** de amplio alcance tenían que asumir la forma de **take-overs**; “hostiles” o “no hostiles”, pero invariablemente **take-overs** (que hoy se producen por todas partes en una escala alucinante), con una de las partes involucradas terminando por sobre la otra, aunque la racionalización ideológica del proceso sea tergiversada como el “matrimonio feliz entre iguales”.

La misma incapacidad explica, más significativamente aún para nuestro tiempo, el importante hecho de que la globalización del capital en marcha produjo y sigue produciendo corporaciones gigantes **trans**-nacionales, pero no genuinas **multi**-nacionales, a pesar de la muy necesitada conveniencia ideológica de las últimas. Sin duda, en el futuro habrá muchos intentos de rectificar esa situación mediante la creación y operación de compañías multinacionales apropiadas. Sin embargo, el problema subyacente está destinado a permanecer, incluso bajo esa circunstancia, porque los futuros “arreglos de dormitorios compartidos” de las multinacionales genuinas serán practicables tan solo **en ausencia de conflictos de interés importantes** entre los constituyentes nacionales específicos de las multinacionales en cuestión. Una vez que surjan esos conflictos, los antiguos “arreglos de colaboración armoniosa” se volverán insostenibles, y el proceso de toma de decisiones general tendrá que revertirse a la acostumbrada variedad de arriba a abajo autoritaria, bajo el peso todopoderoso del miembro más fuerte, porque ese problema es inseparable de la relación de los capitales nacionales específicos con **su propia fuerza laboral**, que continuará siendo siempre estructuralmente antagónica/conflictiva. En consecuencia, en una situación de conflicto grave ningún capital nacional puede permitirse —y permitir— quedar en desventaja por decisiones que favorecerían a una fuerza laboral nacional rival, y por implicación su propio antagonista del capital nacional rival.

El “gobierno mundial” ilusamente proyectado bajo el dominio del capital solo se haría factible si se le pudiese hallar una solución practicable a ese problema. Pero ningún gobierno, y mucho menos un “gobierno mundial”, será factible sin una base material bien establecida y en funcionamiento eficiente. La idea de un gobierno mundial viable implicaría, como su necesaria base material, la eliminación de todos los antagonismos materiales significativos de la constitución global del sistema del capital, y a partir de allí la administración armoniosa de la reproducción metabólica social por parte de **un único** monopolio global indisputado, que abarque **todas las facetas** de la reproducción social con la feliz cooperación de la fuerza laboral global —una auténtica incongruencia— o la dominación del mundo entero autoritaria y, cada vez que sea necesario, violenta al extremo, por parte de un país imperialista hegemónico sobre una base permanente: una manera igualmente absurda e insostenible de regir el orden mundial. Solo un modo de reproducción metabólica social genuinamente socialista puede ofrecer una alternativa genuina a esas soluciones de pesadilla.

Otra determinación objetiva que debemos enfrentar, con todo lo inquietante que pueda resultar, tiene que ver con la naturaleza de la esfera política y los partidos dentro de ella, porque la centralización de la sectorialidad del trabajo —una sectorialidad que se esperaba que sus partidos políticos remediarían— se debió en gran parte al obligado modo de funcionar de los partidos políticos mismos, en su inevitable oposición a su adversario **político** que dentro del Estado capitalista representa la estructura de mando política general del capital. Así, todos los partidos políticos del trabajo, incluido el leninista, tuvieron que apropiarse de la dimensión política global, para así poder reflejar en su propio modo de articulación la estructura política subyacente (el Estado capitalista burocratizado) a la que estaban sometidos. Lo que resultaba problemático en todo esto era que el reflejo políticamente necesario y exitoso del principio de la estructuración política no podía traer consigo la visión practicable de una manera **alternativa** de controlar al sistema. Los partidos políticos del trabajo no pudieron construir una alternativa viable porque estaban centrados en su función negadora exclusivamente

de la **dimensión política** del adversario, y por consiguiente se mantuvieron **dependientes del objeto de su negación**.

La dimensión vital faltante, que los partidos políticos como tales no pueden aportar, era el capital no como **mando político** (ese aspecto fue indudablemente abordado) sino como el **regulador metabólico social del proceso de la reproducción material**, que en última instancia determina **también** la dimensión política, y mucho más aparte de eso. Esa correlación singular en el sistema del capital entre la dimensión política y la reproductiva material es lo que explica por qué asistimos a cambios periódicos, en tiempos de crisis socioeconómicas y políticas importantes, de la articulación democrática parlamentaria de la política a sus variedades autoritarias extremas, cuando los procesos de metabolismo tumultuosos exigen y permiten esos virajes, y en su debida oportunidad de vuelta al marco político regulado por las **reglas de adversariedad democráticas formales**, sobre el basamento metabólico social del capital de nuevo reconstituido y consolidado.

Puesto que el capital detenta **realmente** el control de todos los aspectos vitales del metabolismo social, puede permitirse definir la esfera de la legitimación política constituida por separado como un aspecto estrictamente **formal**, excluyendo así a priori la posibilidad de verse desafiado legítimamente en su esfera **sustantiva** de funcionamiento reproductivo socioeconómico. En conformidad con esas determinaciones, el trabajo como antagonista del sistema del capital realmente existente no puede sino condenarse a la impotencia permanente. La experiencia histórica poscapitalista nos cuenta un cuento admonitorio muy triste en este respecto, referido a su manera de diagnosticar erradamente y abordar los problemas fundamentales del orden social que se negaban.

El sistema del capital está hecho de constituyentes incorregiblemente **centrífugos** (conflictivos/adversariales), complementados no solo por el poder descaradamente negador de la “mano invisible”, sino además por las funciones legales y políticas del Estado moderno, como su dimensión **cohesiva** bajo el capitalismo. El fracaso de las sociedades poscapitalistas estuvo en que trataron de contrarrestar la determinación estructurante centrífuga del sistema heredado

superponiéndoles a sus constituyentes adversariales específicos la **estructura de mando centralizada al extremo** de un Estado político autoritario. Eso hicieron, en lugar de abordar el problema crucial de cómo **remediar** —mediante una reestructuración interna y la institución de un **control democrático sustantivo**— el carácter adversarial y el concomitante modo centrífugo de funcionar de las unidades reproductivas y distributivas específicas, por consiguiente, la remoción de las personificaciones capitalistas privadas del capital no pudo cumplir su papel, ni siquiera como primer paso en el camino de la transformación socialista prometida. Porque la naturaleza adversarial y centrífuga del sistema que se negaba quedó retenida de hecho gracias a la imposición del control político centralizado a expensas del trabajo. Ciertamente, el sistema metabólico social se hizo más incontrolable que nunca, como resultado del fracaso en reemplazar productivamente a la “mano invisible” del viejo orden reproductivo por parte del autoritarismo voluntarista de las nuevas personificaciones “visibles” del capital poscapitalista.

Al contrario del desarrollo del llamado “socialismo realmente existente”, lo que se requiere como condición vital del éxito es la progresiva readquisición de los alienados poderes de toma de decisiones políticas —y no solamente políticas— por parte de los individuos en su transición hacia una sociedad socialista genuina. Sin la readquisición de esos poderes no es concebible el nuevo modo de control político de la sociedad en su conjunto por sus individuos, ni ciertamente tampoco la operación cotidiana, **no adversarial** y por ende **cohesivo/planificable**, de las unidades productivas y distributivas específicas por parte de los productores asociados autónomos.

La reconstitución de la unidad de lo reproductivo material y la esfera política constituyen las características definitorias esenciales del modo de control metabólico social socialista. La creación de las mediaciones necesarias para ese fin no puede ser dejada para un futuro en lo distante. Es aquí donde la articulación defensiva y la centralización sectorial del movimiento socialista en el siglo XX demuestra su auténtico anacronismo e insustentabilidad. Constreñir a la esfera política la dimensión abarcadora de la alternativa hegemónica radical, al modo de control metabólico social del capital,

jamás podrá producir un resultado exitoso. Sin embargo, tal y como están las cosas hoy día, el no saber abordar la vital dimensión metabólica social del sistema sigue siendo la característica de los entes políticos organizados del trabajo. Es eso lo que representa el mayor desafío histórico para el futuro.

4.3.4

La posibilidad de afrontar ese desafío con un movimiento socialista rearticulado radicalmente está condicionada por cuatro consideraciones importantes.

La primera es de índole negativa. Nace de las contradicciones constantemente agravadas del orden existente que subrayan la vacuidad de las proyecciones apologéticas de su permanencia absoluta, porque la destructividad puede ser llevada hasta muy lejos, como sabemos demasiado bien por nuestras condiciones de existencia cada vez peores, pero no para siempre. Los defensores del sistema saludan a la globalización en marcha como la solución de sus problemas. Sin embargo, en la realidad ella activa fuerzas que ponen de relieve no solo el hecho de que la planificación racional no puede controlar el sistema, sino simultáneamente el de su propia impotencia para cumplir sus funciones de control como condición de su capacidad de viabilidad y sustentabilidad, y de su legitimidad.

La segunda consideración indica la posibilidad —pero solamente la posibilidad— de un cambio en positivo de las cosas. Sin embargo, esa posibilidad resulta ser bien real porque la relación capital/trabajo no es **simétrica**. En el aspecto más importante eso significa que mientras el capital depende del trabajo de una manera **absoluta** —ya que el capital no es absolutamente nada sin el trabajo al cual tiene que explotar permanentemente— el trabajo depende del capital de una manera **relativa, creada históricamente e históricamente superable**. En otras palabras, el trabajo no está condenado a permanecer encerrado permanentemente en el círculo vicioso del capital.

La tercera consideración es igualmente importante. Tiene que ver con un cambio histórico significativo en la confrontación entre el capital y el trabajo, que acarrea la necesidad de buscar una

manera muy distinta de hacer valer los intereses vitales de los “productores libremente asociados”. Esto entra en franca contradicción con el pasado reformista que llevó al movimiento a un callejón sin salida, liquidando al mismo tiempo, incluso, a las concesiones más limitadas que se le arrancaron al capital en el pasado. Así, por primera vez en la historia, se ha vuelto totalmente insostenible mantener la brecha mistificadora entre las **metas inmediatas** y los **objetivos estratégicos generales**, que hizo que el transitar la calle ciega del reformismo fuese tan dominante en el movimiento laboral. Como resultado, en la agenda histórica ha aparecido la cuestión del **control real de un orden metabólico social alternativo**, sin importar cuán desfavorables puedan ser las condiciones de su realización por los momentos.

Finalmente, como el corolario obligado del punto anterior, ha aflorado también la cuestión de la **igualdad sustantiva**, en contraste con la igualdad **formal**, y la tan notoria **desigualdad jerárquica sustantiva** de los procesos de toma de decisiones del capital, así como el de la manera como se reflejaron y reprodujeron en la fracasada experiencia histórica poscapitalista, porque el modo alternativo socialista de controlar un orden metabólico social **no adversarial** y genuinamente **planificable** —una necesidad imperiosa para el futuro— no se puede concebir en absoluto sin una igualdad sustantiva que constituya su principio estructurante y regulador.

4.4 Conclusión

Siguiendo los pasos de Marx, Rosa Luxemburgo expresó de manera contundente los dilemas que tenemos que encarar: “socialismo o barbarie”. Cuando Marx formuló por primera vez su versión inicial de esa idea, la situó dentro del horizonte histórico final de las contradicciones en desenvolvimiento. En su manera de ver las cosas, esas contradicciones estaban destinadas a confrontar alguna vez en el futuro indeterminado a los individuos con el imperativo de hacer las escogencias correctas en cuanto al orden social que se adoptaría, y salvar así su existencia misma.

Para la época en la que Rosa Luxemburgo habló acerca de esa cruda alternativa, la segunda fase histórica del imperialismo estaba en su pleno ímpetu, y causaba en una escala muy vasta el tipo de destrucción que hubiese resultado inimaginable en una etapa anterior del desarrollo. Pero la escala de tiempo que indicaría hasta cuándo el sistema del capital podría continuar haciéndose valer en forma de su “destrucción productiva” y “producción destructiva” estaba aún por determinarse en el tiempo en que ella vivió, porque ningún poder —ni siquiera todos los poderes juntos— podía por sí solo destruir a la humanidad de la época con sus conflictos devastadores.

Hoy la situación es cualitativamente distinta, y por esa razón la frase de Rosa Luxemburgo ha adquirido una urgencia dramática. No hay rutas de escape para evasiones conciliadoras practicables. Pero, aunque es posible afirmar con certeza que la fase histórica del imperialismo hegemónico global tiene que fracasar, también, porque este es incapaz de resolver o posponer para siempre las contradicciones explosivas del sistema, eso no puede prometer ninguna solución para el futuro. Muchos de los problemas que tenemos que confrontar —desde el desempleo estructural crónico hasta los graves conflictos económicos y políticos/militares internacionales que ya hemos señalado, así como la destrucción ecológica cada vez más expandida que se evidencia por todas partes— exigen una acción concertada en el futuro más inmediato. La escala de tiempo de esa acción podría ser medida quizás en términos de unas pocas décadas, pero ciertamente no en términos de siglos. Se nos acaba el tiempo. Por consiguiente, tan solo una alternativa radical al modo de controlar la reproducción metabólica social establecida puede presentar una salida de la crisis estructural del capital.

Quienes hablan acerca de una “tercera vía” como la solución para nuestro dilema, aseverando que ya no queda espacio para hacer revivir un movimiento de masas radical, o bien quieren engañarnos cínicamente llamando “tercera vía” a su aceptación servil del orden dominante, o bien son incapaces de darse cuenta de la gravedad de la situación, y depositan su fe en una salida positiva ilusamente no conflictual que ha venido siendo prometida durante casi un siglo,

pero a la que no nos hemos acercado ni siquiera un centímetro. La inquietante verdad en todo esto es que si no existe futuro para un movimiento de masas radical en nuestro tiempo, como ellos dicen, entonces no puede haber futuro para la humanidad misma.

Si hubiese que modificar las dramáticas palabras de Rosa Luxemburgo, con relación a los peligros que enfrentamos en la actualidad, yo le agregaría a “socialismo o barbarie”: “barbarie... si es que tenemos suerte” —en el sentido de que el **exterminio de la humanidad** sería el resultado final del destructivo curso de desarrollo del capital. Y el mundo de esa tercera posibilidad, más allá de las alternativas de “socialismo o barbarie”, solamente será apto para las cucarachas, de las cuales se dice que son capaces de soportar niveles de radiación nuclear letalmente altos. Es ese el único significado racional de la **tercera vía del capital**.

La tercera fase del imperialismo hegemónico global, hoy en funcionamiento y potencialmente letal, que se corresponde con la profunda crisis estructural del sistema del capital en su conjunto en el plano político y militar, no nos deja espacio para sentirnos cómodos ni causa para sentirnos seguros. Por el contrario, arroja las sombras más oscuras posibles sobre el futuro, en caso de que no logremos afrontar los desafíos históricos que encaran al movimiento socialista en el tiempo que todavía nos resta. Por eso el siglo que tenemos por delante está destinado a ser el siglo del “socialismo o barbarie”.

Rochester, julio-diciembre de 1999.

El militarismo y las guerras por venir: Post scriptum a Socialismo o Barbarie

1.

No es la primera vez en la historia, en nuestros días, que el militarismo pesa sobre la conciencia de los pueblos como una pesadilla. Entrar en detalles nos llevaría demasiado lejos. Sin embargo, bastaría aquí retroceder en la historia nada más que hasta el siglo XIX, cuando el militarismo como instrumento importante para hacer política hizo valer sus derechos, con el desarrollo del imperialismo moderno en escala global, en contraste con sus variedades anteriores, mucho más limitadas. Para el último tercio del siglo XIX no solo el imperio inglés y el francés dominaban ostensiblemente sobre vastos territorios, sino igualmente los Estados Unidos marcaban también su pesada huella al apoderarse directa o indirectamente de las antiguas colonias del imperio español en Latinoamérica, agregando la sangrienta represión de una gran lucha de liberación en las Filipinas e instalándose como dominadores en esa zona, de una manera que persiste todavía hoy en una u otra forma. Tampoco deberíamos olvidar las calamidades causadas por las ambiciones imperialistas del “Canciller de Hierro” Bismarck, proseguidas por sus sucesores con mayor intensidad aún, hasta terminar en el estallido de la Primera Guerra Mundial y su secuela profundamente antagonística, acarreadora del revanchismo nazi de Hitler, que presagió con mucha claridad la propia Segunda Guerra Mundial.

Los peligros y el inmenso sufrimiento causados por todos los intentos de resolver los problemas sociales hondamente arraigados mediante intervenciones militaristas, a cualquier escala, son bastante obvios. No obstante, si miramos más de cerca la tendencia histórica de las aventuras militaristas, queda atterradoramente en claro que ellas muestran una intensificación cada vez mayor y en creciente escala, desde las confrontaciones locales hasta las dos

horrorosas guerras mundiales en el siglo XX, y, una vez llegados a nuestro tiempo, al potencial aniquilamiento de la humanidad.

Viene muy a cuento mencionar en este contexto al notable oficial militar prusiano, y estratega tanto teórico como práctico, Karl Marie von Clausewitz (1780-1831), que murió el mismo año que Hegel, ambos víctimas del cólera. Fue von Clausewitz, director de la Escuela Militar de Berlín durante los últimos trece años de su vida, quien en su libro de publicación póstuma —**Vom Kriege** (“Sobre la guerra”, 1833)— presentó una definición clásica, que todavía hoy es citada con frecuencia, de la relación entre la política y la guerra: “la guerra es la continuación de la política por otros medios”.

Esta famosa definición se pudo sostener hasta muy recientemente, pero en nuestro tiempo se ha vuelto totalmente insostenible. Suponía una racionalidad de las acciones que conectan los dos campos de la política y la guerra según la cual una constituye la continuación de la otra. En ese sentido, la guerra en cuestión tiene que ser ganable, al menos en principio, aunque a nivel instrumental se pudiese contemplar la existencia de errores de cálculo que conduzcan a la derrota. La derrota en sí misma no podía destruir la racionalidad de la guerra como tal, puesto que después de la nueva —aunque desfavorable— consolidación de la política, el bando derrotado estaba en posibilidad de planificar otra ronda de guerra como continuación racional de su política por otros medios. Así, la condición absoluta que la fórmula de von Clausewitz debía satisfacer era la ganabilidad de la guerra en principio, para recrear así el “eterno ciclo” de la política que conduce a la guerra, y de vuelta a la política que conduce a otra guerra, y así hasta el infinito. Los actores involucrados en esas confrontaciones eran los estados nacionales. Sin importar lo monstruosos que pudiesen ser los daños que les infligiesen a sus adversarios, y hasta a sus propios pueblos (¡baste recordar a Hitler!), la racionalidad del procedimiento militar quedaba garantizada si la guerra podía ser considerada ganable en principio.

Hoy día la situación es cualitativamente diferente. Por dos razones principales. La primera, que el objetivo de la guerra factible en la presente fase del desarrollo histórico, en concordancia con

los requerimientos objetivos del imperialismo —la dominación del mundo por el Estado más poderoso del capital, en sintonía con su propio designio político de una “globalización” autoritaria implacable (disfrazada de “libre intercambio” en un mercado global dominado por los Estados Unidos)— resulta ser definitivamente inalcanzable, y en cambio presagia la destrucción de la humanidad. Por más que se esfuerce la imaginación, dicho objetivo no puede ser considerado racional, de acuerdo con el estipulado requerimiento racional de la “continuación de la política por otros medios” conducida por una sola nación, o por un grupo de ellas, una contra otra. La agresiva imposición de la voluntad de un Estado nacional poderoso sobre todos los demás, aun si por cínicas razones tácticas la guerra propugnada es camuflada absurdamente como una “guerra puramente limitada”, que conduce a otras “guerras limitadas pero sin final determinado”, puede entonces ser calificada solamente de total irracionalidad.

La segunda razón refuerza en gran medida a la primera. Porque las armas que ya están a la disposición para librar la guerra o las guerras del siglo XXI son capaces de exterminar no solamente al adversario sino a la humanidad entera, por primera vez en la historia. Y tampoco deberíamos hacernos la ilusión de que el armamento existente señala el final definitivo del camino. Mañana o pasado podrían aparecer otras, inclusive más instantáneamente letales. Más aún, la amenaza con el empleo de esas armas es considerada por ahora un recurso estratégico del Estado permisible. Así, pongamos una al lado de la otra la primera y la segunda razón, y la conclusión es inescapable: ver la guerra como el mecanismo del gobierno global en el mundo actual pone en evidencia que nos encontramos frente al precipicio de la irracionalidad absoluta, desde la cual ya no puede haber regreso si aceptamos el curso del desarrollo en marcha. Lo que le faltaba a la clásica definición de guerra de von Clausewitz como la “continuación de la política por otros medios” era la investigación de las causas subyacentes más profundas de la guerra y la posibilidad de evitarlas. El reto a darle frente a esas causas es más urgente hoy que nunca antes. Porque la guerra del siglo XXI que se vislumbra en el camino no es solo “no ganable en principio”. Peor

que eso, en principio es inganable. En consecuencia, visualizar la prosecución de la guerra, como lo hace el documento estratégico del gobierno norteamericano del 17 de septiembre de 2002 hace lucir a la irracionalidad de Hitler como un modelo de racionalidad.

2.

Desde el 11 de septiembre de 2001 Washington le ha estado imponiendo sus políticas agresivas al resto del mundo con abierto cinismo. La justificación dada para el presunto cambio de curso de la “tolerancia liberal” a lo que hoy es llamado “la resuelta defensa de la libertad y la democracia” es que el 11 de septiembre de 2001 los Estados Unidos se convirtieron en víctima del terrorismo mundial, en respuesta a lo cual su imperativo es librar una “guerra contra el terror” indefinida e indefinible (pero de hechoa definida de manera que se amolde a la conveniencia de los círculos estadounidenses más agresivos). Admitieron que la aventura militar en Afganistán constituía apenas la primera en una serie ilimitada de “guerras preventivas” que se emprenderían en el futuro, y ciertamente en el futuro muy cercano con el propio Irak, hasta no hacía mucho un aliado al que habían favorecido grandemente, a fin de adueñarse de los vastos —y estratégicamente cruciales para controlar a los potenciales rivales— recursos petroleros del Medio Oriente.

Sin embargo, el orden cronológico en la actual doctrina militar norteamericana es presentado completamente a la inversa. En realidad no cabe duda de un “cambio de curso” posterior al 11 S, del que se dijo que había sido posible gracias a la dudosa elección de G. W. Bush para la presidencia, en lugar de Al Gore. Pero el presidente demócrata Clinton estuvo siguiendo el mismo tipo de políticas que su sucesor republicano, si bien en una forma un poco más camuflada. En cuanto al antes candidato presidencial demócrata Al Gore, este declaró en diciembre de 2002 que apoyaba plenamente la guerra con Irak, porque dicha guerra “no significaría un cambio de régimen”, sino simplemente el “desarme de un régimen que posee armas de destrucción en masa”. ¿Podría alguien superar tanto cinismo y tanta hipocresía?

Desde hace mucho tiempo estoy convencido de que a partir del inicio de la crisis estructural del capital, a finales de la década de los años 60 o inicios de la del 70, vivimos en una fase cualitativamente nueva del imperialismo, con los Estados Unidos como su fuerza avasalladoramente dominante. La llamé “la nueva fase histórica del imperialismo hegemónico global” en mi libro **Socialismo o barbarie: del “siglo norteamericano” a las encrucijadas**.

La crítica del imperialismo norteamericano —en contraste con las fantasías en boga acerca del “imperialismo desterritorializado”, que se supone no acarrearía la ocupación militar de los territorios de otras naciones— constituye el tema central de mi libro. El largo capítulo titulado “La fase potencialmente más letal del imperialismo” fue escrito dos años antes del 11 S, y presentado como conferencia en Atenas el 19 de octubre de 1999. En él yo subrayaba con fuerza que “la forma definitiva de amenazar al adversario en el futuro —la nueva ‘diplomacia de las cañoneras’ [del imperialismo del pasado] ejercida desde el “aire patentado”— será el chantaje nuclear” (p. 39). Desde la época de publicación de esas líneas, primero en marzo de 2000 en un periódico griego, y luego el libro completo en italiano en septiembre del mismo año, el aterrador viraje militar estratégico a la amenaza nuclear definitiva —que podría iniciar una aventura militar que precipitaría la destrucción de la humanidad— que predije, ya dejó de ser camuflado y ahora lo reconoce abiertamente la política oficial norteamericana. Tampoco deberíamos imaginar que la abierta declaración de esa doctrina estratégica es una amenaza ociosa en contra de un “eje del mal” de propaganda retórica. Después de todo fueron precisamente los Estados Unidos los que realmente emplearon el arma atómica de destrucción en masa contra las poblaciones de Hiroshima y Nagasaki.

Cuando consideramos esos aspectos de extrema gravedad, no podemos darnos por satisfechos con sugerencias que apunten hacia una coyuntura política en particular y cambiante. Por el contrario, debemos ponerlas frente a su telón de fondo de arraigado desarrollo estructural, obligatorio tanto económica como políticamente. Esto es de suma importancia si queremos visualizar una estrategia viable para contrarrestar las fuerzas responsables de nuestro peligroso

estado de cosas. La nueva fase histórica de imperialismo hegemónico mundial no constituye simplemente la expresión de las relaciones existentes de “política de gran potencia”, con abrumadora ventaja de los Estados Unidos, en contra de la cual pudiese hacerse valer a plenitud una futura realineación entre los Estados más poderosos, o acaso algunas manifestaciones públicas bien organizadas en la arena política. Desafortunadamente, es mucho peor que eso. Porque tales eventualidades, si es que pudiesen darse, todavía dejarían intactas las causas subyacentes y las determinaciones estructurales.

Sin duda, la nueva fase de imperialismo hegemónico global está preponderantemente bajo el dominio de los Estados Unidos, mientras que las otras posibles potencias imperialistas en su conjunto parecen aceptar el papel de andar colgadas de los faldones norteamericanos, aunque por supuesto no por toda la eternidad. Se puede predecir sin lugar a dudas, sobre la base de las inestabilidades ya visibles, la explosión de fuertes antagonismos entre las grandes potencias en el futuro. ¿Pero podría eso por sí solo presentar alguna respuesta a las contradicciones sistémicas sobre el tapete, sin abordar las determinaciones causales en la raíz de los desarrollos imperialistas? Sería muy ingenuo creer que sí.

Lo único que quiero subrayar aquí es la preocupación central de que la lógica del capital resulta absolutamente inseparable del imperativo de la dominación del más débil por el más fuerte. Porque cuando pensamos acerca de lo que por lo general es considerado como el constituyente más positivo del sistema, la competencia que se traduce en expansión y avance, su acompañante obligado es la tendencia al monopolio y al sometimiento o el exterminio de los competidores que se atraviesen en el camino del monopolio que se hace valer. El imperialismo, a su vez, es el resultado obligatorio de la inexorable tendencia del capital al monopolio. Las fases cambiantes del imperialismo reflejan y a la vez afectan más o menos directamente los cambios del desarrollo histórico en marcha.

En lo que respecta a la presente fase del imperialismo, hay dos aspectos estrechamente conectados que son de capital importancia. El primero es que la tendencia material/económica definitiva del capital es a una integración global que, sin embargo, no puede

garantizar en el nivel político. Eso se debe en gran medida al hecho de que el sistema del capital global se desarrolló en el transcurso de la historia bajo la forma de una multiplicidad de Estados nacionales divididos y en verdad opuestos antagónicamente. Ni siquiera las colisiones imperialistas más violentas del pasado pudieron producir un resultado duradero en este particular. No lograron imponerles permanentemente a sus rivales la voluntad del más poderoso de los Estados nacionales. El segundo aspecto de nuestro problema, que es la otra cara de la misma moneda, es que a pesar de todos los esfuerzos el capital no logró producir el Estado del sistema del capital como tal. Esa sigue siendo la complicación más grave para el futuro independientemente de todo cuanto se diga acerca de la “globalización”. El imperialismo hegemónico global dominado por los Estados Unidos constituye un intento definitivamente condenado a querer imponerse a todos los demás Estados nacionales, tarde o temprano reacios, como el Estado (global) “internacional” del sistema del capital como tal. También aquí estamos frente a una enorme contradicción. Porque incluso los recientes documentos estratégicos de los Estados Unidos, sumamente agresivos y abiertamente amenazadores, tratan de justificar sus propugnadas políticas “universalmente válidas” en nombre de los “intereses nacionales norteamericanos”, mientras le niegan esas consideraciones a los demás.

3.

Aquí podemos ver la relación contradictoria entre una contingencia histórica —que el capital norteamericano se encuentre en posición de predominio en el tiempo presente— y la necesidad estructural del propio sistema del capital. Esta última se puede sintetizar como la irrefrenable tendencia natural del capital a la integración global monopólica a toda costa, aunque eso signifique poner directamente en peligro a la supervivencia misma de la humanidad. Así, aun si se pudiese contrarrestar en el plano político la fuerza de la contingencia histórica norteamericana hoy prevaliente —que estuvo precedida por otras configuraciones imperialistas en el pasado y podría ser seguida de otras en el futuro (si es que podemos sobrevivir a los peligros explosivos del presente)—,

la necesidad estructural o sistémica que proviene de la lógica monopolística definitivamente global del capital continúa presionando igual que siempre. Porque sea cual sea la forma particular que pueda asumir una futura contingencia histórica, la necesidad sistémica subyacente está destinada a seguir siendo la tendencia a la dominación global.

La cuestión no es, por consiguiente, simplemente las aventuras militaristas de algunos círculos políticos. Aventuras militaristas que podrían ser atajadas y superadas exitosamente en el nivel político/militar. Las causas están mucho más hondamente arraigadas y no pueden ser contrarrestadas sin introducir cambios definitivamente fundamentales en las determinaciones sistémicas más profundas del capital como modo de control metabólico social —de la reproducción en general— que abarca no solamente el campo económico y el político/militar sino también las interrelaciones culturales e ideológicas más mediadas. Hasta la expresión “complejo militar industrial” —introducida en sentido crítico por el presidente Eisenhower, que algo sabía de esas cosas— indica a las claras que lo que nos preocupa es algo mucho más firmemente afincado y resistente que algunas determinaciones (y manipulaciones) políticas/militares directas que en principio podrían ser revertidas en ese nivel. La guerra, como “continuación de la política por otros medios” siempre nos amenazará dentro del presente marco de la sociedad, y con la aniquilación total, por ahora. Nos amenazará mientras sigamos siendo incapaces de enfrentar las determinaciones sistémicas en la raíz de la toma de las decisiones políticas que en el pasado hicieron posibles la aventura de las guerras. Tales determinaciones fueron atrapando a los varios Estados nacionales en el círculo vicioso de la política que conduce a las guerras, y las guerras trajeron consigo la intensificación de una política antagonística que tenía que explotar en más guerras, cada vez mayores. Saquemos de escena, en procura de una argumentación más optimista, la contingencia histórica actual del capital norteamericano, y todavía nos queda delante la necesidad sistémica del orden de la producción de capital, cada vez más destructivo, que pone en el primer plano las

contingencias históricas específicas cambiantes pero de carácter crecientemente peligroso.

La producción militarista, hoy día personificada primordialmente por el “complejo militar industrial”, no constituye una entidad independiente, regulada por fuerzas militaristas autónomas que entonces son responsables también por las guerras. Rosa Luxemburgo fue la primera en poner esas relaciones en su perspectiva correcta, ya en 1913, en su libro clásico sobre **The Accumulation of capital** (“La acumulación del capital”) publicado en inglés cincuenta años más tarde. Ella destacó proféticamente hace noventa años la creciente importancia de la producción militarista, señalando que:

El propio capital controla en última instancia ese movimiento automático y rítmico de la producción militarista, mediante la legislación y una prensa cuya función es moldear la llamada “opinión pública”. Por eso esa esfera en particular de la acumulación capitalista parece capaz de expansión infinita.¹³¹

Nos preocupa, pues, el conjunto de interdeterminaciones que deben ser vistas como partes de un sistema orgánico. Si queremos hacer la guerra como un mecanismo del gobierno global, como deberíamos, a fin de salvaguardar nuestra existencia misma, tenemos que situar los cambios históricos que han tenido lugar en las últimas décadas en su marco causal apropiado. La concepción de un Estado nacional todopoderoso que controle a todos los demás, siguiendo los imperativos que surgen de la lógica del capital, solo puede conducir al suicidio de la humanidad. Al mismo tiempo hay que reconocer también que la contradicción aparentemente insoluble entre las aspiraciones nacionales —que estallan de tiempo en tiempo en antagonismos devastadores— y el internacionalismo solo se puede resolver si se la regula sobre una base plenamente equitativa, lo cual es totalmente inconcebible en el orden estructurado jerárquicamente del capital.

131 Rosa Luxemburgo, **The Accumulation of capital**, Routledge, Londres, 1963, p. 466.

En conclusión, entonces, si queremos crear una respuesta históricamente viable a los desafíos planteados por la presente fase de imperialismo hegemónico global, debemos combatir la necesidad sistémica que tiene el capital de someter globalmente al trabajo mediante cualquier instancia social en particular que pueda asumir el rol que le haya sido asignado bajo las circunstancias. Naturalmente que eso es factible solo mediante una alternativa radicalmente diferente a la tendencia del capital a la globalización monopólica/imperialista, en el espíritu del proyecto socialista, personificado en un movimiento de masas en progresivo desenvolvimiento. Porque solamente cuando se convierta en una realidad irreversible lo de que “la patria es la humanidad”, para decirlo con las hermosas palabras de José Martí, y solo entonces, se podrá remitir de manera permanente al pasado la destructiva contradicción entre el desarrollo material y las relaciones políticas humanamente gratificadoras.

Rochester, 10 de diciembre de 2002-6 de enero de 2003.

Capítulo 5: Desempleo e “inestabilidad flexible”

5.1 La “globalización” del desempleo

Los socialistas de varios países europeos —como los de América del Sur y del Norte— están luchando por reducir el tiempo de trabajo a 35 horas sin que se produzca pérdida salarial. Esa importante demanda estratégica no está libre de dificultades, ya que resalta tanto el apremiante problema del desempleo mundial como las contradicciones de un sistema socioeconómico que, debido a su propia necesidad perversa, les impone a millones de personas las privaciones y el sufrimiento que acompañan al desempleo.

Por lo tanto, para resultar exitosa la lucha por las “35 horas de trabajo” no puede constituir una demanda sindical tradicional, restringida al mecanismo de las negociaciones salariales establecido desde hace mucho tiempo. Por el contrario, deberá tener plena conciencia no nada más de la magnitud de la tarea y de las implicaciones a largo plazo de los aspectos en juego, sino también de la resistencia inevitablemente tenaz de un orden socioeconómico que debe seguir sus propios imperativos a fin de anular cualquier concesión que se pudiese hacer en la esfera político/jurídica bajo condiciones temporalmente favorables a los sindicatos y sus representantes políticos de la izquierda. Es por ende comprensible que en Italia, por ejemplo, cuando el partido de la **Rifondazione** formula los objetivos de su lucha destaque simultáneamente su preocupación por el aumento del empleo y por el mejoramiento de las condiciones de vida (“**per l’occupazione e per migliorare la vita**”) a la par de la necesidad de **cambiar la sociedad** (“**per cambiare la società**”) a fin de asegurar el objetivo previsto de reducir la jornada laboral sobre una base social viable. Pues el éxito perdurable en esta materia solo será factible mediante un

intercambio sustentado —una reciprocidad dialéctica— entre la lucha por el objetivo inmediato de reducir significativamente el tiempo de trabajo y la transformación progresiva del orden social establecido, que no puede dejar de resistirse a todas esas demandas y anularlas.

Quienes niegan la legitimidad de esas demandas, exaltando en su lugar las virtudes de su bienamado sistema, continúan idealizando el modelo norteamericano de solución del problema del desempleo y todos los males sociales inseparablemente unidos a este. Sin embargo, un examen superficial del estado de cosas actual revela que esas certidumbres que idealizan los Estados Unidos pertenecen al reino de la fantasía. Puesto que, como lo enfatiza un editorial de **The Nation**:

La tasa de pobreza del año pasado, 13.7 %, fue superior a la de 1989, a pesar de siete años de crecimiento casi ininterrumpido. Aproximadamente 50 millones de norteamericanos —19 % de la población— viven por debajo de la línea de pobreza nacional. Uno de cada menor de 18 años, uno de cada cinco ciudadanos de la tercera edad y tres de cada cinco hogares con solo un progenitor viven en condiciones de pobreza. En dólares contantes, el ingreso medio semanal de los trabajadores bajó de un máximo de 315 en 1973 a 256 en 1996, una disminución del 19 %. El año pasado, el 20 % de las familias más pobres vio disminuir sus ingresos hasta cerca de 210 dólares, mientras que el 5 % de las más ricas devengó un promedio de 6.440 (sin contar sus ganancias de capital). (...) El número de norteamericanos sin seguro médico fue de 40.6 millones en 1995, un aumento del 41 % desde mediados de la década de los setenta. En 1995, casi un 80 % de los no asegurados pertenecían a familias donde la cabeza del hogar tenía un empleo.¹³²

Es así como se muestra en la realidad el modelo color de rosa norteamericano cuando estamos dispuestos a abrir los ojos. Le podríamos añadir aquí una cifra altamente significativa proporcionada

132 “Underground Economy”, **The Nation**, enero 12/19, 1998, p. 3.

recientemente por la Comisión de Presupuesto del Congreso de los Estados Unidos, inobjetable hasta para los más extremos apologistas del capital. Nos señala que el ingreso del **uno por ciento** más rico de la población es equivalente al ingreso del **cuarenta por ciento** más pobre. Y, aún mas revelador, del informe se deduce que esa cifra consternadora en verdad se ha **duplicado** en las últimas dos décadas, como consecuencia de la **crisis estructural** del capital. Así que, por mucho que se camuflen cínicamente las deterioradas condiciones del trabajo, sin importar con cuánta vehemencia se pretenda hacerlas pasar por santificada “flexibilidad”, no se podrán ocultar las graves implicaciones de esa tendencia para el futuro de la expansión y acumulación del capital.

Naturalmente, las estadísticas del desempleo pueden ser manipuladas, o hasta definidas y redefinidas de forma arbitraria, no solamente en los Estados Unidos sino también en cualquier país del llamado “capitalismo avanzado”. En Inglaterra, por ejemplo, hasta los apologistas profesionales del sistema del capital —los editores de **The Economist** de Londres— tuvieron que admitir que el gobierno había “revisado” 33 veces las cifras del desempleo para hacerlas parecer menos graves. Por no mencionar el hecho de que todo el que trabaje 16 horas a la semana en Inglaterra cuenta como si disfrutase de un **empleo a tiempo completo**. Más impactante aún, en Japón —país aclamado recientemente como caso paradigmático de “capitalismo avanzado dinámico”— “todo aquel que trabaje por un salario durante más de **una** hora en la **última semana** del mes no es incluido en las estadísticas de desempleo”.¹³³ ¿Pero a quién se pretende engañar con esas tretas de manipulación económica y política? Porque no importa cuán concertada y soterrada pueda resultar la falsa representación del estado de cosas existente, ya no es posible evadir el reto potencialmente muy grave del desempleo, incluso en los países capitalistamente más avanzados. Por lo tanto, independientemente de lo que puedan sugerir esas cifras estadísticas apologéticas, resulta imposible ocultar el temor causado por el

133 **Japan Press Weekly**, 16 de mayo de 1998.

constante crecimiento del índice de desempleo en Japón y la recesión económica cada vez más profunda que lo acompaña.

En realidad, el dramático crecimiento del desempleo en los países capitalistamente avanzados no constituye un fenómeno reciente. Apareció en el horizonte —tras dos décadas y media de expansión de capital relativamente libre de perturbaciones durante la posguerra— con la irrupción de la **crisis estructural del sistema del capital** como un todo. Surgió como un aspecto necesario y cada vez peor de esa crisis estructural. Así, ya en 1971 yo argumentaba que, conforme a las condiciones puestas de manifiesto por el desempleo, el problema ya no se restringe a la difícil situación de los trabajadores no calificados, sino también afecta al gran número de trabajadores **altamente calificados** que hoy se disputan, sumados al anterior grupo de desempleados, los empleos disponibles deprimentemente escasos. Igualmente, la tendencia a la poda “racionalizadora” ya no está limitada a las “ramas periféricas de una industria obsoleta”, sino abarca algunos de los sectores **más desarrollados** y modernizados de la producción —desde la industria naval y aeronáutica hasta la electrónica, y desde la industria mecánica hasta la tecnología espacial.

Así, ya no estamos ante los subproductos “normales” y voluntariamente aceptados del “desarrollo y el crecimiento”, sino de su movimiento en dirección a un colapso; ni ciertamente tampoco ante los problemas periféricos de los “bolsones de subdesarrollo”; sino ante una contradicción fundamental del modo de producción capitalista en su conjunto, que convierte en paralizadoras cargas de subdesarrollo crónico inclusive a los logros más recientes del “desarrollo”, la “racionalización” y la “modernización”. Y lo más importante de todo, la agencia humana que paga las consecuencias ya no es la multitud socialmente impotente, apática y fragmentada de los “desamparados” sino **todas** las categorías del trabajo calificado y no calificado: es decir, objetivamente la **totalidad de la fuerza laboral** de la sociedad.¹³⁴

134 István Mészáros, **The Necessity of Social Control**, conferencia dictada durante el Isaac Deutscher Memorial, en la London School of Economics

Desde la época en que fueron escritas estas líneas, hemos sido testigos de un notable aumento del desempleo en Inglaterra y otros sitios. Tal y como están las cosas hoy en día, aun con cifras oficiales —groseramente rebajadas— existen más de **40 millones** de desempleados en los países industrialmente más desarrollados. De esa cifra, más de **20 millones** corresponden a Europa, y Alemania —alguna vez elogiada por haber producido el “milagro alemán”— ya ha superado la marca de los **5 millones**. Como ya he dicho en otras oportunidades, con respecto a la India —país al que los órganos tradicionales de la ciencia económica han aplaudido mucho por los logros alcanzados como nación en desarrollo saludable— en su Censo de Desempleo figuran nada menos que **336 millones** de personas,¹³⁵ y muchos millones carentes de trabajo apropiado que se deberían contabilizar pero no están registrados.

Además, en fiel cumplimiento del mandato dictado a la organización por los Estados Unidos, la intervención del FMI en los países “en desarrollo” empeora la situación de los desempleados mientras aparenta mejorar las condiciones económicas de las naciones involucradas. En los términos de otro editorial de **The Nation**:

and Political Science, el 26 de enero de 1971. Merlin Press, Londres, 1971, pp. 54-55. Reimpreso en Mézáros, **Beyond capital**, Merlin Press, Londres 1995, y Monthly Review Press, Nueva York, 1996. La cita está tomada de **Más allá del capital**, Vadell Hermanos, Valencia-Caracas, 2001, pp. 1027.

135 Cabe recordar en este contexto que: “Mientras el número total de personas desempleadas registradas en las bolsas de empleo llegaba a **336 millones** en 1993, la cantidad de personas empleadas en ese año, según la Comisión de Planificación, solo era de **307.6 millones**, lo que significa que el número de personas registradas como desempleadas superaba al número de personas empleadas. Y la tasa de crecimiento era casi despreciable”. Sukomal Sen, **Working Class of India: History of the Emergence and Movement 1830-1990. With an Overview up to 1995**, K. P. Bagchi & Co., Calcuta 1997, p. 554.

*A muchos les puede parecer que la economía de México está boyante, pero la gente está sufriendo. Con la aplicación de los ajustes del FMI, la clase media quedó aplastada, se cerraron 25.000 pequeñas empresas y 2 millones de trabajadores perdieron sus empleos. Expresado en dólares, los salarios sufrieron una drástica reducción del 40 %. En otras palabras, el FMI tenía que destruir la economía nacional para salvarla.*¹³⁶

Al mismo tiempo, los países poscapitalistas que formaban parte del sistema del tipo soviético, desde Rusia hasta Hungría —que en el pasado no padecían problemas de desempleo, aunque sus economías funcionaban con altos niveles de subempleo— hubieron de adaptarse, a menudo bajo presión directa del FMI, a las condiciones deshumanizadoras de un desempleo masivo. A Hungría, por ejemplo, la felicitó el FMI¹³⁷ por “estabilizar” el desempleo en

136 “Waterloo in Asia?”, **The Nation**, enero 12/19, 1998, p. 4. Cuando se presenta la oportunidad, los intereses de los Estados Unidos son promovidos e impuestos cínicamente. Así, “los dirigentes norteamericanos, que efectivamente evitaron la creación de un Fondo Regional Asiático independiente del FMI, y por consiguiente de Washington, declararon también —más recientemente en el caso de Corea— que no habría ningún auxilio directo de los Estados Unidos disponible a no ser que los países en dificultades aceptasen las exigencias del FMI. Hasta ahora, las autoridades tailandesas han acordado suprimir todas las limitaciones a la propiedad extranjera de empresas financieras, y están impulsando la aprobación de una legislación que les permita a los extranjeros poseer tierras, cosa que ha estado prohibida desde mucho tiempo atrás. Antes incluso de solicitar la ayuda del FMI, Yakarta abolió las restricciones a la propiedad extranjera de acciones comercializadas en la bolsa, una medida que secundó Seúl cuando les permitió a los inversionistas extranjeros el acceso a los 64 millardos de dólares del mercado de acciones de 64 millardos de dólares garantizados y a largo plazo, acceso que venían solicitando durante años”. Walden Bello, “The End of the Asian Miracle”, **The Nation**, 12/19 de enero de 1998, p.19.

137 En efecto, incluso en sus propios términos de referencia las congratulaciones del FMI significan muy poco. De manera característica, “mientras la economía tailandesa iba derecho al desastre, el FMI seguía alabando ‘el consistente historial de sólidas políticas administrativas macroeconómicas’

alrededor de 500.000. En realidad, la cifra es considerablemente mayor y continúa aumentando. Pero incluso 500.000, en términos de la población húngara relativamente pequeña, equivalen a unos 6.5 millones de desempleados en Inglaterra o en Italia, y en Alemania a un número cercano no a los 5 sino a los 8 millones. La situación en la Federación Rusa es igualmente mala y sigue en constante deterioro, incluyendo el desafuero de no pagar los salarios de mineros y otros trabajadores durante varios meses. Vietnam ofrece un ejemplo particularmente trágico. Porque luego de la heroica victoria de su pueblo en la prolongada y devastadora guerra intervencionista del imperialismo norteamericano, la paz se está perdiendo bajo la presión de la restauración capitalista.¹³⁸ Y la propia China no constituye una excepción a la regla general de un desempleo en aumento, a pesar de la manera tan especial como su economía es controlada políticamente. En un informe confidencial elaborado por el Ministerio del Trabajo, que sin embargo se filtró al público, se le advierte al gobierno chino que en el lapso de unos pocos años el desempleo del país llegará a la espantosa cifra de **268 millones** de personas —y se señala al mismo tiempo el peligro de que pueda ser seguido de grandes explosiones sociales— a menos que se adopten medidas apropiadas (que no se especifican) para contrarrestar la tendencia actual.¹³⁹

del gobierno”. Walden Bello, “The End of the Asian Miracle”, loc. cit., p. 16. De igual modo, en los pocos meses transcurridos desde que el FMI “rescató” la economía surcoreana en realidad la tasa de desempleo en el país se **duplicó**. Ver también el penetrante artículo de János Jemnitz, “A review of Hungarian Politics 1994-1997”, en **Contemporary Politics**, Vol. 3, N° 4, 1997, pp. 401-406.

138 Ver el excelente libro de Gabriel Kolko **Vietnam: Anatomy of a Peace**, Routledge, Londres y Nueva York, 1997. Ver también la réplica apasionada de Nhu T. Le en su reseña del libro de Kolko en **The Nation**, “Screamig Souls”, 3 de noviembre de 1997.

139 Anthony Kunn, “268 millones de chinos quedarán desempleados en apenas una década”, **The Sunday Times**, 21 de agosto de 1994.

De ese modo llegamos a un punto en el desarrollo histórico en el que el desempleo se convierte en rasgo dominante del sistema del capital como un todo. En su nueva modalidad, constituye una red de interrelaciones e interdeterminaciones que hacen que hoy resulte imposible hallarle remedios y soluciones parciales al problema del desempleo en áreas restringidas, en marcado contraste con las décadas posbélicas de desarrollo de unos pocos países privilegiados en los cuales los políticos liberales podían hablar de **pleno empleo en una sociedad libre**.¹⁴⁰

En años recientes se ha hecho mucha propaganda acerca de las virtudes universalmente beneficiosas de la “globalización”, pretendiendo hacer pasar la tendencia a la expansión e integración global del capital como un fenómeno radicalmente nuevo destinado a resolver todos nuestros problemas. La gran ironía de la tendencia real del desarrollo —inherente a la lógica del capital desde la constitución inicial del sistema ocurrida siglos atrás, hasta alcanzar la madurez en nuestra época, asociada de manera inextricable a la crisis estructural del sistema— es que el avance productivo de este modo antagónico de controlar el metabolismo social sume en la categoría de **trabajo superfluo** a una porción de la humanidad cada vez mayor. Ya en 1848, en el **Manifiesto comunista** Marx insistía en que

*para oprimir a una clase, es preciso garantizarle ciertas condiciones que le permitan llevar una existencia aunque sea esclavizada. ... [Pero] la burguesía ya no es capaz de seguir siendo la clase dominante de la sociedad ni de imponerle a la sociedad sus condiciones de vida como ley suprema. No puede ejercer su dominio porque ya no es capaz de garantizarle a su esclavo la existencia, ni siquiera dentro de la esclavitud, pues se ve obligada a dejarlo hundirse en una situación en la que tiene que alimentarlo en lugar de ser alimentado por él.*¹⁴¹

140 Ver el libro de Lord Beveridge con igual título [**Full Employment in a Free Society**], en el que reporta su importante participación en el establecimiento del “Estado de Bienestar Social” inglés.

141 Marx y Engels, **Manifest of the Communist Party**, Progress Publishers, Moscú 1971, p. 44. Ver el penetrante artículo de Marshall Brennan en

Irónicamente, entonces, el desarrollo del sistema productivo en gran medida más dinámico de la historia culmina en la conversión de un número cada vez mayor de seres humanos en superfluos para su maquinaria de **producción**, aunque —muy acorde con el carácter incorregiblemente contradictorio del sistema— estos resultan no ser superfluos como **consumidores**. La novedad histórica del tipo de desempleo en un sistema que se ha completado globalmente es que las contradicciones en cualquier parte específica complica y agrava el problema en las demás partes del sistema, y, por consiguiente, en la totalidad. Porque la necesidad de poner en práctica medidas de “reducción de personal”, u otras que son generadoras de desempleo, surge necesariamente de los imperativos productivos antagónicos que buscan el lucro —y la acumulación— del capital, a los que no es concebible que este renuncie para autorrestringirse de acuerdo con principios racionales y humanamente gratificantes. El capital debe mantener su impulso inexorable hacia su objetivo de autoexpansión, por devastadoras que puedan resultar las consecuencias, o de lo contrario perderá la capacidad de controlar el metabolismo social de la reproducción. No hay término medio ni atención para tan siquiera un mínimo de consideraciones humanas. Porque por primera vez en la historia surge un sistema dinámico —y dinámicamente destructivo en sus implicaciones últimas— de control metabólico social autoexpansionista —que, si es necesario, elimina implacablemente del proceso del trabajo a una abrumadora mayoría de la humanidad. Ese es el significado profundamente inquietante que tiene hoy la “globalización”.

Cuando el capital alcanza esa etapa del desarrollo, no tiene cómo enfrentar las **causas** de su crisis estructural; apenas puede perder el tiempo con esfuerzos y manifestaciones superficiales. Por consiguiente, una vez que el capital “ya no es capaz de garantizarle a su esclavo la existencia”, las “personificaciones” de su sistema (para usar la expresión de Marx) tratan de resolver el problema gracias a

torno al 150º Aniversario del Manifiesto, “Unchained Melody”, **The Nation**, 11 de mayo de 1998, pp. 11-16.

la recuperación de incluso los limitados beneficios concedidos al trabajo en la forma de “estado del bienestar” —durante el período de la postguerra de expansión del capital sin tropiezos— atacando y aboliendo el “estado del bienestar”. Así, en los Estados Unidos, los desempleados se ven obligados a someterse al dictamen del “**work-fare**”¹⁴² si quieren recibir algún beneficio social. Y en Inglaterra, típicamente, el gobierno de un partido que alguna vez fue considerado socialista intentó realizar un cambio parecido y pasar del “**welfare**” al “**work-fare**”. En consecuencia, cuando el titular a ocho columnas de un periódico liberal inglés (muy amigo por cierto del gobierno “neolaborista”) anuncia: “Mensaje a los desempleados: Alístense en el Ejército o perderán sus beneficios”,¹⁴³ está dando una muestra de las medidas que aguardan a la juventud desempleada. Esto, una vez más, al igual que los otros aspectos de nuestro problema ya mencionados, subraya el hecho de que la globalización del desempleo y la inestabilidad hoy culminada no pueden ser erradicadas sin la supresión y reemplazo radical del propio sistema del capital. No han pasado muchos años desde la época en que se anticipaba confiadamente en que todos los males sociales conocidos, incluso en las áreas más “subdesarrolladas” del mundo, serían superados con la “modernización” universal, siguiendo el modelo norteamericano. Entretanto, característicamente, hoy nos enfrentamos a una realidad diametralmente opuesta al cuadro

142 · Se refiere a un programa gubernamental adoptado en los Estados Unidos e Inglaterra, entre otros países, que les ofrece a los desempleados la alternativa de aceptar un empleo, por lo general mal remunerado, o recibir adiestramiento profesional. La construcción verbal registra el cambio que va del “beneficio” (*wel-*), al “trabajo” (*work-*). (N del T)

143 “Jobless told: join Army or lose benefit”, de Stephen Castle (redactor de la sección “Política”), en el **Independent on Sunday** del 10 de mayo de 1998. En otro reporte en la misma página se informa acerca de las reacciones a la introducción de un nivel de salario mínimo miserable, que el gobierno laborista fijó en 3.60 libras, bajo el titular “Furia sindical ante el salario mínimo fijado por los laboristas en 3.60 libras”.

color de rosa proyectado. Porque las condiciones que anteriormente se veían limitadas, en los cuentos de la “teoría desarrollista” y la sabiduría gubernamental, a las dificultades supuestamente temporales del “subdesarrollo”, se están volviendo claramente visibles hasta en los países capitalistamente más avanzados.

5.2 El mito de la “flexibilidad” y la realidad de la inestabilidad

El 19 de mayo de 1998, el parlamento francés aprobó una ley que reducía la semana de trabajo a 35 horas; también en Italia se instituyó una legislación semejante. Sin embargo, resultaría muy ingenuo pensar que el cuento termina aquí. Porque en París la medida fue inmediatamente “descrita por muchos economistas y líderes empresariales como un **suicidio económico**”¹⁴⁴ y en Italia, inclusive antes de la promulgación de cualquier medida legislativa sobre el particular, el dirigente de la Confederación Industrial de Italia (**Confindustria**), Giorgio Fossa, dejó absolutamente en claro que su organización tenía la intención de anular todo tipo de legislación que se le pareciese.¹⁴⁵ Además, el presidente de Confindustria, Fossa (cuyo nombre que en italiano significa “tumba”, sin duda muy apropiado para la situación) declaró, de la manera más descarada (como si no fuese obvio para quienes conocen a su organización) que si el parlamento llegaba a aprobar una ley así, ellos tenían la intención de enterrarla con la ayuda de una “gran coalición”, en la que participarían hasta seguidores de los

144 Susan Bell, “Paris pass law on 35-hour week”, **The Times**, 20 de mayo de 1998.

145 “Ni resignado ni ablandado en lo que tiene que ver con el tema de las 35 horas, el presidente de los industriales está más decidido que nunca a promover un referéndum derogatorio” (Né rassegnato, né ammorbidito sul tema delle 35 ore, il presidente degli industriali è più deciso che mai a promuovere un referendum abrogativo”). Vittorio Sivo, “Referendum sulle 35 ore”, **La Repubblica**, 22 de abril de 1998.

partidos de la extrema derecha.¹⁴⁶ Y, acorde con su cinismo habitual, **The Economist** de Londres pontificó sobre la ley propuesta del siguiente modo:

Veamos, ¿quién quiere realmente esa semana de trabajo de 35 horas que propone Lionel Jospin? En verdad, no los empleadores franceses, que más bien alegan que eso hará aumentar los costos del trabajo y reducirá su competitividad. Tampoco los contribuyentes, que sospechan que tendrán que pagar impuestos más elevados para financiar el plan. Y en lo que respecta a los sindicatos, cada día aumenta el número de los que se oponen, porque temen que la medida conducirá a una disminución de los salarios y los derechos de los trabajadores. Ni siquiera los trabajadores mismos, cuya mayoría piensa que continuarán trabajando lo mismo que antes, pero en turnos inconvenientes y horarios nada cómodos. Hasta los desempleados, los supuestos beneficiarios del plan, se preguntan cuántos nuevos empleos creará realmente, si es que crea algunos, esa ley. ...El señor Jospin se encuentra envuelto en un plan en el que ni siquiera él mismo —según se rumora— cree.¹⁴⁷

Aparentemente, entonces, la ley en cuestión representaba un misterio total. Así lo corroboraba **The Economist**, basado en la autoridad de los murmuradores misteriosos y bien informados.

Naturalmente, hay serias dificultades que el movimiento laboral deberá afrontar en su lucha por una reducción real de las horas de trabajo semanal sin una pérdida salarial. Mas esas dificultades son de una especie muy diferente comparadas con los cuentos aterradores inventados por **The Economist** y demás voceros del orden establecido. Los obstáculos verdaderos que se enfrentan al trabajo en el presente y en el futuro inmediato se resumen en dos palabras: “flexibilidad” y “desreglamentación”. Dos de los eslóganes

146 Ibid.

147 “The working week: Fewer hours, more jobs?”, **The Economist**, 4 de abril de 1998, p. 50.

favoritos de las “personificaciones del capital” del presente, tanto en los negocios como en la política. Ambos quieren sonar muy atractivos y progresistas. En verdad, sin embargo, encubren las aspiraciones y políticas antilaborales más agresivas del neoliberalismo, que aspiran a ser tan elogiadas y aceptadas por los individuos como la maternidad y la torta de manzana. Porque la “flexibilidad” relacionada con las prácticas del trabajo —que deben ser facilitadas e impuestas mediante varios tipos de “desreglamentación”— equivale en realidad a la implacable **inestabilidad** de la fuerza de trabajo. Con frecuencia se hace acompañar de una legislación antilaboral autoritaria —desde la destitución de los controladores de tráfico aéreo en los Estados Unidos por orden de Reagan, hasta la larga serie de viciosas leyes antilaborales aprobadas durante el mandato de Margaret Thatcher y cuya vigencia mantuvo, característicamente, el gobierno “neolaborista” de Tony Blair. Y los mismos que bautizan como “**flexibilidad**” universalmente beneficiosa a la difusión de las condiciones de trabajo más precarias, tienen la cachaza de llamar “**democracia**” a la práctica de una legislación antilaboral autoritaria.

Se espera que la “flexibilidad” se haga cargo de la concesión de las 35 horas si, en virtud de la contingencia política, ella se torna inevitable, como parece verificarse en Francia e Italia. Así, en Francia “algunos ministros están hablando de hacer **más flexible** el mercado laboral, en especial permitiendo a los empleadores variar la carga horaria de trabajo semanal de acuerdo con la demanda temporaria, de forma que el número de horas trabajadas por semana sean calculadas con base en el promedio anual.”¹⁴⁸ Se espera que el mismo truco funcione también en Italia. Al momento de su introducción, el Primer Ministro italiano Prodi —más tarde recompensado con la presidencia de la Comisión Europea— les aseguró a sus críticos que una apropiada “flexibilidad” debería ser capaz de contrarrestar los efectos negativos de la ley.

148 Ibid., p. 51.

La preocupación real de las “personificaciones del capital” es promover la “flexibilidad laboral” y luchar por todos los medios posibles contra los “mercados laborales rígidos”. Así, un prominente artículo en el **Financial Times** insiste en que “tanto en Japón como en Europa, las empresas se están preparando para eliminar empleos con mayor celeridad que la de los rígidos mercados laborales para crearlos”, señalando con tono aprobatorio que la “**desreglamentación** permitiría apretar el paso”, y agregando para fines de la reafirmación propagandística que los “optimistas consideran que la desreglamentación conducirá al final a la creación de suficientes empleos en los nuevos mercados como para absorber una gran parte del exceso de mano de obra. Pero para que esto ocurra, Japón necesitará el tipo de **movilidad laboral** que opera en los Estados Unidos.”¹⁴⁹ (La historia de la adquisición del control de Nissan por la Renault, que trajo consigo el despido de 30.000 trabajadores de la fábrica japonesa, debe ser muy del agrado de los propugnadores de ese tipo de soluciones, ya que muestra que Japón se está moviendo en la “dirección correcta”). Asimismo, un documento del equipo del FMI —analizado con entusiasmo por **The Economist**— asevera que “hay estudios que sugieren que en Europa los salarios reales resultan ser apenas **la mitad de flexibles** que los de Estados Unidos, y que los trabajadores europeos están mucho menos dispuestos a **movilizarse** en busca de empleo que los norteamericanos.” Y al mismo tiempo olvidan alegremente la reclamación de John Kenneth Galbraith, que data ya de hace muchos años, de que los trabajadores en Estados Unidos solo pueden culparse a sí mismos por su desempleo, pues se rehúsan a “movilizarse” en virtud de su “instinto hogareño”, que los amarra al lugar donde nacieron y crecieron. Nada parece haber cambiado con los años, ni el diagnóstico, ni el saber corrector. Y para completar el invalorable razonamiento

149 Michiyo Nakamoto, *Revolution coming, ready or not*, **Financial Times**, 24 de octubre de 1997. Ver en la misma edición del **Financial Times** el artículo de John Plender, “When capital collides with labour”, escrito en la misma tónica.

autocomplaciente, los autores del documento del FMI ofrecen una solución que, lejos de ser reflexiva, es más bien un reflejo automático de Pavlov, en forma de proyecciones ilusorias del capital neoliberal basadas en el “deber ser”:

*Supongamos, por ejemplo, que un gobierno corte los beneficios de los desempleados. Los trabajadores tendrán ahora un mayor incentivo para buscar trabajo y, por lo tanto, el desempleo **debería** disminuir. Por otra parte, al aumentar el número de personas en busca de trabajo también **aumentaría** la presión para una disminución de los salarios y a su vez, esos costos salariales más bajos **deberían** fortalecer el empleo.¹⁵⁰*

Naturalmente, como resultado de tan admirable reducción del salario viviremos felices para siempre. Y por otra parte, si —a pesar de los sacrificios bien reales de los trabajadores (descritos en nuestra cita con las palabras “tendrán ahora” y “también aumentaría”)— las expectativas ficticias que connotan los “debería” no se materializan, eso no podría de ninguna manera invalidar la teoría compartida por el FMI y **The Economist**. Apenas revelaría que los proverbiales cochinitos del bien conocido refrán inglés [“Si los cochinitos tuviesen alas, volarían, N.del E.] se niegan tercamente a tener alas y lucir como abejas gigantes para volar hacia ese “optimista” futuro del capital tan ilusamente proyectado.

Al mismo tiempo, el salvajismo real del sistema sigue haciendo de las suyas, no solo expulsando del proceso laboral a un número cada vez mayor de personas, sino también, en característica contradicción, **alargando** el tiempo de trabajo cada vez que el capital logra salirse con la suya. Para mencionar un ejemplo muy importante: en Japón el gobierno introdujo en el parlamento un proyecto de ley

150 “Policy Complementation: The Case for Fundamental Labour Market Reform”, por David Coe y Dennis Snower. IMF Staff Paper Volume 44, N° 1, 1997. Reseñado en **The Economist**, 15 de noviembre de 1997, p. 118. Reveladoramente, el título de la reseña es **“All or nothing: Piecemeal labour-market reforms will not cure Europe’s unemployment problem. Governments need to go the whole way”**. (“Todo o nada: las reformas parciales del mercado laboral no son la cura para el problema del desempleo en Europa. Los gobiernos deben llegar hasta el fondo”).

“para elevar de **9 a 10 horas** el límite máximo de la jornada de trabajo y de **48 a 52 horas** el de la semana laboral. Esa cláusula permitirá que una compañía obligue a sus empleados a trabajar más horas cuando tenga algún apremio, siempre y cuando el total de horas trabajadas en un año no sobrepase el límite estipulado”;¹⁵¹ exactamente lo mismo que los “mercaderes de la flexibilidad” han propuesto en Francia, Italia y otros países. Más aún, el mismo proyecto de ley pretende también alargar los llamados “**horarios de trabajo arbitrarios**” que “le permiten a una empresa **pagarles a sus empleados solo 8 horas** de trabajo aun cuando su jornada laboral haya sido más prolongada”.¹⁵² Se han reportado ejemplos aterradores de los inhumanos efectos destructivos de ese “trabajo discrecional”, desde áreas en las que ya está siendo aplicado y ahora se va a ampliar. Por ejemplo, según el dictamen de la Corte Distrital de Tokio, un joven programador de computación murió como consecuencia del exceso de trabajo. Leemos en el dictamen que “su tiempo promedio de trabajo anual superaba las 3.000 horas. En los tres meses anteriores a su muerte, trabajó 300 horas al mes. En esa ocasión estaba enfrascado en el desarrollo de un sistema de software para bancos.”¹⁵³ Otro joven, que falleció de un paro cardíaco debido al brutal exceso de trabajo, “en las dos semanas previas a su muerte trabajó un promedio de **16 horas y 19 minutos** por día”.¹⁵⁴ En palabras de otro diario japonés, aún hoy los empleadores les imponen cuotas estrictas a los trabajadores, lo que significa muchas horas de trabajo, y trabajo sin

151 **Japan Press Weekly**, 14 de febrero de 1998, p. 25. En otra edición del **Japan Press Weekly** leemos: “Los principales objetivos de la declaración son: ampliar la aplicación de regímenes de trabajo arbitrarios, facilitar las restricciones sobre el sistema de horas de trabajo variables (flexibles) existente, y legalizar los contratos de empleo a corto plazo”, 18 de abril de 1998.

152 **Japan Press Weekly**, 14 de febrero de 1998.

153 **Japan Press Weekly**, 28 de marzo de 1998.

154 **Japan Press Weekly**, 4 de abril de 1998.

remuneración, sobre los hombros de los trabajadores. (...) Por ejemplo, un conductor de tren que trabaja para la East Japan Railways Co., la mayor empresa ferroviaria de Japón, desempeñaba sus funciones durante 14 horas y 5 minutos, pero tenía que permanecer en el sitio de trabajo durante 24 horas y 13 minutos, y la empresa no le pagaba por esas 10 horas y 8 minutos excedentes, aduciendo que “no eran horas trabajadas, ni tampoco períodos de reposo”.¹⁵⁵

Es significativo que, en la era de la crisis estructural del capital, incluso ese nivel de explotación resulte insuficiente. Tendrá que ser extendido hasta el límite que acepte el movimiento laboral. El proyecto de ley que se presentó al parlamento en Japón **“constituye el mayor ataque contra los derechos de los trabajadores en el período de la postguerra.”**¹⁵⁶ No debe sorprendernos, entonces, que algunos sindicatos prevean desempeñar en el futuro un papel político mucho más directo en comparación con su línea tradicional del pasado. Para citar a Kanemichi:

*Kumagai, secretario general de la Confederación Nacional de Sindicatos del Japón: “Este año la ofensiva de la primavera no solo seguirá siendo lo que hemos hecho en el pasado, sino además tratará de **cambiar las tendencias de la política** y del movimiento laboral, incluyendo una definición de cómo deberían ser las políticas y la economía de Japón. Por eso consideramos de suma importancia conseguir que los **trabajadores y los sindicatos emprendan acciones** destinadas a ejercer influencia sobre toda la sociedad”.*¹⁵⁷

Japón constituye un ejemplo particularmente importante, porque no se trata de un país del llamado “Tercer Mundo”, para el cual se dan siempre por sobreentendidas y rutinarias hasta las más insensibles y despiadadas prácticas de explotación laboral. Por el

155 Akira Ikunai, “Attack against worker’s rights”, **Dateline Tokyo**, N° 58, abril de 1998, p. 3.

156 *Idid.*

157 *Ibid.*

contrario, Japón representa la segunda economía más poderosa del mundo: un paradigma de los avances capitalistas. Y hoy, hasta en un país como ese el desempleo está aumentando peligrosamente y se hace necesario hacer que las condiciones laborales se tornen peores de lo que fueron durante el prolongado período de desarrollo y expansión del capital en la postguerra, lo cual incluye no solo una gran intensificación de horarios de trabajo explotadores a nombre de la “flexibilidad”, sino además el imperativo —que para muchos resulta incomprensible— de una semana de trabajo más prolongada.

*En la raíz de esa confusa, y en cierta forma contradictoria, propugnanación de la “flexibilidad”, aunada a una legislación laboral **rígidamente autoritaria**, encontramos la ley tendencial, de vital importancia, de la **igualación hacia abajo de la tasa de explotación diferencial**, que se vuelve cada vez más pronunciada gracias a la globalización del capital, progresivamente más destructiva, en el período de la crisis estructural del sistema. Es esa la razón por la que escribí, en 1971, que las clases trabajadoras de algunas de las sociedades “posindustriales” más desarrolladas están degustando una muestra de la real perniciosidad del capital “liberal”. (...) Así, la naturaleza real de las relaciones de producción capitalistas: la implacable dominación del trabajo por el capital, que se va evidenciando cada vez más como un fenómeno **global**. (...) Resulta prácticamente imposible entender el desarrollo y la autorreproducción del modo de producción del capital sin el concepto de capital social **total**. (...) Igualmente resulta del todo imposible comprender los múltiples y agudos problemas del trabajo nacionalmente diferenciado y socialmente estratificado, sin tener presente todo el tiempo el necesario marco de una valoración apropiada: a saber, el antagonismo inconciliable entre el capital social **total** y la **totalidad** del trabajo.*

*Este antagonismo fundamental (...) se ve modificado inevitablemente en función de: (1) las circunstancias socioeconómicas locales; (2) las respectivas posiciones de cada país en el marco global de la producción del capital; y (3) la relativa madurez del desarrollo sociohistórico global. De hecho, en diferentes períodos el sistema como totalidad revela la acción de un complejo conjunto de diferencias de interés objetivas en **ambos** lados del antagonismo social. La realidad objetiva de las diferentes **tasas de***

explotación —tanto en las del interior de un país dado como en el sistema del capital monopolista mundial— es tan incuestionable como lo son las diferencias objetivas en las **tasas de ganancia** en cualquier período en particular (...) De todos modos, la realidad de las diferentes tasas de explotación y ganancia no altera en nada la propia ley fundamental: es decir, la **creciente igualación de las tasas de explotación diferenciales** como la **tendencia global del desarrollo del capital mundial**.¹⁵⁸ De seguro, esta ley de igualación constituye una tendencia a largo plazo en lo que atañe al sistema del capital. (...) Por ahora basta destacar que el “capital social total” no debe ser confundido con el “capital nacional total”. Cuando este último sufre los efectos de un debilitamiento relativo de su posición en el sistema global, inevitablemente tratará de compensar sus pérdidas aumentando su tasa específica de explotación de la fuerza laboral bajo su control directo —o de lo contrario su posición competitiva se debilitará aún más en el marco global del “capital social total”. (...) No puede haber otra vía de escape (...) que no sea la intensificación de las tasas específicas de explotación, que solo pueden conducir, en términos tanto locales como globales, a una explosiva intensificación a largo plazo del antagonismo social fundamental. Los que pregonaban una “integración” de la clase trabajadora— pintando al “capitalismo organizado” como un sistema que logró un control radical exitoso de sus contradicciones sociales —identificaron irremediamente mal el éxito manipulador de las tasas diferenciales de explotación (que prevalecieron en la fase histórica relativamente “libre de perturbaciones” de la reconstrucción y expansión posbélica) como un **remedio estructural básico**.¹⁵⁹

Como concomitante obligado de la presente globalización de las relaciones productivas y distributivas, la igualación hacia abajo de las tasa de explotación diferencial afecta a cada uno de los países capitalistamente avanzados, inclusive a los más ricos. Ya no puede haber más espacio para la manipulación paternalista de las relaciones laborales, por más “tradicionales” y “profundamente arraigadas”

158 István Mészáros, **The Necessity of Social Control**, cit., p. 56-9.

159 **Beyond capital**, p. 890-2.

que supuestamente sean, y tampoco pueden existir, de hecho, las condiciones para evitar permanentemente, mediante las relativas ventajas tecnológicas y comerciales, el severo impacto negativo de la omnipresente crisis estructural. (Recordemos las reveladoras cifras publicadas en **The Nation** ya citadas). De hecho, como lo señala el llamado de varios distinguidos intelectuales publicado en un periódico italiano, lo que agrava la situación es que la inestabilidad y la inseguridad (“la precarietà e l’insicurezza”) crecen por todas partes en el mundo del trabajo: “el trabajo sin protección y sin remuneración se expande como las manchas de petróleo, mientras que hasta el trabajo más estable padece de una intensificación sin precedentes de su desempeño, y de una total disposición al sometimiento a los horarios de trabajo más diversificados.”¹⁶⁰

En otras palabras, debemos enfrentarnos aquí a una tendencia muy significativa y de largo alcance: la vuelta al **plusvalor absoluto**, en grado cada vez mayor, en las sociedades de “capitalismo avanzado” durante las últimas décadas. El profesor Augusto Graziani habló con mucha elocuencia en febrero de 1998, ante la Convención de Rifondazione en Milán dedicada a la cuestión de la semana de trabajo de 35 horas, sobre las condiciones de trabajo en el “Mezzogiorno”, en general, y sobre la tenebrosa explotación de la mano de obra femenina en Calabria, en particular. En lo concerniente a la cuestión del “plusvalor absoluto” en un país capitalistamente avanzado, como Italia, su intervención es muy pertinente, puesto que algunas de las prácticas laborales sumamente explotadoras también se dan en el norte del país, más desarrollado industrialmente. Al

160 “il lavoro sttotutelato e sottopagato si allarga a macchia d’olio, mentre anche il lavoro più stabile subiste la pressione verso una identificazione senza precedente della sua prestazione lavorativa e verso una piena disponibilità alla sottomissione ai più diversificati tempi di lavoro”. En: “Trentacinque ore Della nostra vita”, un llamado de los intelectuales firmado por Mario Agostinelli, Pierpaolo Baretta, Heinz Birnbaum, Carla Casalini, Marcello Cini, Giorgio Cremaschi, Pietro Ingrao, Oskar Negt, Paolo Nerozzi, Valentino Parlato, Marco Revelli, Rossana Roznada, Claudio Sabattini y Arno Teutsch; **Il Manifesto**, 13 de febrero de 1998, p. 5.

mismo tiempo, en Inglaterra, un documental exhibido en televisión mostraba la gran expansión del **trabajo infantil** aunque se trata de una actividad obviamente **en contra de la ley**. Por supuesto, la ley no se aplica en lo más mínimo. Al contrario, se promueven todo tipo de falsos argumentos para justificar indirectamente tales prácticas ilegales. Así, los intereses empresariales llevan a cabo una campaña estruendosa contra el salario mínimo en general, con la excusa de que su introducción disminuiría todavía más las posibilidades de empleo de los más jóvenes. Otro modo de manipular el mismo problema, por parte de la Confederación de Industrias de Inglaterra, el Instituto de Directores y varias organizaciones empresariales de alta asesoría [“**think tank**”], es presionar por “la exención de los jóvenes” de la legislación sobre salario mínimo, o que se les conceda nada más un salario mínimo mucho más bajo. Además, las condiciones de trabajo cada vez peores de personas de todas las edades en innumerables “**sweatshops**” —establecimientos esclavizadores para inmigrantes legales o ilegales, pero también para una cantidad nada despreciable de mano de obra inglesa, escocesa, galesa e irlandesa— evidencian a las claras la reaparición de la procura del plusvalor absoluto, como tendencia sumamente retrógrada en el desarrollo del capital del siglo XX, en uno de los países “capitalistas avanzados” más privilegiados. No hace falta decirlo, tanto la procura implacable del plusvalor absoluto en general como su manifestación particularmente aborrecible en forma de trabajo infantil fueron **siempre prominentes** (y, por cierto, lo siguen siendo) en los países del “Tercer Mundo”.

Paradójicamente, la crisis global de la acumulación del capital en la era de la globalización avanzada crea nuevas dificultades de envergadura, en vez de resolver las iniquidades por largo tiempo cuestionadas del sistema, como pretenden hacernos creer los “optimistas” portavoces de la “globalización” desprovista de problemas. Porque los **márgenes** de viabilidad productiva del capital están disminuyendo (de allí también la orientación hacia el plusvalor absoluto), a pesar de todos los esfuerzos de los estados capitalistas —individualmente o en conjunto, como en las reuniones del G7/G8— para ampliar o al menos mantener estables los márgenes

productivos del sistema. En realidad, no puede haber más que una manera de ampliar los **encogidos márgenes de acumulación de capital**: a expensas del **trabajo**. Esta es una estrategia promovida activamente por el Estado —ciertamente, a causa de esa necesidad **el papel intervencionista del Estado nunca ha sido tan grande**,¹⁶¹ a pesar de toda la mitología neoliberal en pro de lo contrario— y en nuestro tiempo esa estrategia está objetivamente sustentada por la tendencia a la igualación hacia abajo de la tasa de explotación diferencial. Al final, sin embargo, la estrategia que ahora se sigue está destinada al fracaso, si el movimiento laboral logra rearticular radicalmente sus propias estrategias y formas de organización, que deben ser orientadas hacia la creación de un movimiento de masas genuino con el fin de afrontar el desafío histórico. Pues ni siquiera los teóricos más “optimistas” del FMI, y otros organismos apolo­géticos del capital generosamente financiados, han conseguido

161 El papel intervencionista del Estado queda en evidencia, tanto en el plano político como en el económico. En el campo económico, los fondos generosamente repartidos entre las grandes empresas capitalistas se miden en cientos de millones de libras. Así, la British Aerospace, por ejemplo, recibió casi 600 millones por una de sus aventuras actuales, aparte de los innumerables millones obtenidos del Estado de forma semifraudulenta en un pasado no muy lejano, también cuando la compañía pretendía colocar sobre una base económica sólida a la Rover, hoy de nuevo fracasada. En lo que se refiere a esta última, se espera que los enormes fondos necesarios para salvarla sean una vez más aportados por el Estado —y nadie parece dispuesto a aclamar ahora las virtudes milagrosas de la **empresa privada**— pero, por supuesto, las ganancias que se obtengan irán a parar a la parte capitalista de las llamadas “sociedades mixtas público-privadas”, tan favorecidas por el Nuevo Laborismo. Igual, o quizá mayor, importancia tiene el papel interventor del Estado en el plano político, a favor del capital. Porque el sistema del capital necesita perentoriamente de una legislación antilaboral autoritaria —introducida complacientemente por gobiernos tanto conservadores como socialdemócratas (o, lo que dice mucho acerca de la gravedad de la crisis estructural del sistema, hasta por algunos gobiernos presididos por partidos antes comunistas, como en Italia)— para mantener su control “neoliberal” sobre la sociedad en la presente etapa del desarrollo histórico.

inventar hasta ahora, ni probablemente logren hacerlo en el futuro, un artificio que les permita extraer de las condiciones económicas en constante deterioro, y de los “paquetes salariales inestables” de la fuerza laboral, el poder adquisitivo necesario y cada vez mayor y su correspondiente acumulación de capital.

5.3 De la tiranía del “tiempo de trabajo necesario” a la emancipación a través del “tiempo disponible”

¿Cómo puede el trabajo —el antagonista estructural del capital— contrarrestar la tendencia al deterioro inseparable de la continua reducción del margen de viabilidad productiva del capital?

La pregunta nos remite al tercer elemento en la campaña de **Ri-fondazione** para conquistar la semana de trabajo de 35 horas, citado al inicio de este capítulo: la necesidad de “**cambiar la sociedad**” (“**per cambiare la società**”). Pues hoy —dado que el capital necesita arrebatar¹⁶² sin contemplaciones incluso las concesiones hechas en el pasado, en lugar de consentir alguna nueva— resulta totalmente imposible realizar siquiera los objetivos más inmediatos y limitados del sindicalismo tradicional, sin tomar el camino que conduce a una transformación social fundamental. En consecuencia, la reconstitución radical del movimiento socialista constituye una parte vitalmente importante de este proceso.¹⁶³

Algunos de los representantes más inteligentes del capital, como Dean Witter —director y principal teórico de economía global de Morgan Stanley— están dispuestos a admitir que las tendencias actuales son mucho más problemáticas que lo que comúnmente

162 Como Marshall Berman afirma en su artículo citado en la nota 10, “una crasa crueldad se llama a sí misma liberalismo (te sacamos a la fuerza a ti y a tus hijos de la seguridad social por vuestro propio bien)” y ustedes “son retirados o despedidos, o **subcontratados, tercerizados, sacados de nómina**. (Resulta fascinante lo nuevas que son muchas de esas palabras demoledoras)”. **The Nation**, 11 de mayo de 1998, p. 16.

163 Ver un impactante capítulo sobre los desafíos que el movimiento laboral tiene ante sí: “Beyond Labour and Leisure”, en el libro de Daniel Singer, **Whose Millennium?**, Monthly Review Press, Nueva York, 1999.

describen los órganos de propaganda del neoliberalismo. En un artículo publicado en el **Sunday New York Times**, titulado “El retroceso del trabajador”, rechaza la explicación de que los acontecimientos recientes han sido el resultado de la “desreglamentación y la productividad en crecimiento”. Su propia explicación, más consciente del conflicto y menos tranquilizadora, es que ha habido una drástica redistribución de la torta económica de la nación, en la que al capital le toca una ración mucho más grande y al trabajo una mucho más pequeña. Digamos que ha habido una vuelta a la política de reducir al trabajo, que ha ocurrido tan solo porque la Norteamérica corporativa está ejerciendo una presión implacable sobre su fuerza laboral.¹⁶⁴

En verdad, la presión implacable la aplica no solamente la Norteamérica corporativa sino que también lo hacen las personificaciones del capital **en todas partes**. Porque las conquistas reformistas del pasado tenían como premisa el continuo **crecimiento de la torta** —que aparecía bajo condiciones económicas favorables como concesiones del capital, aunque **jamás** podría haber una “redistribución de la torta a favor del trabajo”, puesto que el capital siempre tiene que apropiarse de la parte del león. Ahora, debido a la crisis estructural del capital y al margen cada vez menor de la viabilidad productiva del sistema, se hace absolutamente necesaria la “**redistribución de la torta económica de la nación**” y más que nunca a favor del capital, para asegurar una “**recuperación por reducción laboral**”, gracias a la pasividad y resignación de la fuerza laboral. ¿Pero qué sucede cuando el trabajo se niega a aceptar esa redistribución inicua de la torta económica, porque ya no puede darse el lujo de consentirla como consecuencia de las crecientes privaciones impuestas por las formas de “economía de reducción laboral” tradicionales o recién inventadas? Las posibilidades de “redistribuir” hasta una torta estacionaria, por no hablar de la que esté en proceso de contracción, tienen sus límites nítidamente definidos. Sin olvidar

164 Dean Witter, “The Worker Backlash”, **Sunday New York Times**, citado en una carta que los editores del **Monthly Review** enviaron a sus lectores y subscriptores en octubre de 1997.

el hecho de que no es posible presuponer que la inactividad resignada y permanente del movimiento laboral sea algo necesario, natural y eterno en cualquier país. Ni siquiera en los países capitalístamente más avanzados. No resulta sorprendente, entonces, que hoy hasta el economista principal de Morgan Stanley tenga que hablar del “retroceso del trabajador” en los Estados Unidos, y exprese en voz alta sus preocupaciones respecto a una posible “lucha abierta y frontal entre el capital y el trabajo”, subrayando que “los días de una fuerza laboral dócil que aceptaba resignadamente una reestructuración corporativa drástica y arrasadora forman parte del pasado”.¹⁶⁵

Naturalmente, desde el punto de vista del capital no existen respuestas a la pregunta ¿qué tipo de alternativa a la “economía de reducción laboral” debemos seguir para evitar la “lucha abierta y cruenta entre el capital y el trabajo”? Cualesquiera sean sus temores y preocupaciones, el economista principal de Morgan Stanley tiene que seguir asesorando a su empresa acerca de la mejor forma de explorar las oportunidades que brinda la especulación financiera “globalizada”, o de lo contrario lo despacharán prontamente con una jugosa compensación por servicios prestados. Desde el punto de vista del capital, en verdad no puede haber “ninguna alternativa” real a la “reducción laboral” llevada al máximo —y más aún en situaciones de emergencia— aunque se vislumbren algunos de los peligros implícitos en el curso socioeconómico que se está siguiendo. Porque al final existirá siempre la tentación de las **soluciones autoritarias**, no solo en el país del general Suharto, dependiente clientelar de los Estados Unidos, sino también en las “democracias capitalistas avanzadas” de Occidente que ayudaron en primera instancia a poner a Suharto en el poder, y lo apuntalaron de todas las maneras posibles a lo largo de 32 años, incluido el apoyo a su salvaje represión militar contra el pueblo, y el intento de salvar su miserable régimen mediante la inyección masiva de fondos del FMI hasta el último minuto antes de su caída.

La promesa general de resolver las flagrantes iniquidades y contradicciones del sistema fue durante mucho tiempo —y en su

165 Ibid.

totalidad lo sigue siendo en la actualidad— que con los beneficios del “libre comercio” siempre en aumento y globalmente integrado, la condición de los trabajadores en todo el mundo mejoraría en gran medida, gracias al retorno de la economía a una situación de expansión del capital sin perturbaciones y libre de los defectos de las décadas de la postguerra, que terminaron en inflación y estancamiento. No obstante, los signos y los indicadores económicos actuales apuntan en la dirección opuesta, un hecho que reconocen a veces incluso los economistas de la “corriente dominante” que conservan todavía su creencia en las virtudes insuperables del sistema del capital. Así, para citar el artículo acerca de un libro reciente escrito por uno de esos economistas:

*Rodrick argumenta que el comercio en general, y no solamente las importaciones de países que mantienen bajos los salarios, empeora la distribución del ingreso. El aumento de la competencia internacional, escribe, se traduce en una mayor “elasticidad” de la demanda de mano de obra local. En términos comunes y corrientes, eso quiere decir que hoy día el trabajador está compitiendo con una oferta de mano de obra mucho mayor. Por consiguiente, una pequeña variación en los salarios de trabajadores extranjeros o la demanda global de un producto o servicio puede causar grandes variaciones en la demanda de trabajadores local. La mayor vulnerabilidad de la mano de obra a las fluctuaciones del mercado menoscaba sus posibilidades de negociar con el capital. Por lo tanto, concluye Rodrick, “el efecto de primer orden del comercio parece haber sido una redistribución del excedente de la empresa hacia los empleadores, y no el aumento del excedente”. Las evidencias nos indican, entonces, que los críticos del libre mercado estaban en lo cierto, el comercio no está aumentando la riqueza sino redistribuyéndola hacia arriba.*¹⁶⁶

166 Jeff Faux, “Hedging the neoliberal bet” (reseña del libro de Dani Rodrick, **Has Globalization Gone Too Far?**, Institute for International Economics, Washington D. C., 1997), en **Dissent**, otoño de 1997, p. 120.

Y sin embargo, en lo tocante a la cuestión de las alternativas, Rodrick solo nos ofrece una prédica piadosa. Así, para proseguir con la cita:

*Las políticas de Rodrick resultan, en el mejor de los casos, ingenuas. Les pide tanto a los trabajadores como al gobierno que sean más responsables, pero no les dice nada a las empresas corporativas multinacionales. (...) Rodrick escribe: “Los trabajadores deberían abogar por una economía global que tenga un rostro más humano”, mas no menciona para nada los esfuerzos ferozmente organizados de las empresas y las finanzas multinacionales para impedir hasta la mera consideración de la posibilidad de que el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y los demás organismos que aprueban las reglas del mercado global, humanicen las políticas. Ello sugiere un punto de vista que, para decirlo con delicadeza, está fuera de sintonía con la realidad de la economía política global.*¹⁶⁷

No cabe duda, la adopción del punto de vista del capital —no solo en su forma neoliberal más ciegamente acrítica y agresiva, sino además en sus variedades reformistas ilusamente liberales— significó, por mucho tiempo la pérdida de la “sintonía con la realidad de la economía política global”.

La novedad radical de nuestra época es que el sistema del capital ya no sigue estando en posición de concederle absolutamente nada al trabajo, en contraste con las adquisiciones reformistas del pasado. El amoldamiento deprimente y la manifiesta capitulación de algunos viejos partidos de la clase trabajadora ante las demandas de los intereses de las grandes empresas —como, por ejemplo, en Inglaterra e innumerables países europeos, aunque de ninguna manera solamente en Europa— una capitulación que llega a los extremos no solo de mantener una legislación antilaboral autoritaria en estas últimas décadas, sino además de concederles cargos ministeriales claves en el “Nuevo Laborismo”, en los gobiernos de la “Izquierda Democrática” en Italia, y en todas partes, a prominentes

167 Ibid.

representantes del capital corporativo, habla inequívocamente en ese sentido (lord Simon, lord Sainsbury, Geoffrey Robinson, etc., en Inglaterra, y figuras similares en Alemania, Francia e Italia). Es por eso que en el presente período histórico incluso objetivos laborales **limitados** y modestos —como la semana de trabajo de 35 horas— solo se pueden alcanzar “cambiando la sociedad”, puesto que **objetivamente** retan el orden político y socioeconómico establecido (en otras palabras: todo el sistema de toma de decisiones) bajo el cual “la torta económica del país” es producida y distribuida.

Bajo las condiciones de crisis estructural del capital, esa es la naturaleza objetivamente inevitable de la contestación socioeconómica, si bien por los momentos muchos representantes del trabajo no lo conceptualizan o articulan en esos términos. Y también es esa la razón por la que el reformismo liberal y socialdemócrata, que en el pasado tuvo como poderoso aliado al dinamismo expansionista del capital, está en la actualidad condenado a la futilidad de la prédica piadosa —desde los sermones del profesor John Kenneth Galbraith sobre “la cultura de la satisfacción” (repetidos prestamente, sin un mínimo efecto correctivo, por los obispos y arzobispos de la iglesia anglicana) hasta el concepto de “la economía global de rostro humano que se inspira en el sector laboral y el gobierno” antes mencionado. Una prédica que a las personificaciones del capital les resulta imposible escuchar.

La demanda de una reducción significativa de la semana de trabajo tiene una importancia estratégica fundamental. No solo porque el problema subyacente afecta profundamente y, por consiguiente, afecta directamente a todo trabajador, sea manual o intelectual independientemente de su estatus laboral específico. Sino también porque la cuestión de enfrentar ese desafío no desaparecerá. Todo lo contrario, su importancia crece constantemente, y el imperativo de hacer algo significativo al respecto no puede ser excluido por las personificaciones parlamentarias del capital en los países capitalístamente avanzados, ni tampoco, de hecho, ser reprimido abiertamente por la fuerza en la “periferia” del orden global del capital. En otras palabras, constituye una demanda estratégica vital para el trabajo porque “no es negociable”, ya que no se le puede integrar a las

seudoconcesiones manipuladas del orden existente. Pues concierne directamente a la cuestión del **control** —un **sistema alternativo de control metabólico social**— al cual se opone el capital, y lo hace con hostilidad.

Naturalmente, la semana de trabajo de 35 horas —aunque se podría conceder de forma genuina y no ser anulada subrepticamente de diversas maneras, como ya se planea y se practica cínicamente— no estaría en capacidad de resolver el monumental, siempre creciente y socioeconómicamente grave problema del desempleo. Así, la interrogante que legítimamente se suscita es: ¿por qué 35 y no 25 o 20 horas semanales, lo cual sí establecería una diferencia significativa al respecto? Es esa la pregunta que nos lleva al quid del problema.

Las incompatibilidades radicales entre el orden social existente y otro en el que los seres humanos tengan el control sobre su actividad de vida, incluido su “tiempo liberado”, que será puesto en libertad gracias a una reducción significativa de la semana de trabajo, fueron ilustradas gráficamente y dolorosamente en Inglaterra con la destrucción de la industria minera. En 1984, los trabajadores de las minas de carbón de Inglaterra entablaron una lucha heroica, no por dinero sino en defensa de sus empleos: una huelga de un año derrotada gracias a los esfuerzos combinados del gobierno de la señora Thatcher —para quien los mineros eran “el enemigo interno”— y el Partido Laborista de Neil Kinnock, que los apuñaló por la espalda. El resultado fue que la fuerza laboral de los mineros, que para aquel momento contaba con más de 150.000 trabajadores, fue diezmada hasta una cifra hoy día por debajo de 10.000, y las ciudades y aldeas de muchas comunidades mineras fueron convertidas en la tierra baldía del desempleo. Para el momento de la huelga de los mineros, las minas de carbón todavía estaban “nacionalizadas”, lo que significa que eran administradas —aplicando los criterios capitalistas de “eficiencia” más implacables y un control autoritario— por el Consejo Nacional del Carbón, pero en seguida fueron “privatizadas” y se vieron reducidas a una fracción de su tamaño original. Muy característico del modo como el Consejo Nacional del Carbón trató el problema de la “mayor eficiencia”, mientras hablaba de la absoluta

necesidad de “racionalizar” las exigencias laborales de la industria del carbón, fue el hecho de que ese Consejo controlado por el Estado les impuso a los mineros un **régimen de trabajo de siete días** casi demencial, a la vez que reducía de una forma salvaje la fuerza laboral bajo su control. Porque el capital es simplemente incapaz de tener consideraciones humanas. Conoce nada más una sola manera de administrar el tiempo de trabajo: **explotar al máximo el “tiempo de trabajo necesario” de la fuerza laboral contratada**, ignorando totalmente el **“tiempo disponible”** existente en la sociedad en general, porque de él no puede extraer ganancia.

Es eso lo que le fija límites insuperables al capital en lo referente a la forma de tratar el problema del desempleo. Hay en ello algo bastante paradójico, y de hecho profundamente contradictorio. Porque el sistema productivo del capital crea **de facto**, en la sociedad en su conjunto, **“tiempo superfluo”** cada vez a mayor escala. Sin embargo, es incapaz de reconocer la existencia **de jure** (es decir, la legitimidad) de ese tiempo excedente producido socialmente como un **tiempo disponible** potencialmente más creativo, que es posesión de todos y podría ser utilizado en nuestra sociedad para la satisfacción de muchas de las necesidades humanas hoy malsanamente repudiadas, desde las exigencias de educación y salud hasta la eliminación del hambre y la desnutrición en todo el mundo. Al contrario, el capital debe asumir ante ello una postura **negativa/destructiva/des-humanizadora**. En efecto, el capital debe ignorar insensiblemente el hecho de que el concepto de “mano de obra superflua”, con su “tiempo superfluo”, en verdad se refiere a **seres humanos vivientes** y dotados de capacidades productivas **socialmente** útiles, aunque desde el punto de vista **capitalista** se les considere innecesarias o inaplicables.

El concepto de **tiempo disponible**, en su sentido positivo y liberador, como una aspiración de los socialistas, apareció mucho antes de Marx, en un panfleto anónimo titulado **La fuente y la solución de las dificultades nacionales**, publicado en Londres en 1821, casi 50 años antes de la publicación de **El capital**. En algunos pasajes del panfleto citados por Marx se observa una notable comprensión dialéctica tanto de la naturaleza del proceso productivo capitalista

como de las posibilidades —centrando la atención en las categorías vitalmente importantes de “tiempo disponible”, “plustrabajo”, y “reducción de la jornada de trabajo”— de escapar de sus contradicciones. Para citar sus palabras:

*La riqueza es tiempo disponible, y nada más (...) Si la totalidad de la mano de obra de un país fuese apenas suficiente para producir el sustento de la totalidad de la población, no podría haber **plustrabajo**, y por consiguiente, no existiría nada que se pudiese **acumular como capital**. (...) Una nación verdaderamente rica será aquella en la cual no exista el rédito o la **jornada de trabajo dure 6 horas** y no 12.¹⁶⁸*

Nos acercamos, paso a paso, a la exigencia que ya hicieron nuestros antecesores en 1821, de la jornada de 6 horas, pero todavía andamos muy lejos de la organización de la sociedad sobre la base del potencial de producción de esa riqueza inconmensurablemente que es el **tiempo disponible**. Sin esto último resulta absurdo querer pensar en emancipar a los trabajadores individuales de la tiranía de las determinaciones fetichistas y las iniquidades flagrantes. La realización de tan siquiera nuestros objetivos limitados requerirá de la **movilización en masa**¹⁶⁹, tanto de quienes tengan empleo como de los **desempleados**, orientados por la **solidaridad** con los problemas que todos nos vemos obligados a compartir, si no hoy entonces, con toda seguridad, mañana.

La perspectiva estratégica a largo plazo, que también posibilita la realización de las demandas inmediatas, es inseparable de nuestra

168 Citado en Marx, **Grundrisse**, Penguin Books, Harmondsworth, 1973, p. 397.

169 El llamado al que se hace referencia en la nota 28 trata precisamente de la necesidad de “promover una **movilización de masas** a favor de las 35 horas, cuyo impacto toque tanto al mundo del trabajo como al de la política, tanto al de la cultura como al de las asociaciones” (“promuovere una **mobilitazione di massa** a favore delle 35 ore che tocchi il mondo del lavoro così come quello della politica, quello de la cultura como quello delle associazioni”).

conciencia de la viabilidad y, con toda certeza, de la necesidad primordial de adoptar el modo de controlar nuestra reproducción metabólica social sobre la base del **tiempo disponible**. Si queremos solucionar el problema del desempleo, ese ha de ser el objetivo hacia donde debemos dedicar nuestros recursos. Solamente un movimiento de masas socialista radical podrá adoptar la alternativa estratégica de regular la reproducción metabólica social —un imperativo ineludible para el futuro— sobre la base del **tiempo disponible**. Pues, debido a las insuperables restricciones y contradicciones del sistema del capital, cualquier intento de introducir el **tiempo disponible** como el regulador de los intercambios sociales y económicos —lo que significaría obligatoriamente poner a disposición de los individuos una gran cantidad de **tiempo libre**, liberado gracias a la reducción del tiempo de trabajo mucho más allá de los límites incluso de la semana de trabajo de 20 horas— actuaría como **dinamita social**, haciendo saltar por los aires al orden reproductivo establecido. Porque el capital es totalmente incompatible con el tiempo libre utilizado de manera autónoma y significativa por los individuos sociales libremente asociados.

Capítulo 6: La teoría económica y la política: más allá del capital¹⁷⁰

6.1 Enfoques económicos alternativos

Quisiera comenzar con dos casos contrastantes, que ilustran la fortuna —no tan afortunada— de algunas teorías económicas influyentes.

El primer caso surge de una cita sacada de un editorial de **The Economist** de Londres. Estas son sus palabras:

Asusta considerar todo lo que depende de la cuestión de la productividad norteamericana. Las cotizaciones del mercado de acciones, desequilibrado hoy según los patrones históricos; la estabilidad financiera global; los pronósticos de los niveles de vida no solo en los Estados Unidos, sino también en todo el mundo; las perspectivas de éxito a largo plazo de la combinación de una tasa de inflación baja y un nivel de empleo alto: todos esos factores y algunos más dependen de si el crecimiento de la productividad en Estados Unidos realmente tomó una nueva vía de crecimiento más rápida a finales de la década de los 90, como se supuso. El año pasado quedó en evidencia que muchas de las aseveraciones de la nueva economía eran falsas: la idea de que el ciclo económico estaba muerto; que el gasto en tecnología de la información era inmune a la recesión; que los métodos clásicos de cotización de las acciones habían

170 Disertación presentada en la conferencia sobre “El pensamiento económico y su relevancia en el mundo de hoy”, organizada por el Banco Central de Venezuela y el editor de su revista económica Asdrúbal Baptista, realizada en Caracas entre el 10 y el 12 de septiembre de 2001. Publicado por primera vez en la **Revista BCV, Foros 7 / 2002**, Caracas, con traducción de Gladys Sanz.

*perdido vigencia, etc. Mientras tanto, el pilar más importante de la nueva economía ha quedado, si no demolido, al menos severamente dañado.*¹⁷¹

Y, como conclusión, el editorial de **The Economist** les dice a los lectores que a su debido tiempo habrá un precio que pagar por todas esas suposiciones falsas. Por consiguiente, “los fanáticos de la nueva economía (...) podrían tener que arrepentirse de haberle apostado tanto no a una mejoría sólida y plausible, sino a un **milagro que ahora nos damos cuenta de que nunca ocurrió**”.¹⁷²

Así, en este caso podemos ver claramente la fragilidad de las suposiciones sin fundamento que ahora el propio **The Economist** denuncia como indudablemente **falsas**. No obstante, el problema radica en que todas esas suposiciones están en su apogeo, y se les proclama decididamente como sólidos pilares de las estructuras teóricas de mayor actualización. Como sabemos, alaban las virtudes de nada menos que **la nueva economía**, que a su vez debería garantizar fuertes inversiones en nuevas “burbujas de los mares del Sur”. Como sabemos, las cantidades involucradas en el reciente desplome de “la nueva economía” fueron tan asombrosas, que en apenas **un año** las pérdidas del NASDAQ fueron **dos veces y media** el total de las reducciones fiscales para toda la **década** venidera anunciadas por el presidente George W. Bush (y que inmediatamente recibieron un fuerte recorte por parte del Congreso), pero fueron anuladas. Como resultado, las pérdidas del NASDAQ en un año fueron **treinta veces** más elevadas que la correspondiente economización en los impuestos anuales prevista. El hecho de que la sabiduría del reciente editorial de **The Economist** sea la de “ser sabio después de pasadas las cosas” no debe preocuparnos demasiado en el contexto actual. A fin de cuentas, el arsenal teórico de la publicación es casi el mismo que sus escritores principales ahora critican tardíamente, elaborado siempre desde una perspectiva muy

171 “American Productivity: Measuring the New Economy”. **The Economist**, 11-17 de agosto de 2001, p. 12.

172 Ibid., p. 13.

cortoplacista. Por eso **The Economist** puede cambiar prestamente de posición —por tomar como ejemplo algo cuya importancia no puede ser ignorada— de la idealización de la **economía de escala** durante largo tiempo, a lo diametralmente opuesto: denunciarla como la **deseconomía de escala** cuando fracasa la panacea antes defendida, para defender nuevamente la **economía de escala** cuando esta parece resultar más conveniente.

El segundo caso señalado al comienzo de esta intervención me toca más de cerca que el primero, pues se refiere a una concepción de la organización del sistema productivo, bajo los principios orientadores de la **economía planificada**, interesada en plantear una alternativa viable al carácter accidental de la economía de mercado capitalista.

El caso que quiero retomar sucedió en realidad, aunque hoy podría parecer muy improbable que un acontecimiento así haya ocurrido alguna vez. Pero sí ocurrió. Cuando tuve conocimiento del hecho, en el verano de 1954 (no me enteré por los periódicos, que no podían mencionar esas cosas, sino en un cuarto de hospital, de boca de una persona que fue víctima del caso: mi vecino de cuarto, involucrado directamente), expuse en público en la primera oportunidad que se me presentó el absurdo de lo que denominé una “sátira de la vida real”: que en un pequeño condado del suroeste de Hungría “algunos burócratas carentes de sentido común le sumaron la fecha, 1952, multiplicada por 100 kilos, a la remesa obligatoria de carne de cerdo que el condado tenía que enviarle al Estado”.¹⁷³ Lo especialmente absurdo en este caso no es que hubiese ocurrido, sino más bien el hecho de que no fue posible corregir la situación —anulando el añadido astronómico a las obligaciones de una entidad económica relativamente pequeña— después incluso de que se descubriera la obvia equivocación y de que las autoridades competentes hubiesen reconocido que se había cometido un terrible error, con graves

173 I. Mészáros: **Szatira és valóság** (“Sátira y realidad”), Szépirodalmi Könyvkiadó, Budapest, 1955, p. 53. Mi libro fue terminado en otoño de 1954 y publicado en enero de 1955.

consecuencias para las ya precarias condiciones económicas de una de las zonas más pobres de Hungría, el condado de Zala. Por el contrario, las autoridades decretaron de manera arbitraria que no se podía admitir ninguna reducción, porque ya la obligación exagerada se había convertido en una parte del “Plan Nacional” con sanción legal y por lo tanto tenía que cumplirse. Por esa razón, dadas las circunstancias, argumenté que

*es evidente que detrás de estos accidentes se encuentra la falta de humanidad de la burocracia. En efecto, este sería el contenido social y la fuerza caracterizadora del suceso, incluso si algo tan espantoso no lo hubiese cometido un burócrata nato, sino accidentalmente algún ingeniero subjetivamente bien intencionado, puesto que el hecho mismo tiene su lógica interna **objetiva**, que apunta su dedo acusador en contra de la burocracia.*¹⁷⁴

Como cabía esperar, el condado de Zala tuvo que entregarle al Estado la cantidad de cerdos inflada de manera insensata. Debió comprarlos donde mejor pudo para cumplir sus obligaciones “nacionalmente planificadas”, pues el número total de cerdos que había en Zala no se correspondía ni en sueños al “montante legal” que le fue impuesto. Por consiguiente, a fin de poder cumplir con la ley, el condado de Zala —una región montañosa en la que se empleaban los bueyes como fuerza de tracción para la agricultura, en vez de caballos que hubiesen resultado mucho menos adecuados para esas funciones— se vio obligado a cambiar muchos de sus bueyes por cerdos en los condados vecinos, y además a solicitar dinero prestado, asumiendo así nuevas dificultades económicas para el futuro.

No es sorprendente, entonces, que la arbitrariedad del proceso de planificación económica, del que quedaron excluidas las personas que tendrían que sufrir las consecuencias, haya generado resentimientos y hasta hostilidad en todos los países bajo el sistema socioeconómico del tipo soviético. Para citar nada más un ejemplo: en un libro publicado en 1965, un autor ruso, O. I. Antónov, describió

174 Ibid., p. 55.

de la siguiente manera la actitud casi de negación de los trabajadores que tenían que someterse a las “normas” impuestas arbitrariamente y a la correspondiente disciplina de trabajo:

Dos trabajadores contratados para descargar ladrillos rápidamente de unos camiones, lo hacían lanzándolos al piso y por ello rompían por lo general alrededor de la tercera parte. Sabían que sus acciones iban en contra tanto de los intereses del país como del simple sentido común, pero su trabajo era evaluado y pagado sobre la base de un indicador de tiempo. Por consiguiente, si se ponían a ordenar cuidadosamente los ladrillos en el piso los penalizarían, y ya no podrían ganarse la vida. Su manera de hacer el trabajo era lesiva para el país pero, aparentemente, buena para la planificación. Así, actuaban en contra de su conciencia e inteligencia, mas con un profundo resentimiento para con los planificadores. “Ustedes no quieren que lo hagamos del modo como lo haría una buena administración, sino que presionan para que lo hagamos cada vez más rápido. Pum! Pum!”. Como consecuencia, en todo el país, ciudadanos decentes y responsables, seres perfectamente racionales, actuaban de manera arruinadora, casi criminal.¹⁷⁵

De esa manera, la contradicción aguda y aparentemente inconciliable entre el proceso de planificación y las necesidades de las personas a cuyo servicio debería estar el “plan nacional” legalmente ejecutado tenía que terminar tarde o temprano con el derrumbe del sistema socioeconómico del tipo soviético, en lugar de corregir, como se había prometido, los defectos del capitalismo.

6.2 La necesidad de una planificación abarcante

Mas constituiría un craso error concluir, como muchos intelectuales lo hicieron, tanto en el Este como en Occidente, tras el desplome de la “perestroika” de Gorbachov, que la **planificación como tal** no podía tener futuro y, por lo tanto, no podía haber alternativa

175 O. I. Antónov citado en Moshe Lewin, **Stalinism and the Seeds of Soviet Reform: the Debates of the 1960s**, Londres, Pluto Press, 1991, p. 148.

alguna frente a la “economía de mercado”. Durante algún tiempo cierta gente, incluidos los ideólogos de Gorbachov,¹⁷⁶ trataron de postular, bajo el nombre de economía de mercado un sistema económico que no fuese solamente compatible con el socialismo, sino además también idealmente apropiado para este. Prometían instituir el “socialismo de mercado” y afirmaban que su ventaja excepcional era la capacidad de coexistir en plena armonía con la democracia; y, todavía más, que desde su punto de vista constituía una “garantía de socialismo y democracia”. Pero luego se hizo evidente que toda la cháchara sobre las insuperables virtudes de la “sociedad de mercado” en el mejor de los casos no pasaba de ser apenas una manera tímida de propugnar la permanencia absoluta del capitalismo.¹⁷⁷

176 Vadim Medvédev, presidente del Comité de Ideología del Partido Soviético y miembro del Politburó de Gorbachov, fue llamado oficialmente “el jefe ideológico”. Como tal, proclamó que: “Las **sociedades de capitales** no son de ninguna manera contrarias a los principios económicos socialistas. Consideramos que la reorganización a fondo de las **relaciones de propiedad** y la diversidad e igualdad de todas sus formas constituyen una **garantía de la renovación del socialismo**” (Vadim A. Medvédev: “The Ideology of Perestroika”, en **Perestroika Annual**, vol. 2, editado por Abel G. Aganbeyan, Londres, Futura Publications, Macdonald & Co. Ltd., 1990, p. 32.). Proclamó también que el nuevo curso tomado por la economía, con sus relaciones de propiedad reorganizadas al modo capitalista y sus sociedades de capitales, **garantizará el progreso democrático social del país** (*Ibid.*, p. 27). Naturalmente, ninguna de las ilusas proyecciones de los ideólogos de Gorbachov pudo hacerse realidad.

177 En efecto, las teorías sin fundamento real del “socialismo de mercado” y de “la economía de mercado social” cedieron el paso con mucha celeridad también a la defensa de la versión más conservadora del capitalismo neoliberal. Como comentó **The Economist** en tono aprobatorio: “Una economía de mercado sin adjetivos”. Václav Klaus insiste en que eso es lo que se necesita en Checoslovaquia, donde ocupa el cargo de ministro de Finanzas desde comienzos de diciembre. No es para él la “economía de mercado social”, expresión que se ha difundido en todas partes de Europa Oriental. Este economista de 48 años, de hablar gentil y que sonrío seguro de sí mismo, piensa que la mitad de las medidas servirán de muy poco. A fin de

Regresaremos más adelante a la importancia de la planificación para la humanidad en su totalidad, después de explorar algunos aspectos relacionados importantes. Pero a estas alturas debemos subrayar ya que la hostilidad ciega para con la planificación, que nos es familiar a todos, omite algunos hechos históricos incómodos pero innegables. Así, por ejemplo, ignora premeditadamente la inevitabilidad de la planificación bajo determinadas circunstancias, incluso para los países capitalistas más ricos y poderosos. Citemos el informe de primera mano de Harry Magdoff, quien como funcionario gubernamental de planificación tuvo participación destacada en esa empresa:

La necesidad de la planificación central se hizo patente en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las prioridades nacionales eran evidentes (por ejemplo, aviones militares vs. automóviles civiles, tanques vs. refrigeradores domésticos, cuarteles vs. casas para civiles). La planificación central fue el único medio de lograr un milagro industrial. Sin demora se proporcionaron los armamentos, las facilidades

reactivar el mercado con prontitud, Klaus y su ministerio están preparando un gran conjunto de leyes nuevas que permitan el funcionamiento de mercados financieros de tipo occidental (...) Klaus y sus compañeros delegados de Checoslovaquia en Davos estaban ansiosos por distanciarse de las reformas de 1968 [es decir, de la “Primavera de Praga”, I. M.]. Pero se sentían felices ante la posibilidad de hacer amistad con los empresarios occidentales. No andan en busca de ayuda, sino de capital accionario, y parece no preocuparles si ese capital llega a través de empresas mixtas, inversiones en maquinaria y estructuras novedosas o adquisición directa de empresas checas. Como buen friedmanista, Klaus no muestra interés alguno en imponer el resultado de las fuerzas del mercado: su función es mantener estables los precios mientras el comercio va haciendo su trabajo. “Financial Reform in Czechoslovakia: A Conversation with Václav Klaus”, **The Economist**, 10 de febrero de 1990. Para nadie fue sorpresa que al friedmanista Václav Klaus lo promoviesen rápidamente a ocupar el cargo de primer ministro de Checoslovaquia (más tarde República Checa). Ocupó esa posición clave durante largo tiempo, para deleite de los grandes círculos empresariales de las “sociedades de mercado” occidentales.

de transporte, la alimentación, la vestimenta y el alojamiento para las fuerzas militares que combatían en dos continentes. Las autoridades en Washington dictaminaban lo que debía producirse o no producirse (no en todo detalle, pero sí con las instrucciones suficientes para garantizar que se satisficieran las prioridades más urgentes), qué tipo de nueva capacidad productiva debía realizarse, y cómo distribuir el montante insuficiente de metales, suministros industriales, maquinaria metalmecánica, etc. Uno de los desastrosos más lamentables de nuestros días surge de la equiparación del método soviético con la planificación nacional. Las fallas de la planificación al estilo soviético se toman entonces como prueba de que la planificación nacional está condenada al fracaso. Mas no existe ninguna razón para suponer que el modelo soviético es el único posible. Fue un sistema que se desarrolló en circunstancias históricas determinadas. De todos modos, hay que estudiar a fondo sus fallas para evitar que se repitan los errores. (...) [En] la Unión Soviética, la producción por el mero afán de producir, en lugar de la producción para el uso, sustituyó a la producción para el lucro. Si bien la lógica de la acumulación en las sociedades pos-revolucionarias fue muy distinta de la del capitalismo, la dirección de su actividad productiva, inclusive la destrucción del ambiente, se pareció en mucho a los patrones del desarrollo capitalista.¹⁷⁸

El tipo de imperativo que indujo a Estados Unidos a emprender la planificación central no se restringe en lo absoluto a las circunstancias por demás **extraordinarias** de una guerra mundial. Se aplica a todas las grandes emergencias históricas como, por ejemplo, las peligrosas condiciones ecológicas de supervivencia ya vaticinadas como una situación de **normalidad**, para nuestro propio futuro.

Tal cosa ocurre por la simple razón de que el modo de funcionamiento de un sistema integrado por una multiplicidad de capitales —que, por definición, es siempre característico del sistema capitalista privado, independientemente de lo subdesarrollado o lo avanzado— no puede evitar ser **centrífugo**, impulsando los

178 Harry Magdoff, “Are these lessons to be learned?”, **Monthly Review**, febrero de 1991, pp. 13-17.

microcosmos que lo constituyen en diferentes direcciones, sin que importe que dicha “centrifugalidad” produzca consecuencias positivas o negativas. Sin embargo, es evidente que bajo las condiciones de una gran emergencia histórica, como la potencial devastación ecológica a la que acabamos de referirnos, la **determinación interna centrífuga** del sistema, que tiende a la perturbación y a la intensificación de los peligros, debe ser contrarrestada con alguna forma de autoridad que induzca a la cohesión, y si hace falta sea enérgicamente **impositiva**, cuyo poder de intervención debe depender de la naturaleza y la magnitud de los problemas generados por el modo de operación necesariamente centrífugo del sistema capitalista. El tipo de planificación central practicado por los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial constituyó apenas un caso específico de la variedad de formas posibles que tienden a surgir de los imperativos y determinaciones generales de las grandes emergencias bajo circunstancias históricas muy diferentes. En consecuencia, es saludable tener en mente al menos estas consideraciones a la hora de poner en perspectiva el prejuicio ciego en contra de la planificación abarcante que se puso de moda, en particular en la década de los 90.

6.3.3. La estructura de mando jerárquica del capital

Hay varias buenas razones para adoptar una posición más crítica respecto al mensaje autocomplaciente de las teorías económicas neoliberales dominantes de las últimas décadas, a fin de tener una visión más realista del futuro, capaz de idear una alternativa viable a los desarrollos actuales. Pues a fin de cuentas, hasta las palabras tranquilizadoras habituales de **The Economist** parecen ahora ser puestas en segundo plano por los principales teóricos del periódico. Nos invitan, en cambio, a contemplar el hecho nada tranquilizador de que “la producción industrial de los Estados Unidos cayó nuevamente en julio, por décimo mes consecutivo, el período de declinación más prolongado desde 1983. La producción está ahora **más del 4 por ciento por debajo de su nivel máximo**. Pero los Estados Unidos no están solos en esto. **La producción industrial**

está cayendo en todo el mundo".¹⁷⁹ Según **The Economist**, lo que empeora este estado de cosas es que la tendencia recesiva ya innegable en los países capitalistas avanzados —uniformemente mala en todos ellos, por primera vez desde los 90— no puede ser suavizada en la actualidad por una tendencia compensatoria en las llamadas “economías emergentes”, al contrario de 1990 y el período subsiguiente.

En 1990, el crecimiento se mantuvo relativamente activo en las economías emergentes, y sustentaba las exportaciones provenientes del mundo rico. Ahora, sin embargo, el mundo emergente también está en problemas: el año pasado la producción industrial decayó en 10 % o más en varias economías del Asia del Este.¹⁸⁰

Naturalmente, aun en esas circunstancias, cuando es posible admitir públicamente la existencia de graves problemas en todo el mundo, el punto de vista teórico de **The Economist**, a partir del cual se buscan las soluciones, sigue estando cautivo de la perspectiva incorregiblemente cortoplacista del periódico. En consecuencia, la frase final del artículo en el que se enumeran los problemas económicos que crecen en todas partes remata típicamente con las siguientes palabras: “Cuando la Reserva Federal de los Estados Unidos se reúna el 21 de agosto para fijar las tasas de interés, tendrá muchas otras cosas de qué preocuparse, además de la debilidad de la economía norteamericana”.¹⁸¹ Esta no es una línea muy convincente que seguir, en vista del pasado reciente. Pues esperar que las soluciones a los problemas cada vez más profundos de la tendencia recesiva mundial vengan de la **séptima intervención** de la Reserva Federal de los Estados Unidos, después del fracaso dolorosamente

179 “World Economy: Nowhere to Hide. Economies Almost Everywhere are Looking Sick”, **The Economist**, 18-24 de agosto de 2001, p. 64.

180 Ibid. Las cifras más actualizadas de la recesión industrial son: en Malasia, **10 %**; en Taiwan, **12 %**; y en Singapur —que durante mucho tiempo fue considerado un país ejemplar— nada menos que el **17 %**.

181 Ibid.

obvio de su intento de producir mejoras significativas en la economía inactiva mediante **seis intervenciones anteriores**, nada más en los Estados Unidos, no es cosa mucho mejor que creer en brujerías. A fin de cuentas, la estrategia de producir una solución positiva, ilusamente postulada, por medio de la reducción de la tasa de interés clave no había logrado mejoría alguna en la segunda economía más poderosa del mundo, Japón, donde el Banco Central del país estableció la sorprendente **tasa de interés cero**, al tiempo que permitía que la economía se estancase en la elevada **tasa de recesión industrial del 8 %**, peligrosamente alta. Los graves problemas que experimentamos en la actualidad surgen de un nivel de determinaciones socioeconómicas y políticas mucho más profundo del que podría alcanzarse con los instrumentos de los ajustes monetarios y fiscales.

La gran dificultad está en que para poder concebir una alternativa significativamente diferente y viable al problemático orden actual tenemos que adoptar una perspectiva muy a largo plazo. No basta con pensar en ajustes parciales —en el espíritu del famoso consejo de hacer las cosas “poco a poco”— a las condiciones socioeconómicas dadas. En efecto, tampoco resulta suficiente pensar en términos de “derribar el capitalismo” a favor de una sociedad que se ajuste a los parámetros estructurales del difunto orden poscapitalista de tipo soviético. Ya eso ha sido intentado, a costa de gran sacrificio humano, y ha fracasado de manera concluyente, acabando sus días con un derrumbe dramático, no solo en la antigua Unión Soviética, sino también en toda la Europa del Este. Para producir los cambios necesarios, es preciso pensar en una empresa incomparablemente más difícil: la tarea histórica de superar la lógica objetiva del **capital como tal**, mediante un intento sostenido de ir **más allá del propio capital**.¹⁸²

182 La afirmación no fue hecha a posteriori del derrumbe del sistema soviético. Quise analizar al detalle las razones que hacen necesaria la adopción del enfoque mucho más difícil —el de ir más allá del capital— y las condiciones bajo las cuales puede ser llevado a cabo, en un libro con título en inglés **Beyond capital: Towards a Theory of Transitions** Merlin Press, Londres, y Monthly Review Press, Nueva York, 1995, xxvi+994 páginas. (En español, **Más allá del capital: hacia una teoría de la transición**,

Pues el derrocamiento del Estado capitalista y las personificaciones capitalistas privadas del capital no puede crear por sí solo otra cosa que un sistema fatalmente **inestable**, que si no logra ir más allá del capital tarde o temprano deberá revertirse al orden capitalista.

El capital no es nada más un conjunto de mecanismos económicos, como frecuentemente se conceptúa su naturaleza, sino un modo de reproducción metabólica social multifacético y omniabarcante, y que afecta profundamente todos y cada uno de los aspectos de la vida, desde lo directamente material/económico hasta las relaciones culturales más mediadas. Por consiguiente, **un cambio estructural solo resulta factible si se desafía al sistema del capital en su totalidad como un modo de control metabólico social**, y no mediante la introducción de ajustes parciales en su estructura.

Como la experiencia histórica del siglo XX nos lo indica, ambos bandos del movimiento del trabajo —el socialdemócrata/reformista y el posrevolucionario estalinista— fijaron el objetivo de la transformación socialista muy dentro de los límites estratégicos globales del orden establecido y, como consecuencia, no lograron poner a prueba las determinaciones sistémicas del capital y su lógica de autorreproducción. El reformismo socialdemócrata tenía que fracasar, porque pretendía reformar el capitalismo a la vez que aceptaba incondicionalmente sus limitantes estructurales. Así, de modo contradictorio en sí mismo, quería instituir una transformación reformista del capitalismo —en principio incluso hasta el punto de transformarlo, con el paso del tiempo, en socialismo (bajo el lema bernsteiniano del “socialismo evolucionista”)— sin alterar su sustancia capitalista. De igual modo, el sistema socioeconómico posrevolucionario continuó atrapado en la red de las alienantes limitaciones estructurales del capital como tal, si bien instituyó un modo poscapitalista de extracción del plustrabajo por medios directamente políticos, a una tasa impuesta, dando origen así a un nuevo

Caracas, Vadell Hermanos Editores, 2001, xlvi+1154 páginas.). El libro tardó 25 años en ser escrito, y anticipó la restauración del capitalismo en el sistema de tipo soviético a mediados de la década de los 70.

tipo de medio de imposición del imperativo del tiempo del capital (en lugar del anterior, impuesto por el mercado), como conviene al sistema del capital en todas sus formas posibles. Es también esta la razón por la cual todas las tentativas de reforma postestalinistas hubieron de fracasar, incluida la “perestroika” programáticamente reestructuradora de Gorbachov. La contradicción en sí misma de esas tentativas de reforma posrevolucionarias no era menos aguda que la que caracterizó a sus congéneres socialdemócratas de Occidente, ya que estos intentaban “reestructurar” el orden existente sin alterar en lo más mínimo su estructura de mando jerárquica y explotadora.¹⁸³

Así, si la crucial cuestión del poder de control metabólico social del capital no se aborda de manera sustentada, en forma de transformaciones estratégicas omniabarcantes y realizadas sistemáticamente (y no con medidas reactivas más o menos aisladas), entonces hasta la intervención política más radical en una situación de crisis de envergadura —tan trascendental como el derrocamiento del Estado capitalista ya experimentado históricamente en varios países— está condenada a permanecer “unidimensionalmente” inestable y, en última instancia, amenazada. Para poder producir la deseada transformación socialista de la sociedad, es preciso cambiar la **estructura de mando jerárquica del capital**. Tal cambio se hace necesario porque sin él no hay reorientación exitosa de la economía posible, en el espíritu de la **producción para el uso**. Sin embargo, se trata de algo mucho más fundamental que la conquista de los instrumentos de control de los niveles más altos del Estado político, ya que, independientemente de su dimensión, cada componente individual del modo de control metabólico social del capital posee su estructura de mando propia, profundamente arraigada y en procura de su propia ventaja, tradicionalmente orientada a asegurar la **expansión** (sin preocuparse por el uso o la necesidad humana real) y guiada por la **acumulación** (lo cual favorece la adopción de

183 Ver al respecto los capítulos 17 (“Las formas cambiantes del dominio del capital”) y 20 (“La línea de menor resistencia y la alternativa socialista”) de **Más allá del capital**.

sus modalidades más fácilmente alcanzables, aunque resulte extremadamente perjudicial desde el punto de vista ambiental u otros factores). Este es el círculo vicioso que es necesario romper, si de alguna forma se aspira al éxito de los objetivos socialistas proclamados. Pero para lograrlo, hay que sustituir la estructura de mando jerárquica heredada, incluso los microcosmos metabólicos sociales del capital más pequeños, por una alternativa productivamente viable.

6.4 De las predicciones basadas en “leyes económicas que trabajan a espaldas de los individuos” a las anticipaciones de un futuro controlable

Estamos acostumbrados a pensar en la **expansión** y la **acumulación** como si fuesen **inseparables** y, por ello, a aceptar el círculo vicioso paralizador de nuestras condiciones históricamente creadas e históricamente alterables de la existencia socioeconómica como una determinación **natural**. Pero al hacerlo, queda en evidencia que no puede haber **ninguna alternativa** al sistema del capital, ya que sería autoderrotista renunciar a la idea de adecuar la expansión de las necesidades humanas al correspondiente potencial de producción para su satisfacción y, de hecho, también para promover el enriquecimiento de las necesidades humanas a través del desarrollo productivo de la sociedad. Las concepciones utópicas del pasado estaban condenadas a ser fácilmente descartadas, y hasta ridiculizadas, porque cayeron en la trampa de renunciar a la idea de instituir un sistema productivo capaz de expandirse satisfactoriamente en plena armonía con las demandas surgidas de las necesidades humanas en saludable expansión. Lamentablemente, lo hicieron en lugar de cuestionar el círculo vicioso de la inseparabilidad ya mencionado.

En verdad, no obstante, la supuesta relación de inseparabilidad “natural” solo es pertinente en el sistema del capital, ya que bajo el dominio del capital el imperativo de la **acumulación** se reduce, con arbitrariedad e irrevocabilidad históricas, a la **acumulación del capital**. Hasta la acumulación a largo plazo del conocimiento humano tiene que convertirse, de la manera más selectiva y limitante,

en un atributo del capital, en el sentido de que a fin de ser apropiado y reconocido socialmente, así como utilizado productivamente, primero debe adquirir su legitimidad como un **activo del capital**. Y la relación viciada funciona también en sentido contrario, ya que bajo el dominio del capital, el único tipo de expansión que puede ser considerado expansión genuina (o “crecimiento” por lo general sin apelativos) es el que trae consigo la acumulación de activos de capital. Por eso la alternativa a nuestro problemático orden socioeconómico que debemos concebir implica la ruptura del círculo vicioso en cuestión yendo más allá del capital mismo, y simultáneamente la insistencia en la necesaria separación de la expansión (adecuadamente definida) de las limitaciones y restricciones inevitables impuestas por la acumulación del capital.

Naturalmente, la necesaria redefinición de la teoría económica y la política “más allá del capital” implica algunos cambios trascendentales, en comparación con sus formas tradicionales, ya que no es posible suponer que la base material de las **determinaciones cuasinatursales** sobre las que fueron erigidas desde el momento de su nacimiento persistirá bajo tales condiciones tan radicalmente diferentes.

La teoría económica moderna fue concebida originalmente, de manera bastante apropiada, como un enfoque teórico provisto de sus propios principios orientadores adecuados. Ya en el siglo XVIII algunos economistas clásicos, y más explícitamente Adam Smith, expresaron una preocupación legítima por proteger a la nueva ciencia de la economía política de la interferencia de los políticos en particular e, incluso de entes políticos completos, y se estipuló respecto a estos últimos que “ningún consejo o Senado” debía tratar de intervenir en el marco objetivo del desarrollo económico espontáneamente beneficioso.¹⁸⁴ En esa concepción se idealizó la

184 En palabras de Adam Smith: “El estadista que trate de orientar a los individuos privados acerca de la forma en que deberían emplear sus respectivos capitales, no solo se estará embarcando en una empresa muy por encima de sus fuerzas, sino además se arrogará una autoridad que no sería prudente que la detentara una sola persona, y ni siquiera todo un Senado, por sabio que fuese; una autoridad que no podría ser depositada en un lugar

caótica multiplicidad de las interacciones económicas individuales, refiriéndola a la célebre **mano invisible** como una orientación un tanto misteriosa pero siempre beneficiosa para las decisiones individuales.¹⁸⁵ Así, Adam Smith reconoció, aunque de forma idealizada, que el carácter **centrífugo** de la sociedad capitalista carecía de correctivos vitales, para que la caótica multiplicidad de las interacciones económicas entre los “individuos” —en su cuadro caracterizador limitados a los **individuos poseedores de capital**, y quienes, en palabras de Smith emplean “su capital para sostener la industria doméstica”— no se hiciera pedazos como consecuencia de que sus componentes se impulsan en direcciones muy diferentes.

En realidad, las determinaciones centrífugas del proceso de reproducción capitalista no surgen simplemente de las intenciones divergentes de los individuos, sino al mismo tiempo también de los intereses irreconciliables de las clases antagónicas compuestas por los individuos de la sociedad. Hay dos correctivos vitales a la

más peligroso que en las manos de un hombre, tan presuntuoso o autosuficiente como para creerse capaz de ejercerla por sí solo”. A. Smith, **An Inquiry into The Nature and Causes of The Wealth of Nations**, editado por J. R. McCulloch, Adam y Charles Black, Edimburgo, 1863, p. 200.

185 “(...) así como cualquier individuo en particular se esfuerza lo más que puede en emplear su capital para sostener la industria doméstica, y en elegir y seguir el ramo en el que su producción ha de adquirir más valor, cada quien se empeña también, aunque no lo intente directamente, en conseguir que la ganancia anual de la sociedad en común sea lo más alta posible. Es cierto que por lo general nadie se propone intencionalmente promover el interés público, y quizá ni siquiera esté consciente de cuánto lo fomenta. Cuando prefiere la industria doméstica a la extranjera, solo tiene en mente su propia seguridad; al dirigir esa actividad de modo que su producción adquiera el mayor valor posible, solo piensa en su propia ganancia; en este, como en otros muchos casos **es llevado, como por una mano invisible, a promover un fin que nunca estuvo en su intención producir**. (...) porque, al procurar su propio interés personal no es raro que **promueva el la sociedad con más eficacia de lo que lo haría si realmente intentase pensar fomentarlo directamente**”. *Ibid.*, pp. 199-200.

“centrifugalidad” del sistema capitalista, sin ellos peligrosamente destructiva. El primero es el mercado, cuya importancia es reconocida casi universalmente. Mas no ocurre así en el caso del segundo correctivo esencial: el papel más o menos amplio de la intervención practicada por el Estado capitalista. En tal sentido, hasta los defensores del “mercado” más estentóreos —y apasionadamente exagerados— como Hayek y sus seguidores, asumen una posición completamente irrealista, al invitar a los conservadores neoliberales a “hacer retroceder las fronteras del Estado”, cuando en realidad sin lo diametralmente opuesto, es decir, el papel de sostén cada vez mayor que ejerce el Estado, el sistema capitalista no podría sobrevivir ni siquiera por un día.

Por supuesto, el reconocimiento del antagonismo básico entre el capital y el trabajo no podía constituir una parte integrante del escenario de Adam Smith. En parte por esta razón, él podía aún ignorar más o menos el fundamental papel correctivo del Estado; y le era dable hacerlo en parte también porque el Estado capitalista desempeñaba en su época un papel intervencionista mucho menos pronunciado que el que tiene en nuestro tiempo. Sin embargo, en ciertos aspectos, el papel que Smith le atribuyó a la “mano invisible” cumple ambas funciones correctivas, aunque no tan claramente delimitadas. En efecto, la caracterización bastante misteriosa de la “mano invisible” fue consecuencia de la necesidad de fusionar las dos funciones correctivas percibidas de manera no muy precisa, a la vez que quería también proteger los procesos económicos capitalistas espontáneos de la interferencia de la “estulticia presuntuosa” de los políticos. El papel de generador de cohesión del mercado parecía bastante obvio, dada la manera como la “mano invisible” supuestamente orientaba las intenciones de los individuos y promovía al mismo tiempo sus intereses particulares. Sin embargo la naturaleza beneficiosa y eficaz de la “mano invisible” no se limitaba a eso, puesto que también se afirmaba que los individuos eran orientados para “emplear su capital en el sostenimiento la industria doméstica”, que ciertamente constituye una de las funciones correctivas más importantes del Estado capitalista.

En el siglo XX ya no se pudo mantener la definición imprecisa del papel correctivo y protector del Estado. Los economistas tuvieron que asumir una posición **a favor** o **en contra**. El intento de Hayek de idealizar de manera ahistórica la “mano invisible” de Adam Smith y a la vez satanizar la intervención estatal como **el camino a la servidumbre** —como lo plantea el título de su famoso libro de cruzada **The Road to Serfdom**— estaba al servicio de un propósito eminentemente conservador. Mas ni siquiera esa hostilidad pudo negar el carácter objetivo de la propia tendencia condenada. Por el contrario, Keynes asumió una actitud absolutamente positiva al respecto. Contrariamente a sus detractores neoliberales, quienes lo acusan de tener una intención **antiliberal** —aunque de hecho solo se pronunció en contra de la persistencia de las fantasías del **laissez-faire**— Keynes adoptó una visión positiva en relación con la participación del Estado en la gestión económica, incondicionalmente a favor de la supervivencia del capitalismo privado, aunque algunos de sus seguidores trataron de utilizar su enfoque con propósitos reformistas orientados más hacia la izquierda (en general con no mayor éxito que algunos ministros conservadores de la posguerra en Gran Bretaña). Sin embargo, a Keynes le quedó claro que los cambios en las determinaciones y condiciones objetivas del desarrollo económico y político del siglo XX hacían necesario un ajuste correspondiente de la política económica general, como contraste con los tiempos pasados del capitalismo de **laissez-faire**.¹⁸⁶ Esta posición fue elocuentemente expresada en un pasaje importante de su **Teoría general**:

Por ello, si bien a la ampliación de las funciones de gobierno, que supone la tarea de ajustar la propensión a consumir al incentivo para invertir, a un publicista del siglo XIX o a un financiero norteamericano contemporáneo le parecería una espantosa limitación del individualismo, yo, por

186 Ver p. 320 de **The General Theory of Employment, Interest and Money** de John Maynard Keynes, Londres, MacMillan & Co., 1957 (primera edición 1934).

*el contrario, la defendiendo, tanto por constituir el único medio disponible de evitar la destrucción total de las formas económicas existentes, como por ser condición del ejercicio exitoso de la iniciativa individual. (...) Los regímenes autoritarios de la actualidad parecen resolver el problema del desempleo a costa de la eficiencia y la libertad. Es verdad que el mundo no tolerará por mucho tiempo más el desempleo que, aparte de breves intervalos de excitación, va unido —en mi opinión inevitablemente— al capitalismo individualista de nuestro tiempo; pero puede ser posible curar la enfermedad mediante un análisis adecuado del problema, conservando al mismo tiempo la eficiencia y la libertad.*¹⁸⁷

Así, los principales teóricos que adoptaron el punto de vista de la economía capitalista formularon sus concepciones sobre la base de las determinaciones objetivas —de hecho casi naturales— del sistema que favorecían. Si al final se comprobó la absoluta ingenuidad de Keynes en su pronóstico de que “el mundo no tolerará por mucho tiempo más el desempleo inevitablemente unido al capitalismo individualista de nuestro tiempo” (idea que repitieron luego sin demasiada convicción Walt Rostow y otros), no fue simplemente culpa suya como pensador. La esperanzada proyección keynesiana quería genuinamente contrarrestar un **defecto estructural** objetivo del sistema, un defecto que se evidenció con creces —con la derrota, brutal al extremo, del tipo de intervención correctiva compatible con la defensa explícita de las “formas económicas existentes” por parte del propio Keynes— en una etapa posterior del desarrollo y que se autoafirmó de manera irreprimible con el inicio de la crisis estructural del sistema del capital en general.

Las determinaciones cuasinaturales que se manifiestan bajo el dominio del capital son cuasinaturales precisamente porque “trabajan a espaldas de los individuos”, incluidos entre ellos los responsables de la toma de decisiones económicas y políticas. Ello es aplicable también a la manera como pueden introducirse los correctivos antes mencionados, independientemente de lo “conscientes”

187 Ibid., pp. 380-381.

que puedan ser las intenciones de los encargados de la toma de decisiones. La ceguera proveniente de las determinaciones que trabajan a espaldas de los individuos no afecta solamente a los responsables de la toma de decisiones involucrados directamente —con sus previsiones, muchas veces frustradas, en el ámbito del mercado— sino también a los administradores de las varias modalidades de intervención estatal. No cabe duda, esa circunstancia no disminuye el carácter objetivo de los procesos en marcha. Al contrario, tiende a intensificarlos en el sentido de que les confiere a las determinaciones que los individuos deben enfrentar con su conciencia la objetividad más problemática de la **cosificación**. Por eso los grandes pensadores que describen el mundo desde el punto de vista del capital, como Hegel, sueñan con la “identidad sujeto/objeto”, que en principio superaría los obstáculos que se alzan frente a la conciencia.

Paradójicamente, las teorías económicas concebidas dentro del marco de esa objetividad, que se impone “a espaldas de los individuos”, son ayudadas en grado considerable por las determinaciones cuasinaturnales del funcionamiento del sistema. Aunque pensemos que en esa objetividad resulta relativamente útil tan solo como “muletas”, ella es sin embargo importante para posibilitar que los pensadores involucrados identifiquen —aunque con frecuencia bastante unilateralmente— algunas tendencias objetivas importantes y fundamenten en ellas las políticas propugnadas, como base para la toma de decisiones. Sin embargo, una vez que percibimos las condiciones que surgen **más allá del capital**, para el tipo de teorización económica que conocemos las muletas antes disponibles desaparecen de vista. Es decir, algo cualitativamente diferente debe tomar el lugar de las determinaciones cuasinaturnales como marco orientador de la teoría económica y de los procesos prácticos correspondientes al ejercicio de políticas autónomas.

La diferencia se hace clara cuando consideramos la cuestión de la **previsibilidad**. Bajo las condiciones del capitalismo, las determinaciones objetivas del desarrollo se manifiestan como **tendencias** económicas identificables —y en ese sentido específico como “leyes económicas” (razón por la cual se hace necesario introducir el condicionamiento que resalte el carácter cuasinaturnale de esas

determinaciones), en contraste con las leyes mucho más firmes de las ciencias naturales, con su forma incomparablemente más precisa y confiable de previsibilidad— que podrían constituir la base de las **anticipaciones probabilísticas** de consecuencias futuras. Esa cualidad, que es a la vez también una limitante, circunscribe también, para bien o para mal las posibilidades predictivas de las **teorías críticas** y no solo de las producidas por los creyentes a ciegas en las virtudes del sistema establecido. De hecho, las conclusiones y recomendaciones políticas de las teorías críticas y no críticas pueden ser muy diferentes. Pero ambas deben fundamentar sus evaluaciones en las determinaciones cuasinaturales de los acontecimientos en curso. Es así como pueden preverse las tendencias expansionistas o las recesiones, a fin de adoptar las medidas que se juzguen apropiadas para afrontarlas.

Todo esto luce muy distinto cuando pensamos en las teorías económicas factibles más allá del capital. Una vez que se superan exitosamente las limitaciones surgidas de las determinaciones cuasinaturales que se imponen “a espaldas de los individuos”, se van con ellas las consecuencias deterministas que generaron y constituyen el marco de las anticipaciones probabilísticas anteriores. Por consiguiente, en las nuevas teorías las anticipaciones del futuro no pueden considerarse **predicciones** en el sentido anterior. Se convierten en **estipulaciones** con respecto al futuro, que se originan de las decisiones políticas tomadas en un contexto determinado, con base en determinados objetivos establecidos conscientemente por los individuos involucrados, en relación con los recursos materiales y humanos disponibles. En otras palabras, ese tipo de “predicción” es análogo a cuando una organización deportiva como, por ejemplo, la Asociación de Fútbol, estipula y anticipa que un juego en particular deberá comenzar, y comenzará, el sábado a las 3 de la tarde: algo que en principio debe estar dentro de las posibilidades de los participantes.

Así, el hecho de que en la sociedad **más allá del capital** el “determinismo económico” sea dejado atrás trae consigo la consecuencia obligada de que bajo las nuevas circunstancias la teoría económica tiene que hallar una manera muy distinta de relacionar

el **futuro** con el presente. La concepción de la **inercia del pasado** como una **fuerza condicionante del presente** y del **futuro** ya no puede seguir desempeñando su papel tradicional. En consecuencia, la redefinición práctica de las relaciones temporales de la interacción social significa que la toma consciente de decisiones con respecto al futuro, incorporado de manera tangible en los objetivos que los individuos se fijan a sí mismos, se convertirá en la **fuerza orientadora controlable** del presente, en contraposición con el mismo papel desempeñado antes de manera incontrolable por la inercia del pasado.

6.5 Precondiciones objetivas para la creación de una teoría económica no determinista

Naturalmente, no hay forma de articular un nuevo tipo de teoría económica —no determinista— sin que se den algunas precondiciones objetivas, junto con su correspondiente marco de toma de decisiones políticas consciente.

La raíz del problema reside en el hecho de que la teoría económica no determinista, como orientadora de la toma de decisiones consciente, solo resulta concebible cuando las condiciones a las que se refiere, como fundamento de la evaluación de los objetivos perseguidos, son **transparentes**. Las teorías que prevén una solución gracias a la “mano invisible” intentan eliminar el problema en sí decretando una **imposibilidad de transparencia a priori**. Esas teorías pueden adoptar formas extremadamente conservadoras, que buscan transformar en virtud moral el papel que limita a los individuos a una subordinación sin condiciones a los imperativos del sistema del capital. El celo cruzadista de Hayek constituye un ejemplo notable de esa manera de evaluar las cosas. Hayek escribe en un artículo programáticamente titulado “El imperativo moral del mercado”:

*Para posibilitarles a las personas **adaptarse a una estructura que no conocen** (y **cuyos determinantes también desconocen**), debemos permitir que el mecanismo espontáneo del mercado les diga lo que **deben hacer**. (...) Nuestro conocimiento moderno nos indica que los precios son señales*

*que les informan a las personas lo que deben hacer para ajustarse al resto del sistema.*¹⁸⁸ (...) *Las personas deben estar dispuestas a someterse a la disciplina constituida por la moral comercial.*¹⁸⁹

Así, Hayek quiere hacernos creer que al conferirle el estatus de “moralidad” ficticia al imperativo capitalista de subordinar a los individuos a las determinaciones estructurales de un sistema que, en sus palabras, ellos desconocen y que en principio no pueden conocer, y al emplear engañosamente la expresión **deben hacer** (como obligación moral), en lugar de **tienen que hacer**, su mensaje autoritario (según el cual los individuos reacios¹⁹⁰ deben “ajustarse al resto del sistema”) se convierte en sinónimo de defensa de la libertad. Y Hayek prosigue en esa línea de razonamiento y asevera la imposibilidad de transparencia a priori en nombre del “mecanismo espontáneo del mercado” (que, bajo las condiciones favorables a las tendencias monopólicas y las inicuas relaciones de poder correspondientes, no constituye un simple mecanismo ni es espontáneo), aunque se ve obligado a admitir que los principios por él defendidos **nunca han sido justificados racionalmente.**¹⁹¹ Al mismo tiempo, sin la menor preocupación por la ausencia de justificación racional, Hayek nos advierte que la adopción sin reservas de su “moral comercial” (que descarta tajantemente la idea de la **justicia social**

188 Hayek, “The Moral Imperative of the Market”, en Martin J. Anderson, ed., **The Unfinished Agenda: Essays on the Political Economy of Government Policy in Honour of Arthur Seldon**, Londres, The Institute of Economic Affairs, 1986, p. 147.

189 Ibid., p. 149.

190 En el mismo artículo, Hayek se lamenta de “la incapacidad de gran número de personas de aceptar los principios morales que forman la base del sistema capitalista (...) la gran mayoría de la gente (y no estoy exagerando) ya no cree en el mercado”.

191 Ibid., p. 148.

como un **espejismo** ¹⁹² y convierte por decreto en un **deber moral** “aprender la **rígida disciplina del mercado**”) es un “asunto crucial para la futura preservación de la civilización, que debe afrontarse antes de que los argumentos del socialismo nos traigan de vuelta a una moralidad primitiva”.¹⁹³

En realidad, la razón fundamental de la falta de transparencia en nuestro tiempo no radica en el hecho **inalterable** de que la sociedad esté conformada por individuos, sino en la condición **radicalmente alterable** de que éstos están sometidos a fuerzas estructuradas jerárquica y antagónicamente. Las dificultades básicas que enfrentan la teoría económica y la toma de decisiones políticas no provienen de las intenciones divergentes de los individuos particulares —razón por la que deben ser invocados los buenos servicios de la “mano invisible”, mientras nada se dice de la ostensible “mano visible” del Estado, o se la distorsiona tendenciosamente— sino de la naturaleza antagónica de las relaciones sociales prevalecientes. El poder de los individuos **como individuos particulares** —y no como personificaciones de fuerzas sociales que actúan de acuerdo con los imperativos de su “posición social”— es exagerado enormemente, a fin de prejuzgar las cosas a favor de la “mano invisible”. Pero, la razón principal del carácter incorregiblemente viciado de la toma de decisiones, a causa de la opacidad de las determinaciones sociales, puede ubicarse precisamente en su carácter **adversarial**. Así, si queremos sustituir la **opacidad de la objetividad cosificada** por la **transparencia de las relaciones sociales controlables**, tenemos que vencer la inercia fatídica de la **naturaleza adversarial**.

La viabilidad de la toma consciente de decisiones políticas y económicas “más allá del capital” solo es factible sobre esa base. El sometimiento a una **disciplina externa** —bien en nombre de la moralidad ficticia que defiende la **rígida disciplina del mercado** o de la imposición de la extracción **forzada políticamente** del

192 Ibid., p. 146.

193 Ibid., p. 148.

plustrabajo— está, en ese respecto, condenada al fracaso. La única disciplina compatible con la concepción que estamos tratando (es decir, un nuevo tipo de teoría económica —no determinista— desarrollada en conjunción con un marco correspondiente de toma de decisiones políticas consciente) es la **disciplina interna** adoptada por los individuos con base en los objetivos compartidos que ellos mismos han de establecer de una manera no adversarial, sin la presión de determinaciones conflictivas inconciliables. De lo contrario, la conciencia de los individuos se distorsionará incorregiblemente y se transformará en variedades de **falsa conciencia**, pues se verán inducidos a racionalizar y justificar las decisiones que les hayan sido impuestas como si fueran **sus propias** decisiones autónomas, correctas y elogiables.

Una teoría económica no determinista presupone una relación cualitativamente diferente entre la economía y la política en dos sentidos. El primero atañe a la conexión directa entre los dos campos, que podríamos llamar su relación **interna**. Tal cosa se desprende del hecho de que una vez haya sido dejada atrás la preponderancia de las determinaciones y los imperativos materiales y económicos, los procesos tradicionales de toma de decisiones políticas pueden ser redefinidos significativamente de una forma mucho menos unilateral. El segundo sentido, estrechamente relacionado con el primero, tiene que ver con el problema de la superación de la alienación, tanto en la economía como en la política. Puesto que la manera como funcionan los dos campos bajo el gobierno del capital solo puede ser caracterizado como la alienación del poder de tomar decisiones de los individuos —de **todos los individuos**, que tienen que adaptarse al papel alienado que les ha sido asignado como **personificaciones del capital** o **personificaciones del trabajo**. Por eso la noción concerniente a los “individuos soberanos que hacen valer sus intenciones y se esfuerzan por lograr sus intereses particulares en la sociedad de mercado, la única sociedad sustentable”— en plena armonía con el interés de la sociedad como totalidad, gracias a la “mano invisible” benevolente— resulta tan indefectiblemente incapaz de describir

el estado de cosas real.¹⁹⁴ La toma de decisiones, tanto en política como en el campo de la economía está en realidad brutalmente limitada y distorsionada, en correspondencia con los imperativos alienantes de la acumulación del capital y de la expansión a los que ambas deben someterse. Al mismo tiempo, a los individuos como tales se les niega el poder de tomar decisiones, en el sentido de que sus “decisiones” se las predetermina el “poder de las cosas”, en concordancia con la alienación y la cosificación. Así, el cambio cualitativo en la relación entre la economía y la política en el segundo sentido significa la **restitución** a los individuos del poder de tomar decisiones como **individuos sociales** que actúan conscientemente. Es este el único modo posible de reconstituir la unidad de la política y la economía, junto con la armonización del individuo y la toma de decisiones sociales en el sentido significativo del término.

Todo ello tiene implicaciones de gran alcance para el **tiempo** productivamente utilizable de la sociedad, no solo en el sentido ya mencionado de que la redefinición práctica de la interacción social en relación con el **futuro** se convierte en la fuerza orientadora del **presente**, en contraste con el papel alguna vez desempeñado al respecto por la inercia del **pasado**. Igual importancia tiene el cambio que ocurre respecto al tiempo directamente controlable por los individuos como individuos sociales. Como sabemos, bajo el dominio del capital el **tiempo necesario** requerido para expandir la producción y la acumulación del capital les es impuesto a los individuos externamente —mediante la “rígida disciplina del mercado” o a través de las modalidades poscapitalistas de extracción del plus-trabajo— en conformidad con el **imperativo temporal** inmutable del sistema. Sin embargo, mientras más avanzado sea el potencial

194 “El fundamento esencial del desarrollo de la civilización moderna es permitirle a la gente que logre sus propios fines sobre la base de su propio conocimiento, y no se vea limitada por las metas de los demás”. Hayek: *Ibid.*, p. 146. Alguien que hable en estos términos con toda seriedad únicamente puede demostrar que no solo no vive en la “civilización moderna” de la “sociedad moderna”, sino ni siquiera vive en el mismo planeta que el resto de nosotros.

productivo de una sociedad, más despilfarrador resultará manejar así sus relaciones productivas. Pues mucho más allá de la extracción y apropiación del plustrabajo estrictamente regulado y externamente controlado (bajo el capitalismo, equivalente exclusivamente al plusvalor), en una sociedad productivamente avanzada hallamos también la enorme potencialidad positiva del **tiempo disponible** de los individuos, que no puede ser utilizado de inmediato por el modo de control metabólico social del capital con “eficiencia económica” manejable desde afuera.

Naturalmente, no puede existir ninguna razón para que los individuos tengan que sentirse **internamente/positivamente** motivados —condición vital para activar esa dimensión de la riqueza— a depositar su tiempo disponible en el fondo común de sus prácticas productivas y distributivas, si no se encuentran en pleno control de su actividad de vida como individuos sociales. Por eso bajo las condiciones de adversariedad y su necesaria ausencia de transparencia, la riqueza potencialmente inmensa —si bien por naturaleza propia, y para disgusto del capital, definible solo **cualitativamente**— del tiempo utilizable de los individuos tiene que ser despilfarrada en nuestras sociedades, en las que la necesidad de utilizarlo de manera creativa crece lamentablemente día a día. Infelizmente, incluso cuando consideramos la prodigalidad insostenible de nuestro orden metabólico social, tendemos a enfocarnos en el tema de la energía y los recursos materiales primordiales mal utilizados, y a olvidar por completo esta dimensión vital del problema. En contraste, la teoría económica no determinista y el marco correspondiente de toma de decisiones políticas, basados en la activa participación de todos, no resultan posibles si no se desarrolla la gran potencialidad positiva del tiempo disponible de los individuos.

6. 6 Contabilidad socialista y política emancipadora

Volviendo al tema de la planificación como conclusión de este capítulo, cabe resaltar antes que nada la importancia y la gran dificultad de instituir una planificación **abarcante**.

Ya hemos visto que durante la Segunda Guerra Mundial incluso el gobierno del país capitalistamente más poderoso, los Estados

Unidos, tuvo que adoptar la planificación central, a fin de garantizar las condiciones materiales necesarias para vencer a Hitler. Por supuesto, eso aconteció en las condiciones extremas de un estado de emergencia. De no ser así, las determinaciones económicas y sociales del sistema capitalista hacen más problemáticos todos los intentos de establecer la planificación abarcante. Sin embargo, los promotores de la idolatría del mercado distorsionan la cuestión, como si la oposición entre “planificación central” y “escogencia individual” fuese una oposición metafísica atemporal. No obstante, la “escogencia individual” —y la idea asociada de la “autonomía local”— no significa absolutamente nada si las escogencias “autónomas” hechas por los individuos, o los grupos de individuos, a nivel local se ven anuladas por los imperativos materiales del sistema económico y las directrices autoritarias de su estructura de mando general. Si no se introducen los condicionamientos históricos apropiados, la tan preciada oposición entre “planificación y escogencia individual” —así como la oposición entre “crecimiento **versus** no crecimiento”— solo puede ser una **oposición falsa** en beneficio de sí misma.

Bajo circunstancias normales, en la variedad capitalista de nuestro orden reproductivo social no puede haber planificación **abarcante**. Lo que se ratifica cuando las corporaciones semimonopólicas gigantes adoptan una forma de planificación problemática, necesariamente truncada. Su tipo de planificación tiene que ser truncada, porque ellas mismas solo pueden ser **cuasi** monopólicas por gigantescas que sean, ya que nunca pueden acaparar el mercado mundial ni siquiera en su propio ramo de actividad productiva relativamente restringido, y mucho menos en la totalidad. Por supuesto, a nadie sorprende el hecho de que la planificación corporativa incorregiblemente truncada sea idealizada a veces como una planificación plenamente viable en todo sentido, como lo hace John Kenneth Galbraith.¹⁹⁵ Mas esa

195 Ver su libro: **The New Industrial State**, edición revisada y actualizada, Nueva York, 1971.

evaluación del problema no equivale a nada más que una mera ilusión. En efecto, en el caso de Galbraith, la noción crasamente exagerada de la planificación de las grandes corporaciones estaba vinculada incluso con la idea de que —a causa del proceso de planificación supuestamente compartido por la economía soviética en su conjunto y las corporaciones gigantes norteamericanas— bajo las circunstancias dadas los dos sistemas ya estaban en efecto **convergiendo** hacia algo cualitativamente diferente tanto del capitalismo como del socialismo. No hace falta decir que nada podría estar más alejado de la realidad que la ilusa proyección de la “convergencia” de las dos sociedades, como lo ha demostrado claramente el dramático derrumbe del sistema soviético y la subsiguiente restauración del capitalismo en toda la Europa del Este.

El obligado fracaso de la planificación bajo el capitalismo¹⁹⁶ empezó a evidenciarse en Inglaterra durante el gobierno de Harold Wilson, que se formó después de la victoria electoral del Partido Laborista en 1964. En aquel momento Wilson hablaba todavía de “conquistar los puestos de mando de la economía” y hasta inventó un nuevo ministerio económico para lord George Brown, el segundo de a bordo del Partido Laborista. Se suponía que este ministerio introduciría algunos cambios importantes en la administración de la economía inglesa, en sintonía con el proceso de planificación defendido. Sin embargo, sucedió que el intento resultó un completo fracaso, y la aventura tuvo que llegar a un final infeliz. En lugar del gobierno “conquistar los puestos de mando de la economía”, ocurrió

196 Solo sería factible un cambio importante en ese sentido en circunstancias en las que —a causa de algunas crisis económicas y políticas de envergadura— la presión de las masas populares, junto con la buena disposición de las fuerzas más progresistas del cuerpo judicial estatal, pudieran contrarrestar con contundencia y por el tiempo necesario la obvia hostilidad de los círculos comerciales dominantes para con la intervención reguladora abarcante. Pero, evidentemente, una situación tal se parecería al estado de emergencia experimentado durante la Segunda Guerra Mundial, aunque en menor escala.

lo diametralmente opuesto: los “puestos de mando” de las grandes empresas conquistaron al gobierno y lo obligaron a abandonar completamente las antiguas ideas de reforma socialdemócrata. Con ello se anunciaba la transformación del Partido Laborista en “amigo del comercio”, según las orgullosas palabras de su líder actual.

En el transcurso del desarrollo histórico del capital, y en especial en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, el significado original de **economía** como **economizar** ha sido borrado por completo por el imperativo del proceso de autorreproducción siempre en expansión del sistema. Como ya se dijo, la expansión bajo el dominio del capital siempre estuvo subordinada al imperativo de la acumulación del capital para el cual —desde el punto de vista del sistema— no pueden existir límites. El fracaso en lograr el “crecimiento” en ese sentido atrofiado, como una “expansión de los activos del capital siempre expandibles”, es considerado con absoluta aflicción como una violación de la lógica interna del sistema. La idea de introducir conscientemente restricciones reguladoras a la acumulación del capital, en pro del desarrollo sustentable, fue —y lo será siempre— descartada como algo absolutamente destinado al fracaso. Las determinaciones sistémicas casi naturales del capital no lo tolerarían. Así la “economía” se convierte en sinónimo de “todo cuanto sea propicio para la expansión o acumulación continuas”, independientemente de las consecuencias humanas y ambientales, lo que excluye el **economizar** como un concepto inútil y hasta hostil. Por eso hay que rechazar categóricamente la planificación abarcante como correctivo necesario, incluso si ese rechazo **apriorístico** es embellecido ideológicamente —desde Ludwig von Mises¹⁹⁷ hasta Frederick von Hayek y sus seguidores— como “sentido común” irrefutable.

197 Ver su libro sobre socialismo: **Socialism**, New Haven, Yale University Press, 1951,

Sin embargo, está claro que las consecuencias destructivas del proceso de reproducción del capital¹⁹⁸ no pueden ser corregidas sin el redescubrimiento del significado original de la economía como el necesario economizar de la buena administración en un mundo de recursos finitos, y sin su única aplicación consciente y factible mediante la planificación abarcante. El despilfarro extremo de nuestro modo de control metabólico social existente —con respecto tanto a la utilización de recursos materiales no renovables como al peligroso impacto de los procesos de producción de capital y de sus productos irresponsablemente subutilizados en el medio ambiente global— empeora con el transcurso del tiempo, sin que exista ninguna evidencia de que se aborden las determinaciones subyacentes en la escala necesaria. Hasta los intentos más limitados de planificar alguna mejoría en un solo campo, como por ejemplo la reducción de las emisiones nocivas hacia la atmósfera mediante las “buenas intenciones” del protocolo de Kyoto, son rechazados sin miramientos por el país capitalista más poderoso.

El problema está en que abordar la necesidad de una planificación abarcante no constituye simplemente una cuestión de **escala** (parcial en su aplicación a ciertas ramas de la industria por parte de algunas corporaciones, por ejemplo, en contraposición a su aplicación en todo el territorio nacional), y ni siquiera de **duración** del proceso (necesariamente **temporal** bajo el capitalismo, en el sentido de que debe restringirse a los estados de emergencia, por graves que sean). Más importante aún es que el compromiso con la planificación abarcante pone inevitablemente en agenda el desafío de concebir un modo de reproducción metabólico-social **alternativo**, al menos por implicación. Ya que, dadas las condiciones bajo las cuales puede surgir el problema en sí, incluso las medidas parciales positivas de la intervención reguladora —que antes que nada tienden a ser predominantemente **contramedidas** a las determinaciones casi naturales del capital— permanecen en peligro constante, bajo la

198 Idealizado por muchos, incluido Schumpeter, como “destrucción productiva”, cuando en realidad la “**producción destructiva**” se va haciendo cada vez más dominante.

amenaza de una reversión total e incluso de la restauración capitalista a plena escala, a menos que se amplíen exitosamente de manera que terminen siendo los ladrillos del edificio de un modo **radicalmente diferente** de manejar el intercambio de los individuos entre sí y con la naturaleza. El derrumbe del sistema de tipo soviético, con su proceso de planificación autoritario, enfrentado con métodos relativamente poco ortodoxos por los productores, ofrece una prueba elocuente de la veracidad de esta proposición.

Naturalmente, no puede haber economía en el sentido significativo de economizar sin una forma de contabilidad prácticamente viable. Contrariamente a la “contabilidad económica” estrictamente cuantificadora del capital —y que pretende ser la única “económicamente aceptable”, y de hecho la “distribuidora de los recursos escasos” ideal, cuando en realidad favorece por igual la forma más extrema de despilfarro, en conformidad con los imperativos de la acumulación del capital— la **contabilidad socialista** de la planificación abarcante debe operar basándose en la restauración en la práctica social de la **dialéctica de la cantidad y la calidad**, que fue destruida gracias al despliegue universal de la vendibilidad, la alienación y la cosificación. En tal sentido, la contabilidad socialista debe estar **orientada hacia la calidad**, aun cuando tenga que evaluar las cantidades disponibles para la distribución entre actividades alternativas y propósitos legítimamente diferentes.

No disponemos de suficiente tiempo para explorar de manera adecuada la gran variedad de aspectos complicados, y a menudo distorsionados por razones ideológicas,¹⁹⁹ de la necesaria orientación hacia la calidad de la contabilidad socialista. Sin embargo, se impone al menos una breve mención de algunos de ellos.

El primero tiene que ver con el aspecto de la **producción para cubrir las necesidades**, en nítido contraste con la sumisión hoy predominante y el rechazo ampliamente difundido de incluso las necesidades más elementales de la inmensa mayoría de la humanidad,

199 El lector interesado puede encontrar una exploración de estos asuntos, **passim**, en los capítulos 14 al 20 (pp. 522-870) de mi libro **Beyond capital**. (En español, pp. 605-1003 de **Más allá del capital**.)

al servicio de los dictados interesados de la producción “económicamente viable”. Es decir, la determinación del proceso de distribución y consumo se está dando en la dirección errónea. En vez de partir de la demanda real basada en las necesidades para llegar a la determinación de las metas productivas, los objetivos fijados capitalistamente atan a las aspiraciones humanas frustradas a su lecho de Procusto: las aspiraciones humanas frustradas. La gente tiene que conformarse con lo que pueda obtener, si es que logra obtener algo. Y para empeorar aún más las cosas, todo se hace en conjunción con la ideología risible de la “soberanía del consumidor”.

Otro aspecto de nuestro problema puede definirse como la **producción de valores de uso** en contraposición al predominio de los **valores de cambio** que pueden ser trasladados con facilidad a la cuantificación mecánica y la contabilidad basada en las ganancias. En este caso también deben prevalecer los canales del sistema de producción preestablecidos, sin importar lo despilfarrador que pueda resultar un manejo así de la administración de los recursos humanos y materiales. Más aún, en las décadas recientes en efecto la situación ha venido empeorando en ese respecto, con el desenvolvimiento de la crisis estructural del capital. Por eso estamos ante una **tasa decreciente de utilización** de productos, servicios y maquinaria productiva, aunque no es posible negar la necesidad de justamente todo lo contrario, es decir, **tasas crecientes de utilización**, a fin de satisfacer la demanda proveniente de incontables millones que tienen que sobrevivir con menos de **un dólar** diario.

Cabe mencionar también en ese contexto el problema quizás más inmediato y urgente, que amenaza en todas partes con la desestabilización social y hasta posiblemente la explosión social: el cáncer del **desempleo** creciente. Un enfoque estrictamente cuantitativo del capital no sería siquiera capaz de percibir la naturaleza real del problema, ni mucho menos de resolverlo. En el mejor de los casos podría transformar parte del desempleo en variedades de **subempleo**, lo cual sería imposible que funcionase a largo plazo. Por eso todas las soluciones proyectadas terminaron siendo ilusorias e insostenibles, como por ejemplo el programa de **“Pleno empleo en una**

sociedad libre”²⁰⁰ propuesto por el “Padre del Estado del Bienestar”, lord Beveridge, y concebido en el espíritu keynesiano. En un mundo en el que el trabajo tiene que ser considerado un “costo de producción” cuantificable, los correctivos solo pueden ser temporales/ coyunturales, sujetos a los imperativos de la acumulación del capital —al menos relativamente intacta— como sucedió durante las dos décadas y media de expansión de la posguerra. El intento reciente de resolver el problema del desempleo mediante la **inestabilidad** —que verdaderamente resulta ser el modo más cruel de inestabilizar al ser humano— solo puede camuflar un fracaso cuyo impacto está destinado a hacerse cada vez peor en el futuro cercano.

Evidentemente, en todos estos aspectos no es posible lograr nada acorde con la importancia de los problemas mismos sin reorientar drásticamente la contabilidad social hacia la **calidad**, en el interior del marco de la planificación abarcante de los objetivos acordados y administrados conscientemente, funcionando en armonía con el personal —los “productores libremente asociados”— involucrado más activamente en el manejo de sus propias actividades. Hay que tomar en consideración también en este caso el famoso principio marxiano de la distribución, que sostiene que en una sociedad socialista avanzada los individuos trabajarán según sus **capacidades** y recibirán del producto social general **según sus necesidades**,²⁰¹ puesto que ese principio muchas veces es interpretado con unilateralidad burocrática, ignorando el énfasis que Marx puso en la **autodeterminación de los individuos**, sin la cual “trabajar según sus **capacidades**” significa muy poco, si es que acaso significa algo. Así, los dos términos claves de la definición marxiana —es decir, **la capacidad y la necesidad individuales**— solo pueden adquirir su verdadero significado en el marco de una **contabilidad cualitativa**. Es eso lo que establece los parámetros de

200 **Full Employment in a Free Society**, título de un influyente libro de lord William Beveridge.

201 Ver Marx, **Crítica del Programa de Gotha**.

un proceso de planificación abarcante viable en la práctica y factible tan solo en una perspectiva de largo plazo.

Naturalmente, subrayar la importancia de una perspectiva a largo plazo no significa que podamos ignorar “el aquí y el ahora”. Por el contrario, si queremos concebir realísimamente una **transición**²⁰² hacia un orden social diferente a partir de las determinaciones del presente, tenemos que ocuparnos de un horizonte mucho más amplio que el acostumbrado. La perspectiva a largo plazo se hace necesaria, porque la meta real de la transformación solo puede establecerse dentro de ese horizonte. Además, si no se identifica la meta apropiada el viaje carecería de norte, y por consiguiente los involucrados podrían desviarse fácilmente de sus objetivos vitales. Por otra parte, la comprensión de las determinaciones objetivas y subjetivas de “el aquí y el ahora” resulta igualmente importante, pues la tarea de instituir los cambios necesarios se define ya en el presente, en el sentido de que a menos que comience a realizarse “justo aquí y ahora”, aun cuando momentáneamente fuese de manera modesta —con plena conciencia de las limitaciones existentes, así como de las dificultades para sustentar el viaje en su horizonte del tiempo más distante— no llegaremos a ninguna parte. Aunque no deberíamos alentar irresponsablemente una acción precipitada y prematura, no podemos excluir el riesgo de la prematuridad, pues se estaría emprendiendo esa empresa tan fundamental y difícil que es instituir un cambio estructural trascendental, aunque los individuos interesados actúen de la manera más responsable posible. La verdad es que si nos quedamos esperando **las condiciones favorables** y **el momento adecuado** no lograremos nada.

Quienes abogan por un cambio estructural trascendental deben estar siempre conscientes de las restricciones que habrán de enfrentar. Al mismo tiempo, tienen que estar alertas para no permitir que esas restricciones se congelen y se conviertan en la fuerza paralizante de alguna “ley objetiva” ficticia que pueda desviarlas de sus objetivos declarados. El proceso de planificación factible en “el aquí

202 El subtítulo de mi libro, “**Más allá del capital**”, es con buena razón “Hacia una teoría de la transición”.

y el ahora” constituye un notable ejemplo. Como acertadamente lo subrayó Harry Magdoff, tanto en lo tocante a las dificultades objetivas inevitables como a su transfiguración fetichista:

Obviamente, el tamaño y las capacidades de la fuerza laboral, la cantidad y la calidad de la tierra cultivable, la potencial oferta de materias primas, las herramientas y demás equipos disponibles, los medios de transporte y comunicación, todos esos elementos establecen fuertes limitantes en cuanto a lo que podría lograrse en determinado momento. Cada paso de la planificación, a nivel nacional y a nivel local, debe tomar en consideración las limitantes prácticas. Una fábrica de aluminio que carezca de una fuente adecuada de energía eléctrica sería inútil. Una industria química requiere por lo general de mucha agua. Una acería debe tener a su disposición fuentes de carbón combustible y mineral de hierro. En los niveles más elevados de la planificación, hay que tener constantemente en cuenta distintos balances y proporciones, como, por ejemplo, entre la industria y la agricultura, los bienes de producción y los de consumo, las industrias de extracción y las de producción, las necesidades de transporte y la distribución, el ingreso de los consumidores y la oferta de bienes de consumo. ¿Pero qué tienen que ver los límites objetivos con las “leyes económicas objetivas” del socialismo? Aquí llegamos al quid de la cuestión. El efecto de confundir las limitantes y restricciones con las leyes obscurece, y hasta se podría decir oculta, los problemas básicos y los aspectos políticos de una transición socialista.²⁰³

Por supuesto, las limitantes y dificultades asociadas al intento histórico de llevar una sociedad en buena medida subdesarrollada de 1.300 millones de personas (es decir, 55 Venezuelas) al nivel de producción alcanzado por los países industrialmente más avanzados tienen que resultar enormes desde cualquier punto de vista. Es comprensible, entonces, que los registros históricos muestren avances interrumpidos por graves reveses y frustraciones.

203 Harry Magdoff, “China: New Theories for Old”, **Monthly Review**, mayo de 1979, pp. 5-6.

Hay que intentar muchas cosas, bajo circunstancias de fuertes limitantes y en medio de la hostilidad externa, que probablemente se harán mayores en el futuro. Vistos desde lejos, esos problemas parecerán a veces muy difíciles de resolver. Vale la pena recordar en este contexto un antiguo refrán, citado con tono aprobatorio por el fallecido dirigente chino Deng Hsiao Ping, según el cual “**el color del gato**” no importa —o sea que no debe preocuparnos el hecho de que sea capitalista o socialista— “**con tal de que cace ratones**”. A primera vista, eso puede considerarse bastante razonable. Pero también, podríamos caer en la tentación de preguntar: ¿y qué ocurriría si las políticas adoptadas terminan en una plaga de ratas gigantes, en forma de **desempleo estructural masivo**, en vez de la feliz captura de los ratones? Llamar a las innegables limitantes y peligros existentes “las leyes objetivas del socialismo”, como se hizo en el artículo criticado por Magdoff, no sirve de ningún consuelo en ese respecto.²⁰⁴ Se necesita la lógica tan peculiar de **The Economist** para admitir, por una parte, que la migración rural hacia las ciudades en China causaría “una crisis de desempleo con consecuencias sociales y políticas de largo alcance”, y por la otra, defender en el mismo párrafo la adopción de esa política potencialmente explosiva, insistiendo en que “China necesita mantener bajos sus costos laborales permitiéndole a su población rural trabajar libremente en las áreas urbanas”.²⁰⁵

Para nosotros, la procura del objetivo estratégico socialista de la planificación abarcante, como manera de superar los peligros ecológicos, entre otros que debe afrontar la humanidad —no en un futuro lejanísimo, sino hoy mismo— continúa siendo más válida que

204 El economista chino Han Deqiang, en una conferencia dictada en el taller del Grupo de los Verdes del Parlamento Europeo acerca de “La entrada de China a la OMC”, llevado a cabo en julio de 2001, pinta un cuadro deprimente del impacto negativo del capital occidental en los desarrollos económicos de China. Ver “The Advantages and Disadvantages of China’s Accession to the WTO”, disponible en Internet.

205 “China’s Economy: Persuading the Reluctant Spenders”, **The Economist**, 25-31 de agosto de 2001, p. 54.

nunca. Nadie negará que los cambios que se requieren para la tan necesaria transición hacia una sociedad más allá del capital son de tal dificultad que su realización casi raya en lo imposible. La teoría económica, que respeta el peso de las limitantes objetivas pero se niega a someterse a sus determinaciones fetichistas, y por consiguiente trabaja de la mano con la política emancipadora, puede contribuir de manera vital al éxito de esa empresa.

Capítulo 7: El desafío del desarrollo sustentable y la cultura de la igualdad sustantiva²⁰⁶

A la memoria de Daniel Singer, con quien a menudo conversé acerca de la insostenibilidad de nuestro orden de desigualdad estructural.

7.1 Adiós a la “libertad-fraternidad-igualdad”

Hay dos proposiciones estrechamente conectadas que son centrales en esta intervención. La primera es que si el desarrollo en el futuro no es un desarrollo sustentable no habrá entonces ningún desarrollo significativo, sin que importe lo mucho que lo necesitemos; sino tan solo se darán intentos frustrados de tratar de cuadrar el círculo, como ha venido ocurriendo en las décadas recientes marcadas por teorías y prácticas “modernizadoras” cada vez más elusivas, que los voceros de las antiguas potencias coloniales le recetan condescendentemente al llamado “Tercer Mundo”. Y la segunda proposición, corolario de la anterior, es que la condición inseparable de la procura de un desarrollo sustentable es la realización progresiva de la igualdad sustantiva. En este contexto cabría subrayar también que los obstáculos que hay que vencer podrían resultar mucho más fuertes. Porque hasta el día de hoy la cultura de la desigualdad sustantiva sigue dominando, a pesar de los esfuerzos, en general bastante débiles, por contrarrestar el dañino impacto de la desigualdad social implementando en la esfera política algún mecanismo de igualdad estrictamente formal.

Bien podríamos preguntarnos: ¿qué pasó en el transcurso del desarrollo histórico subsiguiente con las nobles ideas de

206 Conferencia dictada en el Foro Cultural de los Parlamentos de América Latina “Cumbre sobre la deuda social y la integración latinoamericana” efectuada en Caracas, Venezuela, del 10 al 13 de julio de 2001.

libertad-fraternidad-igualdad proclamadas en la época de la Revolución Francesa y en las que tantos siguieron creyendo genuinamente durante largo tiempo después? ¿Por qué había que descartar a la vez la **fraternidad** y la **igualdad**, a menudo con ostensible desdén, y reducir la **libertad** al frágil esqueleto del “derecho democrático al voto”, ejercido por un número de personas que disminuye escépticamente en los países que gustan de autodescribirse como “modelos de democracia”?²⁰⁷ Y no son estas, ni remotamente, las únicas malas noticias. Porque, como lo demuestra ampliamente la historia del siglo XX, hasta las escasas medidas de igualdad formal son consideradas muchas veces un lujo insostenible, y son anuladas descaradamente mediante prácticas políticas corruptas y autoritarias, o ciertamente por intervenciones dictatoriales procuradas de manera abierta.

Después de más de todo un siglo de promesas de eliminar —o por lo menos de reducir apreciablemente— la desigualdad, mediante la “tributación progresiva” y otras medidas legislativas estatales, asegurando así las condiciones del desarrollo socialmente viable a todo lo ancho del mundo, lo que vino a caracterizar la realidad fue la desigualdad cada vez mayor no solamente entre el “norte desarrollado” y el “sur subdesarrollado”, sino incluso dentro de los países capitalistamente más avanzados. Un reporte reciente del Congreso de los Estados Unidos (que no podría ser acusado de “inclinación

207 Baste con pensar en dos ejemplos recientes: (1) la privación en la práctica de los derechos de incalculables millones de personas, debido a la apatía o a la manipulación, y la farsa electoral que presenciamos luego de la elección presidencial en los Estados Unidos, y (2) la participación más baja que nunca de votantes en las elecciones generales de junio de 2001 en Inglaterra, que produjo una mayoría parlamentaria grotescamente inflada de 169 representantes para el partido de gobierno con los votos de menos del 25 % del electorado. Los voceros del partido vencedor alardearon, negándose a escuchar el claro mensaje de advertencia del electorado, de que el “Nuevo Laborismo” había conseguido una “victoria arrasadora”. Shirley Williams comentó sagazmente, haciendo un juego de palabras con la expresión en inglés para “arrasadora” (**land-slide**, literalmente “alud de tierra”) que la votación había sido más bien un **mud-slide** (“alud de lodo”).

izquierdista”) admitía que el ingreso del **1 %** de la capa más alta de la población americana excede hoy día al del **40 %** de la más baja;²⁰⁸ una cifra que en las dos últimas décadas **duplicó** al “solamente” 20 % anterior, con todo y lo escandalosa que ya era esa cifra más baja. Esos desarrollos regresivos marchaban de la mano con el planteamiento inicial de una falsa oposición entre “igualdad de resultados” e “igualdad de oportunidades”, para entonces abandonar incluso las alabanzas hipócritas alguna vez rendidas a la idea (nunca realizada) de la “igualdad de oportunidades”. Y no se trata de que ese tipo de resultados finales se pueda considerar sorprendente. Porque una vez que el “resultado” socialmente desafiante es sacado arbitrariamente del cuadro para oponerlo a la “oportunidad”, esta última queda vaciada de todo contenido y, a cuenta del término “igualdad”, carente de objeto y totalmente vacío (y para peor: **negador del resultado**), se ve convertida en la justificación ideológica de la negación efectiva en la práctica de toda oportunidad real para quienes la necesitan.

Hubo una vez en que los pensadores progresistas de la burguesía creciente predicaban optimistamente, como lo hizo una gran figura de la escuela histórica de la Ilustración escocesa, Henry Home, que la dominación de un ser social por otro sería recordada en el futuro como un mal sueño, porque “la Razón, recobrando su autoridad soberana, proscibirá de un todo el hostigamiento, y dentro de un siglo ya se considerará extraño que el hostigamiento haya prevalecido alguna vez entre los seres sociales. Quizá hasta se ponga en duda que haya sido puesto en práctica seriamente”.²⁰⁹ Irónicamente, sin embargo, a la luz de la manera como han venido resultando realmente las cosas, lo que hoy nos parece bien difícil de creer es que los representantes intelectuales de la burguesía en ascenso pudieran haber razonado alguna vez en semejantes términos. Porque un gigante de la Ilustración francesa del siglo XVIII, Denis Diderot, no

208 Ver David Cay Johnston, “Gap Between Rich and Poor Found Substantially Wider”, **New York Times**, 5 de septiembre de 1999.

209 Henry Home (lord Kames), **Loose Hints upon Education, chiefly concerning the Culture of the Heart**, Edimburgo y Londres, 1781, p. 284.

vaciló en aseverar con gran radicalismo social que **“si el jornalero está en la miseria la nación misma es miserable”**.²¹⁰ Igualmente Rousseau, con extremo radicalismo y mordiente sarcasmo, describía al orden de dominación y subordinación social prevaleciente de esta manera:

Los términos del pacto social entre esos dos estados de los hombres se pueden resumir en pocas palabras: “Tú me necesitas, porque yo soy rico y tú eres pobre. Por lo tanto llegaremos a un acuerdo. Yo te permitiré tener el honor de servirme, con la condición de que tú me concedas lo poco que te queda, en retribución del esfuerzo que me costará el mandarte.”²¹¹

En el mismo espíritu, el gran filósofo italiano Giambattista Vico insistía en que la culminación del desarrollo histórico será “la era de la humanidad en la cual todos los hombres se reconozcan como **iguales en la naturaleza humana**”.²¹² Y con mucha anterioridad Thomas Münzer, el líder anabaptista de la revolución campesina alemana, precisó en su panfleto contra Lutero la causa fundamental del avance del mal social en términos muy tangibles, diagnosticándolo como el culto a la vendibilidad y la alienación universales, para concluir su discurso diciendo lo intolerable que era “que toda criatura haya de ser **transformada en propiedad**: los peces del agua, las aves del aire, las plantas de la tierra”.²¹³ Era esa una identificación visionaria de lo que iba a desenvolverse con una

210 Artículo de Diderot sobre **Journalier** en la **Encyclopédie**.

211 Rousseau, **A Discourse on Political Economy**, Everyman edition, Londres, s.d., p. 264. Rousseau también afirmó categóricamente que **“la libertad no puede existir sin la igualdad”**, **The Social Contract**, Everyman edition, p. 42.

212 Vico, **The New Science**, traducido de la 3ª edición (1774), Doubleday & Co., Nueva York, 1961, p. 3.

213 Thomas Münzer, **Hochverursachte Schutzrede und Antwort wider das geistlose, sanftlebende Fleisch zu Wittenberg, welches mit verkehrter Weise durch den Diebstahl der heiligen Schrift die erbärmliche**

fuerza voraz en el transcurso de los tres siglos siguientes. En cuanto a los paradójicos logros de las expectativas utópicas prematuras, ella presentaba, desde la perspectiva de las estructuras mucho menos firmes de los primeros desarrollos capitalistas, una visión mucho más clara de los peligros por venir de la que pudieron tener los participantes directamente involucrados en las vicisitudes de las fases más avanzadas. Porque una vez que triunfó la tendencia de la vendibilidad universal, en sintonía con los requerimientos internos de la formación social del capital, lo que a Münzer ya le parecía una crasa violación del orden natural (y que, como sabemos, con el correr del tiempo terminó poniendo en peligro la existencia misma de la humanidad), a los pensadores que se identificaban incondicionalmente con las restricciones creadas históricamente (y en principio igualmente eliminables) del orden social plenamente desarrollado del capital les parece obviamente natural, inalterable y aceptable. Así, los cambios en la perspectiva histórica hacen que muchas cosas se vuelvan opacas y borrosas. Hasta el crucial término “libertad” se ve reducido a su esencia alienada, y se le saluda como la conquista del “poder de venderse libremente” a través de los presuntos “contratos entre iguales”, en oposición a las restricciones políticas del orden feudal, pero ignorando, e incluso idealizando, las fuertes restricciones materiales y sociales del nuevo orden. En consecuencia, el significado original de “libertad” e “igualdad” es cambiado a determinaciones abstractas que se autosostienen de manera circular,²¹⁴ y convierten así a la idea de “fraternidad” —el tercer miembro de las nobles aspiraciones alguna vez solemnemente proclamadas— en algo de hecho totalmente redundante.

Christenheit also ganz jämmerlich besudelt hat (1524), citado por Marx en su ensayo acerca de **La cuestión judía**.

214 En otras palabras, terminamos en una doble circularidad, producida por el desarrollo histórico real más inicuo: la “libertad” queda definida como “igualdad contractual” (postulada así en abstracto, pero en su sustancia real definitivamente ficticia), y la “igualdad” es vaciada hasta el impreciso desiderátum de una “libertad” de aspirar a que le sea concedida nada más que la “igualdad de oportunidades”, proclamada formalmente, pero socialmente anulada.

7.2 El fracaso de “la modernización y el desarrollo”

Es este el tipo de espíritu que tenemos que enfrentar en la actualidad, a menos que estemos dispuestos a resignarnos a aceptar el **estatus quo**, y con él la expectativa de continuar con la parálisis social y la definitiva autodestrucción humana. Porque quienes resultan ser los beneficiarios del sistema de flagrante desigualdad hoy prevaleciente entre las zonas “desarrolladas” y “subdesarrolladas” del mundo, no vacilan en imponer, con sumo cinismo, el impacto de su irresponsabilidad interesada —como lo han hecho muy recientemente en el arbitrario abandono de los protocolos de Kyoto y otros imperativos ambientales— insistiendo en que los países “del Sur” deberían permanecer estancados en su nivel de desarrollo presente, o de lo contrario estarían autoasignándose un tratamiento “injustamente preferencial”. ¡Y tienen el brío de hablar en nombre de la igualdad! Al mismo tiempo se niegan también a ver que la “línea divisoria entre el Norte y el Sur” constituye un grave defecto estructural del sistema en su conjunto, que afecta a cada país en particular, incluido el propio, aunque por los momentos lo haga en mucho menor grado que con respecto al llamado “Tercer Mundo”. Sin embargo, la tendencia en cuestión está lejos de resultar tranquilizadora ni siquiera para los países capitalistamente más avanzados. Como ilustración podríamos agregarles aquí a las cifras según las cuales en los Estados Unidos el ingreso del 1 % de la población sobrepasa el del 40 % de la restante, las que hablan del alarmante aumento de la pobreza infantil en Inglaterra: en las dos últimas décadas, según las estadísticas más recientes, el número de niños que viven por debajo de la línea de la pobreza se ha multiplicado **por tres** en el Reino Unido, y continúa creciendo cada año.

La dificultad para nosotros es que el ver esos aspectos desde una perspectiva **a corto plazo**, cómo los órganos culturales y políticos dominantes necesariamente los retratan, trae consigo la tentación de seguir “el camino más fácil”, que no conduce a ningún cambio significativo. El argumento asociado con esta manera de evaluar lo que está en juego es que “los problemas se resolvieron por sí solos en el pasado; harán lo mismo también en el futuro”. No podría

existir mayor falacia que la de esa línea de razonamiento, aunque les convenga muchísimo a los beneficiarios del **estatus quo** que no pueden hacerles frente a las explosivas contradicciones de nuestra difícil situación en el largo plazo. Pero, como nos lo siguen recordando los preocupados científicos del movimiento ecológico: “el largo plazo” ya no es, de ninguna manera, tan largo ahora, pues las nubes de una catástrofe ambiental se van oscureciendo en nuestro horizonte. Cerrar los ojos no ofrece ninguna solución. Ni tampoco deberíamos dejarnos engañar por la ilusión de que el peligro de las colisiones militares devastadoras ya le pertenece irremisiblemente al pasado, gracias a los buenos oficios del “nuevo orden mundial”. Los peligros en este respecto son tan grandes como siempre, si no mayores, puesto que el derrumbe del sistema soviético no ha resuelto ni una sola de las contradicciones y antagonismos subyacentes. El reciente anuncio del abandono de hasta los frágiles y limitados acuerdos sobre el armamento del pasado, y la prosecución aventurera del proyecto de pesadilla de “el hijo de la guerra de las galaxias”, con la más precaria de las explicaciones posibles para instalar ese armamento “contra los estados malvados”, representan una firme advertencia al respecto.

Durante mucho tiempo se esperaba que creyésemos que todos nuestros problemas se solucionarían felizmente mediante el “desarrollo” y la “modernización” socialmente neutrales. Se suponía que la tecnología superaría por sí sola todos los obstáculos y dificultades concebibles. En el mejor de los casos se trataba de una ilusión impuesta sobre todos aquellos que, a falta de alguna salida para su propio papel activo en la toma de decisiones, procedieron a la esperanza de que se van a dar importantes mejoras en sus condiciones de existencia, tal y como se les prometió. Tuvieron que descubrir, gracias a la amarga experiencia, que la panacea tecnológica no era sino una interesada evasión de las contradicciones por parte de quienes llevaban las riendas del control social. Se suponía que la “revolución verde” en la agricultura resolvería de una vez por todas el problema mundial de la hambruna y la desnutrición. En cambio, creó corporaciones monstruo, como “Monsanto”, que afincaron su poder a todo lo largo del mundo de manera tal que ahora haría falta

una acción radical de envergadura para erradicarlas. Pero hasta el presente se le sigue haciendo propaganda a la ideología de los correctivos estrictamente tecnológicos, a pesar de todos los fracasos. Recientemente algunos jefes de gobierno, incluido el inglés, comenzaron a predicar sermones acerca de la **“revolución industrial verde”** a punto de llegar, vaya usted a saber con qué significado. Lo que sí está claro, sin embargo, es que esa novedosa panacea tecnológica trata de constituir, otra vez, una vía de escape de la inextirpable dimensión social y política de los peligros ambientales cada vez mayores.

Así que no es exageración decir que en nuestro tiempo los intereses de los que no pueden ni siquiera imaginar una alternativa para la perspectiva a corto plazo del orden establecido, y a la proyección fantástica de correctivos estrictamente tecnológicos compatibles con él, chocan directamente con el interés de la propia supervivencia humana. En el pasado el término mágico para juzgar la salud de nuestro sistema social era **“crecimiento”**, y todavía este sigue siendo el marco dentro del cual hay que prever las soluciones. Lo que el elogio incondicional del **“crecimiento”** elude son precisamente las preguntas **¿qué tipo de crecimiento?** y **¿con cuál fin?** Especialmente porque la realidad del crecimiento incondicional bajo nuestras condiciones de reproducción metabólica social resulta ser la de un **despilfarro al extremo** y el amontonamiento de los problemas para que los encaren las generaciones futuras, que algún día tendrán que vérselas con las consecuencias del poder nuclear —tanto pacífico como militar— por ejemplo.

Pariente cercano del **“crecimiento”**, el concepto de **“desarrollo”** debe ser sometido al mismo tipo de examen crítico. Hubo una vez en que virtualmente todo el mundo lo abrazaba sin vacilar, y se movilizaban grandes recursos institucionales a fin de difundir la buena nueva de **“la modernización y el desarrollo”** del tipo norteamericano en el llamado **“mundo subdesarrollado”**. Nos tomó algo de tiempo poder darnos cuenta de que en el modelo recomendado había algo fatalmente defectuoso. Porque si el modelo norteamericano —en el que el **4 %** de la población mundial despilfarra el **25 %** de la energía y los recursos materiales estratégicos del mundo, y

lo contamina en un igual **25 %** — es seguido en todas partes, en un abrir y cerrar de ojos pronto todos estaremos asfixiados. Es por eso que se nos hizo necesario ponerle a todo desarrollo futuro la condición de ser **sustentable**, a fin de llenar el concepto de contenido realmente factible y socialmente deseable.

7.3. La dominación estructural y la cultura de la desigualdad sustantiva

El gran desafío del desarrollo sustentable que debemos encarar ahora no puede ser abordado sin eliminar las restricciones paralizadoras del carácter **adversarial** de nuestro proceso de reproducción social. Por eso la cuestión de la **igualdad sustantiva** no puede ser eludida en nuestro tiempo, en contraste con el pasado. Porque **sustentabilidad** significa estar realmente en control de los vitales procesos sociales, económicos y culturales mediante los cuales los seres humanos no meramente sobreviven, sino pueden también encontrar la satisfacción, en concordancia con los planes que ellos mismos establecen, en lugar de verse a merced de fuerzas naturales impredecibles y determinaciones socioeconómicas seminaturales. Nuestro orden social existente está edificado sobre el antagonismo estructural entre el capital y el trabajo, y por consiguiente necesita ejercer un **control externo** sobre todas las fuerzas reacias. La **adversariedad** es la consecuencia obligada de un sistema de esa naturaleza, sin importar cuánto despilfarro de recursos humanos y económicos se ocasione en pago de su sostenimiento.

Sin embargo, el imperativo de eliminar el despilfarro ya se asoma claramente en el horizonte, como una fuerte exigencia de desarrollo **sustentable**. Porque a la larga la “economía” tiene que ir de la mano con la **economización** racional y humanamente significativa, como lo dicta la esencia de su concepto. Pero la manera significativamente economizadora de regular nuestro proceso de reproducción metabólico-social, sobre la base de un control **interno/autodirigido**, al contrario del control **externo/de arriba abajo** hoy prevaleciente, resulta ser radicalmente incompatible con la **desigualdad y adversariedad estructurales**. El sistema de tipo soviético poseía su propia forma de adversariedad, que finalmente

terminó derrumbándolo. Pero nadie debe alimentar la ilusión de que nuestro tipo de sistema del capital es inmune a esas contradicciones, solo porque hasta los momentos ha podido manejar el despilfarro y la desigualdad de un modo más efectivo.

En nuestras sociedades las determinaciones estructuralmente atrincheradas y salvaguardadas de la desigualdad material se ven reforzadas en gran medida por la **cultura de la desigualdad** dominante, ya mencionada, a través de la cual los individuos **interiorizan** su “posición en la sociedad”, resignándose más o menos de buen grado a su situación de subordinación ante quienes toman las decisiones sobre su actividad vital. Esa cultura fue constituida en paralelo con la formación de las nuevas estructuras de desigualdad del capital, sobre los basamentos inicuos heredados del pasado. Se dio una **interacción recíproca** entre las estructuras reproductivas materiales y la dimensión cultural, que creó un círculo vicioso que confinó a la inmensa mayoría de los individuos dentro de su esfera de acción estrictamente restringida. Si hoy prevemos un cambio cualitativo para el futuro, como debemos, no podemos negar el papel vital de los procesos culturales. Porque no podrá haber ruptura del círculo vicioso si no logramos poner en marcha el mismo tipo de interacción —pero esta vez en una dirección emancipadora positiva— que caracterizó al desarrollo social en el pasado. No se puede prever un viraje instantáneo del presente modo de reproducción social, a la larga absolutamente insostenible, a un modo de reproducción social que ya no esté cargado de las tendencias destructivas de las confrontaciones adversariales de nuestro tiempo. El éxito dependerá de la constitución de una **cultura de la igualdad sustantiva**, con la participación activa de todos, y del **estar conscientes** de nuestra propia cuota de **responsabilidad** implícita en el funcionamiento de ese modo —no adversarial— de tomar decisiones.

Es comprensible, entonces, que en la creación de la cultura de la desigualdad sustantiva por tan largo tiempo establecida, se vieran involucrados hasta los más grandes e ilustres pensadores de la burguesía en ascenso, como hijos de su tiempo y de su posición social. Permítaseme ilustrar este punto con la lucha de toda la vida de Goethe con el significado de la leyenda de Fausto, que quería

representar la búsqueda de la realización de su destino de la humanidad. Como sabemos, de acuerdo con el pacto del conturbado Fausto con el demonio, él está condenado a perder su apuesta (y su alma) en el momento en que halle la realización y la satisfacción de su vida. Y es así como Fausto acoge el fatídico momento:

Quisiera ver esas masas laboriosas
estar sobre tierra libre como pueblo libre.
Y al momento entonces yo diré:
¡que así permanezcan, tan hermosos!
Ni el paso de los siglos borraría
esa visión de un día de mi vida;
ya lo veo venir, y me llena de dicha
vivir en regocijo mi mejor momento.²¹⁵

Sin embargo, con suprema ironía Goethe muestra que la gran excitación de Fausto está fuera de lugar. Porque lo que él saluda (cegado por Sorge) como la magna obra para conquistar la tierra de los pantanos, en cumplimiento de su propio plan, es en realidad el ruido que hacen los lemures que excavan su sepultura. Y solo la intervención celestial puede, al final, salvar a Fausto, rescatando su alma de las garras del diablo. La grandeza de Goethe queda en evidencia en la manera como indica también por qué la búsqueda de Fausto debe terminar en ironía y en insoluble ambigüedad, aunque Goethe no puede distanciarse de la visión del mundo de su héroe, atrapado por la concepción de la “desigualdad ilustrada”. He aquí la consumación de la visión faustiana:

Solo **la voz del amo** hará real la acción
y que se cumpla lo que tengo en mente.

215 Tomado de la Segunda Parte, Acto V, del **Fausto** de Goethe. El autor cita de la traducción al inglés por Philip Wayne, Penguin Class, Harmondsworth, Middlesex, 1959, pp. 267-270. [N. del T. Nuestra traducción al español es una versión utilitaria, que elimina la rima y la métrica, y solo pretende conservar el sentido].

¡Pueblo mío, sal de tu descanso,
que el mundo vea el fruto del audaz mandato!
Toma las herramientas, la azada y la pala, es tu deber,
hay que llevar a cabo el trabajo que se pide.
Con presta diligencia y firme disciplina
ganaremos las cumbres más altas.
Para acabar la magna obra que se planifica
hacen falta mil manos y una sola mente.

Claramente, destinar a la inmensa mayoría de la humanidad al papel de “**manos**” a las que se les pide “**tomar las herramientas**” al servicio de “**una sola mente**” y obedecer “**la voz del amo**” con “**presta diligencia**” y “**firme disciplina**”, no resultará nada sostenible a la larga, independientemente de cuánto pueda parecerse al estado de cosas actualmente dominante. ¿Cómo podríamos considerar que los seres humanos confinados a ese papel están “**sobre tierra libre como pueblo libre**”? Las instrucciones que le da Fausto al **Supervisor** acerca del modo de controlar a los trabajadores, si bien fielmente realistas hasta para nuestra situación actual, reflejan el mismo espíritu insostenible:

Emplea todos los medios, y procura
poner a más trabajadores, turno a turno,
estimúlalos con suavidad y buen control.
Págales, halágalos, ponlos en patrullas,
y pásame un reporte cada día, que me muestre
cómo avanzan mis esclusas y mis diques.

¿Y qué significado podemos darle al “gran plan en pro de la humanidad” de Fausto, cuando el orden social del capital es radicalmente incompatible con la **planificación global** sin la cual no es posible asegurar la supervivencia misma de la humanidad? Como el Mefistófeles de Goethe describe las expectativas que nos aguardan con gran realismo:

¿Y de qué vale tanto afán por crear
si al final todo concluye en el olvido?

“Mil manos” al servicio de “una sola mente” obviamente no nos pueden ofrecer ninguna solución. Ni tampoco puede el místico Coro de Ángeles de la última escena del **Fausto** de Goethe contrarrestar la amenaza del **olvido** que aguarda al final del camino.

En una época algo más desgarrada por los conflictos, Balzac, en una de sus grandes novelas, **Melmoth reconciliado**, retoma el tema de Fausto, pero rescata de una manera muy diferente a Melmoth/Fausto, quien, gracias a su pacto con el diablo, disfruta de ilimitada riqueza a lo largo de su vida. No hay necesidad de intervención divina en este caso. Por el contrario, la solución es presentada con ironía y sarcasmo extremos. Porque Melmoth salva ingeniosamente su propia alma —cuando siente que la muerte se aproxima y quiere salirse de su pacto con el diablo— haciendo un trato con otro hombre, Castanier, en problemas por un desfalco, con el que intercambia su alma en peligro, y que no vacila en participar en un trato que le confiere ilimitada riqueza. Y las palabras de Castanier, cuando le toca su turno y a su vez da con la idea de cómo salir del problema final consiguiendo otra alma a cambio de la suya empeñada al diablo, condensan de manera impactante el sarcasmo de Balzac, que actualiza el profético diagnóstico de Thomas Münzer acerca de la alienación que todo lo invade. Castanier va a la bolsa de valores, absolutamente convencido de que logrará encontrar a alguien cuya alma poder obtener a cambio de la suya, diciendo que en la bolsa de valores “**hasta el Espíritu Santo tiene su cotización**” (**El Banco di Santo Spiritu** del Vaticano) en la lista de los grandes bancos.²¹⁶

216 La inspiración directa para la novela de Balzac fue un cuento largo de un sacerdote anglicano irlandés, descendiente de un padre hugonote francés que huyó de Francia luego de la revocación del Edicto de Nantes. Esa obra, escrita por Charles Robert Maturin, cura de la iglesia de St. Peter en Dublín, y titulada **Melmoth the Wanderer** (“Melmoth el errante”) fue publicada por primera vez en Dublín, en 1820, e inmediatamente traducida al francés. (Hay una edición reciente por The Folio Society, Londres, 1993, pp. xvii + 506, con introducción de Virendra P. Varma). La gran diferencia está en que mientras el errante Melmoth de Maturin no puede al final escapar del infierno, la manera muy distinta que tiene Balzac de enfocar la leyenda de Fausto, con ironía y sarcasmo devastadores, traslada la historia a un plano

Sin embargo, bastaría con seguir aunque fuese por unos pocos días las amenazadoras perturbaciones de nuestras bolsas de valores para darnos cuenta de que la solución de Melmoth no es más realista hoy día que la intervención celestial de Goethe. Nuestro desafío histórico de garantizar las condiciones de un desarrollo sustentable tiene que ser resuelto de una manera muy distinta.

Desembarazarnos de la cultura de la desigualdad sustantiva, y reemplazarla progresivamente por una alternativa viable es el camino que necesitamos tomar.

radicalmente diferente, y pone de relieve una determinación vital de nuestro orden social.

Índice

Veredicto	5
Introducción:	
El desafío y la carga del tiempo histórico	13
Presentación	35
Capítulo 1:	
La tiranía del imperativo del tiempo del capital	45
1.1. El tiempo de los individuos y el tiempo de la humanidad	45
1.2. Los seres humanos reducidos a “despojo del tiempo”	56
1.3. La pérdida de la conciencia del tiempo histórico	64
1.4. Tiempo libre y emancipación	71
Capítulo 2:	
La incontrollabilidad y destructividad del capital globalizante	79
2.1 La extracción del plus trabajo en el “sistema orgánico del capital”	79
2.2. Irreformabilidad, incontrollabilidad y destructividad	82
2.3. La triple fractura interna del sistema	85
2.4. El fracaso del capital en la creación de su formación de Estado global	86
2.5 La insuficiencia crónica de la “ayuda externa” por parte del Estado	89
Capítulo 3:	
El marxismo, el sistema del capital y la revolución social	93
3.1 La visión global del capital	93
3.2 Los límites históricos de la teoría del valor del trabajo	95

3.3 La proletarianización progresiva y sus ilusiones negativas	100
3.4 La necesaria renovación de las concepciones marxistas	104
3.5 ¿La posibilidad objetiva del socialismo?	109
3.6 Revolución social y política	112
3.7 La igualación hacia abajo de la tasa diferencial de explotación	117

Capítulo 4: Socialismo o barbarie:

del “siglo norteamericano” a las encrucijadas	123
Prefacio.	123
4.1. El capital: la contradicción viviente	125
4.2. La fase potencialmente más letal del imperialismo	137
4.3. Desafíos históricos que encaran al movimiento social	178
4.4. Conclusión	200

El militarismo y las guerras por venir:

Post scriptum a Socialismo o Barbarie	203
--	------------

Capítulo 5:

Desempleo e “inestabilidad flexible”	213
5.1 La “globalización” del desempleo	213
5.2 El mito de la “flexibilidad” y la realidad de la inestabilidad	223
5.3 De la tiranía del “tiempo de trabajo necesario” a la emancipación a través del “tiempo disponible”	235

Capítulo 6:

La teoría económica y la política: más allá del capital	245
6.1 Enfoques económicos alternativos	245
6.2 La necesidad de una planificación abarcante	249
6.3 La estructura de mando jerárquica del capital	253

6.4 De las predicciones basadas en “leyes económicas que trabajan a espaldas de los individuos” a las anticipaciones de un futuro controlable	258
6.5 Precondiciones objetivas para la creación de una teoría económica no determinista	266

Capítulo 7: El desafío del desarrollo sustentable

y la cultura de la igualdad sustantiva	283
7.1 Adiós a la “libertad-fraternidad-igualdad”	283
7.2 El fracaso de “la modernización y el desarrollo”.	288
7.3. La dominación estructural y la cultura de la desigualdad sustantiva	291

Se terminó de imprimir en julio de 2009
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Caracas, Venezuela.
La edición consta de 3.000 ejemplares